

**Las Dos Dianas**

**Tomo I**

**Por**

**Alexandre Dumas**

***Freeditorial*** 

## I

### UN HIJO DE CONDE Y UNA HIJA DE REY

Era el día 5 de mayo del año 1551. De una casita de humilde apariencia salieron una mujer de unos cuarenta años próximamente y un mancebo de diez y ocho, y atravesaron juntos el pueblo de Montgomery, que radica en la región de Auge.

Era el mancebo uno de esos tipos de raza normanda, de cabellos castaños, ojos azules, dientes blancos como la nieve y labios sonrosados. Llamaba la atención la finura y satinado de su cutis, cualidad que con frecuencia da a los hombres del Norte una belleza femenina que resta poder a la energía varonil, no menos que su talle fuerte y flexible a la vez, que parecía participar de las características de la encina y de la caña. Vestía con sencillez y elegancia un jubón de paño color violeta adornado con bordados de seda del mismo color. Del mismo paño que el jubón eran sus calzas, bordadas en seda como aquél. Completaban su atavío unas botas altas de cuero negro, de las que solían usar los pajes y los escuderos, y una gorra de terciopelo, ligeramente ladeada y adornada con una pluma blanca, que daba sombra a su frente, espejo de calma y de entereza varonil.

Su caballo, cuyas riendas había pasado por su brazo, le seguía irguiendo de vez en cuando su cabeza para aspirar el aire, y recibiendo con relinchos de alegría las emanaciones que aquél le traía.

La mujer parecía pertenecer, si no a la clase social más humilde, por lo menos a la que se hallaba colocada entre ésta y la que llamamos media. Vestía con extremada sencillez, pero a la par con aseo y limpieza tan exquisitos, que parecían irradiar elegancia. El mancebo habíala ofrecido varias veces su brazo, que ella se negó a tomar cual si considerase que suponía un honor excesivamente alto para ella.

A medida que atravesaban el pueblo, siguiendo una calle que conducía al castillo, cuyas robustas torres se alzaban altivas, semejantes a gigantes encargados de la protección de los humildes inmuebles que lo formaban, era de notar que todos, adolescentes y hombres, niños y ancianos, saludaban con profundo respeto al mancebo, y que éste les contestaba con afectuosas inclinaciones de cabeza. Era evidente que todo el mundo consideraba como superior y dueño al mancebo que, como veremos pronto, ignoraba quién era.

Al salir del pueblo nuestro adolescente y la mujer tomaron el camino, mejor dicho, el sendero escarpado que flanqueaba la montaña siguiendo un curso tortuoso, sendero tan angosto, que no permitía el paso de dos personas

de frente. El joven hizo presente a la mujer que sería peligroso para ella continuar el viaje detrás del caballo, que forzosamente había de conducir él del diestro, y entonces fue cuando la mujer accedió a caminar delante.

Seguía el mancebo sin pronunciar palabra, con la cabeza inclinada, como si gravitase sobre ella el peso de una preocupación hondísima.

Tan hermoso como formidable era el castillo hacia el cual se dirigían aquellos dos desconocidos, tan diferentes por sus edades y condición. Cuatro siglos y diez generaciones habían sido precisos para que aquella masa de sillares creciese desde sus cimientos hasta sus almenas, hasta que, convertida en montaña, fuese la señora de la montaña sobre la cual había sido emplazada.

Semejante a todos los edificios de la época a que se contrae nuestra historia, el castillo de los condes de Montgomery carecía en absoluto de regularidad. Los padres lo fueron legando a sus hijos, y cada uno de los herederos añadió algo al titán de piedra, sin consideración a las leyes de la estética y obedeciendo exclusivamente a las de la necesidad o del capricho. Obra de los duques de Normandía fueron el torreón cuadrado y la torre principal: más tarde, otros añadieron al severo y ceñudo torreón elegantes almenas, airosas torrecillas, ventanas que parecían primorosos bordados en piedra, y a medida que los años fueron pasando, el cincel se encargó de hermohear el mismo torreón, como si los siglos hubieran querido fecundar aquella vegetación granítica. Hacia el final del reinado de Luis XIV, y por los comienzos del de Francisco I, puso digno remate a la aglomeración secular una galería de arcos ojivales, verdadero prodigio de elegancia y de arte.

Desde esta galería, y más todavía desde lo alto del torreón, abarcaba la vista muchas leguas de las risueñas y encantadoras llanuras de Normandía, prodigio de lozanía y de vegetación, pues, conforme hemos dicho ya, el Condado de Montgomery hallábase situado en el país de Auge, y sus ocho o diez baronías y ciento cincuenta feudos dependían de los bailiajes de Argentan, de Caen y de Alençon.

Llegaron nuestros caminantes a la puerta del castillo.

¡Cosa extraña! Quince años hacía que el soberbio y formidable edificio no veía a su dueño. Un intendente viejo continuaba percibiendo las rentas y alcabalas; otros servidores, asimismo encanecidos en aquella soledad, continuaban cuidando el castillo, que abría sus macizas puertas todos los días como si esperasen la llegada de su señor, y las cerraban todas las noches como si el poderoso conde debiera llegar al día siguiente.

El intendente recibió a la mujer con el mismo afecto que la testimoniaron cuantas personas tropezó en el camino, y al adolescente con el respeto que todos parecía que le profesaban.

—Señor Elyot —dijo la mujer—, ¿tenéis la bondad de permitirnos la entrada en el castillo? Necesito revelar un secreto al señor Gabriel y únicamente en el salón de honor puedo hacerlo.

—Pasad, señora Aloísa, y comunicad al joven señor el secreto que deseáis. Sabéis que, por desgracia, nadie ha de interrumpiros.

Atravesaron la sala de guardias. En otro tiempo, guardaban aquella sala doce hombres reclutados en las tierras del condado. Durante los quince años últimos habían fallecido siete de los doce guardias y no habían sido reemplazados: quedaban cinco, y éstos prestaban el servicio que prestaron en tiempos del conde, esperando que la muerte viniera a visitarles a su vez.

Nuestros caminantes cruzaron la galería y entraron en el salón de honor.

Estaba amueblado como el día en que salió del castillo y no volvió el último conde, pero en aquel salón, donde en otro tiempo se reunían, como en los de los príncipes soberanos, todos los nobles de Normandía, nadie había entrado, desde hacía quince años, más que los servidores encargados de su limpieza y un perro, el perro favorito del último señor que, cada vez que franqueaba sus umbrales, gemía llamando a su dueño, hasta que un día se negó a salir, se tendió a los pies del estrado cubierto por el dosel, y allí le encontraron muerto a la mañana siguiente.

No sin experimentar viva emoción penetró Gabriel —hemos oído que la mujer que le acompañaba le dio ese nombre—, no sin experimentar viva emoción, repetimos, penetró Gabriel en aquel salón que podríamos llamar de los recuerdos, pero la impresión que le produjeron sus sombríos muros, su dosel majestuoso, sus ventanales tallados en los sillares, que apenas si dejaban filtrar escasos resplandores, no obstante ser las diez de la mañana, no fue bastante poderosa, con serlo mucho, para hacer que olvidase el motivo que allí le llevaba. De aquí que, apenas cerrada la puerta, dijo:

—Habla, mi querida Aloísa, mi buena nodriza. Viva es tu emoción, es verdad, mayor que la mía, pero que no sea pretexto para que dilates un momento la revelación del secreto que me has prometido. Hora es ya, Aloísa querida, de que me hables sin temor, y sobre todo, sin dilación. ¿No has vacilado bastante, mi buena nodriza? Y yo, hijo obediente, ¿no te he esperado lo suficiente? Cuando te preguntaba qué apellido tenía derecho a ostentar, a qué familia pertenecía, a qué caballero debí el ser, me respondías: «Gabriel: todo eso os lo revelaré el día que cumpláis diez y ocho años, el día que entre la mayoría de edad el que tiene derecho a llevar espada al cint».. Pues bien: estamos a cinco de mayo de mil quinientos cincuenta y uno, he cumplido los diez y ocho años, y cuando te he suplicado, mi querida Aloísa, que me cumplas tu promesa, me has contestado con solemnidad que casi me ha asustado: «No es en la humilde vivienda de un escudero donde debo revelaros

quién sois, sino en el castillo de los condes de Montgomery y en el salón de honor del mismo». Hemos escalado la montaña, mi buena Aloísa, hemos franqueado los umbrales del castillo de los nobles condes, y nos hallamos en el salón de honor. Habla, pues.

—Sentaos Gabriel... y perdonad si una vez más os he dado ese nombre.

El joven tomó las dos manos de la mujer y las estrechó con cariño.

—Sentaos —repitió Aloísa—, pero no en esa silla, ni tampoco en ese sillón.

— ¿Dónde, pues? —preguntó el joven.

—Bajo el dosel —contestó la mujer con entonación solemne.

Obedeció el joven.

—Ahora —repuso Aloísa—, escuchadme.

—Pero, siéntate también tú, mi querida nodriza.

— ¿Me lo permitís?

— ¿Te burlas de mí?

Tomó asiento la mujer en las gradas del trono, a los pies del joven, que la miraba con expresión de benevolencia y de curiosidad.

—Gabriel —dijo la nodriza, decidiéndose a hablar—: acababais de cumplir seis años cuando perdisteis a vuestro padre y yo perdí a mi marido. Habías sido mi hijo de leche, porque vuestra madre falleció al daros a luz. Desde aquel día, yo, hermana de leche de vuestra madre, os quise como si hubierais sido mi propio hijo. La viuda consagró su vida entera al huérfano: de la misma manera que os había dado su leche, os dio su alma, y desde entonces, para vos han sido todos mis desvelos, todos mis pensamientos. Creo que de ello estáis firmemente persuadido.

—Aloísa querida —respondió el joven—: muchas madres verdaderas habrían hecho menos que tú, y muy pocas más que tú: te lo juro.

—Debo decir que todo el mundo se apresuró a agruparse en derredor vuestro, de la misma manera que yo me había apresurado la primera. Dom Jamet de Croisic, el dignísimo capellán del castillo, que reposa hace tres meses en el regazo del Señor, os enseñó las letras y las ciencias, y sus lecciones han sido tan provechosas, que pocos os aventajan en lo referente a leer y escribir, y en conocimiento de la historia pasada, particularmente de la que se refiere a las grandes casas de Francia. Enguerrando Lorien, el mejor amigo de mi difunto marido, Perrot Travigny, antiguo escudero de los condes de Vimoutiers nuestros vecinos, os enseñaron el manejo de las armas, de una manera especial

el de la lanza y la espada, la equitación, y todo, en una palabra, lo que debe saber un caballero. En las fiestas y torneos que se celebraron en Alençon con motivo del matrimonio y coronación de nuestro señor y rey Enrique II, demostrasteis cumplidamente, hace ya dos años, que habíais sabido aprovechar las lecciones del buen Enguerrando. Yo, pobre e ignorante mujer, no podía hacer otra cosa que quereros mucho y enseñaros a servir a Dios, y eso es lo que siempre procuré hacer. La Santísima Virgen me ha ayudado en mi empresa, y hoy, a los diez y ocho años, sois un cristiano piadoso, un señor sabio y un hombre de armas completo, y espero que, con la ayuda del Señor, será digno de sus gloriosos antepasados monseñor Gabriel, señor de Lorge y conde de Montgomery.

Gabriel se puso en pie lanzando un grito.

— ¡Conde de Montgomery!... ¡Yo! —exclamó.

Pasados breves momentos de silencio, añadió sonriendo:

—Lo esperaba, Aloísa... casi, casi abrigaba el convencimiento. Es más: abandonándome a mis ilusiones de niño, un día se lo dije así a mi Diana... ¿Pero qué haces, ahí a mis pies, Aloísa querida? ¡De pie y en mis brazos, santa mujer! ¿Por ventura dejas de considerarme como un hijo, porque soy el heredero de los condes de Montgomery? ¡Heredero de los Montgomery! ¡Realmente ostento uno de los títulos más antiguos y más gloriosos de Francia! ¡Sí! Dom Jamet me explicó la historia de mis nobles antepasados, reinado por reinado, generación por generación... ¡Mis antepasados...! ¡Abrázame otra vez, Aloísa querida! ¿Qué dirá Diana de lo que sucede? Individuos de nuestra familia fueron San Godegrand, obispo de Suez, y Santa Oportuna, su hermana, que vivieron durante el reinado de Carlomagno. Roger de Montgomery mandó uno de los ejércitos de Guillermo el Conquistador, y Guillermo de Montgomery preparó y llevó a cabo una cruzada a sus expensas. Más de una vez hemos sido aliados de las Casas reales de Escocia y Francia, y los primeros lores de Londres y los caballeros más gloriosos de París me llamarán primo. Mi padre...

El joven se interrumpió para continuar poco después:

— ¡Desventurado de mí, Aloísa! ¡Con tantas grandezas, estoy solo en el mundo! ¡Este gran señor es un pobre huérfano, este descendiente de tantos abuelos de estirpe real no tiene padre! ¡Pobre padre mío!... ¡Ya ves, Aloísa; llorando estoy! ¿Y mi madre? ¡Muerta también! ¡Háblame, Aloísa, háblame de los dos! Ahora que sé que soy su hijo, quiero saber cómo eran... Principiaremos por mi padre... ¿Cómo murió? ¡Cuéntame... cuéntame!

Aloísa bajó la cabeza sin contestar. Gabriel la miró asombrado.

—Te suplico, mi querida nodriza, que me cuentes cómo murió mi padre —

repitió Gabriel.

—Señor —contestó la buena mujer—; sólo Dios puede contestar vuestra pregunta. El conde Jacobo de Montgomery salió un día del palacio que habitaba en la calle de los Jardines de San Pablo de París, y no volvió. Le buscaron en vano sus parientes, sus deudos, sus amigos. El rey Francisco I dispuso que se llevaran a cabo pesquisas que dieron el mismo resultado negativo. Si ha muerto víctima de alguna traición, fuerza es confesar que sus enemigos fueron tan hábiles como poderosos. No tenéis padre, señor, y, sin embargo, entre las tumbas de vuestros antepasados que duermen el sueño eterno en la capilla del castillo de Montgomery, no figura la de Jacobo de Montgomery, a quien no se ha encontrado ni muerto ni vivo.

— ¡Ah! ¡No era su hijo quien le buscaba! —exclamó Gabriel—. ¿Por qué no has hablado antes, nodriza? ¿Me ocultabas mi nacimiento porque tenía un padre a quien salvar o vengar?

—No, señor: os oculté vuestro nacimiento porque estaba en el deber de salvaros: escuchadme. ¿Sabéis cuáles fueron las postreras palabras que pronunció el bravo Perrot Travigny, que rendía a vuestra casa un culto religioso, señor? «¡Mujer! —me dijo, momentos antes de exhalar el último aliento—: sin esperar a que me entierren, tan pronto como hayas cerrado mis ojos, huirás de París con el niño. Irás a Montgomery, pero no al castillo, sino a la casita que hemos recibido de la bondad de nuestro señor. Allí educarás al heredero de nuestros señores, sin misterio, pero también sin ruido, que nuestros buenos paisanos sabrán respetarle y no traicionarle jamás. Sobre todo, ocúltale su origen, porque si se diera a conocer, se perdería irremisiblemente. Con que sepa que es caballero, basta para poner a salvo su dignidad y para tranquilizar tu conciencia. Más tarde, cuando los años le hayan dado la gravedad y la prudencia necesarias, como la sangre que corre por sus venas le habrá hecho bravo y leal, cuando cumpla dieciocho años, por ejemplo, podrás revelarle su nombre y raza, Aloísa. A esa edad ya podrá juzgar por sí mismo y determinar lo que debe hacer. Pero vela con cuidado exquisito hasta entonces, porque le persiguirían enemigos formidables, odios invencibles, y los que han osado herir el águila no perdonarían al polluelo». Me dijo todo esto poco antes de morir, señor, y yo, dócil a sus órdenes, os tomé, pobre huérfano de seis años que apenas habíais visto a vuestro padre, y os traje aquí. Pública era ya la desaparición del conde, y se sospechaba que cualquiera que llevase su apellido se vería amenazado por enemigos terribles e implacables. Os vieron en el pueblo y seguramente os conocieron, pero cual si mediase un acuerdo tácito, nadie me preguntó, a nadie sorprendió, al parecer, mi silencio. Algún tiempo después, mi hijo único, vuestro hermano de leche, mi pobre Roberto, murió víctima de las fiebres. ¡Dios quiso que yo fuese toda para vos, que os consagrara mi vida entera! ¡Cúmplase la voluntad del Señor! Todos

aparentaron creer que era mi hijo el que sobrevivió, pero todos, al mismo tiempo, os trataron con un respeto piadoso y os rindieron una obediencia conmovedora, porque ya os parecíais a vuestro padre, así en rostro y en cuerpo como en nobleza de corazón. En vos se revelaba el instinto del león, y claramente se veía que habíais nacido señor y superior a los demás. Los niños de los alrededores se habituaron espontáneamente a formar escuadrones que se ponían a vuestras órdenes: en todos sus juegos erais vos quien marchaba al frente y jamás se dio el caso de que uno de vuestros camaradas os negase el homenaje de su obediencia. Joven rey de la comarca, fue la comarca la que os educó, la que os vio crecer, la que os admiró altivo y arrogante. Los censos de los frutos más escogidos, los diezmos de las cosechas, afluían a la casa sin que yo tuviese necesidad de pedirlos. Para vuestro uso reservaban siempre el corcel más hermoso de las dehesas. Dom Jamet, Enguerrando y todos los escuderos, pajes y servidores del castillo, os prodigaban sus servicios como si pagasen una deuda natural, y vos los aceptabais como si tuvierais conciencia de que os correspondían de derecho. Todo en vos era atrevimiento, valentía, magnanimidad: en los actos más insignificantes se destacaba la raza ilustre a que pertenecíais. Todavía se cuenta hoy en las cocinas del pueblo que un día cambiasteis a un paje mis dos vacas por un halcón. Pero estos instintos, estos rasgos de nobleza, no los descubrían sino aquellos que os eran fieles; para los malos, para los extraños, habéis sido mi hijo. Contribuyeron poderosamente a protegeros las guerras sostenidas en Italia, España y Flandes contra el emperador Carlos V, y al fin, ¡gracias a Dios!, habéis llegado sano y salvo a la edad en que mi esposo Perrot me permitió que confiase a vuestra prudencia el secreto de vuestro nacimiento. Lo hago así, y vos, tan grave y mesurado de ordinario, no abris vuestros labios más que para pronunciar palabras de venganza y de escándalo.

—De venganza, sí; de escándalo, no, Aloísa. Dime: ¿crees que viven aún los enemigos de mi padre?

—Lo ignoro, monseñor, pero interesa a vuestra seguridad suponer que viven. Yo creo que podréis llegar a la corte sin que nadie os conozca, pero ostentáis un apellido muy ilustre que ha de concentrar en voz la atención general, y como sois valiente, pero carecéis de experiencia; como será acicate a vuestros buenos deseos la justicia de la causa cuya defensa abrazaréis, pero no contáis con amigos, ni con valedores, ni siquiera con reputación personal, tiemblo al pensar en lo que pueda acontecer. Los que os aborrecen os verán llegar sin que vos les veáis a ellos, y os asestarán sus tiros sin que vos podáis descubrir la mano que los dirige, y la consecuencia será, monseñor, que no sólo no vengaréis a vuestro padre, sino que os perderéis vos.

—Precisamente por la causa que invocas, querida Aloísa, siento no disponer de tiempo para ganarme unos cuantos amigos y conquistar un poco



de gloria... ¡Ah...! ¡Si dos años antes hubiese sabido lo que sé ahora! ¡Pero, no importa! Yo recobraré el tiempo perdido. En medio de todo, por otras razones me felicito de haber permanecido estos dos años en Montgomery; todo se reduce a redoblar ahora el paso. Iré a París, Aloísa, donde sin ocultar que soy un Montgomery, puedo decir sencillamente que soy el hijo de Jacobo. No faltan en nuestra Casa, como en otras de Francia, feudos y títulos, y nuestra parentela es tan dilatada en nuestra nación como en Inglaterra para que un indiferente se engañe acerca de mi verdadera identidad. Puedo adoptar el título de vizconde de Exmés, Aloísa, y así, ni me oculto ni me doy a conocer. Iré luego a visitar... ¿A quién puedo visitar en la corte? Gracias a Enguerrando, conozco a la perfección las cosas y los hombres. ¿Me dirigiré al condestable de Montmorency, a ese cruel recitador de...? Estoy de acuerdo con el mal gesto que observo en tu rostro, Aloísa; no visitaré a Montmorency. ¿Al Mariscal de Saint-André? Tampoco; es viejo, y por sus venas no circula ya sangre ardiente y emprendedora. ¿Optaré por Francisco de Guisa? ¡Sí... sí! Montmédy, Sain-Dizier, Bolonia son pruebas brillantes de lo que es capaz de hacer. Estoy decidido: me presentaré a él, y a sus órdenes conquistaré mis espuelas, a la sombra de su nombre labraré yo el mío.

—Monseñor me permitirá que le haga presente que el honrado y fiel Elyot ha reunido importantes sumas que tiene reservadas al heredero de sus señores. Podéis ostentar un tren real, señor, y hacer que os acompañen todos los jóvenes, vasallos vuestros, a quienes ejercitabais en vuestros juegos bélicos. Todos ellos tienen obligación de seguiros, y estoy segura de que la cumplirán gustosos peleando a vuestras órdenes.

—Haremos uso de ese derecho, Aloísa, pero a su tiempo.

— ¿Quiere monseñor recibir a sus escuderos, criados y feudatarios, que arden en deseos de saludarle?

—Todavía no, mi buena Aloísa; pero sí te ruego que digas a Ángel Guerra que ensille un caballo y que se disponga a acompañarme. Ante todo, quiero visitar los alrededores.

—Particularmente los de Vimoutiers, ¿verdad, señor? —preguntó Aloísa sonriendo con malicia.

—Sí... acaso sí... ¿No estoy en el deber moral de hacer una visita a mi viejo Enguerrando y de manifestarle mi agradecimiento?

—Y con la enhorabuena de Enguerrando, monseñor recibirá radiante de alegría la de una niña encantadora llamada Diana: ¿verdad?

— ¡Nada más natural! —contestó riendo Gabriel—. ¿No es esa niña encantadora mi mujer y yo su marido desde hace tres años, es decir, desde que ella tenía nueve y yo quince?

Aloísa quedó pensativa.

—Monseñor —dijo, al cabo de breves momentos—; si yo no abrigase la convicción profunda de que, pese a vuestra juventud, sois prudente y sincero, si yo no supiera que todos los sentimientos que nacen y arraigan en vuestro corazón son austeros y nobles, me abstendría de deciros lo que vais a oír; pero me consta que aquello que para otros es un juego, es para vos, por lo regular, un asunto serio. Tened presente, monseñor, que nadie sabe de quién es hija Diana. Cierta día, la mujer de Enguerrando, quien por aquella época se hallaba en Fontainebleau con su señor el conde de Vimoutiers, al volver a su casa encontró una niña acostadita en una cuna, y una pesada bolsa, llena de oro, sobre una mesa. Encerraba la bolsa una cantidad muy respetable, medio anillo de oro, ricamente grabado, y una tira de pergamino con esta sola palabra: Diana. Berta, que así se llamaba la mujer de Enguerrando, no tenía hijos de su matrimonio, y aceptó con júbilo indecible la maternidad que se le pedía. Pero apenas vuelto Enguerrando a Vimoutiers, falleció Berta y murió también mi marido, a cuya solicitud os había confiado su señor, y así fue que, trocadas las voluntades de los padres, una mujer crio al huérfano y un hombre a la huérfana. Verdad es que Enguerrando y yo, encargados de tan delicada misión, hemos cambiado también con frecuencia nuestros cuidados, procurando, yo, que Diana fuese sencilla y religiosa, y Enguerrando, que vos fuerais prudente y bravo. Dadas las circunstancias, natural era que conocierais a Diana y más natural todavía que, conociéndola, os aficionarais a ella. Pero vos sois el conde de Montgomery, hoy os reconocen como tal documentos de autenticidad indiscutible y la voz pública, y en cambio, nadie se ha presentado a reclamar a Diana, nadie ha llegado con la otra mitad del anillo de oro ricamente grabado. Cuidado, pues, monseñor; hoy Diana es una niña, pero crecerá, su hermosura será maravillosa, y para quien tiene un temperamento como el vuestro, todo es serio, monseñor. Cuidado, repito, señor; en lo posible está que nadie se presente a reclamarla, que sea siempre lo que es hoy, es decir, una niña abandonada, y vos sois un señor demasiado poderoso para hacerla vuestra esposa, y demasiado noble para seducirla.

—Ten presente, mi buena nodriza, que me ausento, y al ausentarme, me separo de ti y de Diana —dijo Gabriel pensativo.

—Es verdad —contestó Aloísa—. Debéis despediros de Diana; nada más justo. Perdonad a vuestra vieja Aloísa este exceso de precaución, e id a ver, puesto que lo deseáis, a esa dulce y angelical niña a quien llamáis esposa; pero no olvidéis que aquí se os espera con impaciencia... Hasta luego... ¿no es verdad, señor... conde?

—Hasta luego, sí, y abrázame una vez más, Aloísa; llámame siempre tu hijo, y ojala el Cielo te colme de bendiciones, mi querida nodriza.

— ¡Que Dios las derrame sin tasa ni medida sobre vuestra cabeza, mi hijo y señor!

Martín Guerra esperaba a Gabriel en la puerta. Segundos después montaban los dos a caballo.

## II

### UNA CASADA QUE JUEGA A LAS MUÑECAS

Con objeto de llegar más pronto a Vimoutiers, Gabriel abandonó el camino real y tomó por senderos y atajos que él conocía. No obstante su impaciencia, dejaba que su caballo moderase a menudo el paso, pudiendo decirse que obligaba a su noble corcel a seguir el aire mismo de su desigual fantasía. Afectos y sentimientos diversos y hasta encontrados, unas veces tristes y otras apasionados, ahora arrebatados, luego opresores y decaídos, reñían empeñada batalla en el corazón del joven. Cuando recordaba que era el conde de Montgomery, sus ojos lanzaban chispas y sus espuelas buscaban los ijares de su caballo, como si el aire que respiraba y la brisa que besaba sus sienes fueran nubes de la gloria que le embriagaba; pero cuando se decía: «Mi padre ha sido asesinado y su hijo no le ha vengado», las riendas escapaban de su mano. Penetraba de improviso en su mente la idea de que iba a batirse, a conquistar un nombre temible y temido, a saldar todas sus deudas de honor y de sangre, y de nuevo emprendía el galope, como si en realidad corriese en busca de la gloria, hasta que, al recordar que para correr a la conquista de la gloria le sería preciso separarse de Diana, de aquella niña tan risueña, tan candorosa, tan adorada, volvía a sucumbir bajo el peso de la melancolía, su caballo pasaba desde el galope al trote y desde el trote al paso lento, como si de este modo retardara el momento de la separación «Pero volveré —se decía—; volveré después de haber encontrado a los enemigos de mi padre, y a los padres de Diana». Y Gabriel hundía entonces entrambas espuelas en los ijares de su caballo, y este noble bruto emprendía una carrera cuya celeridad únicamente hubiese podido igualar el vuelo de sus esperanzas. Llegó, por fin, el término de su viaje, y en su alma juvenil, abierta de par en par a la dicha, la alegría había desterrado decididamente a la tristeza.

Por encima del seto que cercaba el jardín de Enguerrando vio Gabriel, a través del follaje, el vestido blanco de Diana. Verla, atar el caballo al tronco de un sauce, salvar de un salto el seto y caer a los pies de la doncella, fue obra de un momento. Diana estaba llorando.

— ¿Qué le pasa a mi adorada mujercita? —preguntó Gabriel—. ¿Por qué

llora mi ángel? ¿Le habrá regañado Enguerrando porque ha destrozado algún vestido? ¿O bien porque ha rezado mal sus oraciones? ¿Se te ha escapado tal vez la calandria? Habla, Diana; dilo todo a tu fiel caballero, que tendrá vivo placer en consolarte.

— ¡Ay, Gabriel! ¡Ya no eres mi caballero, no lo serás nunca! Por eso cabalmente estoy triste, por eso lloro.

Supuso Gabriel que Diana habría sabido por boca de Enguerrando su nombre y posición, y que probablemente desearía poner a prueba su cariño.

— ¿Quieres decirme, Diana mía —replicó el mancebo—, qué desgracia o qué dicha podrán obligarme nunca a renunciar al dulce título que me has permitido que tome, y que yo ostento con tanta alegría y tanto orgullo? ¿No me ves rendido a tus plantas?

Diana, sin comprender, lloraba con mayor desconsuelo que antes, y ocultando su frente en el pecho de Gabriel, exclamó sollozando:

— ¡Gabriel... Gabriel! ¡No podemos volvernos a ver!

— ¿Y quién será capaz de impedirlo? —objetó el mancebo con viveza.

Alzó Diana su rubia y encantadora cabeza, dejando ver dos ojos azules bañados en lágrimas, y seguidamente, con entonación solemne y grave, dijo:

—El deber.

Su hechicero rostro se revistió de una expresión tan desolada y cómica a la vez, que Gabriel, entusiasmado y cediendo a la influencia de sus pensamientos anteriores, rompió a reír, al tiempo que rodeaba con sus manos la pura frente de la niña y la besaba repetidas veces. Diana pugnaba por alejarse y por rechazar sus caricias.

— ¡No, amigo mío, no! ¡Terminaron para siempre nuestros juegos! ¡Hoy no puedo entregarme a ellos sin faltar gravemente a mis deberes!

— ¿Qué cuentos le habrá referido Enguerrando? —se dijo Gabriel, persistiendo en su error—. Dime —añadió en voz alta—, ¿es que no me amas ya, Diana querida?

— ¡No amarte yo! —exclamó Diana—. ¿Cómo puedes sospechar, y menos decir semejante cosa, Gabriel? ¿No eres tú el amigo de mi infancia, el hermano de toda mi vida? ¿Por ventura no me has tratado siempre con bondad y ternura de madre? Cuando yo reía o cuando yo lloraba, ¿a quién veía a mi lado dispuesto a reír o a llorar conmigo? ¡A ti, Gabriel! ¿Quién me llevaba en sus brazos cuando comenzaba a dominarme el cansancio? ¿Quién me ayudaba a aprender las lecciones? ¿Quién se confesaba autor de mis faltas y sufría parte de mis castigos, cuando no enteros? ¡Tú también, Gabriel! ¿Quién inventaba

mil juegos para que yo me divirtiese? ¿Quién me regalaba los ramos más lindos, quién me obsequiaba con las flores más encantadoras de las praderas? ¿Quién trepaba a lo alto de los árboles para depositar a mis pies los nidos de los jilgueros? ¡Tú, Gabriel, siempre tú! En todas partes, en todos los momentos, en todas las ocasiones te he encontrado bueno, amable, cariñoso, fiel, Gabriel. No; no podré olvidarte mientras viva, amigo mío, mientras aliente mi corazón vivirás en mi corazón, y ojalá pudiera darte mi existencia, ojalá pudiera darte mi alma. ¡Ay, Gabriel! Sólo soñando contigo he soñado la dicha... pero, ¡triste de mí!, con todo esto, es necesario que nos separemos, probablemente para no volvernos a ver jamás.

— ¿Pero, por qué? ¡Ah, ya caigo! ¡En castigo por haber introducido maliciosamente al perro Philax en el corral! —dijo Gabriel.

— ¡No, no! Es por otra cosa muy distinta.

—Sepámosla, querida Diana.

Púsose en pie la niña, y dejando caer los brazos a lo largo del vestido y doblando la cabeza sobre el pecho, dijo:

—Porque soy la esposa de otro.

Gabriel no reía ya: con el corazón oprimido y voz alterada, apenas si acertó a balbucear:

— ¿Qué estás diciendo, Diana?

—Ya no me llamo Diana, sino la señora duquesa de Castro, porque mi marido se llama Horacio Farnesio, duque de Castro.

La niña no pudo menos de sonreír a través de sus lágrimas. Realmente resultaba gracioso poder decir mi marido a los doce años de edad, y halagador llamarse duquesa. Mas no tardó en sentirse dominada por el dolor al observar el que reflejaba la trastornada fisonomía de Gabriel, quien se había puesto en pie y la miraba pálido como la muerte y con mirada extraviada.

— ¿Pero es broma o sueño lo que me dices? —preguntó.

— ¡No, triste amigo mío! ¡Es realidad! ¿No has tropezado en el camino a Enguerrando, que salió para Montgomery hará sobre media hora?

—He venido por atajos y senderos extraviados.

— ¿Por qué has dejado pasar cuatro días sin venir a verme, Gabriel? Nunca habías tardado tanto, y a tu tardanza debemos atribuir nuestra desdicha. Anteanoche me costó gran trabajo conciliar el sueño: hacía dos días que no te veía, y era tal mi inquietud, que arranqué a Enguerrando la promesa de ir hoy a verte los dos a Montgomery si tú no aparecías ayer por aquí. Hablamos de paso, como si un presentimiento de lo que había de suceder moviese nuestras

lenguas, del porvenir, del pasado, de mis padres, que parecían haberse olvidado de mí... ¡Pobre de mí! Lo que voy a decir es un pecado, lo reconozco, pero más feliz sería yo si en realidad me hubiesen olvidado. Una conversación tan grave aumentó, como era natural, mi tristeza y mi aflicción, y como consecuencia, era tarde, muy tarde, cuando conseguí conciliar el sueño, lo que motivó que ayer mañana me levantase bastante más tarde que de ordinario. Me vestí de prisa, recé mis oraciones, y me disponía a bajar, cuando oí voces y ruido debajo de mi ventana, junto a la puerta de la casa. Me asomé, y vi a muchos caballeros, caballeros soberbios, Gabriel, seguidos por un ejército de escuderos, pajes y servidores, y detrás de todos, una carroza dorada, soberbia, una carroza que deslumbraba: no exagero, Gabriel. Contemplaba yo absorta el cortejo, no acertando a comprender que se hubiese detenido delante de nuestra humilde casa, cuando llamó a la puerta de mi cuarto Antonio, y me suplicó, de parte de Enguerrando, que bajase al punto. Me dio la orden, aunque sin saber por qué, pero comprendí que debía obedecer, y obedecí. Cuando penetré en el salón, allí estaban ya todos los arrogantes caballeros que había visto desde la ventana. Mi cara ardía, yo temblaba y sentí un espanto indecible. ¿Concibes eso, Gabriel?

—Sí —contestó el mancebo con amargura—. Pero continúa, que la historia resulta interesante de verdad.

—No bien entré, uno de los caballeros más llenos de bordados avanzó hacia mí, y tendiéndome su mano enguantada, me condujo delante de otro caballero, no menos cubierto de bordados, a quien dijo, inclinándose profundamente:

«—Monseñor duque de Castro: tengo el alto honor de presentaros a vuestra esposa. Señora —añadió, volviéndose hacia mí—: Monseñor Horacio Farnesio, duque de Castro, vuestro esposo».

El duque me saludó con una sonrisa, pero yo, confusa y desolada, me arrojé llorando en los brazos de Enguerrando, a quien acababa de ver en un rincón.

«— ¡Enguerrando, Enguerrando! Este señor príncipe no es mi marido: mi marido es otro, mi marido es Gabriel. ¡Por favor, dilo así a estos señores!

«El que me había presentado al Duque frunció el entrecejo.

«— ¿Qué niñería es ésta? —preguntó a Enguerrando, con entonación severa.

«—Nada, monseñor; una niñería, como acabáis de decir muy bien —respondió Enguerrando, pálido como un cadáver.

«— ¿Estáis loca, Diana? —prosiguió en voz baja, dirigiéndose a mí—.

¿Cómo osáis rebelaros, desobedecer a vuestros padres, que os han encontrado y os reclaman?

«— ¿Dónde están mis padres? —pregunté en voz alta—. Quiero hablar con ellos.

«—En su nombre hemos venido, señorita —contestó el señor severo—. Soy su representante; y si no dais crédito a mis palabras, ved esta orden, firmada por el rey Enrique II, nuestro señor. Leed.

«Me presentó un pergamino sellado con lacre rojo. Leí el principio, que decía: Nos, Enrique, por la gracia de Dios... y la firma estampada al pie: Enrique. Yo estaba turbada, sorprendida, aniquilada; sentía vértigos, creo que deliraba, no sabía lo que me pasaba. Las miradas de todos se fijaban en mí, me abandonaba Enguerrando... ¡hasta Enguerrando! La idea de mis padres, la firma del rey... ¡Oh! ¡Era demasiado para una niña como yo! ¡Y como tú no estabas allí, Gabriel!...

—Me parece que no te era necesaria mi presencia —replicó Gabriel.

— ¡Sí, Gabriel, sí! ¡Me era necesaria, muy necesaria! ¡Si tú hubieras estado presente, yo habría resistido más, pero como no estabas...! Aquel señor que parecía dirigirlo todo, me dijo: «¡Vamos! ¡Hemos perdido ya demasiado tiempo! Señora de Leviston: os confío a la señora de Castro. Os esperamos para subir a la capilla». ¡Gabriel... perdóname! ¡Yo estaba aturdida, loca, no tenía más que una idea!...

—Perdonarte... ¿por qué? Nada más natural que lo que hiciste —contestó el mancebo sonriendo sardónicamente.

—Me llevaron a mi cuarto —continuó diciendo Diana—, donde la señora de Leviston, ayudada por dos o tres mujeres, sacó de un baúl inmenso un vestido de seda blanco. Sin importarles la vergüenza que yo tenía, me desnudaron entre todas, y me vistieron de nuevo. Ataviada con aquel vestido tan soberbio, ni a moverme me atrevía. Me adornaron las orejas con perlas, colocaron alrededor de mi cuello un collar de perlas, mis lágrimas rodaban sobre las perlas, pero aquellas señoras no hacían caso de mi llanto, se reían de mi turbación y tal vez hasta de mi pena. Al cabo de media hora estaba vestida y engalanada, y todas me repetían que me encontraban encantadora. Si he de decir lo que siento, creo que tenían razón, Gabriel, aunque no por ello cesaba mi llanto. Llegué a persuadirme de que me dominaba un sueño terrible y fantástico, pues caminaba automáticamente, iba y venía sin voluntad. Mientras tanto, los caballos piafaban impacientes delante de la puerta, y escuderos, y pajes y criados esperaban. Bajamos, y todas las miradas de aquella reunión imponente volvieron a fijarse en mí. El caballero de la voz áspera me ofreció de nuevo la mano y me condujo a una litera tapizada de oro y seda, y me sentó

sobre cojines casi tan ricos como mi vestido. El duque de Castro, que montaba soberbio caballo, se colocó junto a la portezuela, y el cortejo emprendió la marcha hacia la capilla del castillo de Vimoutiers. El sacerdote esperaba revestido en el altar. No podré decirte qué palabras me dirigió ni qué frases pronunciaron mis labios, repitiendo las que me eran dictadas. Recuerdo como en sueños que el duque me puso un anillo en el dedo, y que, al cabo de veinte minutos, o de veinte años, no puedo precisar, recobré el sentido al sentir que acariciaba mi rostro otra atmósfera menos templada. Salimos de la capilla, y todos me llamaban señora duquesa. ¡Estaba casada! ¿Comprendes, Gabriel? ¡Estaba casada!

Por toda contestación, Gabriel soltó una carcajada de loco.

—Para que comprendas cuan fuera de mí me hallaba —repuso Diana—, te diré que, hasta que volvimos a entrar en nuestra casa, no me acordé de mirar al marido que aquellos caballeros desconocidos habían venido a imponerme. Le había visto antes, como es natural, pero sin mirarle. ¡Ah, mi desventurado Gabriel! ¡Es mucho menos guapo que tú! Su estatura es regular, nada más que regular, y con toda la riqueza de su atavío, está mil veces menos elegante que tú con tu modesta ropilla. Además: sus modales son tan impertinentes y altaneros como sencillos y agradables los tuyos. Añade a esto que su cabello y su barba son de un color rojo subido. ¡Me han sacrificado, Gabriel! El duque, mi marido, después de conferenciar un rato con el representante del rey, se acercó a mí, y tomando mi mano, me dijo sonriente:

«—Señora duquesa: no dudo que tendréis la bondad de perdonarme si una necesidad, harto dura para mí, me obliga a dejaros tan pronto; pero sabéis, o quizás no sabéis, que sostenemos una guerra terrible contra España, y mis hombres de armas reclaman mi asistencia inmediata. Espero tener la dicha de veros alguna vez en la corte, pues desde esta semana iréis a vivir al lado del rey. Os suplico que os dignéis aceptar algunos presentes que me he tomado la libertad de dejar aquí para vos, y hasta nuestra vista, señora. Conservaos encantadora, alegre y dichosa, divertíos y jugad, mientras yo me bato con el enemigo.

«Al terminar de hablar, me dio un beso familiar en la frente. Por cierto que me pincharon los pelos de su barba, que no es sedosa como la tuya, Gabriel. Me saludaron todos aquellos caballeros y todas aquellas damas, y se fueron alejando poco a poco, dejándome al fin sola con Enguerrando. Este había comprendido poco más o menos lo mismo que yo. Le habían dado a leer el pergamino del rey, que era, me parece, una orden real disponiendo que yo me casase con el duque de Castro. El caballero que representaba a su majestad se llama el conde de Humières; le ha reconocido Enguerrando por haberlo visto en una ocasión con el señor de Vimoutiers. Una sola cosa sabía Enguerrando y no yo, por cierto la más triste de todas, y era que la señora de Leviston, la que



me vistió, y que reside en Caen, vendría a buscarme dentro de breves días para conducirme a la corte, a cuyo efecto debía yo estar preparada. Ya has oído, mi querido Gabriel, mi triste y peregrina historia... ¡Ah! ¡Olvidaba un detalle! Al volver a mi habitación, encontré en ella una caja muy grande. ¿A que no aciertas qué contenía? Te lo diré yo: dentro de ella encontré una muñeca muy grande, un equipo completo y lujoso de ropa blanca y tres vestidos, uno de seda blanco, otro de damasco encarnado y otro de brocado verde, todo para el uso de la muñeca. ¡Me incomodé, Gabriel, me incomodé de veras al ver los presentes de mi marido! ¿No te parece que es humillante para mí tratarme como una niña? Por cierto que el vestido encarnado es el que sienta mejor a la muñeca. Los zapatos son lindísimos, pero el proceder de mi marido no ha podido ser más indigno, porque me parece que no soy ya una niña».

—Sí, Diana; eres una niña: una niña en toda la extensión de la palabra —dijo Gabriel, cuya cólera se había trocado insensiblemente en tristeza—. No he de censurarte porque tienes doce años, que fuera injusto y absurdo imputarte a crimen tu corta edad, pero me culpo a mí, por haber consagrado a un alma excesivamente joven y ligera un sentimiento tan ardiente y profundo como el mío, pues la pena que ahora experimento bien elocuentemente demuestra cuánto te amaba, Diana. No te culpo ni te recrimino, no; te lo repito, Diana: pero, si hubieses sido más enérgica, si hubieras tenido mayor entereza para resistirte a cumplir una orden injusta, o hubieras exigido un plazo, siquiera fuese breve, antes de dar tu consentimiento, tal vez habríamos sido felices. Tú has encontrado a tus padres, que por lo visto son de ilustre prosapia, y yo venía a comunicarte un secreto de importancia, que me ha sido revelado hoy mismo, y que reservo porque ya no te hace falta saberlo. ¿Para qué? Es demasiado tarde. Tu debilidad ha cortado el hilo de mi destino, que yo creía tener asegurado para siempre. ¿Me será posible olvidarte algún día, Diana? Preveo que conservaré de ti un recuerdo eterno, y que mis amores juveniles llenarán siempre mi corazón; pero tú, deslumbrada por el brillo de la corte, aturdida por el ruido de las fiestas, no tardarás mucho en olvidar al que tanto te adoró en los días de tu oscuridad.

— ¡Nunca! —exclamó Diana con arrebató—. Más te diré: ahora que estás a mi lado, ahora que puedes ayudarme y darme ánimos, ¿quieres que me niegue a salir de aquí cuando vengan a buscarme, que resista todas las súplicas, todas las instancias, todas las órdenes, para no separarme nunca de tu lado?

—Gracias, Diana querida, gracias; pero ya ves: de hoy para siempre, ante Dios y ante los hombres, perteneces a otro. Fuerza es que todos cumplamos nuestro deber y sigamos nuestro destino. Conforme ha dicho el duque de Castro, no tenemos más remedio que irnos cada cual por nuestro lado: tú, al bullicio de la corte; yo, al estruendo de las batallas. Lo único que pido a Dios

es que me permita volver a verte algún día.

— ¡Sí, Gabriel! ¡Te volveré a ver y te amaré siempre! —exclamó la pobre Diana, llorando y arrojándose en los brazos del mancebo.

Apareció en aquel punto Enguerrando por una alameda próxima, precediendo a la señora de Leviston.

—Aquí está, señora —dijo—. ¡Ah! ¿Sois vos, Gabriel? —añadió al ver al joven—. Iba a Montgomery con el propósito de veros, pero tropecé en el camino el coche de la señora de Leviston y tuve precisión de regresar.

—El rey ha manifestado a mi marido, señora —dijo la de Leviston a Diana—, que tenía vivos deseos de veros, y en su vista, me ha parecido conveniente adelantar nuestro viaje. Dentro de una hora, si os parece, nos pondremos en camino. Creo que no tendréis necesidad de hacer muchos preparativos, ¿no es cierto?

Diana dirigió a Gabriel una mirada.

— ¡Valor! —dijo el joven con gravedad.

—También me cabe el placer de anunciaros —repuso la señora de Leviston— que vuestro padre adoptivo puede y quiere acompañarnos a París, y que, si os parece bien, mañana se nos reunirá en Alençon.

— ¡Si me parece bien! —repitió Diana—. Nadie se ha tomado la molestia de decirme quiénes son mis padres, pero yo daré siempre el dulce nombre de padre a Enguerrando.

Y tendió la mano al buen viejo, que la cubrió de besos, y mientras tanto, Diana dirigió a través del velo de sus lágrimas una mirada intensa a Gabriel, que estaba pensativo y triste, pero resignado y decidido.

—Vamos, señora —dijo la de Leviston, que no podía dominar su impaciencia—. Tened presente que debemos estar en Caen antes de que cierre la noche.

Diana entonces, anegada en lágrimas, sofocada por los sollozos, subió con paso precipitado a su cuarto, pero no sin indicar por medio de una seña a Gabriel que la esperase. Enguerrando y la señora de Leviston la siguieron, y Gabriel quedó solo en el jardín.

Al cabo de una hora, en cuyo tiempo se cargaron en el carruaje todos los efectos que Diana quería llevar consigo, reapareció ésta en traje de camino. Antes de montar en el coche, pidió permiso a la señora de Leviston, que la seguía como una sombra, para dar el último paseo por el jardín donde por espacio de doce años había jugado tan inocentemente. Gabriel y Enguerrando la fueron siguiendo durante el recorrido. Diana se detuvo delante de un rosal

que entre ella y Gabriel habían plantado el año anterior: cortó dos rosas blancas, prendió una a su vestido y dio la otra a Gabriel, después de haberla llevado a sus labios. El mancebo sintió que, al mismo tiempo que la rosa, Diana dejaba en su mano un papel, que ocultó precipitadamente en su ropilla.

Después de despedirse Diana de sus paseos, de sus árboles y de sus flores, ya no tenía pretexto para dilatar la marcha. Llegada junto al carruaje que debía conducirla, dio la mano a los servidores de la casa y a todas las buenas gentes del pueblo que la conocían y adoraban, despidiéndose de todos con frases entrecortadas, pues el pesar no la dejaba hablar. Abrazó a Enguerrando y luego a Gabriel, sin importarle la presencia de la señora de Leviston. En los brazos de su amigo de la infancia recobró la voz. Al decirle Gabriel: «¡Adiós... adiós!», ella replicó:

— ¡No! ¡Hasta la vista!

Montó llorando en el carruaje, pero la infancia volvió pronto por sus fueros, pues Gabriel la oyó que preguntaba a la señora de Leviston con la gracia que le era habitual:

— ¿Habrán olvidado poner en el carruaje mi muñeca?

Los caballos partieron a galope.

Gabriel desdobló el papel que Diana había puesto en su mano y encontró un rizo del rubio y hermoso cabello de la niña que tantas veces había besado.

Un mes más tarde, Gabriel, ya en París, se hacía anunciar en el palacio de los Guisa al duque Francisco de Guisa bajo el título de vizconde de Exmés.

### III

#### EN EL CAMPAMENTO

—Sí, señores —dijo el duque de Guisa, entrando en su tienda, a los caballeros que le rodeaban—. Hoy, veinticuatro de abril de mil quinientos cincuenta y siete, a los nueve días de haber penetrado en territorio de Nápoles, después de haber tomado a Campli en cuarenta y ocho horas, ponemos sitio a Civitella. El día primero de mayo, dueños ya de Civitella, alzaremos nuestras tiendas de campaña frente a los muros de Aquila; el diez de mayo estaremos delante de Arpiño, el veinte en Capua, donde no nos dormiremos como Aníbal, y el primero de junio, caballeros, quiero que veáis a Nápoles, con la ayuda de Dios...

—Y la del Papa, mi querido hermano —interrumpió el duque de Aumale

—. Su Santidad, no obstante habernos ofrecido el concurso de sus soldados pontificios, nos deja hasta el presente reducidos a nuestras fuerzas, y yo opino que nuestro ejército no es bastante poderoso para que nos aventuremos demasiado por territorio enemigo.

—El triunfo de nuestras armas interesa demasiado a Paulo IV para que nos deje sin auxilio... ¡Qué hermosa y transparente está la noche, señores! Biron: ¿sabéis si comienzan a moverse los comprometidos en el alzamiento de los Abruzos, de que nos hablaron los Caraffa?

—No se mueven, monseñor —contestó el interrogado—, según noticias recientes y dignas de crédito.

—Les despertarán nuestros mosquetazos —dijo el duque de Guisa—. ¿Habéis oído hablar, señor marqués de Elbceuf, de los convoyes de víveres y de municiones que debieron encontrarnos en Ascoli, y que no dudo que recibiremos aquí?

—En efecto, monseñor: oí hablar de los convoyes, pero en Roma; después...

—Un retraso momentáneo —interrumpió el duque de Guisa—; seguramente se trata de un retraso. No pueden tardar en llegar, y, por otra parte, todavía no estamos desprovistos. La toma de Campli nos ha proporcionado algunas vituallas. Apostaría a que, si dentro de una hora entraba yo en la tienda de cualquiera de vosotros, caballeros, encontraría una cena opípara, servida ya, un caballero, el dueño de la tienda, sentado a la mesa, una viuda desconsolada, o una lindísima huérfana de Campli, dispuestos a hacer honor a la cena, y al primero procurando consolar a su hermosa. Nada más natural, señores: obrar así es obligación sagrada del vencedor, obligación que hace que parezca dulce la costumbre de vencer. Id, pues, señores: no os quiero retener. Mañana, al despuntar el día, os reuniré para que juntos busquemos los medios de derretir ese rico pilón de azúcar que llaman Civitella. Mientras tanto, os deseo buen apetito y mejor noche.

El duque acompañó riendo hasta la salida de su tienda a los jefes de su ejército, pero cuando cayó el tapiz que la cerraba y Francisco de Guisa se encontró solo, su rostro varonil reflejó cierta expresión de desaliento. Sentóse delante de una mesa, y apoyando la frente sobre las dos manos, dijo a media voz:

— ¿Habría obrado mejor renunciando a toda ambición personal, conformándome con ser general de Enrique II y limitándome a reconquistar el Milanesado y a dar la libertad a Siena? Ya estoy en tierras de Nápoles, sobre cuyo trono soñé sentarme; pero me encuentro sin aliados, muy en breve me faltarán los víveres, y todos los jefes de mis tropas, incluso mi hermano,

espíritus poco templados, hombres faltos de energías y de ideales, no tardarán en sucumbir al desaliento: lo estoy viendo perfectamente.

Oyó el duque de Guisa en aquel momento pasos detrás de sí; volvió enojado la cabeza, con ánimo de reprender al temerario interruptor, pero al ver quién era éste, lejos de reprenderle, le tendió la mano.

— ¿No seréis vos, vizconde de Exmés —dijo—, no seréis ciertamente vos, mi querido Gabriel, quien sienta desfallecimientos ni se niegue a seguirme porque escasee demasiado el pan y abunden, en cambio, nuestros enemigos, verdad? No; no son de temer vacilaciones en quien salió el último de Metz y entró el primero en Valenza y en Campli... ¿Venís a anunciarme alguna noticia nueva, mi buen amigo?

—Sí, monseñor: vengo a anunciaros la llegada de un correo de Francia —contestó Gabriel—. Creo que es portador de pliegos de vuestro hermano monseñor Cardenal de Lorena. ¿Queréis que le introduzca en vuestra tienda?

—No hay necesidad: que os entregue los pliegos de que es portador, y tened la bondad de traérmelos vos mismo.

Gabriel se inclinó y salió, volviendo al poco rato con un pliego sellado con las armas de la Casa de Lorena.

Los seis años transcurridos, apenas si habían operado el menor cambio en nuestro amigo Gabriel, aunque, como es natural, sus facciones habían adquirido líneas más viriles y decididas que dejaban adivinar al hombre que ha probado y conocido su propio valor. Su frente seguía siendo pura y serena, su mirada era leal y en su pecho latía el mismo corazón de siempre, un corazón juvenil rico en ilusiones. Verdad es que no contaba más que veinticuatro años de edad.

Treinta y siete tenía el duque de Guisa, y aunque estaba dotado de un natural generoso y magnánimo, su alma había recorrido ya muchos senderos lóbregos que eran un misterio para la experiencia de Gabriel, y más de un desengaño, más de una ilusión desvanecida, más de un combate estéril, habían hundido sus ojos y disminuido los cabellos de sus sienes. Pero había sabido comprender el carácter caballeresco de Gabriel, había sabido apreciar su lealtad, y el hombre de experiencia sentía una simpatía irresistible hacia el joven confiado.

Tomó de manos de éste la carta de su hermano y, antes de abrirla, se dijo:

—Escuchadme, vizconde de Exmés: mi secretario, a quien conocisteis, Hervé de Thelen, perdió la vida frente a los muros de Valenza; mi hermano, el duque de Aumale, es un soldado valiente, pero absolutamente incapaz, y yo tengo necesidad de un brazo derecho, de un confidente, de un segundo,

Gabriel. Desde que os presentasteis en mi palacio de París, hará cinco o seis años, si no ando equivocado, he podido convencerme de que sois un espíritu superior, y sobre todo un corazón fiel y generoso. Yo no os conocía, aunque sí sabía que no ha existido un Montgomery que no fuera bravo; vinisteis sin que nadie os recomendara, pero me agradasteis al momento y os llevé conmigo a la defensa de Metz, y si esta defensa ha de llenar con derecho una de las páginas más hermosas de mi historia, y si después de sesenta y cinco días de ataques logramos alejar de los muros de Metz un ejército de cien mil soldados, mandado por un general que se llamaba Carlos V, recuerdo y recordaré con placer que vuestra intrepidez jamás desmentida y vuestra inteligencia siempre despierta, contribuyeron poderosamente a tan glorioso resultado. Al año siguiente me acompañasteis en la victoria de Renty, y si el asno de Montmorency, apellidado con razón el... Pero no quiero injuriar a mi enemigo, sino elogiar a mi excelente amigo y fiel camarada, a Gabriel, vizconde de Exmés, y vástago digno de los dignísimos Montgomery. Quiero deciros, Gabriel, que en toda ocasión, y de una manera particularísima desde que penetramos en Italia, he encontrado en vos un buen apoyo, un buen consejero y un buen amigo, sin que nunca haya tenido que dirigiros la menor reconvención, excepción hecha de la de ser reservado en demasía y excesivamente discreto con vuestro general. No me cabe la menor duda de que en el fondo de vuestra alma se agita un sentimiento o una idea que me ocultáis, Gabriel, pero algún día me lo descubriréis todo. Me basta con saber que pensáis llevar a cabo alguna empresa, y como yo también persigo la mía, si queréis, uniremos nuestras fortunas, y vos me ayudaréis en la mía y yo os ayudaré en la vuestra. Cuantas veces haya de acometer una empresa valiéndome de otra persona, sobre todo si la empresa es difícil y peligrosa, os llamaré, y cuando para la realización de vuestros planes o diseños necesitéis un protector poderoso, allí me tendréis a mí. ¿Os conviene?

— ¡Oh, monseñor! —exclamó Gabriel—. ¡Vuestro soy en cuerpo y alma! Mi aspiración primera era poder tener alguna confianza en mí y hacer que la tuviesen los demás. Ahora tengo ya alguna confianza en mí, y vos os dignáis otorgarme alguna estimación: he conseguido, pues, mi primer objetivo. Que el porvenir pueda deparar otro distinto a mis esfuerzos, no seré yo quien lo niegue, monseñor, y entonces, puesto que me brindáis un trato tan ventajoso para mí, no dudéis de que recurriré a vos, como vos, monseñor, podéis contar conmigo mientras viva.

— ¡Trato hecho, per Bacco!, como dicen los italianos. Puedes tener la seguridad, Gabriel, de que Francisco de Lorena, duque de Guisa, te servirá con ardor en todas las ocasiones, sean tus amores o tus odios los que exijan su cooperación, y digo tus amores o tus odios, porque es difícil que no abriguemos alguno de estos dos sentimientos, ¿verdad?

—Tal vez entrambos, monseñor.

— ¿De veras? ¿Y cómo teniendo el alma tan llena no la has descargado en el pecho de un amigo?

— ¡Ah, monseñor! ¡Es que apenas sé a quién amo y desconozco en absoluto al que odio!

— ¡Es particular! ¡Sería gracioso que tus enemigos fuesen también los míos! ¡Si uno de ellos fuera, por ejemplo, ese viejo impúdico de Montmorency...!

—Bien pudiera ser, monseñor: si mis sospechas se convierten en... Pero no se trata de mí en este momento, sino de vos y de nuestros grandes proyectos. Decidme, monseñor, en qué puedo servirlos.

—Ante todo, deseo que leas esa carta de mi hermano el cardenal de Lorena, Gabriel.

Abrió Gabriel el pliego, pasó por él la vista, y lo devolvió al duque diciendo:

—Perdonad, monseñor: esta carta está escrita con caracteres especiales que no puedo comprender.

— ¡Ah! —exclamó el duque—. Entonces la ha traído el correo de Juan Panquet. Sin duda esa carta confidencial, carta cifrada... Esperad, Gabriel.

Diciendo esto, abrió un cofrecito de hierro primorosamente cincelado, sacó de él un papel calado, lo extendió sobre el escrito del cardenal, y se lo dio a Gabriel, diciendo:

—Leed, amigo mío.

Como vacilara Gabriel, el duque le estrechó la mano, le dirigió una mirada llena de confianza, y repitió:

—Leed, amigo mío.

El vizconde de Exmés, leyó:

Mi muy reverenciado y muy ilustre señor y hermano... (¿Cuándo podré dirigirme a vos encabezando los escritos con una sola palabra de cinco letras, con la palabra Señor?).

Interrumpió Gabriel su lectura.

— ¿Os extraña esa frase, Gabriel? —preguntó el duque sonriendo—. Es natural, pero espero que no pondréis en tela de juicio mi lealtad. El duque de Guisa no es un condestable de Borbón, amigo mío... ¡Que Dios conserve a nuestro señor Enrique II la corona y la vida! ¿Pero no hay en este mundo más

tronos que el de Francia? Y ya que la casualidad me proporciona la ocasión de depositar en vos toda mi confianza, no quiero ocultaros nada, voy a revelaros todos mis proyectos y todos mis sueños que, por lo menos, no son propios de un alma vulgar.

El duque se había levantado y caminaba a lo largo de la tienda.

—Nuestra Casa, Gabriel —continuó—, está entroncada con tantas Casas reales, que puede aspirar, en mi concepto, a las mayores grandezas; pero aspirar poco significa; lo que yo quiero es que obtenga. Nuestra hermana es reina de Escocia: nuestra sobrina María Estuardo es la prometida del delfín Francisco, y nuestro sobrinito el duque de Lorena ha nacido para ser yerno del rey. No es esto todo: nosotros creemos que somos los representantes de la segunda Casa de Anjou, de la que descendemos por línea femenina, y, por consiguiente, tenemos pretensiones, o derechos, que para el caso viene a ser lo mismo, sobre la Provenza y sobre Nápoles. Contentémonos, por ahora, con Nápoles: la corona de este reino, ¿no estaría mejor sobre la cabeza de un francés que sobre la de un español? Para ceñir esa corona vine yo a Italia. Estamos aliados con el duque de Ferrara y unidos a los Caraffa, sobrinos del Papa. Paulo IV es muy viejo; le sucede mi hermano el cardenal de Lorena: vacila el trono de Nápoles, y para evitar que se derrumbe, le ocupo yo. He aquí explicado por qué he dejado a mis espaldas a Siena y el Milanesado para saltar a los Abruzos. El sueño era espléndido, soberbio, pero, amigo mío, temo que en sueño quede. Cuando pasé los Alpes, no llegaba mi ejército a doce mil hombres, pero el duque de Ferrara me había prometido siete mil, que conserva dentro de sus Estados, y Paulo IV y los Caraffa se vanagloriaban de que sin dificultad alzarían en Nápoles una facción poderosa, a la par que se comprometieron a proporcionarme soldados, dinero, y municiones de boca y guerra, aunque hasta la fecha ni han alzado la facción, ni me han enviado un solo hombre, ni un solo furgón, ni un escudo. Mis jefes vacilan y mis tropas murmuran... ¡pero no importa! No cejaré; llegaré hasta el fin, no abandonaré esta tierra de promisión, y si algún día la abandono, será para volver a ella una y cien veces hasta ver logrado mi objeto.

El duque golpeaba el suelo con los pies, como para tomar posesión de él, y sus ojos despedían rayos.

—Monseñor —dijo Gabriel—; me llena de orgullo y de alegría el haberme asociado a vos, y por nada del mundo renunciaría a la parte, por insignificante que sea, que me pueda caber en los trabajos encaminados al logro de vuestras legítimas y gloriosas ambiciones.

—Y ahora —añadió sonriendo el duque—, puesto que os he dado la doble clave de la carta de mi hermano, Gabriel, creo que podréis leerla y comprenderla. Continuad, pues, que os escucho.



«Señor»... —Me parece que quedamos aquí—. «Tengo que anunciaros tres noticias: dos malas y una buena. Es la buena que el matrimonio de nuestra sobrina María Estuardo se ha fijado para el día 20 del mes próximo, en cuya fecha se celebrará en París con toda solemnidad. De las dos noticias malas, una ha llegado de Inglaterra. Felipe II de España ha desembarcado allí, y no cesa de incitar a su esposa la reina María Tudor, que le obedece ciegamente porque le ama con locura, a que declare la guerra a Francia. Todo el mundo da por descontado que lo conseguirá, pese a los intereses y al deseo de la nación inglesa. Se habla ya de un ejército que habrá de reunirse en la frontera de los Países Bajos, cuyo mando asumirá el duque Filiberto Emanuel de Saboya. Si esto se confirma, mi querido hermano, como el rey Enrique II lucha con tanta escasez de soldados, se verá en la precisión de haceros venir de Italia, en cuyo caso, nuestros proyectos sufrirán por lo menos un aplazamiento. Si esto ocurriera, reflexionad, Francisco, y no olvidéis que preferible es aplazarlos a comprometerlos, que un rasgo de temeridad, una terquedad obstinada, podrían ser peligrosas. Nuestra hermana la reina regente de Escocia amenazará a los ingleses con una ruptura de relaciones, pero la reina María de Inglaterra, enamorada como está de su joven esposo, no hará caso de las amenazas: tenedlo presente, y obrad en consecuencia».

— ¡Cuerpo de Cristo! —exclamó el duque, descargando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Mi hermano tiene razón! ¡Es un zorro ladino que sabe olfatear las cosas! Sí; María la mojjigata se dejará seducir por su esposo, no me cabe duda, y yo... yo no desobedeceré al rey, que me pedirá sus tropas en tan crítica ocasión; abandonaré Italia, y abandonaría todos los reinos del mundo... ¡Nuevo obstáculo que se presenta en esta maldita expedición! Sí, Gabriel; convengamos en que es maldita, a pesar de la bendición del Santo Padre. En confianza, Gabriel: ¿verdad que os parece desesperada nuestra expedición?

—Yo no quisiera, monseñor —contestó Gabriel—, que me colocarais en el grupo de los desalentados, pero... puesto que hacéis un llamamiento a mi sinceridad...

—Comprendo, Gabriel, comprendo, y comparto tu opinión. No será en esta ocasión, lo presiento, cuando llevaremos a feliz término las grandes cosas de que hablábamos hace un momento, amigo mío, pero juro que no renuncio a la partida, que el juego quedará aplazado, solamente aplazado. Herir a Felipe II en cualquier parte que sea, será herirle en Nápoles... Pero, continuad, Gabriel, que si mi memoria no es flaca, nos queda otra mala noticia por saber.

Gabriel prosiguió su lectura:

«El otro asunto desagradable que debo comunicaros, si tenemos en cuenta que afecta directamente a nuestra familia, no es menos grave que el anterior, pero como aún tiene remedio, como opino que cabe prevenirlo, me apresuro a

ponerlo en vuestro conocimiento. Habéis de saber que el señor condestable de Montmorency, extrema más que nunca, desde que os ausentasteis, su enemistad contra nuestra familia, y no cesa de envidiar y maldecir, como es su costumbre, las bondades de que el rey nos colma. La próxima celebración del matrimonio de nuestra querida sobrina María con el delfín ha exasperado, como era de esperar, su mal humor, pues comprende que el equilibrio que el rey mantenía entre las Casas de Guisa y de Montmorency ha dejado de existir, y que la balanza del favor real se inclina decididamente en nuestro provecho. El viejo condestable pide a grito herido una compensación, y parece que la ha encontrado en el casamiento de su hijo Francisco, el prisionero de Théroouanne, con...

El lector se interrumpió: faltóle la voz y una densa palidez cubrió su rostro.

— ¿Qué tenéis, Gabriel? —preguntó el duque—. Estáis pálido... desfallecido... ¿Os habéis puesto enfermo?

—No es nada, monseñor, nada absolutamente... Acaso un poquito de fatiga, atolondramiento... pero pasó ya, y puedo continuar la lectura, si queréis. ¿Dónde estábamos? ¡Ah, ya! Decía el señor cardenal que el mal tenía remedio... ¡No! Más adelante... ¡Aquí es...!

«El casamiento de su hijo Francisco, el prisionero de Théroouanne, con Diana de Castro, la hija reconocida del rey y de Diana de Poitiers. Recordaréis, hermano mío, que la señora de Castro, viuda a los trece años del duque Horacio Farnesio, que perdió la vida en el sitio de Hesdin seis meses después de su matrimonio, ha vivido durante los cinco años últimos en un convento de monjas de París. El rey, cediendo a las reiteradas instancias del condestable, acaba de llamarla a la corte. Es una perla de hermosura, hermano mío; os lo aseguro yo, que soy, como sabéis, inteligente en la materia. Su gracia ha rendido al punto todos los corazones, y particularmente el de su padre. El rey, que la había dado en dote el Ducado de Chatelleraut, acaba de otorgarle ahora el de Angulema. No han transcurrido dos semanas desde que salió del convento, y ya el ascendiente que ejerce sobre el ánimo del rey es un hecho reconocido. Sus encantos y su dulzura son, a no dudar, las causas que han engendrado un cariño tan vivo. En una palabra, a tal punto han llegado las cosas, que la señora de Valentinois, sin que yo atine con la causa, ha juzgado conveniente suponerle oficialmente otra madre, tal vez celosa del nuevo astro que se eleva. Para el condestable supondría una ventaja inmensa el poder llevar a su casa una aliada tan poderosa. Sabéis que Diana de Poitiers no puede negar nada a ese viejo bribón, y no se os oculta que si nuestro hermano de Aumale es su yerno, lazos más estrechos la unen con Anne de Montmorency. Por otra parte, el rey está dispuesto a compensar la influencia omnímoda que tenemos en sus consejos y en sus ejércitos, de lo que infiero que este malhadado matrimonio tiene a su favor muchas probabilidades».

—Otra vez se altera vuestra voz, Gabriel —interrumpió el duque—. Descansad, amigo mío, que yo terminaré la lectura de esa carta que me interesa demasiado. Si ese matrimonio se realizase, el condestable adquiriría sobre nosotros ventajas peligrosas... Sin embargo, yo creía que ese imbécil de Francisco estaba casado con una Fienne... Dadme la carta, Gabriel.

—Estoy completamente repuesto, monseñor —replicó Gabriel, que había leído para sí algunas líneas más—. Sin inconveniente puedo leer los pocos renglones que faltan.

«...este malhadado matrimonio tiene a su favor muchas probabilidades, y una tan sólo en el nuestro. Francisco de Montmorency contrajo matrimonio secreto con la señorita de Fiennes, matrimonio que necesita anular antes de contraer otro. La anulación exige el consentimiento del Papa, y para obtenerlo acaba Francisco de emprender el viaje a Roma. Es preciso, hermano mío, tomarle la delantera, trabajar al Papa antes de la llegada a Roma de Francisco, y poniendo en juego la influencia de nuestros amigos los Caraffa, y la vuestra propia, recabar de Roma la denegación del divorcio, cuya petición irá apoyada, os lo prevengo, con una carta particular del rey. La posición que nos atacan tiene importancia bastante para que vos pongáis en su defensa todos los medios posibles, como lo hicisteis en Saint-Dizier y en Metz. Por mi parte, desplegaré en el asunto toda mi energía, porque lo considero necesario.

«Mientras tanto, pido a Dios, hermano querido, que os conceda una vida dilatada y feliz».

— ¡Vamos! Nada hemos perdido todavía —dijo el duque de Guisa, cuando Gabriel terminó la lectura de la carta del cardenal—. El Papa, que me niega sus soldados, creo que no ha de negarme una Bula.

— ¿Es decir, monseñor, que esperáis que el Papa deniegue la petición de divorcio y se oponga al nuevo matrimonio de Francisco de Montmonrency? —preguntó Gabriel, temblando.

— ¡Sí, sí; lo espero! ¡Pero qué conmovido estáis, mi querido amigo! Vuestra emoción revela hasta qué grado os interesan nuestros asuntos. No tomo yo menos interés en los vuestros, Gabriel... Y ahora, hablemos un poco de vos. Ya que en esta expedición, cuyo desenlace preveo demasiado bien, poco o nada podréis hacer para aumentar el tesoro de servicios brillantes que me habéis prestado, ¿no os parece que debo ser yo quien principie a liquidar la deuda que con vos he contraído? Tened presente, mi querido Gabriel, que no quiero quedarme atrás. Con sinceridad: ¿no puedo seros útil o agradable en algo? Contestadme con franqueza.

—Sois demasiado bondadoso, monseñor... No veo...

—Cinco años hace que os batís heroicamente a mi lado, y todavía no he

conseguido que recibieseis de mí un ochavo. Tendréis necesidad de dinero, ¡qué diablo!, pues esta necesidad a nadie perdona. No os ofrezco un regalo, ni un préstamo, sino una restitución. Fuera, pues, vanos escrúpulos, y aunque sabéis muy bien que no andamos sobrados de...

—Sí, monseñor: sé que vuestras grandiosas ideas tropiezan muchas veces con el obstáculo de la insuficiencia de los medios. Tan no tengo necesidad de dinero, que yo deseaba ofreceros algunos miles de escudos que vendrían muy bien a vuestro ejército, y a mí, hablando con franqueza me son absolutamente inútiles.

—En efecto, vendrían tan bien y tan a tiempo, que desde luego los acepto. ¿Pero tendré la desgracia de no poder, hacer nada por vos, joven sin aspiraciones ni deseos? ¡Ah! ¡Una idea! —añadió bajando la voz—. Anteayer, en el saco de Campli, ese travieso de Thibault, mi criado, reservó para mí, según me han dicho, la mujer del procurador de la ciudad, que es la belleza más afamada de la comarca después de la esposa del gobernador, de la cual no pudo apoderarse. Yo, si he de hablar con franqueza, tengo demasiado en qué pensar, aparte de que mis cabellos se van blanqueando. Pero ¡voto a tal! ¡Me parece que con vuestro talle y con vuestra figura bien podéis reemplazar al más gallardo de los procuradores! ¿Qué os parece?

—Contestaré, monseñor, que la esposa del gobernador, de la que no logró apoderarse vuestro criado, la encontré yo durante el saqueo y la traje aquí, no para abusar de mis derechos, sino con ánimo de librar a una dama ilustre y hermosa de las violencias de la soldadesca. Sin embargo, como posteriormente he podido apreciar que la dama en cuestión no tendría repugnancia alguna en permanecer entre los vencedores, y que gustosa gritaría como el soldado galo: «¡Vae victis!», y yo, ¡pobre de mí!, me encuentro hoy menos dispuesto que nunca a corresponderle, la traeré a presencia de un apreciador más digno que yo de sus atractivos y de su rango.

— ¡Oh! —exclamó riendo el duque—. ¡He aquí un ejemplo de austeridad que trasciende a hugonote! ¿Será que sentís alguna inclinación hacia los reformados, Gabriel? ¡Pues id con cuidado, amigo mío! Por convicción, y por política, que es peor, soy ferviente católico; os arrojaría a la hoguera sin misericordia... ¡Pero, bromas aparte! ¿Por qué no sois un poquito libertino?

—Puede que porque esté enamorado —contestó Gabriel.

— ¡Ah, sí! ¡Recuerdo... recuerdo...! ¡Un odio y un amor! Una pregunta: ¿no puedo yo aproximaros a vuestros enemigos o a vuestra adorada? ¿Os hacen falta títulos?

—Gracias, monseñor; tampoco me hacen falta títulos, y ya os manifesté, al principio de nuestra conferencia, que lo que yo ambiciono no son títulos

vanos, sino un poquito de gloria personal. Y puesto que, según decís, no han de ofrecérsenos aquí grandes empresas, y por consiguiente, apenas si podré prestaros servicios sin importancia, me proporcionaríais un placer especial encargándome de llevar a París, y de depositar a los pies del rey, el día del matrimonio de vuestra real sobrina, las banderas que habéis ganado en Lombardía y en los Abrazos. Colmaríais mi gozo si además me dieseis una carta que atestiguase ante el rey y la corte que algunas de esas banderas las he tomado yo en persona y no sin algún peligro.

—Sencillo es lo que pedís, aparte de justo —contestó el duque de Guisa—. Confesaré francamente que me duele separarme de vos, aunque probablemente nuestra separación durará poco tiempo, si estalla la guerra por la parte de Flandes, como parece que ha de estallar. ¿Verdad, Gabriel, que en ese caso nos veremos por allá? Vuestro placer es la guerra, y os vais de aquí porque no hacemos más que fastidiarnos, ¡voto a tal! En cambio en los Países Bajos han de abundar las distracciones, y yo quiero, Gabriel, que de aquellas gocemos los dos juntos.

—Y yo me tendré por muy feliz en acompañaros, monseñor.

— ¡Magnífico! ¿Cuándo queréis poneos en camino para llevar al rey los regalos de boda que habéis imaginado?

—Cuanto antes mejor, monseñor, si el matrimonio ha de celebrarse el día veinte de mayo, como afirma vuestro hermano el cardenal de Lorena.

—Es verdad. Saldréis mañana, Gabriel, y aun así no tendréis tiempo que perder. Id a descansar, amigo mío, y mientras, yo escribiré la carta que os recomiende al rey, y contestaré la de mi señor hermano, que os confiaré a vos. De viva voz podréis decirle que espero llevar a feliz término la negociación del asunto con el Papa.

—Pudiera suceder, monseñor, que mi presencia en París contribuyera en parte al buen éxito de vuestros deseos, de lo que resultaría que, hasta ausente de vos, os sirvo.

— ¡Siempre misterios, vizconde de Exmés! Pero a bien que con vos no hay más remedio que acostumbrarse a ello.

Que paséis bien la última noche que, por ahora, pasáis a mi lado.

—Mañana por la mañana vendré a recoger las cartas y a recibir vuestra bendición, monseñor... ¡Ah! Os dejo las tropas que me han seguido en todas mis campañas. Únicamente os pediré permiso para llevarme dos soldados y mi escudero Martín Guerra. Me ha servido siempre con lealtad, y es un valiente que sólo a dos cosas tiene miedo: a su mujer y a su sombra.

— ¿Cómo es eso? —preguntó, riendo, el duque.

—Martín Guerra, monseñor, huyó de su país de Artigues por escapar de su mujer Beltrana, a quien adoraba, pero a quien también zurraba de lo lindo. Desde antes de la defensa de Metz entró a mi servicio; pero el diablo o su mujer, que este punto no está aclarado, con objeto de castigarle o atormentarle, se le aparece de cuando en cuando transformado en un segundo Martín Guerra. Cuando menos lo piensa, ve a su lado a otro Martín Guerra, tan parecido a él, como si fuese su propia persona reflejada en un espejo, y ¡claro!, la aparición le desespera y le infunde un terror indecible. Fuera de este flaco, se ríe de las balas y sería capaz de tomar por sí solo un reducto. En Renty y en Valenza me salvó dos veces la vida.

—Llevad con vos a ese bravo miedoso, Gabriel, dadme otra vez la mano, y disponeos para mañana al amanecer, que mis cartas estarán esperándoos.

A la mañana siguiente, Gabriel se presentó muy temprano al duque de Guisa. Había pasado la noche soñando, pero sin dormir. Recibió las últimas instrucciones, se despidió del duque, y el día 26 de abril, a las seis de su mañana, partió acompañado por dos de sus hombres y por Martín Guerra en dirección a Roma, y desde Roma a París.

#### IV

### LA MANCEBA DE UN REY

Estamos a 20 de mayo, nos encontramos en París, en el Louvre y en la cámara de la gran senescala de Bréze, duquesa de Valentinois, llamada comúnmente Diana de Poitiers. Las nueve de la mañana acababan de sonar en el reloj del palacio, y ya estaba Diana vestida de blanco, en traje de mañana, sencillo pero gracioso, reclinada, o mejor dicho, recostada, sobre un lecho cubierto de terciopelo negro. El rey Enrique II, ataviado con magnífico traje, la contemplaba sentado en un sillón.

Detengámonos un instante para pasar breve revista a los personajes y a los adornos de la estancia.

Brillaba en la cámara de Diana de Poitiers todo el lujo y esplendor que la bella y deslumbrante aurora del arte llamado Renacimiento desplegó en la corte de Francia. Cuadros firmados por le Primatice representaban variados episodios de caza, destacándose en todos ellos Diana la Cazadora, la diosa de los bosques y de las selvas, como principal personaje. Medallones y tableros pintados y ricamente dorados ostentaban confundidas las armas de Francisco I y de Enrique II, de la misma manera que en el corazón de la bella Diana se confundían los recuerdos del padre y del hijo. Los emblemas, tan históricos

como significativos, ofrecían en varios lugares la media luna de Diana Febea entre la salamandra del vencedor de Marignan y el Belerofonte pisoteando una Quimera, símbolo adoptado por Enrique II a raíz de la reconquista y toma de Bolonia contra los ingleses. La inconstante media luna aparecía allí en mil formas y combinaciones diferentes, que hacían honor a la imaginación de los adornistas de aquella época: aquí se enlazaba con una corona real, allí aparecía dentro de un marco formado por cuatro E, cuatro flores de lis y cuatro coronas, más allá las medias lunas eran tres, y en estos sitios se veía circundada de estrellas. No eran menos variados los motes o divisas, en su mayor parte escritas en latín: *Diana, regun venatrix. ¿Impertinencia o adulación? Donec totum impleat orbem. Doble traducción: La media luna llegará a ser luna llena. La gloria del rey llenará todo el universo. Cum plena est, fit æmula solis. Traducción libre: La hermosura y la realeza son hermanas. En cuanto a los arabescos que guarnecían y servían de marco a emblemas y divisas, así como también los muebles que las reproducían, si los describiéramos, además de que humillarían nuestras magnificencias presentes, perderían demasiado con nuestra descripción.*

Dirijamos ahora una mirada sobre el rey.

Nos dice la historia que era alto, esbelto y de constitución recia, y que, no obstante tener que combatir por medio de una dieta moderada y un ejercicio cotidiano cierta tendencia decidida a la obesidad, aventajaba en la carrera a los hombres más ligeros y triunfaba en las fiestas y torneos de los más vigorosos. Negros eran sus cabellos y barba y trigueño y delicado su cutis, características que, si hemos de dar crédito a los cronicones, realzaban su belleza. Aquella mañana, como de ordinario, ostentaba los colores de la Valentinois, es decir, traje de raso verde con cuchilladas blancas, adornado con lentejuelas y bordados de oro, gorra con pluma blanca, cuajada de perlas y de brillantes, doble cadena de oro, de la cual pendía un medallón de la Orden de San Miguel, espada cincelada por Benvenuto, gorguera de encaje de Venecia y una capa de terciopelo, sembrada de profusión de lises de oro que flotaba graciosamente sobre sus espaldas. Si el traje era de una riqueza extraordinaria, el caballero que lo lucía era prodigio de elegancia exquisita.

Diana vestía traje de mañana blanco que llamaba la atención por su delicadeza y transparencia singulares. Describir su belleza sería empresa tan difícil como decidir si era el almohadón negro sobre el cual apoyaba su seductora cabeza o el vestido blanco como la nieve que la envolvía, lo que hacía resaltar más la blancura sonrosada de su cutis. La corrección de sus delicadas formas era tan prodigiosa, que habría desesperado al propio Juan Goujon, pues la que quisiéramos describir, y no nos atrevemos, aparte de superar en perfección a la estatua antigua más acabada, era una estatua viva, y demasiado viva, según dicen. De las gracias sembradas a manos llenas sobre

sus enloquecedores miembros, no hablemos, porque pretender describirlas sería empresa tan desesperada como la de intentar copiar un rayo de sol. Tampoco hablaremos de su edad, sencillamente porque no la tenía; únicamente diremos que, semejante en esto, y en tantas otras cosas, a los seres inmortales, las hermosuras más jóvenes y lozanas parecían viejas y marchitas a su lado. Los protestantes hablaban de filtros y de brebajes gracias a los cuales conseguía no pasar nunca de los diez y seis años. Los católicos aseguraban que tomaba todos los días un baño frío, y que, hasta en invierno, se lavaba la cara con agua helada. Hasta nosotros han llegado recetas de Diana; pero es lo cierto que si la Diana del ciervo de Juan Goujon fue copia en mármol de aquel modelo real, no ha vivido desde entonces otro que la iguale en hermosura.

Digna era del amor de los dos reyes que sucesivamente fascinó; y decimos de los reyes, porque si la historia del perdón del señor Saint-Vallier, obtenida por sus hermosos ojos, cabe en lo posible que sea apócrifa, en cambio es un hecho casi probado que Diana fue la manceba del rey Francisco antes de ser la amante de Enrique II.

Refiere Laboureur que habiendo el rey Francisco, primer amante de Diana de Poitiers, manifestado cierto disgusto, poco después del fallecimiento del delfín Francisco, por lo apocado que parecía el príncipe Enrique, respondió Diana que era necesario hacer que se enamorase y que ella se encargaba de galantearle.

Cuando una mujer se empeña en conseguir una cosa, ante su voluntad desaparecen todos los obstáculos, y Diana fue, por espacio de veintidós años, la mujer adorada, y la única que amó Enrique.

Después de haber examinado al rey y a la favorita, justo es que escuchemos su conversación.

Enrique leía en alta voz los versos que vamos a copiar, y que estaban escritos en un pergamino que tenía en la mano, intercalando en su lectura interrupciones y comentarios que no transcribiremos aquí.

Dulces labios soñados  
más frescos y encarnados  
que la encendida flor de los granados  
al despuntar la aurora,  
dulce boca florida,  
roja y sangrienta herida,  
fuente que da la vida,



nido de amor que el alma me enamora...  
más suave y delicada  
que una rosa ataviada  
o una rima callada  
de un salmo religioso todo encanto,  
más hermosa, bien mío,  
que el matinal rocío  
luciendo en los dinteles del estío  
sobre el gallardo airón del amaranto...  
Dame en ella tu amor,  
mi dulce dueña,  
que es tu boca pequeña  
el nido donde sueña  
escondese mi pobre corazón  
hasta que sacie, entre mis labios presos  
de los tuyos, los dulces embelesos  
del placer de tus besos  
llenos de castidad y de pasión.  
Vivamos de esta suerte  
juntos hasta la muerte;  
que yo sonría al verte  
temblar en los arrullos del amor,  
pues ya vendrán los días  
de mustias armonías  
como las elegías  
que en un paisaje gris canta el Dolor.  
Las soñadas delicias,  
los besos y caricias,  
esas, de la pasión, castas primicias,  
no temas, no, gozar...

Que ellas serán el encantado espejo  
donde mirar podremos el cortejo  
de rotas ilusiones, cuando, viejo  
nuestro cuerpo, aún pensemos en soñar.

¿Y cómo se llama el gentil poeta que con tanta propiedad y galanura sabe reflejar lo que hacemos? —preguntó Enrique, cuando hubo terminado la lectura.

—Se llama Remy Balleu, y promete ser, a mi juicio, un rival de Ronsard. Ahora bien —continuó Diana—; ¿creéis, como yo, que esta amorosa poesía vale quinientos escudos?

—Los recibirá tu protegido, mi bella Diana.

—Está bien, señor, pero que no sea esto motivo para olvidar a los anteriores. ¿Habéis firmado el despacho concediendo la pensión que en vuestro nombre ofrecí a Ronsard, el príncipe de los poetas? Sí... ¿verdad? Entonces, sólo me resta pedir os la abadía vacante de Recouls para vuestro bibliotecario, Mellin de Sant-Gellais, nuestro Ovidio francés.

—Nuestro Ovidio será abad, mi encantadora Mecenas —contestó el rey.

— ¡Ah! ¡Cuán dichoso sois, señor, en poder disponer a vuestro capricho de tantos beneficios y empleos! ¡Si en mis manos estuviera vuestro poder siquiera fuese durante una hora...!

— ¿No lo tienes siempre, ingrata?

— ¿Es verdad, rey mío? Pero... van transcurridos dos minutos por lo menos sin que haya recibido un beso de vuestros labios... ¡Vamos! ¡Ya era hora! ¿Decís que puedo disponer de todo vuestro poder? ¡Cuidado...! No me tentéis porque me siento capaz de utilizarlo para liquidar la importante cantidad que me reclama Filiberto Delorme, so pretexto de que ha terminado mi castillo de Anet. Es un edificio que hará honor a vuestro reinado, señor, pero caro, muy caro... ¡Otro beso, Enrique mío!

—A cambio de ese beso, te ofrezco, Diana, el importe de la venta del gobierno de Picardía.

— ¿Vendo yo, por ventura, mis besos, señor? Te los doy, Enrique adorado... El gobierno de Picardía vale doscientas mil libras, ¿no es cierto? Entonces, podré comprar el collar de perlas que me ofrecieron, y que con vivo interés deseaba lucir hoy en la ceremonia del matrimonio de vuestro querido hijo Francisco. Ya tenemos distribuido el gobierno de Picardía: cien mil libras para Filiberto, y cien mil para el collar.

—La distribución sería exacta, Diana mía, si no concedieras al gobierno de Picardía doble del valor que en realidad tiene.

— ¡Pues qué! ¿No vale más que cien mil libras? Lo siento, pero no hay nada perdido: renunciaré al collar.

— ¡Bah! —contestó el rey, riendo—. Siempre encontraremos por ahí tres o cuatro compañías vacantes que pagarán tu collar, Diana.

— ¡Oh, señor! Sois el más generoso de los reyes y el más idolatrado de los amantes,

— ¿De veras, Diana? ¿Me amas tú como te amo yo?

— ¡Y me lo pregunta!

—Es que yo te adoro cada día más; es que de día en día te encuentro más hermosa. ¡Ah! ¡Qué sonrisa tan dulce la tuya! ¡Qué mirada tan embriagadora! ¡Déjame... déjame aquí, a tus plantas... coloca sobre mis hombros tus dos manos, blancas como la nieve, modeladas por ángeles! ¡Qué hermosa eres, Diana, y cuánto te amo! ¡Horas, años enteros permanecería aquí, contemplándote, olvidado de Francia, olvidado del mundo entero!

—Y hasta del solemne enlace de monseñor el delfín —contestó Diana, riendo—, que por cierto debe celebrarse hoy, dentro de dos horas. Pero si vos estáis ya vestido y ataviado con magnificencia, yo, en cambio, no estoy preparada para la fiesta. Creo, rey mío, que es ya hora de que llame a mis doncellas: no deben tardar en dar las diez.

— ¡Las diez! ¡Ahora recuerdo que tengo una cita para esa hora!

— ¡Una cita! ¿Con una mujer, señor?

—Con una mujer; es cierto.

— ¿Hermosa?

—Muy hermosa, Diana.

—Luego no es con la reina.

— ¡Maliciosa...! Catalina de Médicis es hermosa, aunque su hermosura sea severa y fría... Pero no es a la reina a quien espero. ¿No adivinas a...?

—No, por cierto; no adivino.

—Es a otra Diana, al recuerdo vivo de nuestros primeros amores, a nuestra hija... nuestra hija querida.

—Repetís eso demasiadas veces y demasiado alto, señor —observó Diana turbada y frunciendo el lindo entrecejo—. Sin embargo, habíamos convenido en que la señora de Castro pasaría por hija de otra, y no por hija mía. Yo nací

para tener de vos hijos legítimos; he sido vuestra manceba porque os amaba y os amo, pero jamás toleraré que me declaréis públicamente vuestra concubina.

—Se hará cómo nuestra querida orgullosa lo desea —dijo el rey—; pero no por ello dejarás de querer a nuestra hija, ¿verdad?

—La quiero, puesto que la queréis vos.

— ¡Sí! ¡Y mucho! ¡Es tan encantadora, tan espiritual!, ¡tan buena...! Además, Diana, me recuerda mis años juveniles, los años felices en que te adoraba... ¡ah!, no con más pasión que hoy, pero te adoraba... hasta el crimen.

El rey se puso sombrío mientras hablaba. Luego, levantando la cabeza, añadió:

— ¡Montgomery...! No le amabas... ¿verdad, Diana, que no le amabas?

— ¡Donosa pregunta! —exclamó con sonrisa de desdén la manceba del rey—. ¿Han transcurrido veinte años y aún tenéis celos?

— ¡Sí, los tengo, los tuve y los tendré siempre, Diana! Pero, en fin, tú no le amabas... aunque sí él... ¡El miserable tuvo la osadía de poner en ti los ojos!

— ¡Válgame Dios, señor! Habéis abierto siempre los oídos a las calumnias con que me persiguen esos protestantes, y esto, Enrique mío, es impropio de un rey católico. Aun suponiendo que ese hombre me hubiese amado, ¿qué importaba, si mi corazón no ha dejado ni un instante de ser vuestro, y el conde de Montgomery hace muchos años que ha muerto?

— ¡Sí... ha muerto! —repitió Enrique con voz sorda.

—No entristezcamos con recuerdos desagradables un día que debe ser de regocijo y de fiesta —añadió Diana—. ¿Habéis visto ya a Francisco y a María? ¿Continúan tan enamorados como siempre? Pronto quedará satisfecha su natural impaciencia: dentro de dos horas serán el uno del otro, y el júbilo rebotará en sus tiernos corazones, siquiera no sea tan inmenso como el de los Guisa, cuyos deseos colma esta unión.

— ¡Sí, pero en cambio desespera a mi viejo Montmorency, y con razón sobrada, porque temo mucho que nuestra Diana no ha de ser nunca la esposa de su hijo!

— ¿No le habéis ofrecido ese casamiento por vía de compensación, señor?

—Nada más cierto; pero parece que la de Castro siente alguna repugnancia...

— ¿Qué repugnancias puede sentir una niña de dieciocho años que acaba de salir del convento?

—Para confirmarlas me espera en este momento.

—Id a verla, y mientras, yo procuraré ponerme hermosa para agradaros.

—Y después de la ceremonia, te veré en el palenque, pues quiero quebrar hoy algunas lanzas en tu honor y proclamarte reina del torneo.

— ¿Reina? ¿Y la otra?

—No hay más que una, Diana: bien lo sabes tú... Hasta luego.

—Hasta luego, señor, y no seáis temerario ni imprudente en el torneo. Algunas veces me dais miedo.

—Por desgracia, no hay en las justas el menor peligro, aunque confieso que desearía que lo hubiese para que mi rito fuera mayor a tus ojos... Pero pasa el tiempo y se impacientan mis dos Dianas... Me voy, pero no sin que repitas una vez más que me quieres.

—Señor, os quiero como os he querido siempre y como os querré eternamente.

El rey, antes de salir de la estancia y de cerrar la puerta, envió con la mano un beso a su manceba diciendo:

—Adiós, mi adorada, mi idolatrada Diana.

No bien hubo salido Enrique II, se abrió un tablero oculto detrás de un tapiz, y entró el condestable de Montmorency.

— ¡Por la muerte de Cristo! —exclamó brutalmente—. ¡Cuánto habéis charlado hoy!

—Amigo mío —respondió Diana, que se había levantado—; habéis podido observar que, desde antes de las diez, hora convenida para entrevistarnos, estoy haciendo todo lo posible para que se vaya. He sufrido tanto como vos: podéis creerme.

— ¡Tanto como yo! ¡No, ira de Dios, no! ¡Sin duda olvidas, querida mía, cuan edificante era vuestra conversación, y cuan agradable debía serme escucharla! Pero vamos a cuentas: ¿qué significa ese nuevo capricho de negar a mi hijo Francisco la mano de vuestra hija Diana, después de habérsela ofrecido? ¡Por los clavos de Cristo! ¡No parece sino que esa bastarda hace un honor inmenso a la Casa de Montmorency dignándose entrar en ella! ¡Es preciso que ese enlace se efectúe! ¿Lo entiendes bien, Diana? Tú te arreglarás como quieras, debe realizarse, porque es el único medio de restablecer el equilibrio entre nosotros y esos Guisa... ¡que malos demonios estrangulen! Así que, Diana, ya lo sabes: exijo que, pese al rey, pese al Papa y pese al mundo entero, mi hijo se case con Diana.

— ¡Pero... amigo mío...!

— ¡No hay pero que valga! ¡Cuando yo digo quiero... Pater noster!

—Se hará, amigo mío —se apresuró a contestar Diana, aterrada.

## V

### LA CÁMARA DE LOS HIJOS DE FRANCIA

Al entrar el rey en su cámara, no encontró a su hija. El ujier de guardia le manifestó que, después de haberle esperado mucho tiempo, Diana había pasado a la cámara de los hijos de Francia, encargándole que le diese aviso en cuanto llegara el rey.

—Está bien —dijo Enrique II—; iré yo a buscarla.

Cruzó un gran salón, tomó un largo corredor, llegó a una puerta, que abrió sin ruido, y se puso a mirar, oculto por un cortinón. Los gritos y las risas de sus hijos impidieron a éstos oír el ruido de sus pasos, y el rey pudo sorprender un cuadro gracioso y encantador.

De pie, delante de la ventana, estaba María Estuardo, la joven y hechicera novia, y a su alrededor se hallaban Diana de Castro, Isabel y Margarita de Francia, llenas de impaciencia juvenil, parleras y bulliciosas, arreglando un pliegue de su vestido, prendiendo un alfiler, retocando los rizos que se habían deshecho, y dando, en una palabra, la última mano al atavío de la desposada. Al otro extremo de la cámara estaban los hermanos de Carlos, Enrique y Francisco, el más joven riendo y chillando a porfía, y empujando con todas sus fuerzas una puerta que el delfín Francisco, el novio, intentaba en vano abrir. El propósito de los traviosos jóvenes era impedirle ver a su futura hasta el último momento.

Jacobo Amyot, el preceptor de los príncipes, conversaba gravemente en un ángulo con la señora de Coni y con lady Lennox, ayas de las princesas.

En aquel espacio, que podía abarcar una ojeada, estaba reunida toda la historia del porvenir, infortunios, pasiones, glorias. El delfín, que se llamó Francisco II; Isabel, que casó con Felipe II, y fue, por consiguiente, reina de España; Carlos, que llegó a llamarse Carlos IX; Enrique, que fue Enrique III; Margarita de Valois, que ocupó un trono y casó con Enrique IV; Francisco, que fue duque de Alençon, de Anjou y de Brabante, y María Estuardo, que fue reina dos veces y después mártir.

El ilustre traductor de Plutarco observaba con mirada melancólica y profunda los juegos de los niños que representaban el destino futuro de Francia.

— ¡No, no! ¡Francisco no entrará! —gritaba a voces con tono de indómita violencia Carlos Maximiliano, el que ordenó la matanza que la historia conoce con el nombre de San Bartolomé.

Y ayudado por sus hermanos, consiguió correr el cerrojo y hacer de todo punto imposible la entrada al pobre Francisco, que, demasiado débil para vencer la resistencia de sus tres hermanos, gritaba, suplicaba y pataleaba fuera.

— ¡Pobre Francisco! ¡Cómo le atormentan! —dijo María Estuardo a sus hermanas.

—Estése quieta la señora delfina, al menos hasta que prenda ese alfiler —contestó, riendo, Margarita—. ¡Hermosa invención la de los alfileres! Yo haría Par de Francia al hombre que los inventó el año pasado.

—Y una vez prendido el alfiler —dijo Isabel—, voy yo en persona a abrirle la puerta al pobre Francisco, a despecho de esos diablillos. Sufro viéndole sufrir.

—Tú, sin duda, comprendes sus sufrimientos —observó María Estuardo suspirando—. Pensarás en tu arrogante español don Carlos, hijo del rey de España, que nos festejó y galanteó tanto en Saint-Germain.

— ¡Mirad, mirad qué encarnada se pone Isabel! —gritó palmoteando Margarita—. La verdad es que tu castellano es guapo y galante.

— ¡Vaya! —intervino con expresión maternal Diana—. No está bien burlarse de las hermanas, Margarita.

Imposible imaginar cuadro más seductor que el que formaban aquellas cuatro bellezas, tan perfectas y tan diferentes, aquellos cuatro capullitos en flor. Diana, prodigio de pureza y de dulzura; Isabel, grave y tierna; María Estuardo, modelo de languidez embriagadora, y Margarita, viva, bulliciosa, chispeante. Enrique, conmovido y embelesado, no podía separar los ojos de aquella escena.

Preciso era, sin embargo, que se decidiese a entrar.

— ¡El rey! —grifaron todas a coro.

Y ellos y ellas corrieron hacia el rey su padre, excepción hecha de María Estuardo, que quedándose un poquito rezagada, dirigióse con sigilo a la puerta y recorrió el cerrojo. Francisco entró al punto, y toda la familia quedó completa.

—Buenos días, hijos míos —dijo el rey—. Me llena de alegría veros tan felices y contentos... ¿no te dejaban entrar, mi enamorado Francisco? Consuélate pensando en que muy en breve podrás ver a todas horas a tu deliciosa prometida... ¿Os queréis mucho, hijos míos?

— ¡Oh, sí, señor! ¡Adoro, idolatro a María! —respondió el apasionado galán, imprimiendo un beso ardiente en la mano de la que iba a ser su esposa.

— ¡Monseñor! —amonestó con severidad lady Lennox—. No debe besarse en público la mano de las damas, y menos en presencia de su majestad. ¿Qué pensará el rey de la princesa María y de su aya?

— ¿No es mía esa mano? —objetó el delfín.

—Todavía no, monseñor —replicó el aya—. Hasta el último momento quiero cumplir con mi deber.

—Tranquilízate —dijo María en voz baja a su futuro—. Cuando no nos mire, te la dejaré besar.

El rey, conteniendo la risa, dijo:

—Sois muy rígida, señora, pero tenéis razón. Vos, señor Amyot, supongo que no estaréis descontento de vuestros discípulos. Escuchad con atención los consejos y lecciones de vuestro preceptor, hijos míos, que conoce maravillosamente las proezas y hazañas gloriosas de todos los héroes de la antigüedad. ¿Hace mucho tiempo, señor Amyot, que no sabéis de Pedro Danoy, que fue nuestro maestro, y de nuestro condiscípulo Enrique Esteban?

—El anciano y el joven gozan de excelente salud, señor, y se considerarán dichosos cuando sepan que vuestra majestad se ha dignado preguntar por ellos.

—Deseaba veros, hijos míos, antes de la ceremonia, y ya he satisfecho mi deseo. Y ahora, mi querida Diana, estoy a tu disposición. Sígueme.

Diana hizo una profunda reverencia y se dispuso a seguir al rey.

## VI

### DIANA DE CASTRO

Cerca de diez y ocho años tiene Diana, a quien conocimos niña. Su hermosura se había desarrollado siguiendo un proceso regular y encantador. Era, en una palabra, una mujer bellísima a quien la expresión particular de sus ojos revestía de un candor virginal que seducía y embelesaba. Su carácter e inclinaciones en nada habían variado desde que la conocimos. No había cumplido los trece años cuando el duque de Castro, a quien no volvió a ver desde el día de su matrimonio, fue muerto en el sitio de Hesdin. Dispuso el rey que la niña viuda pasase el período de luto en un convento de París, donde Diana contrajo afecciones tan tiernas y hábitos tan gratos, que expirado el tiempo de luto, pidió a su padre permiso para continuar viviendo entre



aquellas santas religiosas y buenas amigas, hasta que tuviera a bien disponer de ella nuevamente. Enrique II respetó la piadosa petición de su hija y no hacía más que un mes que había dispuesto que Diana saliera del convento, porque el condestable de Montmorency, celoso de la autoridad y poder que los Guisa adquirirían en el gobierno, solicitó y obtuvo la mano de la hija del rey y de la favorita.

Durante el mes que acababa de pasar en la corte, Diana había conquistado el respeto y la admiración de todos, «porque —dice Brantôme en su Libro de las Damas ilustres— era tan sumamente buena, que a nadie había causado desazón ni proporcionado el menor disgusto, y además, atesoraba un corazón noble y generoso, y un alma elevada y virtuosa». Pero su virtud, que tan pura y resplandeciente se destacaba en medio de la corrupción general de su tiempo, aparecía libre de austeridad y de rigidez, y, por tanto, tenía mayor mérito. Cuentan que un día dijo un caballero en presencia de Diana que las princesas de Francia debían ser valientes, y que la timidez era cualidad propia de monjas. En pocos días aprendió Diana a montar a caballo, y al cabo de muy breve tiempo, no había jinete tan atrevido y elegante como ella. Desde que supo montar, acompañaba a Enrique en sus excursiones de caza, y el rey se dejó cautivar por su gracia hechicera que, sin afectación, sabía buscar y aprovechar todas las ocasiones de agradarle. Diana gozaba del privilegio de poder entrar a cualquier hora en el aposento de su padre, por quien siempre era recibida. Su encanto seductor, sus modales y movimientos castos, el perfume de virginidad y de inocencia que exhalaba su persona y hasta su sonrisa, un poquito triste, contribuían a hacer de ella la figura más delicada de cuantas vivían en aquella corte, célebre por sus deslumbradoras bellezas.

— ¡Vamos a ver! —principió diciendo Enrique II—. Aquí me tienes dispuesto a escucharte, hija mía. Están dando las once; la ceremonia matrimonial se celebrará a las doce en Saint-Germain-l'Auxerrois, de manera que puedo concederte media hora, y ojalá dispusiera de más tiempo, porque los momentos que paso a tu lado son los mejores de mi vida.

— ¡Cuan indulgente y bueno sois, señor!

—Yo no sé si soy bueno, pero sí que te quiero mucho, hija mía, y que con todo mi corazón deseo complacerte, siempre que no me pidas lo que se oponga a los graves intereses que el rey debe anteponer a sus afecciones. Y para que tengas una prueba de ello, Diana, quiero, ante todo, darte cuenta del resultado de las dos súplicas que me has dirigido: la buena hermana Mónica, que tantas demostraciones de cariño te ha prodigado, y con solicitud tan tierna ha velado por ti en el convento, acaba de ser nombrada abadesa del convento de Origny de San Quintín, gracias a tu recomendación.

— ¡Oh! ¡Cuánto os lo agradezco, señor!

—En cuanto al bravo Antonio, tu servidor predilecto en Vimoutiers, percibirá mientras viva una pensión cuantiosa con cargo a nuestro tesoro; y lo que siento es que no viva Enguerrando, porque hubiera querido demostrar mi gratitud al digno escudero que tan buena educación dio a nuestra querida hija Diana; pero murió el año pasado, y no ha dejado ningún heredero.

— ¡Vuestra generosidad me abruma, señor!

—Todavía hay más, Diana: he aquí las cartas reales que te confieren el título de duquesa de Angulema, y aun todas estas mercedes no llegan a la cuarta parte de lo que desearía hacer por ti. He observado algunas veces que estabas pensativa, triste, Diana, y por eso deseaba tener contigo una conferencia, porque mi afán es consolarte o curar tus penas, si en mi mano está. Dime, hija mía, ¿no eres dichosa?

— ¡Oh, señor! ¿Cómo no serlo, prodigándome vos tanto cariño y tantos beneficios? Una sola cosa pido a Dios, y es que continúe mi presente, tan rico en bienandanzas y dichas. El porvenir, por glorioso que se presente, no podrá nunca compensar la felicidad de mi estado actual.

—Diana —repuso con gravedad el rey—; no ignoras que te hice venir del convento para casarte con Francisco de Montmorency. Es un gran partido, hija mía, y sin embargo, este matrimonio, que, no quiero ocultártelo, tan útil podría ser a los intereses de la corona, parece que te repugna. Ya que no otra cosa, creo que debes exponerme los motivos de esa repugnancia, que me aflige, Diana, lo confieso.

—No os los ocultaré, padre mío —contestó Diana—. En primer lugar, me han asegurado que Francisco de Montmorency casó clandestinamente con la señorita de Fiennes, una de las damas de la reina; ¿es verdad?

—Lo es, en efecto —respondió el rey—; pero ese matrimonio, contraído sin el consentimiento del condestable y el mío, es nulo con arreglo a derecho. Ahora bien, Diana: si el Papa lo declara nulo, si el Papa falla favorablemente la petición de divorcio, no podrás tú ser más exigente que Su Santidad, y de consiguiente, si no existe otra razón...

—Existe otra además, querido padre.

— ¿Y cuál es? ¿Es posible que te haga desgraciada una alianza que colmaría los deseos de las más nobles y ricas herederas de Francia?

—Nada os ocultaré, padre mío... Es que... es que amo a otro —contestó Diana llena de confusión, arrojándose en los brazos del rey.

— ¿Que amas a otro? —repitió el rey estupefacto—. ¿Y cómo se llama el hombre a quien amas?

—Gabriel, señor.

— ¿Gabriel... de qué? —interrogó el rey sonriendo.

—No sé más, padre mío.

— ¿Cómo es eso, Diana? En nombre del Cielo, explícate.

—Todo lo voy a confesar, señor. Es un amor de la infancia. Yo veía a Gabriel todos los días... ¡Era tan complaciente, tan bravo, tan bello, tenía tanto talento y se mostraba tan tierno y enamorado! ¡Ah, señor! ¡No os riais, que se trata de un amor grave, serio, santo, el primero que se grabó en mi corazón, el que puede convivir con otros querer, pero no ser expulsado, ser borrado por ninguno! Dejé, sin embargo, que me casaran con el duque de Farnesio, señor, pero fue porque no sabía lo que hacía, fue porque me obligaron a ello, abusando de mis pocos años. Después he visto, he comprendido la enormidad de la traición de que, sin culpa mía, hice víctima a Gabriel... ¡Pobre Gabriel! No lloraba al separarse de mí, secos estaban sus ojos, pero fácil era leer en ellos el dolor horrible que atenazaba su alma. ¡Cuántas veces ha evocado mi imaginación estos recuerdos, juntamente con los dorados de mi infancia, durante los años de soledad pasados en el convento! Puedo decir que he vivido dos veces los días que pasé al lado de Gabriel: de hecho y de pensamiento, en la realidad y en mis sueños. Vuelta a la corte, señor, entre la pléyade de nobles que puede decirse que os forman otra corona, no he visto uno solo que pueda rivalizar con Gabriel, y no será ciertamente Francisco, el hijo sumiso del altanero condestable, quien me haga olvidar jamás al dulce y fiel compañero de mi infancia. Hoy que comprendo el valor de mis actos, hoy que puedo medir su alcance e importancia, mientras me dejéis en libertad, padre mío, permaneceré fiel a Gabriel.

— ¿Le has vuelto a ver desde que saliste de Vimoutiers, Diana?

— ¡Ay, padre y señor... no!

— ¿Pero al menos habrás tenido noticias tuyas?

—Tampoco. Tan sólo supe por Enguerrando que había abandonado el país a raíz de mi matrimonio, y que, al partir, dijo a su nodriza Aloísa que no volvería a verla hasta que hubiese conquistado gloria y poder.

— ¿Tampoco su familia ha vuelto a saber de él?

— ¡Su familia...! Yo no le conocí otra familia que Aloísa, padre mío, y nunca vi a sus padres cuando fui con Enguerrando a Montgomery.

— ¡A Montgomery! —exclamó Enrique palideciendo—. ¡Diana... Diana! ¡Quiero creer que no será ningún Montgomery! ¡Dime, por vida tuya, que no es un Montgomery!

— ¡Oh, no, señor! Si lo fuera, habría residido en el castillo, y lejos de ser así, vivía en la casita de Aloísa, su nodriza. ¿Pero qué os han hecho los condes

de Montgomery, señor, para que su solo recuerdo os inmute de ese modo? ¿Son, por ventura, vuestros enemigos? En toda la comarca se habla de ellos con veneración.

— ¿Crees que me inmuto, Diana? —preguntó el rey con sonrisa desdeñosa —. No hay tal, hija mía; ni me inmuto ni me han hecho nada, absolutamente nada. ¿Qué podría hacer un Montgomery a un Valois? Pero volvamos a tu Gabriel; ¿no es éste el nombre que le das?

—Sí, señor.

— ¿Y no tiene otro?

—Ningún otro que yo sepa: era huérfano como yo, y nunca habló en presencia mía de su padre.

— ¿Y no tienes otra objeción que oponerme al proyectado enlace con Montmorency? ¿Ninguna otra más que tu antiguo cariño hacia ese joven?

—Es suficiente, señor.

—Perfectamente, Diana. No pensaría yo en vencer tus escrúpulos, si a tu amigo se le pudiera conocer y apreciar, aunque presumo que es de linaje dudoso...

— ¿No ha visto vuestra majestad una barra en mi escudo?

—Pero al menos tienes un escudo, Diana, y tanto los Montmorency como los Castro tienen a mucho honor el poder introducir en sus Casas una hija legitimada de la mía. Tu Gabriel, por el contrario... Pero no se trata ahora de este detalle. Después de seis años de ausencia, presumo, Diana, que te ha olvidado, que tal vez ame a otra.

—No conocéis a Gabriel, señor. Tiene un corazón fiel, y estoy segura de que morirá amándome.

—No quiero contradecirte, Diana. Te parece inverosímil la infidelidad, y haces bien, porque contigo es imposible ser infiel. Pero a juzgar por lo que me has dicho, ese joven debió irse a la guerra; y si fue a la guerra, ¿no es verosímil, no es probable que haya muerto? Te aflijo, hija mía; veo que tu frente palidece y que tus ojos se llenan de lágrimas... Sí; comprendo que el amor de que me hablas no es superficial, sino profundo, muy profundo, y aunque nunca he tenido ocasión de sentir esas grandes pasiones, aunque me he acostumbrado a dudar de ellas, no por eso me reiré de la tuya, antes bien la respetaré. Pero comprende, tesoro mío, que ese amor infantil, cuyo objeto no existe ya, esa fidelidad tuya a un recuerdo, a una sombra, me crea un verdadero conflicto. El condestable, si le hago la afrenta de retirarle mi palabra, se incomodará, y no sin razón, y probablemente abandonará mi servicio. Tan pronto como me deje, hija mía, yo cesaré de ser el rey, porque lo

será el duque de Guisa. Mira, Diana: son seis los hermanos que ostentan este apellido; pues bien: de los seis, el duque de Guisa dispone de todas las fuerzas militares de Francia, el cardenal de todas las rentas, un tercer hermano dispone de mis galeras de Marsella, un cuarto manda en Escocia, y un quinto va a reemplazar a Brissac en el Piamonte. De suerte que, en mi reino, yo, que soy el rey, no puedo disponer de un soldado ni de un escudo sin consentimiento de los Guisa. Te hablo con bondad y dulzura, Diana, te explico las cosas, te suplico, cuando podría mandar, pero prefiero nombrarte juez a ti misma, prefiero que sea el padre y no el rey quien obtenga de su hija un consentimiento que de todas veras deseo. Y lo obtendré, no lo dudo, porque tú, hija mía, eres buena y deseas complacerme. El matrimonio que te propongo me salva, hija mía, porque da a los Montmorency la autoridad que retira a los Guisa, equilibrando los dos platillos de la balanza cuyo fiel es mi poder real. Consigo rebajar un poco la altivez de los Guisa y afianzar la fidelidad de los Montmorency... Pero no me contestas, hija mía... ¿Continuarás sorda a las súplicas de tu padre, que no te violenta, que no te habla con severidad, que comparte, por el contrario, tus ideas, y únicamente te pide que no le niegues el primer favor con que puedes pagarle, no ya lo que hasta hoy hizo por ti, sino lo que puede y quiere hacer para asegurar tu dicha y tu honor? ¿Verdad que consientes, Diana? ¿Verdad que accedes?

—Señor —respondió Diana—; sois mucho más poderoso cuando vuestra voz implora que cuando manda. Dispuesta estoy a sacrificarme en aras de vuestros intereses, pero ha de ser con una condición.

— ¿Y cuál es, niña mimada?

—El matrimonio que deseáis no se formalizará hasta dentro de tres meses, y durante este plazo, haré que Aloísa pregunte por Gabriel, y tomaré, además, todas las informaciones posibles, a fin de saber si vive, y en este caso, suplicarle que me releve de mi compromiso.

— ¡Concedido con todo mi corazón, hija mía! —contestó el rey contento en extremo—. Añadiré que no es posible otorgar mayor formalidad a un acto de la infancia... Quedamos en que tú procurarás buscar a Gabriel, y yo me ofrezco a ayudarte en tus pesquisas; pero dentro de tres meses, sea el que sea el resultado de las averiguaciones, viva o haya muerto el amigo de tu infancia, te casarás con Francisco de Montmorency; ¿no es así?

— ¡Ahora es cuando no sé si debo desear que viva o que haya muerto! — exclamó Diana moviendo tristemente la cabeza.

Abrió el rey la boca con ánimo de dirigir a su hija una teoría poco paternal y algunos consuelos un tanto atrevidos, pero bastó que sus ojos tropezasen con la mirada cándida de Diana para cerrarla a tiempo. Calló, y su pensamiento no tuvo otra expresión que la de la sonrisa que asomó a sus labios mientras decía

para sí:

—Por suerte o por desgracia, las costumbres de la corte, a las que concluirá por habituarse, la formarán.

A continuación añadió en voz alta:

—Es hora de ir a la iglesia, Diana. Acepta mi mano hasta la gran galería, y luego nos veremos en el palenque, donde, si no te ha causado mucho enojo mi tiranía, espero que te dignarás aplaudir los botes de mi lanza y mi destreza en los juegos.

## VII

### LOS PADRENUESTROS DEL CONDESTABLE

El mismo día, mientras en el palenque se celebraban las fiestas y justas, el condestable de Montmorency interrogaba en el Louvre, en el mismo gabinete de Diana de Poitiers, a uno de sus confidentes secretos.

El espía era de estatura regular, cutis moreno, ojos y cabellos negros, nariz aguileña, barba hendida, labio inferior saliente, y un poco cargado de espaldas. Se parecía como una gota de agua a otra a Martín Guerra, el fiel escudero de Gabriel. Quien los hubiese visto separados, habría tomado al uno por el otro, y quien los encontrara juntos, los hubiera creído gemelos. Sus líneas y rasgos eran los mismos, la misma edad, los mismos el cuerpo y la postura.

— ¿Y qué habéis hecho del correo, maese Arnaldo? —preguntó el condestable.

—Le he suprimido, monseñor —contestó el interrogado—. Era preciso; pero le suprimí aprovechando las sombras de la noche y en el bosque de Fontainebleau, y atribuirán su muerte a los ladrones. Soy prudente, monseñor.

— ¡Cuidado, maese Arnaldo, mucho cuidado! La cosa es grave, y no puedo aprobar la facilidad con que recurrís al puñal.

—No retrocedo ante ningún obstáculo cuando del servicio de monseñor se trata.

—Perfectamente, Arnaldo; pero repito de una vez para siempre que, si os dejáis coger, no seré yo quien impida que os ahorquen —replicó con entonación de desprecio el condestable.

—Estad tranquilo, monseñor; soy hombre precavido.

—Veamos ahora esa carta.

—Aquí está, monseñor.

—Abridla sin romper el sello, y leed... ¿Imagináis, ¡ira de Dios!, que me he tomado la molestia de aprender a leer?

Maese Arnaldo sacó del bolsillo un cuchillito de hoja fina y afilada, levantó cuidadosamente el sello del sobre y sacó el pliego que éste encerraba. Lo primero que hizo fue leer la firma.

—Monseñor puede ver que no me engañé —dijo—. La carta, dirigida al cardenal de Guisa es del cardenal Caraffa, como tuvo la necesidad de confesarme el estúpido correo que la llevaba.

— ¡Leed de una vez, por la corona de espinas! —gritó Montmorency.

Maese Arnaldo de Thill leyó lo siguiente:

«Monseñor y querido aliado: Me limitaré a deciros tres palabras de importancia. Primera: accediendo a vuestras súplicas, el Papa dilatará en lo posible la solicitud de divorcio, hará ir de Congregación en Congregación a Francisco de Montmorency, que llegó ayer a Roma, y concluirá denegando la dispensa que aquél solicitó».

— ¡Pater noster! —murmuró el condestable—. ¡Cargue Satanás con todos esos ropones rojos!

«Segunda —continuó Arnaldo, reanudando la lectura—; el señor de Guisa, vuestro ilustre hermano, después de haber tomado a Campli, ha sitiado a Civitella; pero para que aquí nos resolvamos a enviarle los hombres y vituallas que pide, lo que supone para nosotros un sacrificio enorme, queremos antes tener la seguridad de que se le llamará para llevar sus armas a Flandes, como aquí se cree. Haced de manera que quede con nosotros, y su santidad se decidirá a ayudar al señor Francisco de Guisa, contribuyendo así al castigo eficaz del duque de Alba y de su arrogante dueño».

—Adveniat regnum tuum... —masculló Montmorency—. ¡Cuidaré de echar por tierra vuestros proyectos, rayos y truenos! ¡Los echaré por tierra, sí, aun cuando para ello haya de traer a Francia a los ingleses! ¡Continuad, por las llagas de Cristo, maese Arnaldo!

«Tercero —prosiguió el espía—: os anuncio, para alentaros y secundar vuestros esfuerzos, la próxima llegada a París de un enviado de vuestro hermano, encargado de presentar a Enrique las banderas tomadas al enemigo en esta campaña de Italia. El enviado es el vizconde de Exmés. Llegará indudablemente al mismo tiempo que esta carta, que he preferido confiar a nuestro correo ordinario. La presencia del enviado, y los despojos gloriosos que ofrecerá al rey, contribuirán poderosamente a llevar vuestras negociaciones a término feliz».

— ¡Fiat voluntas tua! —bramó el condestable furioso—. ¡Dispensaremos un recibimiento soberbio a ese embajador del infierno! ¡Te lo recomiendo, Arnaldo! ¿No ha terminado aún esa condenada carta?

—Sí, monseñor; quedan únicamente los cumplimientos y la firma.

—Pues ya ves que no te faltará que hacer, Arnaldo.

—Es lo que deseo, monseñor... siempre que no me falte el dinero para llevar las cosas a término feliz.

— ¡Bellaco! ¡Toma cien ducados! ¡Contigo hay que estar siempre con el dinero en la mano!

—Me ocasiona muchos gastos el servicio de monseñor.

— ¡Tus vicios me cuestan más caros que los servicios que me prestas, tunante!

— ¡Cómo se equivoca monseñor al juzgar mi conducta! Mi deseo sería vivir tranquilo, feliz y rico en cualquier provincia, rodeado de mi mujer y de mis hijos, y ver cómo se deslizaban en paz mis días como un honrado padre de familia.

— ¡Reconozco que tus aspiraciones no pueden ser más honradas y bucólicas! Enmiéndate, economiza algunos doblones, cástate, y sin duda podrás ver realizados tus ensueños de dicha doméstica. ¿Quién te lo impide?

— ¡Ah, monseñor! ¡Me lo impide mi impetuosidad! Además, ¿qué mujer me querrá a mí?

— ¡Bueno! Mientras llega el día feliz de tu himeneo, vuelve a colocar el sello en esa preciosa carta y llévala al cardenal. Habrás de disfrazarte, ¿entiendes?, y dirás que te la confió tu moribundo compañero...

— ¡Descuide, monseñor! La carta cerrada y con el sello intacto, y el correo falso, tendrán más apariencias de verdad que la verdad misma.

— ¡Por la muerte de Cristo! —exclamó Montmorency—. Hemos olvidado tomar nota del plenipotenciario enviado por el de Guisa. ¿Cómo se llama?

—El vizconde de Exmés, monseñor.

—Sí... sí... es verdad. Retén ese nombre, bellaco... ¿Eh? ¿Quién viene a importunarme ahora?

—Dispensad, monseñor —dijo el que acababa de entrar—. Es un caballero que acaba de llegar de Italia, y solicita ver al rey de parte del duque de Guisa. He creído que era deber mío preveniros, sobre todo en vista de la insistencia con que pretende hablar al cardenal de Lorena. Se llama el vizconde de Exmés.



—Apruebo tu previsión, Guillermo —dijo el condestable—. Haz entrar a ese caballero, y tú, Arnaldo, aprovecha la ocasión para quedarte con el retrato del hombre con quien seguramente has de trabar relaciones. Escóndete detrás de aquel cortinón, y cuidado, que sólo le recibo para que le conozcas bien.

—Le he visto en mis correrías, monseñor —respondió Arnaldo—, pero no importa... Bueno es asegurarse...

El espía se ocultó detrás del cortinón, y mientras, Guillermo introdujo en la estancia a Gabriel.

—Perdonad, señor —dijo el joven saludando al anciano condestable—; desearía saber a quién tengo el honor de hablar.

—Soy el condestable de Montmorency, caballero: ¿qué deseáis de mí?

—Pediros otra vez perdón, porque lo que tengo que decir, sólo al rey puedo confiarlo.

— ¿Sabéis que su majestad no se encuentra en el Louvre y que, en su ausencia...?

—Le buscaré o le esperaré —interrumpió Gabriel.

—El rey está en el palenque y no volverá hasta la noche. ¿Ignoráis que hoy se celebra el casamiento del delfín?

—No, monseñor; lo he sabido en el camino; pero he venido por la calle de la Universidad y el puente del Cambio, y no he pasado por la de San Antonio.

—Si hubieseis seguido la dirección del gentío, éste os habría conducido adonde está el rey.

—Es que no tengo el honor de que el rey me haya visto todavía; soy desconocido, un extranjero en la corte. Yo esperaba encontrar en el Louvre a monseñor el cardenal de Lorena, y por su eminencia he preguntado, pero no sé por qué causa me han traído aquí, monseñor.

—El señor cardenal de Lorena gusta de los simulacros de combate, como es natural en un hombre de iglesia, pero yo, que soy hombre de espada, no hallo distracción más que en los combates reales, y por esta razón me encontráis a mí en el Louvre, al paso que el señor de Lorena se halla en el torneo.

—Con vuestro permiso, monseñor, voy a buscarle.

—Descansad un poco, caballero. Si no me engaño, llegáis de lejanas tierras, de Italia, sin duda, puesto que habéis entrado por la calle de la Universidad.

—De Italia llego, monseñor; no tengo por qué ocultarlo.

— ¿Os envía, acaso, el duque de Guisa? ¿Qué hace por allá?

—Me permitiréis, monseñor, que antes que a nadie lo comunique al rey, y que me retire para cumplir este deber.

—Id, caballero, puesto que tanta prisa tenéis. ¡Pero, ya caigo! —añadió con candidez afectada—. Sin duda estáis impaciente por ver a alguna de nuestras hermosas damas... Y hasta apostaríais a que tenéis prisa y miedo a la vez. ¿He acertado, caballero?

Gabriel no contestó: con aire frío y grave saludó y salió.

— ¡Pater noster qui est in cælis! —refunfuñó el condestable rechinando los dientes, no bien salió Gabriel—. ¿Habrá creído ese maldito mequetrefe que mi intención era sonsacarle, atraerle a mi devoción, tal vez, quién sabe si sobornarle? ¡Como si yo no supiera tan bien como él mismo todo lo que viene a contar al rey! Pero arrieros somos, y como volvamos a encontrarnos, yo le aseguro que ha de pagarme caros sus humos y su arrogancia insolente... ¡Arnaldo!... ¿Adónde se habrá ido ese perillán? ¡También alzó el vuelo! ¡Por la cruz de Cristo! ¡No parece sino que todos esos canallas se han puesto de acuerdo para cometer torpezas y decir desatinos! ¡El diablo cargue con todos ellos! Pater noster....

Mientras el condestable desfogaba su mal humor vomitando injurias y mascullando Pater noster, como tenía por costumbre, Gabriel atravesaba, para salir del Louvre, una galería bastante oscura, y encontraba, de pie junto a la puerta, a su escudero Martín Guerra, por cierto que con gran extrañeza suya, puesto que le había mandado que le esperase en el patio.

— ¿Tú aquí, Martín? —le dijo—. ¿Has venido a buscarme? ¡Está bien! Adelántate con Jerónimo, e id a esperarme, con las banderas bien envueltas, en el ángulo que forman la calle de Santa Catalina y la de San Antonio. Quizá quiera el señor cardenal que las presentemos al rey en el mismo palenque, en presencia de toda la corte allí reunida. Cristóbal se encargará de mi caballo y de acompañarme... ¡Id ya! ¿No me has comprendido?

—Sí monseñor —contestó Martín Guerra—; ya sé lo que deseaba saber.

Y adelantándose a Gabriel, bajó la escalera con celeridad de excelente augurio para el buen desempeño de la comisión que su señor acababa de confiarle. Gabriel, que salió del Louvre con paso lento y abismado en sus ensueños, experimentó nueva sorpresa, mayor que la primera, al tropezar con su escudero en el patio, y más al verle demudado y como fuera de sí.

— ¿Qué te pasa, Martín? ¿Qué tienes? —le preguntó.

— ¡Ah, monseñor! ¡Acabo de verle!... ¡Ha pasado junto a mí!... ¡Me ha hablado!

— ¿Pero, quién?

— ¿Quién? Si no fue Satanás, el fantasma, la aparición, el monstruo, el otro Martín Guerra.

— ¿Persiste aún esa locura, Martín? ¿Es que sueñas despierto?

—No, no, monseñor; ni sueño ni estoy loco. Me ha hablado, se paró delante de mí, y me dejó petrificado con su mirada magnética y su risa infernal. «¡Hola! —me dijo—. ¿Continuamos al servicio del vizconde de Exmés?». Observad, señor, que habló en plural, que dijo continuamos. «¿Y hemos traído de Italia las banderas arrancadas al enemigo por el duque de Guisa?». —añadió, también en plural. Contesté que sí con un movimiento de cabeza, porque me era imposible articular palabra, monseñor. ¿Cómo habrá sabido esa noticia? Luego repuso: «No tengamos miedo, pues somos amigos y hermanos». En esto oyó el ruido de vuestros pasos, monseñor, y con diabólica ironía, que me puso los cabellos de punta, terminó así: «Nos veremos, Martín Guerra, nos veremos». Y desapareció, ignoro si por esa puerta o filtrándose por el muro.

— ¡Estás loco! —dijo Gabriel—. ¿No comprendes que no ha tenido tiempo material para decir y hacer lo que me cuentas desde que me separé de ti en la galería?

>— ¡Yo en la galería, monseñor! ¡Si no me he movido de aquí, si no he salido del patio donde me mandasteis que esperara!

— ¡Cuando digo que estás loco! ¿A quién, si no a ti, he dado mis últimas órdenes hace un instante?

—Al otro seguramente, monseñor; al segundo yo, al espectro.

— ¡Pobre Martín! —exclamó con acento compasivo Gabriel—. Estás malo, ¿verdad? Tu cabeza no funciona bien, tal vez debido a lo mucho que hemos andado al sol.

— ¿Suponéis todavía que deliro, verdad? Pues la prueba de que no me he movido de aquí es que no sé una palabra de las órdenes que decís que me habéis dado.

—Las has olvidado, Martín —replicó con dulzura Gabriel—. Pues bien: te las repetiré, amigo mío. Te encargué antes que fueses con las banderas a esperarme a la esquina de las calles de San Antonio y de Santa Catalina, que te acompañaría Jerónimo, y que Cristóbal quedaría conmigo. ¿Vas haciendo memoria?

—Perdonadme, señor; pero, ¿cómo queréis que haga memoria de lo que jamás he oído?

—En fin, ya lo sabes ahora, Martín. Vamos a tomar nuestros caballos al portillo, donde debe de tenerlos nuestra gente, y nos pondremos inmediatamente en marcha.

—Obedezco, monseñor. En suma, mi desgracia os proporciona dos escuderos, lo que es mejor que tener dos amos.

Habíase instalado el palenque en la calle de San Antonio y en el espacio comprendido entre las Tournelles y las caballerizas reales, y formaba un cuadrilongo a cuyos lados se habían levantado tablados para los espectadores. En uno de los extremos tenían sus asientos la reina y su corte, y en el opuesto estaba la entrada, donde esperaban los campeones que debían tomar parte en las justas. El gentío se agolpaba en las otras dos galerías.

Cuando a eso de las tres de la tarde, después de la ceremonia religiosa y del banquete que la siguió, la reina y la corte ocuparon los asientos que les estaban designados, resonaron por todas partes vivas y aclamaciones de júbilo. Pero estas demostraciones estrepitosas de alegría fueron causa de que la fiesta comenzase con una desgracia. El caballo que montaba el capitán de guardias llamado d'Avallon, se espantó al oír la algazara, se encabritó y botó en la arena, y concluyó por desmontar violentamente al jinete, proyectándole de cabeza contra una de las vallas de madera que formaban el recinto cerrado. Le levantaron en seguida y le pusieron en manos de los cirujanos con pocas esperanzas de vida.

Mucho afectó al rey el deplorable accidente, pero su pasión por las justas y ejercicios de fuerza y de destreza disipó muy pronto su tristeza.

— ¡Pobre d'Avallon! —exclamó—. ¡Tan buen servidor...! Que le atiendan con esmero.

Después añadió:

— ¡Vamos! Empezaremos por correr las sortijas.

Las carreras de sortijas de aquellos tiempos eran mucho más complicadas y difíciles que las que nosotros conocemos. La palomilla de la cual pendían los anillos estaba colocada próximamente al final del segundo tercio de la liza, y los caballeros debían recorrer el primer tercio a galope y el segundo a rienda suelta, y ensartar en la punta de la lanza el anillo a la velocidad indicada. Por añadidura, el palo de la lanza no podía tocar el cuerpo del jinete, quien había de llevarla en posición horizontal y con el codo a una altura superior a la de su cabeza. El último tercio del terreno se recorría al trote.

El premio consistía en una sortija de brillantes ofrecida por la reina.

Montaba Enrique II un hermoso caballo blanco, que llevaba un caparazón de terciopelo guarnecido de oro, y era el caballero más elegante y más hábil de

cuantos se presentaron. Llevaba su lanza con gracia y seguridad admirables, y rara vez pasaba sin ensartar una sortija. Sin embargo, tenía un digno competidor en el señor de Vieilleville, en cuyo favor hubo momentos en que pudo creerse que se decidiría la victoria, pues aventajaba en dos sortijas al rey, y en la palomilla no quedaban más que tres. Con todo, el señor de Vieilleville, como buen cortesano, erró sucesivamente las tres, y el rey, merced a este azar prodigioso, obtuvo el premio.

Al recibir la sortija se detuvo un momento, vaciló, dirigió con sentimiento una mirada a Diana de Poitiers, pero era un premio de la reina y se vio en la precisión de ofrecerlo a María Estuardo, la nueva delfina.

— ¡Qué! —exclamó, durante el breve entreacto que siguió a la primera carrera—. ¿Hay esperanzas de salvar al señor d'Avallon?

—Respira todavía, señor, pero se le considera perdido sin remedio.

— ¡Lo lamento, lo lamento de veras...! —dijo el rey—. ¡Es sensible... pero pasemos al juego de los gladiadores!

Es este juego un simulacro de combate, con sus pases y evoluciones, de gran novedad en aquel tiempo, muy poco conocido. Empero, como interesaría muy poco a los espectadores de nuestros días, remitimos al libro de Brantôme a los que sientan curiosidad por conocer las marchas y contramarchas de los doce gladiadores que en él tomaron parte, «seis de ellos vestidos de raso blanco, y los otros seis de raso carmesí, a la antigua romana». cosa que sería, a no dudar, de mucho gusto histórico en aquel siglo en que el color local no había sido inventado.

Concluida la lucha, que mereció entusiastas aplausos, se dispuso lo necesario para principiar las carreras de estacas.

Al extremo de la liza donde estaba la corte, se habían clavado en tierra muchas estacas, de cinco a seis pies de altura. El juego consistía en llegar a galope a terreno sembrado de estacas, y en dar vueltas y revueltas en todas direcciones alrededor de aquellos árboles improvisados, sin tocar ni derribar ninguno. El premio consistía en un brazalete primorosamente cincelado.

De las ocho carreras verificadas, ganó tres el rey y otras tres el coronel general Bonnivet. Faltaba la novena y última que debía decidir entre los dos, pero el señor de Bonnivet, cortesano no menos respetuoso que el señor de Vieilleville, pese a la buena voluntad de su caballo, se retardó lo bastante para que Enrique II saborease por segunda vez los honores del triunfo.

Dirigióse entonces el rey adonde estaba Diana de Poitiers, y públicamente puso en su brazo el brazalete que acababa de recibir. La reina palideció de rabia.

Gaspar de Tannes, que estaba detrás de ella, se inclinó al oído de Catalina de Médicis y dijo en voz baja:

—Señora: seguidme con la vista y mirad lo que hago.

— ¿Y qué vas a hacer, mi valiente Gaspar? —preguntó la reina.

—Voy a cortarle la nariz a la de Valentinois —respondía con gravedad y resolución Gaspar.

Catalina le detuvo entre asustada y contenta.

— ¿No comprendes, Gaspar, que te pierdes?

—Lo comprendo, sí, pero perdiéndome, salvaré al rey y a Francia.

— ¡Gracias, Gaspar, gracias! Eres tan buen amigo como valiente soldado; pero te mando que te quedes aquí. Tengamos paciencia, amigo mío.

¡Paciencia! Era, en efecto, la divisa a la que Catalina de Médicis parecía haber amoldado hasta entonces los actos todos de su vida. La mujer que andando el tiempo ocupó el lugar más visible de la primera fila, por la época a que nos referimos, no aspiraba, al parecer, a salir de la sombra del segundo: esperaba. Esperaba que llegase su oportunidad, y sin embargo, se hallaba en todo el apogeo de su hermosura, de aquella hermosura que nos ha legado el señor de Bourdeille hasta en sus detalles más minuciosos e íntimos. Pero ella evitaba con cuidado exquisito ponerse de relieve, siendo lo probable que a esta modestia aparente fuera deudora del silencio absoluto que la maledicencia guardó a su respecto mientras vivió su esposo. Únicamente el brutal condestable osó decir al rey que, después de diez años de esterilidad, los diez hijos que Catalina dio a Francia no tenían el menor parecido con su padre. No se sabe de ninguna otra persona que tuviera la temeridad de pronunciar una sola palabra contra la reina.

Catalina de Médicis no fijó su atención en los obsequios que el rey tributó a Diana de Poitiers en presencia de toda la corte, o por lo menos, no pareció que la fijase. Luego que hubo calmado la terrible indignación del mariscal Gaspar de Tannes, se dirigió a sus damas comentando las carreras que acababan de verificarse y la destreza desplegada por Enrique II.

## VIII

### UNA JUSTA FELIZ

Los torneos debían de tener lugar al otro día y siguientes, pero varios caballeros de la corte, en vista de que faltaban algunas horas antes de que

sonase la señalada para dar por terminado el espectáculo, pidieron permiso al rey para quebrar algunas lanzas en su honor y para entretenimiento de las damas.

—Sea, caballeros —contestó el rey—. Os lo concedo de buen grado, aunque observo que mi concesión ha de contrariar tal vez al señor cardenal de Lorena, que no ha recibido jamás tanta correspondencia como durante las dos horas que llevamos aquí. Dos mensajes consecutivos acaba de recibir, y los dos, a lo que parece, han interesado en extremo su atención. ¡Pero no importa! Luego sabremos de qué se trata. Entretanto, podéis romper algunas lanzas... Y este premio ganará el vencedor —añadió Enrique II, quitándose el collar de oro que pendía de su cuello—. Poned toda vuestra habilidad en la justa, caballeros, y toda la fuerza en vuestros brazos, y tened presente que si la partida se anima muy bien pudiera acontecer que yo me decidiera a tomar parte en ella y a hacer por ganar lo que os ofrezco, con tanto mayor motivo, cuanto que quedo en deuda con la señora duquesa de Castro. No olvidéis tampoco que a las seis en punto terminará el combate, y cualquiera que sea el vencedor, será coronado. Podéis disponer de una para darnos pruebas de vuestra destreza, pero tened cuidado, que no quiero que ocurra ningún percance... Y a propósito: ¿cómo sigue el señor d'Avallon?

—En este momento acaba de morir, señor.

— ¡Que Dios reciba su alma! —dijo Enrique—. De mis capitanes de guardias, era tal vez el que más celo desplegaba en mi servicio y uno de los más valientes. ¿Quién le reemplazará? Pero las damas esperan, caballeros, y la liza va a abrirse... Veamos quién recibe el collar de manos de la reina.

Fue el primer mantenedor el conde de Pommerive, pero tuvo que ceder su puesto al señor de Burie, a quien no tardó en derrotar el mariscal de Amville, campeón tan vigoroso y diestro, que se mantuvo en la palestra venciendo a cinco adversarios sucesivos.

El rey, sin poder contenerse más, dijo al mariscal:

— ¡Voy a ver, señor de Amville, si os habéis propuesto permanecer ahí toda la vida!

Inmediatamente se armó, bajó al palenque, tomó campo, y al primer encuentro, el señor de Amville perdió los estribos. Presentóse a continuación el señor de Aussun, que no quedó mejor parado que su antecesor.

Viendo Enrique que no se presentaban nuevos competidores, gritó:

— ¿Qué es eso, caballeros? ¿No hay nadie que quiera justar conmigo? ¿Será por ventura que se me guardan consideraciones? —añadió frunciendo el entrecejo—. ¡Si tal supiera!... ¡Aquí no hay más rey que el vencedor, ni otros

privilegios que los de la destreza y el valor! ¡Vamos, señores, atacadme con todos vuestros bríos!

Nadie se atrevía a justar con el rey, porque tanto temor les producía la eventualidad de vencer como la de ser vencidos.

Pero el rey empezaba a impacientarse. Sospechaba, quizás, que en los ejercicios anteriores sus adversarios no habían empleado contra él todos los medios de defensa, y esta sospecha disminuía a sus ojos el mérito de la victoria y encendía su despecho.

En esto, entró un nuevo combatiente en liza. Enrique, sin preguntar quién era, tomó campo y se lanzó contra él con tal furia que las dos lanzas saltaron hechas astillas. El campeón desconocido se mantuvo inmóvil en la silla, pero el rey tuvo que soltar el pedazo de lanza que le quedaba y agarrarse al arzón para no caer. Sonaron en aquel momento las seis, y el rey quedó vencido.

Echó pie a tierra con ligereza y alegría, entregó las riendas a su escudero y fue a dar la mano a su vencedor para conducirlo hasta la reina. Con gran extrañeza suya, vio una cara que le era completamente desconocida, pero el caballero era de tan noble y gentil presencia, que al arrodillarse ante la reina para recibir el collar, mereció que aquélla le mirase y sonriese.

El vencedor, después de haber hecho una profunda reverencia, se levantó, y dirigiéndose hacia el estrado de la corte y deteniéndose delante de la duquesa de Castro, le presentó el collar, premio de la victoria.

Gracias a los clarines, que resonaban todavía, no se oyeron las dos voces que a un mismo tiempo salían de dos bocas:

— ¡Gabriel!

— ¡Diana!

Esta última, llena de júbilo y de sorpresa, tomó el collar con mano temblorosa. Creyeron todos que el desconocido caballero, habiendo oído decir al rey que si reconquistaba el collar lo ofrecería a la señora duquesa de Castro, no quería privar de él a tan bella dama y demostraba así su galantería. Enrique II, participando de la opinión general, dijo:

—Sois muy galante, caballero; pero yo, que me precio de conocer a todos los caballeros de mi corte, os confieso que no recuerdo si os he visto antes, y quisiera saber a quién soy deudor de la violenta sacudida que me habría arrancado de la silla si, gracias a Dios, no hubiera estado tan firme en los estribos.

—Señor —contestó Gabriel—: es ésta la primera vez que tengo el honor de verme en presencia de vuestra majestad. Hasta ahora he estado en la guerra y en este momento llego de Italia. Me llamo el vizconde de Exmés.



—El vizconde de Exmés —repitió el rey—. ¡Muy bien! ¡No olvidaré el título de mi vencedor!

—Señor —observó Gabriel—; en donde vos estáis, no puede haber otro vencedor que vos, y para corroborar mi aserto, traigo a vuestra majestad una prueba gloriosa.

Esto diciendo, hizo una señal. Al punto entraron en el palenque Martín Guerra y dos hombres de armas, los cuales depositaron a las plantas del rey las banderas italianas.

—He aquí, señor, las banderas conquistadas en Italia por vuestro ejército, que monseñor el duque de Guisa remite a vuestra majestad. Su eminencia el cardenal de Lorena me ha asegurado que sería grato a vuestra majestad recibir estos despojos gloriosos en presencia de la corte y del pueblo de Francia, para que sean testigos de vuestra gloria. También tengo el honor de poner en las manos de vuestra majestad estas cartas del señor duque de Guisa.

—Gracias, vizconde de Exmés —respondió el rey—. Y ya hemos descubierto el secreto de la correspondencia del señor cardenal. Estas cartas os acreditan cerca de mi persona, vizconde, aunque, a decir verdad, os habéis acreditado vos mismo y de una manera brillantísima... ¿Qué estoy leyendo? De esas banderas habéis tomado vos cuatro, y nuestro primo de Guisa os considera como uno de sus más valientes capitanes... Señor de Exmés; pedidme lo que queráis, y os juro por Dios que os lo otorgaré en el acto.

—Señor, me abruma vuestra majestad; a vuestras bondades, realmente excesivas, remito mi suerte.

—Sois capitán del ejército de Guisa —dijo el rey—: ¿queréis serlo de mi guardia? No sabía cómo reemplazar al señor d'Avallon, que desgraciadamente ha muerto hoy, y que en vos tendría un digno sucesor.

—Vuestra majestad...

— ¿Aceptáis? ¡No hay más que hablar! Desde mañana desempeñaréis vuestro cargo. Vamos ahora a volver al Louvre, donde me hablaréis por extenso de esa guerra de Italia.

Gabriel saludó.

Dio Enrique la orden de marcha. El pueblo se dispersó, gritando: ¡Viva el rey!, y Diana, encontrándose por un momento junto a Gabriel, dijo a éste con voz baja:

—Mañana, en la tertulia de la reina.

Desapareció conducida por su caballero, pero dejando a su amigo de la infancia una esperanza divina.

## IX

### COMO ES POSIBLE PASAR JUNTO AL DESTINO SIN CONOCERLE

Las tertulias celebradas en las habitaciones de la reina tenían lugar, por regla general, después de cenar. Así se lo manifestaron a Gabriel, indicándole al mismo tiempo que su nuevo empleo de capitán de la guardia no sólo le daba derecho, sino que le imponía la obligación de asistir a ellas. Por nada del mundo habría dejado de cumplir aquel deber, y únicamente le impacientaba el tener que esperar veinticuatro horas para ello. Se ve, pues, que el señor d'Avallon, palaciego celoso y militar bravo como el que más, había sido reemplazado por un hombre que rivalizaba, si no le superaba, en las dos cualidades.

Necesario era matar de algún modo las veinticuatro horas mortales que separaban a Gabriel del momento deseado; y como su corazón rebosaba júbilo, y no había visto París más que de paso, comenzó a correr calles a la ventura, acompañado por Martín Guerra, tanto para ver la ciudad, cuanto para buscar un alojamiento cómodo. Aquel día estaba de suerte en todo: por casualidad encontró vacante el aposento que muchos años antes ocupara su padre, el conde de Montgomery, y aunque era lujoso en exceso para un simple capitán de guardias, lo tomó, escribiendo en seguida a su fiel Elyot para que le remesara algún dinero, y a su nodriza Aloísa para que viniera a reunirse con él.

Gabriel había conseguido ya el primer objetivo que se había propuesto. Ya no era un niño, sino un hombre que había pasado por diferentes pruebas y que sabría hacerse respetar, un joven que, al lustre que heredó de sus antepasados, había añadido una aureola de gloria personal. Sólo, sin otro apoyo que el de su espada, sin más recomendación que su valor, a los veinticuatro años de edad obtenía un empleo importante, un grado eminente. Ya podría presentarse con arrogancia ante su amada, y con ceñudo semblante a los que debía odiar, a los cuales llegaría a conocer con la ayuda de Aloísa.

En brazos de tan risueñas esperanzas, con el corazón tranquilo, rebotante de contento, natural era que Gabriel durmiese de un sueño toda la noche.

Al día siguiente, tuvo que presentarse al señor de Boissy, Gran Escudero de Francia, para exhibir sus ejecutorias de nobleza. El señor de Boissy, caballero de lealtad acrisolada y de excepcional discreción, había sido amigo del conde de Montgomery, dióse cuenta cabal de los poderosos motivos que tenía Gabriel para ocultar su verdadero título, y le empeñó su palabra de guardarle el secreto. Seguidamente el mariscal d'Amville le hizo reconocer por

su compañía, y Gabriel inauguró sus servicios haciendo una visita de inspección a las prisiones de Estado de París, comisión penosa que entraba en las atribuciones de su nuevo cargo, y que tenía el deber de desempeñar una vez al mes.

Principió por la Bastilla y terminó por el Chatelet.

Los gobernadores de las prisiones le presentaban la relación de los prisioneros, especificando los que habían muerto, los que estaban enfermos y los trasladados a otras prisiones o puestos en libertad, y luego formaban a los prisioneros para que el capitán de guardias les pasara revista, ¡triste revista! En el Chatelet, cuando creía haber terminado, el gobernador le dio a leer una página casi en blanco del registro, y decimos casi en blanco, porque únicamente había escrita en ella una nota singular que llamó poderosamente la atención de Gabriel:

N.º 21, X..., prisionero de secreto. Si en las visitas del gobernador o del capitán de guardias intenta hablar, se le trasladará a otro calabozo más profundo y penoso.

— ¿Se puede saber quién es este prisionero tan importante? —preguntó Gabriel al señor de Salvoison, gobernador del Chatelet.

—Nadie lo sabe —respondió el gobernador—. Le recibí de mi antecesor, como él lo recibió del suyo. Como podéis ver, hasta la fecha de su entrada ha quedado en blanco en el registro. Yo sospecho que debieron de traerle durante el reinado de Francisco I. Me han contado que ha intentado hablar dos o tres veces; pero como el gobernador tiene órdenes muy severas, e incurre en graves castigos si no cierra al punto la puerta de su calabozo y le traslada a otra mazmorra peor, no bien el prisionero abra la boca para hablar, se ha hecho así, y hoy no queda ya más que otro calabozo adonde trasladarle, pero tan sumamente pésimo, que encerrarle en él equivaldría a matarle. A este resultado querían llegar, sin duda, pero el prisionero se calla desde que se le encerró en el calabozo que hoy ocupa. Probablemente será algún criminal muy temible, pues lleva siempre la cadena, y el carcelero, para prevenir su evasión, entra a cada instante en su calabozo.

—Pero hablará con el carcelero, ¿verdad?

— ¡Imposible! Se ha elegido un sordomudo que nació en el Chatelet y no ha salido jamás de su recinto.

Gabriel se estremeció. Aquel hombre, tan separado del mundo de los vivos, pero que, sin embargo, vivía y pensaba, inspirábale una compasión inmensa mezclada de horror. ¿Qué idea o qué remordimiento, qué miedo al infierno o qué confianza en la intervención del Cielo impediría a aquel desventurado estrellarse la cabeza contra los muros de su mazmorra? ¿Le

ligaba a la vida la esperanza o las ansias de vengarse?

Gabriel sentía cierta ansiedad por ver a aquel hombre; latía su corazón con la violencia misma con que latió en los momentos en que sus ojos volvieron a ver a Diana. Más de cien presos acababan de desfilar ante su vista, y le habían inspirado lástima, sí, pero una lástima corriente, ordinaria; pero el prisionero misterioso le conmovía de una manera extraordinaria, su triste suerte le afectaba más que las de todos los otros, y su pecho se llenaba de angustia cuando pensaba en aquella existencia sepulcral.

—Vamos al número veintiuno —dijo con voz conmovida al gobernador.

Bajaron muchos escalones, negros y húmedos, atravesaron muchas bóvedas horizontales, parecidas a las horribles espirales del infierno de Dante, y al fin el gobernador se detuvo frente a una puerta de hierro.

—Esta es —dijo—. El carcelero debe estar dentro del calabozo, puesto que no le veo, pero afortunadamente tengo dobles llaves. Entremos.

Abrió la puerta de hierro y, a la luz de la linterna que llevaba un empleado, entraron.

Gabriel vio entonces un cuadro silencioso y horrible, uno de esos cuadros que únicamente puede trazar la imaginación humana en momentos de delirio o de pesadilla.

El calabozo era una tumba de piedra... de sillares negros, húmedos, hediondos, que rezumaban un líquido pegajoso y fétido. Aquella lúgubre concavidad estaba debajo del lecho del Sena, y las aguas, cuando sobrevenían grandes crecidas, la inundaban hasta la mitad. Insectos asquerosos y alimañas viscosas llenaban sus fúnebres paredes. Hasta allí no llegaba el ruido de las calles, ni resonaba el viento: sólo interrumpía el pavoroso silencio el acompasado gotear del agua que rezumaba aquella informe bóveda.

Menos vida que aquellas gotas de agua, y un poco, muy poquito más que las inmóviles capas de limo pegadas a los muros, tenían las dos criaturas humanas que allí encontró Gabriel, la una guardando a la otra, pero entrambas mudas y tristes.

El calabocero era una especie de idiota de talla gigantesca, de mirar estúpido y tez amarillenta, que estaba de pie en la sombra con sus ojos de imbécil fijos en el prisionero, que se hallaba recostado en un rincón sobre un montón de paja. Gruesa cadena sujeta al muro aferraba sus manos y sus pies. Era el desdichado un anciano de barba y cabellos blancos, y al parecer estaba dormido, pues ningún movimiento hizo al entrar sus visitantes. Se le habría podido confundir con un cadáver o con una estatua.

Sin embargo, al cabo de breves momentos, se incorporó vivamente, abrió

los ojos y su mirada se fijó en Gabriel.

Estábale prohibido hablar, pero sus ojos decían mil veces más que cuanto hubiesen podido pronunciar sus labios. El gobernador inspeccionaba con el empleado los rincones del calabozo, y en tanto, Gabriel, fascinado por aquella mirada terrible y soberbia a la vez, quedó como clavado en el suelo, sin poder avanzar, sin movimiento, sin voz. Todo un mundo de extraños e inexplicables pensamientos se agitaba en su mente.

No parecía que el prisionero contemplase con indiferencia a su visitante, y hasta hubo un momento en que hizo un gesto y llegó a abrir la boca como para hablar... pero observó que el gobernador se volvía, recordó a tiempo la amenaza que sobre él pesaba, y sus labios se plegaron dibujando una sonrisa amarga. Seguidamente cerró los ojos y volvió a su inmovilidad de piedra.

— ¡Oh! ¡Salgamos de aquí! —dijo Gabriel al gobernador—. ¡Salgamos, por Dios vivo! Tengo necesidad de respirar el aire, de ver el sol.

Puede decirse que no recobró su tranquilidad hasta que se vio en la calle, en medio de la gente y del bullicio, pero aun así, la sombría visión no le abandonó en todo el día, aun así el recuerdo de lo que había visto le persiguió implacable mientras discurría por las calles de la ciudad.

Una voz interior le decía que la suerte de aquel desventurado prisionero tenía algún punto de contacto con la suya, que acababa de pasar junto a un misterio llamado a determinar una crisis gravísima en su vida. Vencido por la fuerza de sus misteriosos presentimientos, se encaminó, cuando el día tocaba a su fin, al palenque de las Tournelles. Los torneos del día, a los cuales Gabriel no había querido asistir, terminaban cuando llegó. Pudo ver a Diana, y ésta le dirigió una mirada que disipó la sombría tristeza de su corazón, de la misma manera que un rayo de sol disipa las nieblas. Gabriel olvidó al fin al mísero cautivo que viera durante el día para no pensar más que en la hechicera joven que iba a tornar a ver aquella noche.

## X

### ELEGÍA DURANTE LA COMEDIA

Era una costumbre tradicional nacida en el reinado de Francisco I. Tres veces a la semana, por lo menos, se reunían en la cámara de la reina el rey, la grandeza y las damas de la corte. Allí se comentaban con toda libertad, a veces con licencia excesiva, los sucesos del día. Mientras unos tomaban parte en la conversación general, otros se entretenían hablando de cosas particulares, pues, como dice Brantôme, “hallándose ante una pléyade de semi-diosas,

algunos de aquellos nobles caballeros entretenían con pláticas amorosas a las que amaban. Con frecuencia se organizaban bailes y representaciones teatrales”.

A una de las reuniones de este género debía asistir Gabriel aquella noche, y, contra su costumbre, se engalanó y perfumó a fin de no desmerecer a los ojos de su amada.

Contento estaba Gabriel, sí, pero su júbilo, con ser grande, no bastaba a disipar cierta inquietud inoculada en su pecho por algunas especies vagas y algunos rumores poco lisonjeros acerca del próximo enlace de Diana que habían llegado hasta él. Entregado a la dicha que le embargó al ver a Diana y creer encontrar en su mirada la ternura de otros tiempos, casi había dado al olvido la carta del cardenal de Lorena, causa de su repentino viaje, pero las hablillas de los cortesanos, y la repetición de los nombres unidos de Diana de Castro y de Francisco de Montmorency, llevaron a su imaginación apasionada recuerdos poco gratos. ¿Accedería gustosa Diana a tan odioso casamiento? ¿Amaría tal vez a Francisco? Dudas demasiado desgarradoras eran aquellas para que nuestro enamorado, por muy amena y entretenida que fuera la reunión de aquella noche, no lograra disipar su inquietud.

Gabriel resolvió preguntar sobre el particular a Martín Guerra, quien había trabado ya varias amistades y debía de estar más al corriente que su amo de los sucesos, dada su condición de escudero, porque es sabido que, debido a un fenómeno de acústica generalmente observado, los ruidos, de cualquier clase que sean, resuenan más en los parajes bajos que en los altos, y los ecos es raro que se produzcan como no sea en los valles. El vizconde de Exmés pudo poner en práctica su propósito muy poco tiempo después de haberlo formado, porque Martín Guerra había decidido por su parte interrogar a su amo, cuya preocupación había sorprendido. Derecho tenía en conciencia el fiel escudero a conocer todos los sentimientos de su amo, después de haberle servido con lealtad ejemplar por espacio de cinco años y de haberle salvado la vida en alguna ocasión.

De esta determinación recíproca, y de la conversación que fue su consecuencia, resultó para Gabriel el convencimiento de que Diana de Castro no amaba a Francisco de Montmorency, y para Martín Guerra, que Gabriel adoraba a Diana de Castro.

Tal júbilo determinaron en entrambos sus conclusiones respectivas, que Gabriel llegó al Louvre una hora antes de que se abrieran las puertas, y Martín Guerra, en su deseo de honrar a la novia real del vizconde, se dirigió inmediatamente al taller de un sastre de la corte y se compró una casaca de paño oscuro y unas calzas amarillas de punto. Pagó al contado y vistió inmediatamente su nuevo traje, ganoso de lucirlo aquella misma noche en las

antecámaras del Louvre, donde debería esperar a su amo.

Media hora después, con gran extrañeza vio el sastre entrar de nuevo en su taller a Martín Guerra, vistiendo traje distinto del que de allí sacó. El sastre no ocultó su extrañeza, y Martín Guerra le contestó que, habiéndole parecido que la noche estaba fresca en demasía, había decidido vestir otro traje de más abrigo. Añadió que le habían gustado tanto la casaca de paño y las calzas de punto, que venía a comprar otras de la misma hechura e igual color. En vano el sastre le hizo presente que le convendría adquirir otros diferentes, a fin de no hacer creer que vestía siempre el mismo traje, y que, puesto que tanto le gustaban los colores pardo y amarillo, podría variarse dentro de la misma combinación, haciendo la casaca de paño amarillo y las calzas pardas. Pero Martín Guerra desechó la proposición, y el sastre hubo de prometerle que se lo haría a su gusto, pues no disponía de momento de otro igual. Martín suplicó al sastre que le diese al fiado el segundo traje, a lo que no opuso dificultad el sastre, tanto porque su cliente había pagado al contado el primero, cuanto porque era escudero del vizconde de Exmés, capitán de guardias del rey, aparte de que poseía esa heroica confianza que desde que hubo sastres en el mundo ha sido la herencia histórica de todos los de su profesión, y le prometió que en la mañana del día siguiente podría disponer de su segundo traje.

Había transcurrido la hora que Gabriel tuvo que esperar a la puerta de su paraíso, llegaron varios caballeros y algunas damas, y nuestro enamorado pudo penetrar en el aposento de la reina.

Gabriel vio al punto a Diana, que estaba sentada junto a la reina-delfina, nombre que se daba entonces a María Estuardo.

Grave imprudencia habría sido para quien se presentaba allí por vez primera aproximarse a ella en seguida, de aquí que Gabriel, que así lo comprendió, se resignase a esperar un momento favorable, por ejemplo, a que la conversación comenzara a animarse, y mientras, entabló una plática con un caballero joven, de rostro pálido y contextura delicada, que la casualidad había colocado al lado suyo. Después de haber cambiado algunas frases tan insignificantes como parecían ser el rostro y hasta la persona del joven, preguntó éste a Gabriel:

— ¿A quién tengo el honor de hablar, caballero?

—Me llamo el vizconde de Exmés —respondió Gabriel—. ¿Me permitiréis que os haga la misma pregunta?

Miróle el joven con extrañeza, y contestó:

—Son Francisco de Montmorency.

Si hubiese contestado «Soy el demonio en persona». Gabriel no habría

vuelto la espalda con tanta precipitación. Francisco, cuya inteligencia no pecaba de viva, quedó estupefacto, pero como nunca fue aficionado a poner en tortura su cabeza, pronto olvidó aquel enigma y se fue a buscar conversación con interlocutores menos rudos.

Cuidó Gabriel de dirigir sus pasos hacia Diana de Castro, pero un movimiento general sobrevenido en aquel instante hacia el lado del rey le impidió acercarse a ella. Obedecía el movimiento en cuestión a que el rey acababa de anunciar que quería poner fin al día proporcionando a las damas una sorpresa, y que a este efecto había mandado improvisar en la galería un teatro, donde se representaría una comedia en cinco actos y en verso, original del señor Juan Antonio de Baïf, titulada El Bravo. La nueva fue acogida con aclamaciones y muestras de regocijo. Los caballeros ofrecieron la mano a las damas para pasar al salón contiguo, donde se había improvisado el teatro, pero Gabriel no llegó a tiempo para dar la suya a Diana y hubo de contentarse con colocarse cerca de ella detrás de la reina.

Viole Catalina de Médicis y le llamó.

—Señor de Exmés —le dijo—; ¿cómo no os hemos visto en el torneo de hoy?

—Señora —respondió Gabriel—; los deberes del cargo con que su majestad se ha dignado honrarme me lo han impedido.

—Tanto peor —repuso Catalina con encantadora sonrisa—; porque sois, sin disputa, uno de nuestros caballeros más diestros y bizarros. Ayer hicisteis balancear al rey, cosa difícil en extremo, y hoy hubiéramos tenido el placer de presenciar nuevas proezas.

Inclinóse Gabriel, turbado en extremo, sin acertar a contestar a la reina.

— ¿Conocéis la obra que nos van a representar? —continuó Catalina, dispuesta en favor del bello y tímido joven.

—La he leído en latín —contestó Gabriel—, pues según me han asegurado, es una simple imitación de una comedia de Terencio.

—Veo —dijo la reina— que sois tan entendido en letras como diestro en botes de lanza.

Hablaba la reina a media voz y acompañaba sus palabras con miradas tiernas e insinuantes que decían muy a las claras que en su corazón quedaba un hueco en aquellos momentos. Gabriel, insensible y duro como el Hipólito de Eurípides, acogía las pruebas de bondad de la italiana con violencia visible y frunciendo las cejas. ¡Ingrato! ¿A quién sería deudor no sólo del puesto que tanto ambicionaba cerca de Diana, sino también del más hechicero enfado que pudo revelar jamás el amor de una joven celosa, sino a las bondades de la



reina?

En efecto: cuando en el prólogo de la obra se hizo, como es costumbre, un llamamiento a la indulgencia del auditorio, Catalina dijo a Gabriel:

—Sentaos detrás de mí, entre estas damas, para que, en caso de necesidad, pueda recurrir a vuestro talento.

Diana de Castro había tomado asiento al extremo de una fila, y de consiguiente, junto al pasillo. Gabriel, después de saludar a la reina, tomó un taburete, y procurando no incomodar a nadie, se sentó en el pasillo, al lado de Diana.

Principió en esto la representación de la comedia. Era como había dicho Gabriel a la reina, una imitación del Eunuco de Torencio, compuesta en versos octosílabos y aderezada con toda la sencillez pedantesca de la época. Nos abstendremos de hacer la crítica de la obra, en primer lugar, porque hacerla sería un anacronismo, toda vez que no se conocían las críticas ni los análisis literarios por aquellos tiempos de ignorancia, y en segundo y último, porque no queremos fatigar la atención del lector con largos discursos que nada tendrían de amenos. A nuestro objeto basta recordar que el protagonista era un valiente de pega, un soldado fanfarrón que se deja engañar y dirigir por un parásito.

Desde el principio de la representación, los numerosos partidarios de los Guisa vieron encarnado en el ridículo valentón al condestable de Montmorency, y los partidarios de los Montmorency creyeron ver en las baladronadas del soldado fanfarrón las ambiciones del duque de Guisa. Desde entonces, cada escena fue una sátira y cada frase una alusión. Uno y otro partido reían a carcajadas, se señalaban recíprocamente con el dedo, y en realidad la comedia que en la sala se representaba era mil veces más divertida que la que los actores representaban en el escenario.

En tanto que los dos partidos rivales interpretaban y comentaban según sus deseos la representación, nuestros enamorados aprovechaban la oportunidad para hablar de sus amores, en medio de las risas y de la algazara. Pronunciaron ante todo sus nombres en voz baja: era como su invocación sagrada.

— ¡Diana!

— ¡Gabriel!

— ¿Te vas a casar con Francisco de Montmorency?

— ¿Ganas mucho terreno en el ánimo de la reina?

—Habrás visto que fue ella quien me llamó.

—Ya sabes que es el rey quien quiere mi casamiento.

— ¿Pero tú consientes, Diana?

— ¿Pero tú escuchas a Catalina, Gabriel?

—Una pregunta, una sola: ¿te interesa todavía la impresión que otra mujer pueda producirme? ¿Te importa un poquito lo que pasa en mi corazón?

—Me importa en el mismo grado que te importa a ti lo que pasa en el mío.

—Entonces, Diana, si sientes lo que yo, celosa estás y me amas con toda tu alma.

—Señor vizconde de Exmés —contestó Diana, queriendo, ¡pobrecilla!, mostrarse severa—. Señor vizconde de Exmés: ¡me llamo la señora de Castro!

—Pero si no me engaño, señora, sois viuda libre.

— ¡Libre! ¡Pobre de mí!

¡Oh, Diana! ¡Suspiras! ¡Confiesa que aquel hermoso sentimiento infantil que arrulló nuestros primeros años ha dejado alguna huella en el corazón de la doncella! ¡Confiesa, Diana, que todavía me amas un poquito! No temas que nos oigan, que están todos entretenidos celebrando los chistes de ese cómico, y como no pueden escuchar un lenguaje más dulce, ríen como locos. ¡Vamos, Diana! Sonríe y contésteme: ¿me amas todavía?

— ¡Silencio! ¿No ves que termina el acto? —replicó la maliciosa joven—. Espera, al menos, a que principie el siguiente.

El entreacto duró diez minutos, que a Gabriel le parecieron diez siglos. Por fortuna no le llamó Catalina de Médicis, que estaba entretenida con María Estuardo, pues nuestro amigo habría sido capaz de no acudir al llamamiento, aun sabiendo que su desatención le perdía irremisiblemente.

El segundo acto principió en medio de una tempestad de aplausos y de risotadas.

— ¿Qué me respondes? —preguntó Gabriel.

— ¿A qué? —interrogó Diana, simulando una distracción que estaba muy lejos de su ánimo—. ¡Ah... ya recuerdo! Creo que me preguntabas si te amo. Pues bien: si tienes buena memoria, recordarás la contestación que antes te di: «Te amo como tú me amas a mí».

— ¿Sabes bien, Diana, lo que dices? ¿Sabes hasta dónde llega mi amor, al afirmar que el tuyo le iguala?

—Si quieres que lo sepa —replicó la muy hipócrita— opino que lo menos que debes hacer es decírmelo.

—Escúchame, pues, Diana, y te convencerás de que, en los seis años

transcurridos desde que me separé de ti, todos los actos y todos los momentos de mi vida han ido encaminados y sido consagrados a acercarme a ti. Hasta que llegué a París, un mes después de tu salida de Vimoutiers, no supe quién eras, ignoré que tus padres eran el rey y la señora de Valentinois. Pero no creas que fuese tu condición de hija de Francia lo que me asustaba; lo que no podía sufrir es que fueses esposa del duque de Castro. A pesar de todo, una voz misteriosa susurraba en mí oído: «¡No importa! Aproxímate a ella, conquista fama y gloria, y algún día ella oirá pronunciar tu nombre, algún día te admirará, al paso que otros te temerán». Pensando en esto, Diana, me presenté al duque de Guisa, seguro de que a su lado alcanzaría muy pronto la gloria que tanto ambicionaba. No me engañé: un año más tarde me encerraba con él dentro de los muros de Metz y contribuía con todas mis fuerzas al feliz e inesperado resultado del levantamiento del sitio. Permanecí en la plaza para dirigir la construcción de los muros y la reparación de los destrozos causados por sesenta y cinco días de fieros ataques, y allí supe la toma de Hesdin por los imperiales y la muerte del duque de Castro tu marido. ¡Quedaste viuda sin que tu marido te volviera a ver, Diana! Mucho te compadecí, ¡pero con qué desnudo me batí en Renty! Pregúntalo al duque de Guisa. Tomé parte en las batallas de Abbeville, de Dinant, de Bavay y de Chateau-Cambresis, me encontré en todas partes donde resonaron los mosquetes, y puedo decir que no ha habido empresa gloriosa en este reinado en que yo no haya tomado parte modesta.

«Durante la tregua de Vaucelles —repuso Gabriel continuando su relato— vine a París, pero tú estabas aún en el convento, y mi forzada inacción principiaba a impacientarme, cuando por dicha se rompió la tregua. El duque de Guisa, que me había cobrado algún cariño, me preguntó si quería seguirle a Italia... ¡Si quería seguirle!... ¡No deseaba yo otra cosa! Franqueamos los Alpes en lo más crudo del invierno, atravesamos el Milanesado, tomamos a Valenza, el Plasentino y el Parmesano nos abrieron paso, y después de recorrer triunfalmente la Toscana y los Estados Pontificios, llegamos a los Abrazos. Pero el duque de Guisa se encuentra falto de dinero y sin tropas suficientes, y si bien se apoderó de Campli y puso sitio a Civitella, entró la desmoralización en el ejército y la expedición estaba seriamente comprometida. Frente a Civitella, Diana, tuve noticia, por una carta dirigida por su eminencia el cardenal de Lorena a su hermano, de tu proyectado matrimonio con Francisco de Montmorency.

«Como nada había que hacer entonces por aquel lado de los Alpes, el duque de Guisa me concedió permiso para venir a Francia, confiándome la gloriosa misión de presentar al rey las banderas arrancadas al enemigo y extremando sus bondades hasta el punto de facilitarme su recomendación poderosa. Mi ambición única, sin embargo, era volverte a ver, Diana. Anhelaba hablarte, saber de ti, preguntarte si consentías gustosa en el matrimonio que te proponían, y en una palabra, después de hacerte historia de

mis luchas y de mis esfuerzos de seis años, dirigirte la siguiente pregunta: ¿Me amas, Diana, como te amo yo?».

—Amigo mío —contestó con voz dulce Diana—: a mi vez voy a corresponderte refiriéndote la historia de mi vida. Cuando llegué, niña de doce años, a la corte, pasados los primeros momentos de admiración, de asombro y de curiosidad, se apoderó de mí el fastidio, sentí todo el peso de las cadenas doradas propias de la existencia que vivo, y recordé con amargura nuestros bosques y llanuras de Vimoutiers y Montgomery, Gabriel. Todas las noches me dormía llorando. El rey mi padre multiplicaba sus pruebas de cariño y yo procuraba corresponder a su ternura con tesoros de amor filial. ¿Pero qué se había hecho de mi libertad? ¿Dónde estaba Aloísa? ¿Dónde estabas tú, Gabriel? No veía al rey todos los días, la señora de Valentinois me trataba con frialdad y reserva, evitaba verme y encontrarme, y yo, Gabriel, no puedo vivir sin que me quieran; lo sabes muy bien. Comprenderás, por tanto, que he sufrido muchísimo durante aquel primer año.

— ¡Pobre Diana! —exclamó conmovido Gabriel.

—De suerte que, mientras tú te batías, yo languidecía. El hombre obra y la mujer espera: es la suerte que nos ha cabido en este mundo, pero muchas veces esperar es más duro que obrar. En este primer año de soledad, la muerte del duque de Castro me dejó viuda, y el rey me envió a un convento donde debería pasar el tiempo de luto. La vida tranquila y piadosa del convento se armonizaba mejor con mi natural que las intrigas y agitación continua de la corte, y por esto, cuando terminó mi luto, solicité y obtuve del rey que me permitiese permanecer algún tiempo más entre aquellas piadosas siervas de Dios. ¡Allí, al menos, me querían! Me querían todas, pero particularmente la buena hermana Mónica, que me recordaba a Aloísa. Te digo su nombre, Gabriel, para que la quieras como la quiero yo. En el convento, no solamente era querida por todas las hermanas, sino que podía soñar, Gabriel, podía entregarme a mis ensueños infantiles, porque disponía de tiempo y tenía derecho a hacerlo. Era libre, y puedes figurarte a quién vería en mis sueños, tanto del pasado como del porvenir. ¿Verdad que lo adivinas?

Gabriel, ebrio de felicidad, contestó con una mirada apasionada. Por fortuna representaban una de las escenas más interesantes de la comedia, una escena en la cual el fanfarrón acababa de ser víctima de una burla odiosa, y tanto los parciales de los Guisa como los enemigos de los Montmorency se destornillaban de risa. No habrían estado los dos amantes más solos en medio del desierto.

—Pasaron cinco años de paz y de esperanza —prosiguió Diana—, cinco años: durante los cuales sólo hube de lamentar una desgracia, la de perder a Enguerrando, mi padre adoptivo. No tardó, sin embargo, en cernerse sobre mi

cabeza otra desventura mayor: el rey me llamó a su lado, y me anunció que estaba destinada a ser la esposa de Francisco de Montmorency. Opuse resistencia, Gabriel, porque ya no era la niña de doce años, ya sabía lo que hacía. Opuse resistencia, como digo, pero entonces me suplicó mi padre, me demostró lo mucho que le importaba mi matrimonio para el bien y la tranquilidad del reino, ¡y era el rey, Gabriel, quien me suplicaba! Por otra parte, yo ignoraba dónde estabas tú, desconocía quién eras tú... Para abreviar: con tales instancias me suplicó el rey, que... ayer... ¡sí, fue ayer!, le prometí lo que tanto deseaba, pero con la condición de que mi sacrificio se retardaría tres meses, durante cuyo plazo yo sabría de ti.

— ¡En definitiva: te has comprometido! —balbuceó Gabriel palideciendo.

—Sí, pero yo no te había visto, amigo mío, yo no podía presumir que aquel mismo día nuestro imprevisto encuentro removería en mi alma las impresiones deliciosas y al mismo tiempo dolorosas que ha removido. ¡Oh! ¡Encuentro a mi Gabriel más bello, más arrogante, más altivo que en otros tiempos, pero el mismo de siempre! Al punto comprendí que la promesa que hice al rey es nula, que el matrimonio que me proponen es imposible, que mi vida te pertenece, y que si tú me amas con pasión, yo te adoro con locura. Confiesa, pues, que no he hecho menos que tú, y que mi amor en nada cede al tuyo.

— ¡Oh! ¡Eres un ángel, Diana querida, y cuanto he hecho por merecerte es nada!

—Puesto que la suerte nos ha aproximado, Gabriel, midamos ahora la importancia de los obstáculos que todavía nos separan. Al rey todo le parece poco para su hija, y entre los Castro y los Montmorency han contribuido no poco a agrandar su ambición.

—Vive tranquila por esa parte, Diana, porque mi Casa nada tiene que envidiar a las que has mencionado, y no sería esta la vez primera que entroncase con la reinante de Francia.

— ¿De veras, Gabriel? Cree que me llenas de alegría. Mi ignorancia en materia de blasones, como en tantas otras, es muy grande: no conozco ni he oído hablar de la familia de los vizcondes de Exmés. Gabriel te llamaba en Vimoutiers y para mi corazón no ha de haber otro nombre tan grato. A mí me basta con ése, y si crees que el otro que puedes ostentar ha de satisfacer al rey, nada faltará para que mi dicha sea completa. ¿Qué me importa a mí que te llames Exmés, Guisa, o Montmorency? Con que no te llames Montgomery...

— ¿Y por qué no quisieras que fuese yo un Montgomery? preguntó Gabriel, asustado.

—Porque los Montgomery, amigo mío, han debido ofender gravísimamente al rey, a juzgar por el odio que les profesa.

— ¡Es particular! —exclamó Gabriel, sintiendo que su pecho se oprimía —. ¿Pero son los Montgomery los que han ofendido gravemente al rey, o el rey quien habrá ofendido a los Montgomery?

—Mi padre es demasiado bueno para que yo pueda suponerle capaz de haber cometido una injusticia, Gabriel.

—Muy bueno para su hija, pero contra sus enemigos...

—Tal vez terrible, como lo eres tú contra los de Francia o del rey... ¡Pero qué importa! ¿Qué tenemos nosotros que ver con los Montgomery?

— ¿Y si yo fuera un Montgomery, Diana?

— ¡No digas eso, por Dios!

—Repito: ¿y si lo fuera?

—Si lo fueras, si mi desgracia me colocase entre mi padre y tú, yo me arrojaría a los pies del ofendido, cualquiera que fuese, y lloraría y suplicaría tanto, que mi padre te perdonaría por amor a mí, o por la misma consideración perdonarías tú a mi padre.

—Y tu voz es tan poderosa, Diana, que no dudo que el ofendido cedería, siempre que no se hubiese vertido sangre. Hago esta excepción, porque las manchas de sangre sólo con sangre se lavan.

— ¡Me asustas, Gabriel! Prolongas demasiado la prueba, amigo mío, porque de una prueba se trata, ¿verdad?

—Sí, Diana; sencillamente de una prueba... ¡Dios permitirá que esto sea solamente una prueba! —murmuró el joven.

—Y por lo tanto, no hay, no puede haber odio entre mi padre y tú.

—Así lo espero, Diana, así lo espero: sufriría mucho si me viese en la necesidad de hacerte sufrir.

—Muy bien, Gabriel. Si tú abrigas esa esperanza —añadió sonriendo con su gracia habitual—, yo acaricio la de recabar de mi padre que renuncie al matrimonio que sería mi muerte. Un rey tan poderoso como él siempre dispone de medios de compensar a los Montmorency.

—Te engañas, Diana; tu pérdida no la compensan todos sus tesoros, todo su poder.

—Así lo cree tu cariño... ¡Bien! Te aseguro que me has dado miedo, Gabriel. Pero nada temas, querido mío: Francisco de Montmorency no piensa como tú, gracias a Dios; preferirá a la pobre Diana un bastón de madera que le haga mariscal. Yo prepararé al rey para que acepte gustoso el cambio; le recordaré las alianzas de la Casa de Exmés con familias reales, haré historia de

tus gloriosas hazañas... ¡Ay, Gabriel! Si no me engaño, termina la comedia.

— ¡Cinco actos! —exclamó Gabriel—. ¡Qué cinco actos más cortos! ¡Y es verdad que están terminando!

—Por fortuna nos hemos dicho casi todo lo que teníamos que decirnos.

—De mí puedo asegurar que no te he dicho la milésima parte de lo que deseaba.

—Tampoco yo te he dicho nada de las insinuaciones de la reina.

— ¡Maliciosilla...!

—La maliciosa es ella, que te prodiga sonrisas, no yo que te regaño... No volverás a hablarle esta noche, ¿verdad? ¡Te lo prohíbo!

— ¿Me lo prohíbes? ¡Qué buena eres! No; no le hablaré... Ha terminado el epílogo... ¡Adiós...! Hasta luego, más bien; ¿no es cierto, Diana? Necesito que me digas algo que me sostenga y consuele, Diana.

—Hasta luego, y siempre tuya, maridito mío —murmuró gozosa la niña al oído de Gabriel, dejándole arrobado.

Y se perdió entre la bulliciosa concurrencia. Gabriel, que quería a toda costa cumplir su promesa, evitó el encontrarse cerca de la reina: no era posible pedirle más. Poco después salía del Louvre plenamente convencido de que Antonio de Baïf era un gran autor y de que jamás había asistido a representación teatral que le dejara más contento.

A su paso por el vestíbulo encontró a Martín Guerra, que no cabía de gozo con su nuevo traje.

— ¡Y bien, monseñor! —exclamó tan pronto como salieron a la calle—. ¿Habéis visto a la señora de Angulema?

—La he visto —respondió distraído Gabriel.

— ¿Y la señora de Angulema ama todavía al señor vizconde? —siguió preguntando el escudero, viendo que su señor estaba contento.

— ¡Tunante! ¿Quién te ha dicho eso? ¿De dónde sacas que la señora de Castro me amó nunca, o que yo haya pensado jamás en la señora de Castro? ¿Quieres callarte, bellaco?

— ¡Magnífico! —exclamó Martín Guerra—. El señor vizconde es amado, pues en caso contrario, habría suspirado en vez de injuriarme... y el señor vizconde ama, pues de lo contrario habría reparado en mi casaca y calzas nuevas.

— ¿Qué me cuentas a mí de casacas ni de calzas? ¡Pero, es verdad! Ahora

caigo en que no te había visto ese traje.

—No ha podido verle, porque lo he comprado esta noche misma para hacerle honor a mi señor y a mi señora, y además lo pagué al contado... gracias a mi mujer Beltrana, que me tiene acostumbrado al orden y a la economía, de la misma manera que a la templanza y a la castidad, y, en una palabra, a todas las virtudes teologales y cardinales. No me duele hacerle justicia en esto. ¡Ah! Si así hubiera yo podido habituarla a ella a la dulzura y a la mansedumbre, en el mundo no habría vivido otra pareja tan feliz como nosotros.

— ¡Basta, charlatán! Te reembolsaré el gasto, pues que por mí lo has hecho.

— ¡Oh, monseñor! ¡Vuestra generosidad me confunde! Me permitiré, sin embargo, hacerle presente, que si mi señor quería guardar su secreto, no debió darme esta nueva prueba de que ama y es correspondido: no se vacía con tanta facilidad la bolsa cuando el corazón no está lleno de esperanzas y de contento. Por supuesto, que ya sabe el señor vizconde que puede fiarse de Martín Guerra, fiel y mudo como la espada que lleva al cinto.

—Bien está, pero dejemos este tema.

—Dejaré soñar a monseñor.

Verdaderamente soñaba Gabriel, tanto, que al llegar a su alojamiento se vio en la necesidad de comunicar a alguien sus sueños, y se sentó a escribir a Aloísa la siguiente carta:

«Mi buena Aloísa: Diana me ama... Pero no; no es esto lo primero que debo decirte... Mi buena Aloísa: ven a mi lado, que después de una ausencia de seis años, tengo necesidad de abrazarte. Los preliminares de mi vida son halagüeños. Soy capitán de guardias del rey, uno de los empleos militares más codiciados, y me he conquistado un nombre que me ayudará a rodear de honor y de gloria el que heredé de mis antepasados. Para esta empresa necesito también de ti, Aloísa. Finalmente, me haces falta porque soy feliz, porque, te lo repito, Diana me ama... Sí; tengo la dicha de ser amado por la Diana de otro tiempo, por mi hermanita de la infancia, que no ha olvidado a su buena Aloísa, aunque llama padre al rey.

«Sábelo, mi querida Aloísa, y toma parte en mi dicha: la hija del rey y de la señora de Valentinois, la viuda del duque de Castro, no ha olvidado nunca a su amigo de la infancia y ama con toda la pasión de su alma encantadora a su oscuro compañero de Vimoutiers. No hace una hora que me lo estaba diciendo, y su voz resuena aún en mi corazón.

«Ven, pues, Aloísa, porque es demasiada la dicha que me embarga para



disfrutarla yo solo».

## XI

### ¿LA PAZ O LA GUERRA?

El día 7 de junio celebraba sesión el Consejo del rey y la presidía Enrique II. Le acompañaban los príncipes de su Casa y formaban el Consejo el condestable Anne de Montmorency, el cardenal de Lorena y su hermano Carlos de Guisa, arzobispo de Reims, el canciller Oliverio de Lenville, el presidente Bertrand, el conde de Aumale, los señores de Sedán y de Humières, y Saint-André con su hijo.

El vizconde de Exmés, como capitán de guardias del rey, estaba de pie junto a la puerta, espada en mano.

Como de costumbre, todo el interés de la sesión estaba circunscripto a la lucha de ambiciones encontradas en las Casas de Lorena y de Montmorency, que aquel día representaban en el Consejo el condestable y el cardenal.

—Señor —decía este último—: el peligro es grande; el enemigo llama a nuestras puertas. En Flandes se está organizando un ejército formidable; mañana mismo puede Felipe II invadir nuestro territorio, y María de Inglaterra declararnos la guerra. Señor: necesitáis un general intrépido, joven y vigoroso, capaz de obrar con energía, y cuyo solo nombre asuste al español y le recuerde sus recientes derrotas.

—Por ejemplo —observó con expresión irónica el condestable—, el nombre de vuestro hermano, el señor de Guisa.

—En efecto: el nombre de mi hermano —replicó con energía el cardenal—. El nombre del vencedor de Metz, de Renty y de Valenza. Sí, señor: es necesario llamar inmediatamente al duque de Guisa, hacerle venir de Italia, donde por falta de recursos se ha visto obligado a levantar el sitio de Civitella, y donde su ejército, que aquí podría prestar valiosos servicios contra la invasión, es de todo punto ineficaz para la conquista.

El rey se volvió negligentemente hacia el condestable como diciéndole: A ti te toca.

—Señor —dijo el condestable—. Haced venir al ejército, si os parece bien, toda vez que la decantada conquista de Italia termina, tal como yo había predicho, en el mayor de los ridículos. Pero no me parece que tengáis necesidad de ningún general. Las últimas noticias del Norte acusan tranquilidad completa en la frontera de los Países Bajos: Felipe II tiembla, y

María de Inglaterra calla: podéis, si lo tenéis a bien, renovar la tregua o bien imponer las condiciones de paz. No es un capitán aventurero lo que os hace falta, señor, sino un ministro sagaz y experimentado, un hombre maduro a quien no cieguen ni arrastren ímpetus juveniles, y para quien la guerra no sea el antifaz con que encubra ambiciones insaciables, un político, en una palabra, que pueda concluir una paz honrosa, digna y estable para Francia.

—Como vos, por ejemplo, señor condestable —interrumpió con sarcasmo el cardenal de Lorena.

— ¡Como yo, sí! —contestó con altanería Anne de Montmorency—. Públicamente aconsejo al rey que no se ocupe en los anuncios de una guerra que no estallará ni puede estallar sino cuando y como él quiera. Los asuntos interiores, la situación de nuestra Hacienda, y los intereses de la religión, reclaman más particularmente nuestro cuidado, y un administrador prudente vale hoy cien veces más que un general emprendedor.

—Y por tanto, le asisten derechos centuplicados a los favores de su majestad, ¿no es cierto? —preguntó con acrimonia el cardenal de Lorena.

—Su eminencia ha completado mi pensamiento —contestó con frialdad el condestable—. Y puesto que él mismo ha colocado la cuestión sobre el tapete, me atreveré a solicitar de su majestad una manifestación de que le placen mis servicios pacíficos.

— ¿De qué se trata? —preguntó el rey suspirando.

—Señor: ruego a vuestra majestad que declare públicamente el honor señalado que se digna otorgar a mi Casa, concediendo a mi hijo la mano de la señora de Angulema. Me es indispensable esta manifestación oficial, esta promesa solemne, para caminar con paso firme por la senda que me he señalado, sin temor a las dudas de mis amigos y a las habladurías de mis enemigos.

Demanda tan audaz fue acogida, no obstante la presencia del rey, con movimientos y rumores de aprobación o de desagrado, según pertenecieran los consejeros a uno u otro bando.

Gabriel palideció y se estremeció; pero se repuso al punto al oír la réplica viva del cardenal de Lorena.

—No ha llegado todavía, que yo sepa, la Bula del Santo Padre que debe anular el matrimonio de Francisco de Montmorency con Juana de Fiennes y pudiera muy bien suceder que no llegara nunca.

—En cuyo caso nos pasaríamos sin ella —insistió el condestable—. Un edicto real puede declarar nulos los matrimonios clandestinos.

—Pero un edicto real no tiene efectos retroactivos —objetó el cardenal.

—Se lo darán; ¿no es cierto, señor? Yo os suplico que lo proclaméis en alta voz; intereso de vos, señor, una declaración pública, que será para los que me combaten y para mí mismo un testimonio de que vuestra majestad aprueba mis ideas. Declarad, señor, que vuestra benevolencia real llegará hasta el extremo de dar efectos retroactivos al justísimo edicto que intereso.

—Indudablemente podría dárselos —contestó el rey, como si su debilidad indiferente cediese ante la energía de lenguaje del condestable.

Gabriel se vio obligado a apoyarse en su espada para no caer.

Chispeaba la alegría en los ojos del condestable: gracias a su osadía imprudente iba a triunfar el partido de la paz.

Pero en aquel momento resonaron trompetas en el vestíbulo, y las trompetas tocaban un himno extranjero. Los individuos del Consejo se miraron sorprendidos. Casi al mismo tiempo entró un ujier, quien, después de hacer una profunda reverencia, dijo:

—Sir Eduardo Flaming, heraldo de Inglaterra, solicita el honor de ser admitido en la presencia de vuestra majestad.

—Que entre el heraldo de Inglaterra —ordenó el rey, sorprendido, pero tranquilo.

Hizo Enrique II una señal; el delfín y los príncipes se levantaron y colocaron alrededor del rey, y todos los miembros del Consejo al de los príncipes. Fue introducido el heraldo, a quien acompañaban dos soldados solamente, y después de saludar al monarca, que contestó con una inclinación ligera de cabeza, se expresó en los siguientes términos:

—María, reina de Inglaterra y de Francia, a Enrique, rey de Francia.

«Por haber mantenido relaciones y amistad con los protestantes ingleses, enemigos de nuestra religión y de nuestro reino, y por haberles ofrecido socorros y protección contra las justas persecuciones ejercidas sobre ellos.

«Nos, María de Inglaterra, declaramos la guerra, por tierra y por mar, a Enrique de Francia. Y en prenda de este reto, yo, Eduardo Flaming, heraldo de Inglaterra, arrojo aquí mi guante de batalla».

Obedeciendo una seña del rey, el vizconde Exmés fue a recoger el guante de Sir Flaming. Enrique se limitó a contestar al heraldo con expresión glacial:

—Gracias.

Y quitándose el magnífico collar que llevaba, se lo dio a Gabriel para que lo entregara al heraldo, añadiendo seguidamente:

—Podéis retiraros.

El heraldo se inclinó profundamente y salió. Un instante después resonaron de nuevo las trompetas inglesas. El rey dijo al condestable:

—Mi primo de Montmorency ha estado hoy poco acertado en sus predicciones. Muy a la ligera, condestable, nos habéis prometido la paz y garantizado las buenas intenciones de la reina María. La protección que, según dice, hemos dispensado a los protestantes ingleses, es un pretexto piadoso que encubre el amor que nuestra hermana de Inglaterra profesa a su joven marido Felipe II. Nos harán la guerra los dos esposos... ¡Está bien! Un rey de Francia no la temería aun cuando fuese contra la Europa entera, y si la frontera de los Países Bajos nos da un poco de tiempo... ¿Qué pasa, Florimond? ¿Qué nueva nos traes?

—Señor —respondió el ujier entrando de nuevo—; acaba de llegar un correo extraordinario del señor gobernador de Picardía, con despachos urgentes.

—Tened la bondad de recibirlos, señor cardenal —dijo con exquisita amabilidad el rey.

Salió el cardenal de Lorena, y entró de nuevo segundos después con los despachos, que puso en manos del rey.

— ¡Ah, señores! —exclamó Enrique II, luego que pasó la vista por los pliegos—. Aquí tenemos noticias nuevas. Los ejércitos de Felipe II se concentran en Givet, y a su frente se pone el duque de Saboya, según comunica Gaspar de Coligny. ¡Buen enemigo es el duque de Saboya! Vuestro sobrino, señor condestable, opina que las fuerzas españolas atacarán a Mezières y Rocroy con objeto de aislar a Marienburgo. Pide con urgencia socorros para poner esas plazas en estado de defensa y poder resistir los primeros ataques.

Toda la asamblea se puso en pie, emocionada y agitada.

—Señor de Montmorency; repito que habéis estado poco feliz en vuestras predicciones de hoy —repuso el rey, sonriendo con tranquilidad—. Nos dijisteis que María de Inglaterra calla, y acabamos de oír resonar sus trompetas; afirmasteis que Felipe II nos tenía miedo, que la tranquilidad era completa en los Países Bajos, y, en efecto, el rey de España nos tiene tanto miedo como el que nosotros podamos tener a una paloma, y en la frontera de Flandes, con toda su tranquilidad, se concentra un ejército. Decididamente: dadas las circunstancias, creo que los administradores prudentes deben ceder el puesto a los generales emprendedores.

—Señor —contestó Anne de Montmorency—; condestable de Francia soy, y la guerra me conoce más todavía que la paz.

—Nada más justo, primo mío —dijo el rey—. Con placer veo que recordáis a tiempo las jornadas de la Bicoque y de Marignan, y que las ideas belicosas enardecen vuestra alma. Desenvainad, pues, vuestro acero, que con ello me daréis placer, y aprestaos a rechazar al enemigo. Quise decir que no debemos pensar más que en la guerra, y en procurar hacerla con honor y gloria. Señor cardenal de Lorena: escribid a vuestro hermano el duque de Guisa ordenándole que venga al momento. En cuanto a los asuntos interiores y de familia, fuerza será aplazarlos, y por lo que se refiere al matrimonio de la señora de Angulema, la prudencia aconseja que esperemos antes la dispensa del Papa.

El condestable hizo un gesto de desesperación, el cardenal sonrió y Gabriel respiró tranquilo.

—Vamos, señores —prosiguió el rey, que había sacudido su negligencia—. Vamos a recogernos dentro de nosotros mismos, para pensar con gravedad en tantos problemas graves como se nos han presentado. Doy por terminada la sesión de esta mañana, pero celebraremos nuevo consejo esta noche. Hasta la noche, pues, y que Dios proteja a Francia.

— ¡Viva el rey! —gritaron todos los miembros del Consejo.

Seguidamente se separaron.

## XII

### UN DOBLE BRIBÓN

Salía el condestable de Montmorency sumamente inquieto del salón del Consejo, cuando, en la gran galería del Louvre, Arnaldo de Thill, a quien en su preocupación no había visto, le llamó en voz baja.

—Monseñor... dos palabras...

— ¿Qué hay? ¡Ah!... ¿Eres tú, Arnaldo? ¿Qué me quieres? ¡Te advierto que no estoy de humor para escucharte!

—Lo supongo: monseñor está de mal talante por el giro que toma el proyecto de matrimonio de la señora Diana con monseñor Francisco.

— ¿Y cómo sabes tú eso, bellaco? ¡Pero a bien que me importa muy poco que lo sepa el mundo entero! El viento sopla ahora en favor de los Guisa; ésa es la verdad.

—Mañana soplará en favor de los Montmorency —respondió el espía—. Si hoy fuera el rey el único enemigo de ese casamiento, mañana sería su

amigo, pero es caso, monseñor, que se ha alzado un nuevo obstáculo que obstruye el paso, y este obstáculo es más grave que...

— ¿Quién puede oponer un obstáculo más grave que la frialdad... mejor dicho, el disfavor manifiesto del rey?

—La señora de Angulema, por ejemplo.

— ¿Has venteado algo por aquella parte, mi buen sabueso? —preguntó el condestable.

— ¿En qué cree monseñor que he empleado los quince días transcurridos desde mi llegada?

—La verdad es que hace mucho tiempo que no he oído hablar de ti.

—Ni directa ni indirectamente, monseñor —contestó el espía con expresión de orgullo—. ¡Y eso que me regañáis a todas horas porque mi nombre figura con mucha frecuencia en los partes de las rondas de policía! No podéis quejaros de mí, monseñor, que en estas dos semanas últimas he trabajado con prudencia y sin ruido.

—Es cierto, y en verdad me ha maravillado que hayan pasado tantos días sin verme en la precisión de sacarte de algún enredo, tunante, porque te emborrachas cuando no juegas, y robas cuando no andas a cuchilladas.

—El héroe turbulento de estos quince días últimos no he sido yo, monseñor, sino cierto escudero del nuevo capitán de guardias, el vizconde de Exmés, llamado Martín Guerra.

—En efecto: ahora recuerdo que un Martín Guerra ha reemplazado a Arnaldo de Thill en los partes que todas las noches tengo que examinar.

— ¿A quién recogió la otra noche borracho perdido la ronda?

—A Martín Guerra.

— ¿Quien, a consecuencia de una disputa en el juego, nacida de no sé qué fullerías cometidas, propinó una estocada a un guapo mozo de los gendarmes del rey de Francia?

—Martín Guerra también.

— ¿Y quién, en fin, fue sorprendido ayer en el acto de robar la mujer del herrero maese Gorju?

—El de siempre, Martín Guerra. Es un bribón digno de la horca. No valdrá mucho más que él su señor, el vizconde de Exmés, a quien te he mandado que vigiles, cuando le apoya y defiende, asegurando que su escudero es el hombre más honrado e inofensivo del universo.

—Lo mismo habéis tenido la bondad de decir mil veces de mí, monseñor. Lo que ocurre es que Martín Guerra se cree poseído por el diablo, aunque la verdad es que soy yo quien le poseo.

— ¡Cómo! ¡Qué dices! ¿Qué eres Satanás? —exclamó horrorizado y haciendo la señal de la cruz el condestable.

Arnaldo contestó con una carcajada infernal.

—No; no soy el diablo, monseñor —dijo—. En prueba de ello, y al mismo tiempo para tranquilizaros, os pido cincuenta doblones. ¿Tendría necesidad de pedir os dinero si fuera el diablo? No; en cualquier momento podría sacar monedas de oro de mis pezuñas o de mi rabo.

—Tienes razón —observó el condestable—. Toma los cincuenta doblones.

—Que he ganado a conciencia, monseñor, granjeándome la confianza del vizconde de Exmés. Aunque no soy el diablo, tengo mis ribetes de hechicero, y con sólo ponerme una casaca parda y unas calzas amarillas, consigo que el flamante capitán de guardias me hable como hablaría a su mejor amigo o al confidente de su intimidad.

— ¡Hum! ¡A horca me huele todo eso! —exclamó el condestable.

—Maese Nostradamus, sin más que verme atravesar la calle y un examen superficial de mi fisonomía, me predijo que moriré entre el cielo y la tierra. Yo me resigno a mi destino, y mientras llega el momento de despedirme de este mundo dando cabriolas en el aire, me dedico exclusivamente a vuestros intereses, monseñor. Es un tesoro que no tiene precio disponer de un hombre que sabe que ha de morir ahorcado, porque el que está convencido de que morirá en la horca nada teme: ni a la horca misma. Pero volvamos a mi historia: me he constituido en un duplicado del escudero del vizconde de Exmés... ¿No os dije que sé hacer milagros? Ahora bien: ¿sabéis, o conjeturáis, quién es el mencionado vizconde?

— ¡Pardiez! ¡Un partidario de los Guisa!

—Algo más: es el amante correspondido de la señora de Castro.

— ¿Qué me dices, miserable? ¿De dónde has sacado eso?

—Repito que soy el confidente del vizconde. Casi siempre llevo a su amada sus cartas amorosas y vuelvo con las respuestas. La doncella de la duquesa y yo somos carne y uña... aunque no deja de causarle extrañeza el tener un novio tan desigual, unas veces atrevido como un paje y otras tímido como una monja. El vizconde de Exmés y la señora de Castro se ven tres veces a la semana en los salones de la reina, y se escriben todos los días. Debo decir que sus amores, aunque otra cosa creeréis vos, son puros, tan puros, que si no me interesara ante todo y sobré todo por mí mismo, dedicaría mi interés a

aquellos amantes. Se adoran como dos querubines, y su amor data de muy antiguo, de la infancia, a lo que parece. Algunas veces me permito abrir sus cartas, y me conmueven. La señora Diana está celosa. ¿A que no adivináis de quién? Os lo diré yo: está celosa de la reina... Pero se engaña la pobrecilla, pues si es posible, y aun probable, que la reina piensa en el vizconde...

— ¡Arnaldo! —interrumpió el condestable—. ¡Eres un calumniador!

—Y vuestra sonrisa, monseñor, es más que maliciosa —replicó el espía—. Decía que si es posible, y hasta probable, que la reina piense en el vizconde, puedo asegurar que el vizconde no piensa en ella. Sus amores con Diana de Castro son puros como los que se estilaban en la Arcadia, son amores que conmueven como la novela pastoril o caballeresca más tierna y sentimental. Pero eso no impide, ¡Dios me perdone!, que yo, no obstante el interés que me inspiran esas pobres tortolillas, las traicione y venda por cincuenta doblones. Y sólo me resta añadir que no dudo que convendréis conmigo en que con razón dije al principio que he ganado a conciencia la cantidad que habéis tenido la dignación de darme.

—Conforme... ¿Pero me dirás de una vez a qué medios has recurrido para obtener noticias y datos tan preciosos?

— ¡Ah, monseñor! Es mi secreto... secreto que podéis adivinar, si gustáis, pero que yo no debo revelar todavía. Por otra parte, poco deben importaros los medios a que recurro, y cuya responsabilidad me alcanza exclusivamente a mí, con tal de que toquéis los resultados. Y los resultados para vos son tener informes precisos de los actos o proyectos que puedan causaros molestias o perjuicios. Por esta razón, creo que mi revelación de hoy no deja de ser grave y al propio tiempo interesante para vos, monseñor.

— ¡De acuerdo, bribón, de acuerdo! Pero no dejes de vigilar a ese condenado vizconde.

—Le vigilaré, monseñor. Os pertenezco a vos como al vicio: vos me daréis doblones, yo os daré noticias, y los dos estaremos contentos... ¡Alguien llega por esta galería!... ¡Diablo!... ¿Una mujer? ¡Adiós monseñor!

— ¿Quién es? —preguntó el condestable que era corto de vista.

—La señora de Castro en persona, que va sin duda a la cámara del rey. No conviene que me vea hablar con vos, monseñor, aunque lo probable es que no me reconozca con este traje. Ella llega y yo me escapo... ¡Adiós, monseñor!

Esquivó, en efecto, el encuentro, desapareciendo por el lado opuesto al que traía Diana.

El condestable titubeó un momento, resolviéndose a cerciorarse por sí mismo de la exactitud de las noticias de Arnaldo, abordó resueltamente a la



duquesa de Angulema.

— ¿Os dirigís a la cámara del rey, señora? —preguntó.

—En efecto, señor condestable.

—Temo que encontraréis a su majestad poco dispuesto a escucharos, señora —dijo Montmorency, a quien alarmaba la visita de Diana al rey—. Las graves noticias que ha recibido...

—Hacen precisamente que el momento no pueda ser más oportuno para mí.

—Y más perjudicial para mí, ¿verdad? Lo digo, porque me profesáis un odio terrible, señora.

Os equivocáis, señor condestable, yo no profeso odio a nadie.

¿Luego en vuestro pecho no cabe más que el amor? —interrogó Montmorency con cierta expresión que obligó a Diana a enrojecer y bajar los ojos—. ¿Será el amor el que os da fuerzas para negaros a satisfacer los deseos del rey y los votos de mi hijo?

Diana quedó turbada, sin saber qué contestar.

—Arnaldo ha dicho la verdad —pensó el condestable—. Ama al arrogante portador de los trofeos del duque de Guisa.

—Señor condestable —dijo Diana ya repuesta de su turbación—; mi deber es obedecer a su majestad, pero estoy en mi derecho al implorar a mi padre.

— ¿Luego persistís en ir a hablar al rey?

—Persisto.

—Está bien: yo, mientras, voy a conferenciar con la señora de Valentinois.

—Dueño sois de hacer lo que os plazca, señor condestable.

Se saludaron y desaparecieron de la galería tomando direcciones opuestas. Casi en el mismo instante entraban Diana en la cámara del rey, y el condestable en las habitaciones de la favorita.

### XIII

#### EL COLMO DE LA DICHA

—Ven acá, Martín —decía Gabriel aquel mismo día y casi a la misma hora a su escudero—. Tengo precisión de hacer mi ronda y no volveré a mi casa

hasta las dos. Dentro de una hora, irás a estacionarte al sitio de costumbre, donde esperarás a Jacinta, que te entregará una carta muy importante. Me la traerás sin perder un segundo. Si termino mi ronda antes de que vuelvas, yo iré a buscarte, y en caso contrario, espérame aquí. ¿Has comprendido?

—He comprendido, señor, pero quisiera pedirlos un favor.

—Habla.

—Haced que me acompañe un guardia, monseñor; os lo suplico.

— ¿Acompañarte un guardia? ¿Qué nueva locura es ésta? ¿Tienes miedo?

—Sí; tengo miedo —contestó Martín con acento lastimero—. Parece, señor, que la noche pasada cometí grandes calaveradas. Hasta aquí, yo era solamente borracho, jugador tramposo y quimerista, pero ahora soy también un libertino. ¡Libertino yo, a quien todo Artigues admiraba por la pureza de costumbres! ¡Aficionado a aventuras amorosas yo, cuyo candor de alma fue siempre proverbial! ¿Queréis creer, monseñor, que esta noche pasada he intentado cometer un rapto abominable? ¡Sí, señor; un rapto! He querido, a viva fuerza, raptar a la esposa del herrero Gorju... una beldad, según dicen. Por desgracia, o mejor dicho, por dicha, me han detenido, y gracias a que dije mi nombre y añadí que era escudero vuestro, no me he pasado la noche en la cárcel. ¡Soy un infame!

—Vamos a ver, Martín: ¿será que has soñado que cometiste esa nueva infamia?

— ¡Soñado! ¡Leed el informe, monseñor! Yo lo he leído, y se me pusieron las orejas como la grana. Hubo tiempo en que creí que todas las atrocidades que cometía eran horribles pesadillas, o bien que el demonio se divertía tomando mi forma corporal para entregarse a iniquidades nocturnas y misteriosas, pero me habéis desengañado vos mismo, monseñor, y por otra parte, ya no veo al individuo a quien antes tomaba por mi sombra. También me ha desengañado el santo sacerdote a quien he entregado la dirección de mi conciencia. Ya no puedo dudar que el que viola todas las leyes humanas, el culpable, el criminal, el infiel, el malvado, soy yo, tal como me aseguran. Lo creo firmemente, y así habré de creerlo siempre. Semejante a la gallina que empolla de aves de rapiña, mi alma da calor a pensamientos honestos que se convierten en actos impíos, y toda mi virtud se traduce en crímenes. No me atreveré a decir a nadie más que a vos, señor, que estoy poseído, porque me quemarían vivo, pero es indudable que, en algunos momentos, llevo una legión de diablos dentro del cuerpo.

—No, mi pobre Martín —replicó Gabriel riendo—. Lo que te pasa es que, de algún tiempo a esta parte, te has aficionado a beber, y cuando has bebido más de lo justo, ves los objetos dobles.

— ¡Pero si yo no bebo más que agua, monseñor, agua pura! ¡A no ser que el agua del Sena se me suba a la cabeza!

—Beberás agua sola, Martín, pero lo cierto es que una noche te cogieron borracho como una cuba.

— ¡Ahí veréis, monseñor! Aquella noche me acosté y me dormí encomendando mi alma al Señor, me levanté por la mañana santo y virtuoso como me había acostado, fui a saludaros, y vos me dijisteis lo que había pasado: ¡juro por la salvación de mi alma que yo nada sabía! Lo propio sucedió la noche que hería a aquel guapo gendarme, y otro tanto esta noche pasada en que he cometido el infame atentado... Y es el caso que no me explico cómo puedo hacer esas cosas, pues hago que Geromo me encierre en mi cuarto y eche el cerrojo por fuera, y yo aseguro las maderas de la ventana con triple cadena de hierro, ¡pero como si no! Cuando me levanto por la mañana, me pregunto con terror: ¿Qué habré hecho, santo Dios, durante mis ausencias de la noche última? Y al momento voy a saberlo de vos o de los partes de las rondas, y corro luego a descargar mi conciencia a los pies del confesor, quien me niega la absolución que mis eternas recaídas hacen imposible. No encuentro consuelo más que ayunando y castigando mi culpable cuerpo con vigorosos disciplinazos, pero preveo que moriré impenitente y me condenaré.

—Yo quiero creer, Martín, que poco a poco cederán tus indómitos ardores y volverás a ser el Martín pacífico, honrado y virtuoso de otros tiempos. Mientras tanto, obedece a tu señor y cumple como bueno la comisión que acaba de encargarte. ¿Cómo quieres que mande a otro que te acompañe? Sabes muy bien que se trata de algo que debe permanecer secreto, y que tú sólo mereces mi confianza.

—Prometo hacer de mi parte cuánto pueda por daros gusto, monseñor, pero no respondo de mí.

— ¡Diantre, Martín, eso es demasiado! ¿Por qué no respondes de ti?

—No perdáis la paciencia, señor, si tardo demasiado... porque a veces acontece que creo estar aquí cuando estoy allá, o se me figura que hago esto y en realidad hago aquello otro. No hace muchos días me impusieron una penitencia de treinta Padrenuestros y treinta Avemarías. Quise triplicar la dosis para que mi castigo fuese mayor, y permanecí, o mejor dicho, creí permanecer en la iglesia de San Gervasio, rezando y llevando la cuenta con las de mi rosario, durante dos horas o más. ¿Y qué pasó? Llegué a casa, y supe que, mientras creía estar en la iglesia, me habíais enviado con una carta y que yo había vuelto al momento con la contestación, y por si alguna duda me cabía, al día siguiente, la doncella Jacinta... ¡otra buena moza a fe mía!, me riñó porque el día anterior me había propasado con ella. Y esto mismo se ha repetido tres

veces, monseñor; ¿cómo, pues, queréis que pueda responder de mí? ¡No, no! Yo no soy dueño de mí mismo, y aunque todavía el agua bendita no me quema los dedos, estoy seguro de que dentro de mi pellejo hay otro compañero que no es Martín Guerra.

— ¡Bien, bien! —contestó Gabriel con cierta impaciencia—. Correré el riesgo. Yo no sé si en la ocasión a que te refieres estabas en la iglesia rezando Padrenuestros o en la calle de Froid-Manteau, pero sí que cumpliste hábil y fielmente la comisión que te encargué. De la misma manera cumplirás la de hoy, y por si hace falta estimular tu celo, añadiré que en la contestación has de traerme la felicidad o la desesperación.

— ¡Ah, monseñor! No necesita estímulo mi felicidad, os lo juro, y si no fuera por esas diabólicas substituciones...

— ¡Vaya! ¿Vamos a empezar de nuevo? —interrumpió Gabriel—. No puedo detenerte más; dentro de una hora saldrás tú, y cuidado con olvidar ninguna de mis instrucciones... ¡Ah... se me olvidaba! Sabes que estoy esperando con impaciencia que llegue Aloísa de Normandía; si viene mientras estoy fuera, le prepararás el aposento que está contiguo al mío y la recibirás como si fuese la dueña de la casa: ¿te acordarás?

—Sí, señor.

—Adiós, Martín. Prontitud, discreción, y sobre todo, presencia de ánimo.

Por toda contestación, Martín exhaló un suspiro, y Gabriel salió de su casa, que estaba situada en la calle de los Jardines. Dos horas después volvió, tal como había dicho, con la mirada distraída y el pensamiento preocupado. Vio a Martín, corrió a él, tomó la carta que esperaba con tanta impaciencia, despidió a su escudero con un gesto, y leyó lo que sigue:

«Demos gracias a Dios, Gabriel: el rey ha cedido y seremos dichosos. Habrás sabido ya, que llegó el heraldo de Inglaterra, con la misión de declarar la guerra al rey de Francia en nombre de la reina María, y seguramente no ignoras que en Flandes se hacen grandes preparativos contra Francia. Estos sucesos, que tantos peligros encierran tal vez para Francia, son favorables a nuestro amor. Gabriel, puesto que han acrecentado considerablemente la influencia del joven duque de Guisa y disminuido en la misma proporción la del viejo Montmorency. Con todo, el rey estuvo un momento indeciso, pero le supliqué con vivas instancias, le dije que había tenido la dicha de volver a encontrarte, le ponderé tu nobleza, tu valor, tu lealtad, concluí por declarar tu nombre... con lo cual empeoró mi pleito... El rey, sin prometerme nada en concreto, me contestó que reflexionaría, que después de todo no eran tan apremiantes los intereses de Estado, que sería una crueldad comprometer mi dicha, que podría dar a Francisco de Montmorency una compensación con la

cual habría de conformarse. Aunque nada me ha prometido, ten la seguridad de que amoldará su conducta a las insinuaciones que me hizo. ¡Oh! ¡Es muy bueno mi padre, Gabriel! No me cabe la menor duda de que llegarás a quererle como le quiero yo, porque lo merece, amigo mío, porque gracias a él, se realizarán nuestros deliciosos sueños de seis años. Te diría mucho más; ¡pero son tan frías las palabras escritas! Ven esta tarde a las seis, mientras celebran el Consejo, y Jacinta te conducirá a un sitio donde podremos hablar a solas por espacio de una hora larga de ese porvenir radiante que tantas dichas nos brinda. Preveo que la campaña de Flandes reclamará tus servicios, ¡pero cómo ha de ser! Fuerza será conformarse, y servir al rey, y... merecerme, caballero, hacerse acreedor a la mano de la que tanto te ama... porque yo te amo con toda mi alma, sí; ¿a qué ocultarlo? No dejes de venir a la hora indicada, porque quiero saber si eres tan feliz como tu Diana».

— ¡Oh, sí, muy feliz! —exclamó Gabriel en voz alta cuando terminó de leer la carta—. ¿Qué me falta ahora para que mi dicha sea completa?

—No será ciertamente la presencia de vuestra vieja nodriza —dijo Aloísa que había permanecido hasta entonces sentada, inmóvil y silenciosa, en la sombra.

— ¡Aloísa! —gritó Gabriel, corriendo hacia ella con los brazos abiertos y abrazándola—. ¡Oh, sí, mi buena Aloísa! ¡Me hacías falta, mucha falta! ¿Cómo estás?... ¡Pero si no has variado nada...! ¡Otro abrazo, Aloísa, otro abrazo! Tampoco he variado yo, al menos no ha variado mi corazón, este corazón que tanto te quiere. Cree que tu tardanza principiaba a atormentarme: pregúntale a Martín. ¿Por qué has tardado tanto?

—Las últimas lluvias, monseñor, han interceptado los caminos de tal suerte, que de no haber desafiado todos los obstáculos, espoleada por vuestra carta, no habría llegado todavía.

—Bendigo tu decisión, Aloísa; te felicito y me felicito por haber desafiado todos los riesgos, porque, ¿puede ser completa la felicidad cuando uno no la hace extensiva a las personas queridas? ¿Ves esta carta que acabo de recibir? Es de Diana, de tu segunda hija, y me anuncia... ¿sabes qué me anuncia? me anuncia que los obstáculos que se oponían a nuestra felicidad están en vísperas de desaparecer, que el rey no exige ya el matrimonio de Diana con Francisco de Montmorency, y que Diana me adora. ¡Me adora, sí, Aloísa, y tú estás a mi lado para participar de mi alegría! Dime: ¿no es esto el colmo de la dicha?

— ¿Y si fuera preciso, monseñor —preguntó Aloísa con gravedad, con tristeza—, si fuera preciso renunciar a la señora de Castro?

— ¡Imposible, mi querida nodriza! Ya ves cómo todos los obstáculos se allanan por sí mismos.

—Los obstáculos que emanan de los hombres, monseñor, pueden vencerse, pero no los que vienen de Dios. Sabéis cuanto os quiero, monseñor; sabéis que daría gustosa mi vida a trueque de evitaros la menor sombra de disgusto. Pues bien: si yo os dijese: «Sin intentar saber las razones que me obligan a ello, es preciso que renunciéis a la señora de Castro, que dejéis de verla, que ahoguéis vuestro amor por todos los medios imaginables. Media entre vos y ella un secreto terrible, cuya revelación, os ruego, por vuestro propio interés, que no me pidáis»... si yo os dijese esas palabras, suplicante y de rodillas, ¿qué me contestaríais, monseñor?

—Si me pidieras la vida, Aloísa, te obedecería gustoso sin exigirte la razón del sacrificio; pero mi amor no depende de mi voluntad, está fuera del alcance de ésta, porque también viene de Dios, nodriza.

— ¡Perdonadle, Dios mío! —exclamó Aloísa juntando las manos— ¡blasfema, Señor, pero no sabe lo que dice! ¡Perdonadle!

— ¡Me asustas, Aloísa! No hagas durar por más tiempo esta angustia mortal. ¡Por horrible que sea lo que tengas que decirme, o lo que quieras manifestarme, habla, por el Cielo, te lo suplico!

— ¿Lo queréis así, monseñor? ¿Es preciso que revele el secreto que ante Dios juré guardar, pero que Dios mismo ordena hoy que no conserve por más tiempo? ¡Sea, monseñor! Os habéis engañado, es preciso que os hayáis engañado acerca de la naturaleza del afecto que os inspira Diana. No es un afecto que engendre deseos, no es un cariño que participe del fuego del amor, ¡oh, no!, sino un afecto puro, un cariño casto, un querer sublime, una necesidad imperiosa de proteger a Diana amistosa y fraternalmente, pero nada más.

—Estás en un error, Aloísa: la belleza arrebatadora de Diana...

—No estoy en un error —se apresuró a replicar Aloísa—. De ello no tardaréis en estar tan convencido como yo, monseñor, porque la prueba que voy a daros os parecerá tan evidente como me parece a mí misma. Sabed que, según todas las probabilidades, la señora de Castro... ¡valor, hijo mío!..., la señora de Castro es... ¡ay!, vuestra hermana.

— ¡Mi hermana! —exclamó Gabriel, saltando sobre su asiento y poniéndose en pie como movido por un resorte—. ¡Mi hermana! —volvió a gritar, como fuera de sí—. ¿Cómo es posible que sea hermana mía, la hija del rey y de la señora de Valentinois?

—Diana de Castro nació en mayo de mil quinientos treinta y nueve, ¿no es cierto, monseñor? El conde Jacobo de Montgomery, vuestro padre, desapareció en enero del mismo año ¿Sabéis a qué sospechas fue debida su desaparición? ¿Sabéis de qué crimen acusaban a vuestro padre? De ser el

amante dichoso de Diana de Poitiers y el rival preferido del delfín, hoy rey de Francia. Cotejad las fechas, monseñor, y decidme qué inferís.

¡Santo Cielo! —exclamó Gabriel—. ¡Pero, veamos... veamos! —añadió, procurando reunir todas sus energías—. Mi padre fue acusado, dices; ¿pero existen pruebas de que la acusación fuera fundada? Diana nació cinco meses después de la muerte de mi padre; ¿pero qué prueba que no es hija del rey, que la adora como una hija?

—El rey puede engañarse, como puedo engañarme yo también, monseñor. Tened en cuenta que yo no he afirmado que Diana es vuestra hermana. Es probable que lo sea, o existe la posibilidad de que lo sea, si preferís que hable así; y si existe la posibilidad, ¿no estaba yo en el deber, ¡deber terrible!, de haceros la revelación que os he hecho? ¿Verdad que sí, desde el momento que, no haciéndola, jamás hubierais renunciado al amor de Diana? Ahora, sea vuestra conciencia el juez de vuestro amor, y Dios el Juez de vuestra conciencia.

— ¡Oh! ¡Pero esta duda es mil veces más horrible que la certeza de la desgracia! ¿Quién disipará esa duda, Dios mío?

—Dos personas en el mundo, sólo dos han conocido ese secreto, monseñor, y, por tanto, sólo dos criaturas humanas habrían podido responderos: vuestro padre, sepultado en una tumba ignorada, y la señora de Valentinois, que no confesará jamás, según creo, que engañó al rey y que su hija no es hija del rey.

— ¡Es verdad! —exclamó Gabriel—. Y de todas suertes, siempre resultará que, si no amo a la hija de mi padre, amo a la hija del asesino de mi padre. Es la persona del rey, es Enrique II en quien debo tomar venganza de la muerte de mi padre, ¿verdad, Aloísa?

— ¡Sólo Dios puede saberlo!

— ¡Por doquier confusión, tinieblas impenetrables por todas partes! ¡Oh!, ¡me volveré loco, Aloísa!, ¡pero no! —añadió con energía el joven—. ¡No quiero volverme loco todavía! Agotaré antes todos los medios que puedan conducirme al esclarecimiento de la verdad. Me presentaré a la duquesa de Valentinois, y le suplicaré que me revele su secreto, jurándole que jamás saldrá de mi pecho. Ella es cristiana, devota, y recabaré un juramento que sea garantía de su veracidad. Visitaré también a Catalina de Médicis, a cuya noticia algo habrá llegado seguramente, y finalmente veré a Diana, y puesta la mano sobre mi corazón, veré qué me dicen sus latidos. ¿Adónde no iría yo? Iría a la tumba de mi padre, Aloísa si supiese dónde encontrarla, y le llamaría con voz tan poderosa, que se levantaría de entre los muertos para contestarme.

— ¡Pobre hijo mío! —murmuró Aloísa—. ¡Tan entero y valiente después

de un golpe tan temible! ¡Tan animoso contra un destino tan cruel!

—Y acometeré la empresa sin perder un minuto, sin perder un instante — repuso Gabriel, como animado por un acceso de fiebre—. Son las cuatro: dentro de media hora estaré hablando con la gran senescala, una hora después con la reina, a las seis asistiré a la cita que me da Diana, y cuando esta noche vuelva a casa, Aloísa, es posible que haya levantado una punta del velo lúgubre de mi destino. ¡Hasta la noche!

— ¿Nada puedo hacer para ayudaros en vuestra terrible empresa, monseñor?

—Sí, Aloísa: puedes rogar a Dios. Suplícale que me ilumine.

—Rogaré por vos y por Diana, monseñor.

Pide también por el rey —contestó Gabriel con expresión sombría.

Y salió con paso precipitado.

#### XIV

#### DIANA DE POITIERS

El condestable de Montmorency continuaba en la cámara de Diana de Poitiers y le hablaba con acento tanto más altanero, brusco e imperioso, cuanto más dulce y afable se mostraba ella.

— ¡Por el infierno! —decía el condestable—. En resumidas cuentas, es vuestra hija, y tenéis sobre ella los mismos derechos y la misma autoridad que el rey: exigid, pues, que se efectúe el casamiento.

—Pero, amigo mío —suplicaba Diana—; comprended que si hasta aquí no la traté con ternura de madre, no puedo imponerle la autoridad de tal, que no puede herir quien antes no ha acariciado. Sabéis perfectamente que la señora de Angulema y yo nos hemos tratado con frialdad glacial, y que, a pesar de haber iniciado ella las atenciones, hemos continuado viéndonos muy de tarde en tarde. Por otra parte, ella ha sabido conquistarse una influencia personal grandísima en el ánimo del rey, tanto, que a estas fechas, si he de decir lo que siento, no me atrevería a apreciar cuál de las dos es más poderosa. Lo que exigís de mí amigo mío, es muy difícil, por no decir imposible. En vuestro lugar, yo renunciaría a ese proyecto de casamiento y buscaría otra alianza más brillante. El rey ha prometido a Carlos de Mayenne la mano de la niña Juana; creo que sin dificultad conseguiríamos para vuestro hijo la de la niña Margarita.



— ¡Mi hijo duerme en cama, no en cuna! —replicó el condestable—. ¿Queréis decirme cómo puede contribuir al esplendor y fortuna de mi Casa una niña que principió a balbucear ayer? La señora de Castro, por el contrario, como acabáis de observar muy bien, ejerce una influencia decidida en el ánimo del rey, y he aquí por qué quiero que sea mi nuera. ¡Ira de Dios! Es bien extraño que cuando un caballero que ostenta el título del primer barón de la cristiandad se digna descender ante una bastarda, para contraer un matrimonio desigual, le salgan al paso tantos obstáculos y dificultades. Señora, por algo sois la manceba de nuestro rey, y por algo soy yo vuestro amante: a pesar de la señora de Castro, a pesar del pimpollo que adora, y a pesar del rey mismo, quiero que se realice ese matrimonio: lo quiero.

—Está bien, amigo mío —contestó con dulzura Diana de Poitiers—. Yo me encargo de lo posible, y hasta lo imposible, para que consigáis vuestro deseo. ¿Qué más puedo deciros? Pero al menos sed más amable conmigo y no me habléis con ese tono tan áspero.

Los delicados labios de la bella duquesa rozaron la barba gris y áspera del viejo condestable, que se dejó acariciar gruñendo.

Sería imposible explicar aquella pasión extraña y anormal, no atribuyéndola a una depravación singular de la famosa favorita, que prefería a un rey joven, agraciado y fino que la idolatraba, un viejo barbudo que la trataba con dureza. Y que las brusquedades de Montmorency contrastaban con las galanterías de Enrique II, y ella encontraba mayores encantos en quien la maltrataba que en el hombre que la prodigaba entusiastas adoraciones. ¡Capricho monstruoso de un corazón femenino! Anne de Montmorency no era espiritual, ni tenía talento, y gozaba justa fama de avaro y de ambicioso. Los horribles suplicios que infligió a la ciudad de Burdeos habíanle dado general y odiosa celebridad. Bravo lo era, sí, como la mayor parte de los nobles de su tiempo, pero es lo cierto que nunca fue afortunado en las batallas en que tomó parte. Asistió a las victorias de Rávena y de Marignan, sin tener mando todavía, y no supo distinguirse; en la batalla de La Bicoque, donde mandaba un regimiento de suizos, se dejó acuchillar a sus fuerzas, y en la de Pavía fue hecho prisionero. Vino a poner digno remate a sus hazañas como general la tristemente célebre jornada del día de San Lorenzo. De su ilustración militar únicamente diremos que corría parejas con sus dotes de mando. Sin el favor de Enrique II, inspirado, a no dudar, por Diana de Poitiers, habría permanecido siempre en un lugar muy secundario, tanto en los Consejos como en la guerra, y a pesar de todo, Diana le amaba, le mimaba y era su esclava sumisa. La manceba de un rey poderoso, ilustrado y joven, se arrastraba a los pies de un soldadote brutal y ridículo.

Llamaron discretamente a la puerta en aquel instante, y previo permiso de la de Poitiers, entró un paje para anunciar que el vizconde de Exmés imploraba

con vivas instancias el favor de ser recibido al punto, para conferenciar con la duquesa sobre asuntos de gravedad extrema.

— ¡El amante correspondido! —gruñó el condestable—. ¿Qué querrá de ti, Diana? ¿Vendrá por ventura a pedirte la mano de tu hija?

— ¿Le recibo? —preguntó con humildad la favorita del rey.

— ¡Sin duda alguna! Su llegada aquí puede servirnos de algo. Pero que espere un momento, que todavía conviene que cambiemos algunas palabras para ponernos de acuerdo.

Diana de Poitiers transmitió las órdenes del condestable al paje.

—La visita del vizconde de Exmés, Diana —repuso el condestable—, parece indicar que se le han presentado dificultades que no esperaba, y estas dificultades le habrán creado una situación desesperada, cuando recurre a un medio tan extremo. Préstame, pues, atención, y si sigues al pie de la letra mis instrucciones, pudiera ser que tú intervención cerca del rey, intervención que desde luego conceptúo arriesgada y expuesta a un fracaso, sea ya completamente inútil. Sea lo que sea lo que el vizconde solicite de ti, niégaselo; si te pide consejos, si te ruega que le indiques una dirección, encámínale a la opuesta por la que le convenga. Si él desea que le contestes un Sí, dile rotundamente No, y si desea un No, le darás un Sí. Trátale con desdén, con altanería, con desprecio, cual cuadra a la digna hija del hada Melusina, de quien descendéis, al parecer, los Poitiers. ¿Me has comprendido bien, Diana? ¿Cumplirás lo que acabo de decirte?

—Punto por punto, querido condestable.

—Pues, entonces, auguro que los asuntos del galán van a embrollarse un poco. ¡Pobrecillo! ¡Meterse tan inocentemente en las fauces de la... —iba a decir de la hiena, pero conteniéndose a tiempo, prosiguió— de los lobos! Te dejo, Diana, seguro que has de dar buena cuenta de ese cándido pretendiente. Hasta la noche.

Se dignó dar un beso en la frente a Diana y salió. Inmediatamente introdujeron por otra puerta a Gabriel.

Este hizo a Diana un saludo respetuoso, que fue correspondido con otro de extrema impertinencia; pero Gabriel que se había armado de todo su valor para acometer el desigual combate que presumía que habría de entablarse entre la pasión ardiente y la vanidad helada, comenzó diciendo con bastante calma:

—Señora: la misión que me trae a vuestra presencia es, sin duda alguna, atrevida e insensata; pero se presentan a veces en la vida circunstancias tan graves, tan supremas, tan solemnes, que nos obligan a salir del círculo de las conveniencias ordinarias y de los escrúpulos habituales. En una de esas

espantosas crisis del destino me encuentro yo, señora. El hombre que os habla viene a poner su vida en vuestras manos, y si vos, sorda a la voz con la piedad, la dejáis caer, mi vida se quebrará, se hará en pedazos.

Diana de Poitiers no pronunció palabra ni hizo gesto que pudiera alentar al joven. Con la barbilla apoyada sobre la palma de la mano y el codo sobre la rodilla, ligeramente inclinado el busto hacia adelante, miraba con fijeza y expresión de fastidio enojoso a Gabriel.

—Señora —repuso nuestro amigo, tratando de sacudir la dolorosa influencia que en su alma ejercía el afectado silencio de la dama—; sabéis, o acaso ignoráis que amo a la señora de Castro: la adoro con pasión profunda, ardiente, irresistible.

Los labios de Diana de Poitiers se plegaron, dibujando una sonrisa de indiferencia que parecía querer decir:

— ¿Y a mí qué me importa?

—Si os hablo de este amor que me llena el alma, señora, es para significaros que puedo comprender, excusar y hasta admirar la ciega fatalidad y las exigencias implacables de la pasión. Lejos de condenarlas, como el vulgo, de disecarlas, como los filósofos, de reprobarlas, como los sacerdotes, me postro de rodillas ante ellas y las adoro, porque opino que las pasiones son un reflejo de Dios, hacen más puro, más grande, más sublime el corazón donde penetran.

Diana de Poitiers varió de actitud: entornó los párpados y se arrellanó negligentemente en el sillón pensando:

— ¿Adónde irá a parar con su sermón?

—He dicho lo bastante para que os persuadáis, señora, de que, para mí, el amor es santo, es omnipotente. Si hoy viviera el marido de la señora de Castro, no por eso dejaría yo de amarla, no intentaría siquiera vencer un instinto que tengo por irresistible, que únicamente los amores falsos pueden ser domados, y el amor verdadero ni se evita ni se manda. Vos misma, señora, escogida y adorada por el rey más grande de la tierra, no podíais ser excepción de la regla general, no estáis libre de contagio de una pasión sincera, y si ésta hubiese penetrado en vuestro corazón, y vos no hubierais tenido fuerzas para resistirla, yo os compadecería, os envidiaría, pero no os condenaría jamás.

El mismo silencio, por parte de la señora de Valentinois, cuyo rostro no dejó traslucir más que cierta expresión de asombro burlón.

—Se enamora un rey, ¡nada más natural!, de vuestra admirable hermosura —prosiguió Gabriel con mayor calor, como si quisiera ablandar aquel pecho de bronce, comunicándole las llamas que inflamaban el suyo—. El amor del

rey os conmueve, desearías corresponder a la pasión del que os adora, ¿pero se sigue de aquí que vuestro corazón haya de obedeceros por necesidad? ¡No! A la par que el rey, se presenta un apuesto caballero, valiente y leal, que os ama, y la pasión del segundo, más obscura, es cierto, pero no menos inmensa y poderosa que la del rey, inflama vuestra alma hasta la que no logró llegar jamás el amor de un rey. ¿Por ventura no sois vos también reina, reina de la hermosura, de la misma manera que el rey que os adora lo es de sus Estados? ¿No os son comunes a los dos la igualdad, la independencia, la libertad? ¿Son, acaso, los títulos los que conquistan los corazones? ¿Quién es capaz de impedirnos que un día, una hora, cediendo a vuestra generosa fe, prefirierais el vasallo al señor? No seré yo por cierto quien, dando pruebas de no saber apreciar la nobleza de sentimientos, recrimine a Diana de Poitiers por haber amado, siendo la favorita de Enrique II, al conde de Montgomery.

Diana hizo un movimiento involuntario, se incorporó a medias y abrió sus rasgados ojos verdes y claros. Eran muy contadas las personas de la corte que conocieran aquel secreto, para que no le produjeran alguna sorpresa las bruscas declaraciones de Gabriel.

— ¿Tenéis pruebas materiales de ese amor? —le preguntó con cierta inquietud.

—Tengo certeza moral, señora; nada más, pero es bastante.

— ¡Ah! —exclamó Diana, volviendo a su actitud desdeñosa—. Si no es más que eso... no tengo inconveniente en confesaros la verdad: he amado al conde de Montgomery. ¿Qué más queréis de mí?

Difícil era la situación de Gabriel, porque nada sabía a ciencia cierta y había de avanzar entre tinieblas y conjeturas, pero esto no obstante, prosiguió así:

Habéis amado al conde Jacobo de Montgomery, y me atreveré a añadir que amáis todavía su recuerdo, porque... hablaré claro... si desapareció del mundo, a vos lo debió. Pues bien: en su nombre vengo, señora, a formular una pregunta que os ha de parecer harto audaz, pregunta que, si os dignáis contestarla, no ha de producir otros efectos que un tesoro de gratitud y de adoración hacia vos en mi corazón. De vuestra respuesta depende mi vida, y si no me la negáis, vuestro seré eternamente en cuerpo y en alma, y no desdeñéis mi escaso valor, pues hay ocasiones en que el poder más sólido necesita de un brazo y de un corazón decididos, señora.

—Terminad, caballero —dijo la duquesa—; lleguemos ya a esa terrible pregunta.

—Necesito arrodillarme a vuestras plantas para hacerla, señora —contestó Gabriel cayendo de rodillas—. ¿Fue el año de mil quinientos treinta y ocho

cuando amasteis al conde de Montgomery?

—Puede —contestó secamente Diana—. ¿Qué más?

— ¿Fue en enero de mil quinientos treinta y nueve cuando desapareció el conde de Montgomery y en mayo del mismo año cuando nació Diana de Castro?

—Sí.

—Pues bien, señora —repuso Gabriel con voz que apenas se podía oír—. He aquí el secreto cuyo esclarecimiento vengo a implorar de vos, el secreto del cual depende mi suerte, y que morirá, lo juro, en mi pecho, si tenéis la dignación de descubrírmelo. Delante del crucifijo que veo sobre vuestra cabeza os lo juro, señora: me arrancarán la vida antes que la confianza que en mí depositéis. Además: aun cuando yo quisiera abusar de ella, siempre podríais desmentirme y os darían más crédito que a mí, puesto que no he de pedir os prueba alguna, sino sencillamente vuestra palabra. Señora, ¿es Jacobo de Montgomery el padre de Diana?

— ¡Ah! —exclamó Diana con risa burlona—. Temeraria es, en efecto, la pregunta, caballero; tan temeraria, que ya no me sorprende el largo preámbulo que la ha precedido. Tranquilizaos, sin embargo, mi querido señor, que aunque osada en demasía, no ha despertado mi enojo contra vos. Me habéis interesado como un enigma, y aun me interesáis, porque, a la verdad, ¿qué puede importaros que Diana sea hija del rey o del conde? El rey pasa por su padre, y esto debe bastar a vuestra ambición, si es que sois ambicioso. No comprendo por qué intentáis mezclaros en interioridades que no deben interesaros ni a qué obedece vuestra extraña pretensión de interrogar el pasado. Vuestra actitud reconoce una causa: ¿tenéis inconveniente en explicármela?

—Tengo, en efecto, mis razones, pero os ruego que no me las preguntéis, señora.

— ¡Muy bien! ¿Conque queréis guardar vuestro secreto y que yo os revele el mío? ¡No me parece mal! El trato, si para mí no, al menos para vos sería ventajoso.

Gabriel descolgó el crucifijo de marfil que coronaba el reclinatorio de encina tallada colocado a espaldas de Diana.

—Juradme por vuestra salvación eterna, señora —le dijo—, que no revelaréis a nadie lo que voy a deciros, ni abusaréis de mi secreto en contra mía.

— ¿A qué viene ese juramento?

—Me consta que sois buena cristiana, y si me juráis por vuestra salvación eterna, os creeré.

— ¿Y si me niego a jurar?

—Sellaré mis labios, señora, y vos quedaréis con el remordimiento de haberme negado la vida.

— ¿Sabéis, caballero, que picáis de un modo singular mi curiosidad de mujer? Sí; el misterio de que os rodeáis tan trágicamente me atrae, lo confieso. Habéis obtenido sobre mi imaginación un triunfo completo, no me duele confesarlo, y eso que nunca creí que fuera empresa fácil intrigarme como me habéis intrigado. Os prevengo que, si juro, es con el exclusivo objeto de saber más a vuestro respecto: pura curiosidad y nada más.

—También yo os suplico con objeto de saber, pero mi curiosidad es la del acusado que espera su sentencia de muerte. ¡Curiosidad amarga y terrible! En fin: ¿tenéis la bondad prestar el juramento que os pido, señora?

—Dictadme las palabras y las repetiré, caballero.

Gabriel dictó y Diana repitió lo siguiente: «Por mi salvación, tanto en esta como en la otra vida, juro no descubrir a nadie en el mundo el secreto que vais a revelarme, no utilizarlo en forma alguna que pueda perjudicaros y obrar en todo como si lo hubiese ignorado y como si continuase ignorándole».

—Bien, señora: principio dándoos las gracias por esta prueba primera de Condescendencia. Y cumplido este deber elemental, pronunciaré dos palabras que bastarán para que lo comprendáis todo: Me llamo Gabriel de Montgomery y fue mi padre Jacobo de Montgomery.

— ¡Vuestro padre! —exclamó Diana poniéndose en pie, conmovida y estupefacta.

—De suerte —continuó Gabriel— que si Diana de Castro es hija del Conde, la mujer a quién yo amo, o creo amar apasionadamente, es mi hermana.

— ¡Ah...! ¡Comprendo... comprendo! —dijo Diana de Poitiers reponiéndose algún tanto—. ¡He aquí —pensó— lo que salva al condestable!

—Ahora, señora —añadió Gabriel, pálido, pero con voz entera—, ¿me otorgaréis la gracia de jurar sobre este crucifijo que Diana de Castro es hija del rey Enrique II? ¿No respondéis? ¡Ah...! ¿Por qué calláis, señora?

—Porque no puedo pronunciar ese juramento.

— ¡Dios mío...! ¡Dios mío...! ¡Diana es hija de mi padre!

— ¡Yo no digo tal, ni lo diré nunca! —exclamó Diana de Poitiers—. Diana de Castro es la hija del rey.

— ¿Es cierto, señora? ¡Oh! ¡Qué buena sois! Pero, perdonad. Intereses

personales pueden moveros a hablar así. ¡Jurad, señora, jurad! ¡Jurad en nombre de vuestra hija, que os bendecirá como yo!

—No juro. ¿Por qué había de jurar?

— ¡Señora... por curiosidad, sencillamente por satisfacer vuestra curiosidad acabáis de prestar un juramento análogo al que os pido; y ahora, cuando se trata de la vida de un hombre, cuando dos palabras vuestras pueden sacar dos destinos de la tenebrosa sima de la duda, preguntáis que por qué habéis de jurar!

—Repito, caballero, que no juraré —insistió Diana con fría resolución.

—Si yo me caso con Diana de Castro, y ésta es mi hermana, ¿no creéis que el crimen caerá de lleno sobre vuestra cabeza?

—No, puesto que no he jurado ni juraré.

— ¡Esto es horrible, espantoso! —exclamó Gabriel—. Tened presente, señora, que puedo publicar a los cuatro vientos que habéis sido la amante del conde de Montgomery, que hicisteis traición al rey, y que yo, hijo del conde, tengo certeza plena de vuestro delito.

—Certeza moral, pero no pruebas —replicó con sonrisa maliciosa Diana, que había vuelto a adoptar su actitud altanera e impertinente—. Yo tendré el honor de desmentiros, caballero, y en nuestro desacuerdo, conforme habéis tenido la bondad de indicar vos mismo, cuando vos afirméis y yo niegue, me creerán a mí y no a vos. Añadid que nadie me impide decir al rey que habéis tenido la osadía de declararme un amor insolente, amenazándome con una campaña de calumnias si no cedía a vuestros bastardos deseos. En este caso, sin que yo os lo diga, comprenderéis que quedaríais irremisiblemente perdido, señor Gabriel de Montgomery... Pero dispensadme; tengo precisión de dejaros... Me habéis interesado mucho, pero mucho; declaro que vuestra historia es una de las más singulares.

— ¡Oh! ¡Esto es infame! —gritó Gabriel, golpeándose la frente con los puños—. ¿Por qué sois mujer, o por qué soy yo caballero? ¡Pero tened cuidado, señora, os juro que no habéis jugado impunemente con un corazón ni con mi vida! ¡Ya que no me vengue yo, me vengará Dios y os castigará, porque lo que conmigo habéis hecho, repito que es infame!

El paje, a quien Diana había llamado, hizo su aparición en aquel momento: la favorita del rey saludó irónicamente a Gabriel y salió de la cámara.

—Decididamente el condestable es hombre fuerte —decía para sí Diana de Poitiers—. La fortuna es como yo: le ama... ¿Por qué diablos le amamos?

Gabriel salió con el paje, lleno de rabia y de dolor.

## XV

### CATALINA DE MÉDICIS

Poseía Gabriel un corazón firme y valiente; se había propuesto llevar a cabo su resolución, y aunque en el primer momento cedió bajo el peso de la consternación, no tardó en sacudir su abatimiento y con paso mesurado y seguro fue a hacerse anunciar a la reina.

No era imposible que Catalina de Médicis hubiera oído hablar de aquella tragedia, por todos ignorada, de la rivalidad de su esposo con el conde de Montgomery, y quién sabe si hasta habría tomado alguna parte en ella: Por aquella época no debía de tener más de veinte años, y era muy probable que sus celos de esposa joven, bella, y abandonada o tratada con indiferencia, la hubiesen impulsado a tener constantemente fijos los ojos en todos los actos de su rival. Con los recuerdos de la reina contaba Gabriel para utilizarlos como luz que iluminase el sendero por el que caminaba a tientas, y que necesitaba ver claro y diáfano, como hijo y como amante, bien para ser feliz, bien para tomar venganza.

Catalina recibió al vizconde de Exmés con la amabilidad excepcional con que le distinguía en todas las ocasiones.

—Sea bien venido a mi cámara el apuesto vencedor —le dijo—. ¿A qué dichosa casualidad debo el placer de recibir vuestra grata visita? Muy de tarde en tarde os dejáis ver, vizconde de Exmés, y creo que es ésta la vez primera que me pedís audiencia en nuestra cámara. Quiero que tengáis presente que hoy y siempre seréis en ella bien recibido.

—Señora —contestó Gabriel—; no sé cómo expresar mi agradecimiento...

—Dejemos a un lado vuestro agradecimiento —interrumpió la reina—, y sepamos el motivo que aquí os trae. ¿Podría yo serviros en algo?

—Así lo espero, señora.

— ¡Tanto mejor, caballero de Exmés! Si en mi mano está lo que venís a pedirme, sabed que de antemano lo tenéis concedido... y cuidado, que el ofrecimiento que acabo de haceros es algo comprometido; pero confío que no ha de abusar de él un caballero tan bizarro como vos.

— ¡Dios me libre, señora! No tengo tal intención.

—Hablad, pues —dijo la reina, suspirando.

—Es un dato, señora, lo que vengo a solicitar de vuestra bondad: un dato



nada más, pero este nada para mí lo es todo. He de suplicar, pues, a vuestra majestad, que me perdonéis si despierto con mi pregunta recuerdos que necesariamente han de seros dolorosos. Se trata de un suceso que se remonta al año de mil quinientos treinta y nueve.

—Muy joven era yo por esa época: casi una niña.

—Pero ya bellísima y muy digna de ser amada, señora.

—Muchos me lo decían así —contestó la reina, encantada por el giro que tomaba la conversación.

—Y sin embargo —continuó Gabriel—, otra mujer tuvo la audacia de usurparos el derecho que habíais recibido de Dios, de vuestra alcurnia y de vuestra belleza, y esta mujer, no contenta con separar de vos, por artes mágicas y encantamientos, sin duda, los ojos y el corazón de un marido demasiado joven, y como consecuencia inexperto, hacía traición al mismo que os traicionaba a vos, y era la amante del conde de Montgomery. Pero quizás en vuestro justo desdén habréis olvidado todo esto, señora.

— ¡No tal! —respondió la reina—. Tanto la aventura a que os referís como todos los manejos e intrigas a que dio lugar, continúan presentes en mi memoria. Sí: aquella mujer amó al conde de Montgomery, y más tarde, al ver que su pasión había sido descubierta, pretendió, como cobarde que era, hacer creer que su traición había sido un ardid para probar el amor del delfín. Desapareció Montgomery, probablemente por orden suya, y sus ojos no vertieron una lágrima, y a las veinticuatro horas de la desaparición de aquél, se presentaba ella en el baile, risueña, alegre y animada como nunca. Sí; me acordaré siempre de las primeras intrigas puestas en juego por esa mujer para minar mi tierna soberanía, y me acordaré, porque entonces me afligían en extremo, porque me hicieron pasar llorando muchas noches y muchos días. Pero con el tiempo fue despertando mi natural altivez, pensé que yo, por mi parte, había cumplido siempre con exceso mis deberes, di siete hijos al rey de Francia e hice respetar mi triple dignidad de esposa, de madre y de reina. Hoy no amo a mi marido; le quiero, pero con ese cariño tranquilo que llamamos amistad, quiero en él al padre de mis hijos y no le reconozco el derecho de exigir de mí otro afecto más tierno. Muchas veces me pregunto: después de haber consagrado al bien público tantos años de mi vida, ¿no he de tener derecho a dedicar algunos a mi dicha personal? ¿No he pagado bien cara mi felicidad? Si un joven leal y apasionado me ofreciera su amor, y yo no le rechazara, ¿merecería mi condescendencia el calificativo de crimen, Gabriel?

Por si las palabras de Catalina no eran bastante transparentes, las miradas con que las acompañaba se encargaban de aclarar su sentido, pero el espíritu de Gabriel estaba muy lejos de la cámara de la reina. Desde que ésta dejó de hablar de su padre, no la escuchaba: soñaba. Su ensimismamiento no

desagradaba a Catalina de Médicis, porque lo interpretaba en su favor y según su deseo.

—Réstame haceros otra pregunta, la última, señora, pero, también la más grave —dijo Gabriel, rompiendo su mutismo—. ¡Qué buena sois para mí! No me sorprende, pues estaba convencido, al solicitar el honor de ser recibido por vos, de que saldría satisfecho de vuestra presencia. Habéis hablado de afectos: desde luego os juro que podéis contar, con el mío. Pero, ¡por favor!, no dejéis incompleta vuestra obra. Puesto que conocéis la misteriosa aventura del conde de Montgomery, ¿podrías decirme si habéis oído alguna vez que se haya dudado que la señora de Castro, nacida algunos meses después de la desaparición del conde, fuese en realidad hija del rey? La maledicencia, la calumnia tal vez ¿no han propalado sospechas, o atribuido la paternidad de Diana al conde de Montgomery?

Catalina de Médicis clavó su mirada en Gabriel, como para cerciorarse de la intención con que había pronunciado sus palabras. Cuando creyó que la había descubierto, dijo sonriendo:

—Había advertido que vuestros ojos buscaban con predilección a la señora de Castro, y hasta observado que la galanteabais. Ahora comprendo la causa. Antes de dar un paso que pueda comprometeros, queréis cercioraros de la verdad: ¿no es así?, queréis saber que no os aventuráis por un camino falso, queréis tener la certidumbre de que es hija de un rey la mujer a la cual ofrecéis vuestro homenaje. Queréis evitar que, después de haberos casado con una hija legitimada de Enrique II, cualquier descubrimiento inesperado venga un día a demostraros que hicisteis esposa vuestra a una bastarda del conde de Montgomery. En una palabra: sois ambicioso, señor Exmés. No me lo neguéis, ni os defendáis, pues que no es un cargo el que os dirijo. Al contrario: vuestra ambición, acaso, os haga más acreedor a mi afecto, porque lejos de contrariar los designios que sobre vos he formado, puede venir a darles mayor impulso. Quedamos en que sois ambicioso: ¿no es cierto?

—Señora —balbuceó Gabriel—, tal vez... efectivamente...

— ¡Muy bien! Mi penetración no me había engañado —repuso la reina—. ¡Pues bien! Si queréis seguir los consejos de una amiga, os diré que en interés de vuestros mismos proyectos, debéis renunciar a Diana. No os acordéis de esa muñeca. Si he de hablar con franqueza, yo no sé si es hija del rey o del conde, y hasta me parece que la última hipótesis es la más probable. De todas suertes, aunque fuera efectivamente hija del rey, no es la mujer ni el apoyo que os conviene. La duquesa de Angulema es de un natural delicado, débil, una verdadera sensitiva. Os concederé, si os empeñáis, que no carece de gracia, pero desde luego afirmo que no tiene energía, fuerza ni entereza. Ha sabido conquistarse el favor del rey, lo confieso, pero no sabrá aprovecharse de él.

Vos necesitáis, Gabriel, para llegar a la realización de vuestras grandes ilusiones, un corazón viril y poderoso que os ayude en la misma medida que os ame, que os sirva y se sirva de vos, que llene las aspiraciones de vuestra alma y satisfaga los anhelos de vuestra vida. Pues bien: ese corazón, vizconde de Exmés, le habéis hallado sin saberlo.

La reina miraba con arrobamiento a Gabriel, sin advertir su sorpresa.

—Escuchad —continuó diciendo la reina—: nuestra elevada posición debe permitirnos a nosotras, las reinas, prescindir de las conveniencias vulgares. Colocadas a la altura a que nos elevó nuestra cuna, si queremos que llegue hasta nosotras un afecto, un sentimiento tierno, nos vemos obligadas a salir al paso al afecto, y hasta a tenderle una mano. ¡Gabriel! Sois joven, gallardo, valiente, altivo y ardiente. Desde que os vi, se apoderó de mí un sentimiento desconocido, y... ¿me habré engañado?, vuestras palabras, vuestras miradas, la misma audiencia particular que hoy habéis pedido, todo, en una palabra, me hace creer que no he encontrado un ingrato.

— ¡Señora! —exclamó Gabriel asustado.

— ¡Sí, sí! —repuso Catalina de Médicis, sonriendo con la más seductora de sus sonrisas—. Ya veo que estáis conmovido y sorprendido... ¿Pero, verdad que no juzgáis con severidad excesiva mi sinceridad, toda vez que era de todo punto necesaria? Os lo repito: la reina debe disculpar a la mujer. Sois tímido aunque ambicioso, señor de Exmés, y si me hubieran contenido escrúpulos a los que la reina debe sobreponerse, habría perdido un afecto que es para mí un tesoro. Por esta razón he preferido anticiparme... ¡Pero, reponeos, amigo mío! ¿Tan temible soy, que nada sabéis decirme?

— ¡Oh, sí... mucho! —murmuró Gabriel, pálido y consternado.

La reina, sin comprender el sentido de la exclamación, añadió sonriendo:

—Veo que no os he hecho perder la razón hasta el punto de haceros olvidar vuestros intereses, y de ello es prueba palpable el hecho de que hayáis venido a pedirme informes sobre la duquesa de Angulema. Tranquilizaos por esa parte, que no es nuestra decadencia la que yo quiero, sino vuestra grandeza, vuestro encumbramiento. Hasta hoy, Gabriel, he figurado en segunda línea, sin pretender pasar a la primera, pero sabed que llegará un día, y no está lejano, en que brille como astro de primera magnitud. Diana de Poitiers tiene ya muchos años y no conservará mucho tiempo su belleza y su poderío. El día que decaiga su prestigio, alboreará mi reinado, y os prevengo que sabré reinar, Gabriel; de ello son garantía suficiente los instintos de dominación que bullen en mi alma, si no lo fuera ya bastante la sangre de los Médicis que corre por mis venas. El rey se convencerá un día de que en sus Estados no hay consejero más hábil, diestro y experimentado que yo; y entonces, Gabriel, ¿a qué no

podrá aspirar el hombre que haya unido su fortuna a la mía, cuando ésta no había salido todavía de la oscuridad? ¿El hombre que habrá amado en mí a la mujer y no a la reina? ¿La señora y dueña del reino no habrá de premiar dignamente al que se haya consagrado a Catalina? ¿Aquel hombre no será su segundo, su brazo derecho, su igual, el verdadero rey, junto a otro que será fantasma de rey? ¿No dispondrá de todas las dignidades, de todas las fuerzas de Francia? El sueño es hermoso, encantador... ¿verdad, Gabriel? Pues bien: ¿queréis ser ese hombre, amigo mío? —terminó, tendiendo su diestra a nuestro amigo.

Gabriel hincó una rodilla en tierra y besó aquella mano blanca y perfecta, pero hombre de un carácter incompatible con el fingimiento, de un alma demasiado leal para poder avenirse con las mentiras y demostraciones de un amor que no sentía, puesto en la alternativa de mentir o de afrontar un peligro, optó sin titubear por lo segundo, y alzando su noble frente, dijo:

—Señora: el humilde caballero que veis postrado a vuestras plantas os suplica que le consideréis como el más sumiso y rendido de vuestros servidores, pero...

—Pero —interrumpió sonriendo Catalina de Médicis— no es esa la veneración que se os pide, mi apuesto caballero.

—Pero, señora —continuó Gabriel—, al dirigirme a vos, me es imposible servirme de palabras más tiernas, de frases más dulces, porque... ¡Perdonadme!, antes de tener la dicha de conoceros a vos, conocí y amé a Diana de Castro, y en mi corazón, lleno de la imagen de otra mujer, nunca podrá tener cabida otro amor, ni aun el de una reina.

— ¡Ah! —se limitó a exclamar Catalina, pálida la frente y convulsos los labios.

Gabriel, con la frente inclinada, pero sin temblar, esperaba el estallido de la tempestad de indignación y de desprecio que no podía menos de caer sobre su cabeza, desprecio e indignación que estallaron en efecto, aunque no sin que les precediera un lapso de tiempo de algunos minutos de embarazoso silencio.

— ¿Sabéis, vizconde de Exmés —dijo Catalina de Médicis, conteniendo a costa de grandes esfuerzos su voz y su cólera—, sabéis que pecáis de audaz, por no decir de insolente? ¿Quién os ha hablado de amor, caballero? ¿Qué os hizo creer que se trataba de atentar contra vuestra virtud? ¡Preciso es que os hayáis formado una idea demasiado vana de vuestros merecimientos, y que vuestra imprudencia corra pareja con vuestra vanidad, para atreveros a interpretar tan torcidamente mis palabras y a explicaros con temeridad incomprensible una benevolencia que sólo anduvo torpe al ser dirigida a un objeto tan indigno! No olvidéis que habéis insultado indignamente a la mujer y

a la reina.

— ¡Oh, señora! ¡Creed que mi religioso respeto...!

— ¡Basta! —interrumpió Catalina—. ¡Repito que me habéis insultado y que vinisteis aquí con el deliberado propósito de ultrajarme! ¿Por qué estáis en esta cámara? ¿Qué móvil os trajo? ¿Qué me importan vuestros amores, ni Diana de Castro, ni nada de lo que os atañe? ¡Veníais a buscar informes...! ¡Pretexto ridículo! ¿Pretendíais hacer de una reina de Francia un agente de policía de vuestra pasión? ¡Vuestra conducta es indigna, insensata y ultrajante!

— ¡No, señora! —replicó Gabriel poniéndose en pie con gallardía—. No creo que signifique ultraje para vos el hecho de haber encontrado un hombre honrado que ha preferido heriros que engañaros.

— ¡Callad, caballero! ¡Os mando callar y salir! Podéis dar gracias a Dios si no me entran deseos de descubrir al rey vuestra despreciable audacia; pero os prevengo que jamás os pongáis en mi presencia, y os aconsejo que, de hoy en adelante, veáis en Catalina de Médicis vuestra enemiga más implacable... ¡Sí! ... ¡Nos encontraremos, señor de Exmés, descuidad! ¡Salid!

Gabriel saludó a la reina y salió de la cámara sin decir palabra.

— ¡Vamos! —murmuró al encontrarse solo—. ¡Ya tenemos un enemigo más! ¡Pero a bien que me importaría muy poco el odio de la reina si hubiese descubierto algo concreto acerca de mi padre y de Diana! ¡Enemigas implacables más la manceba del rey y la reina! Puede que el destino me arrastre a ser también enemigo del rey... Pero vamos ahora a ver a Diana, que es la hora de la cita, y Dios haga que no me separe más triste y desolado de la mujer que me ama que de las que me odian a muerte.

## XVI

### ¿AMANTE O HERMANO?

Cuando Jacinta introdujo a Gabriel en la cámara que Diana de Castro, como hija legitimada del rey, ocupaba en el Louvre, esta última, en un acceso de efusión pura e ingenua, salió corriendo al encuentro de su amado, sin disimular su inefable alegría. Es de presumir que no hubiera retirado su frente si aquél hubiese aproximado a ella sus labios, pero Gabriel se contentó con estrechar su mano.

— ¡Al fin te veo, Gabriel! —dijo ella—. ¡Si supieras con cuánta impaciencia te esperaba, bien mío! Desde que te avisé que vinieras, no sé dónde derramar la dicha que desborda en mi alma. Estoy tan contenta, que

hablo sola y río sola, y hasta me parece que estoy loca. Pero ya estás aquí, Gabriel, ya podemos ser felices los dos... ¿Pero, qué te pasa, querido mío? Te encuentro frío, grave, casi triste... ¿Con esa cara de aflicción, con esa actitud de reserva pretendes demostrarme tu cariño y testimoniar a Dios y a mi padre tu reconocimiento?

— ¿A tu padre...? Sí; hablemos de tu padre, Diana. En cuanto a esta gravedad mía que tanto te sorprende, hija es de la costumbre que he adquirido de acoger con frente severa los favores de la fortuna. Siempre desconfié de sus sonrisas, sin duda porque hasta aquí no me las ha prodigado, y porque me ha enseñado la experiencia que casi siempre sus favores son presagio cierto de desgracia.

—Ignoraba que fueras tan filósofo y tan desgraciado, Gabriel —replicó la joven, entre enojada y alegre—. Pero dejemos eso: decías que querías que hablásemos del rey, y cree que me parece lo más acertado. ¡Qué bueno es, y qué generoso, Gabriel!

—Sí, Diana... y te quiere mucho, ¿verdad?

—Con bondad y ternura infinitas, Gabriel.

— ¡Claro! ¡Estará muy creído de que es su hija! —dijo para sí Gabriel—. Una cosa me maravilla, Diana —continuó en voz alta—: ¿cómo el rey, en cuyo corazón debía palpitar el presentimiento del cariño entrañable que un día te profesaría, ha podido pasar doce años sin verte ni conocerte, y dejarte relegada en Vimoutiers, abandonada y desconocida? ¿No le has preguntado, Diana, la razón de tan extraña indiferencia? Porque es difícil, Diana, conciliar tamaño olvido con el cariño que ahora te prodiga.

— ¡Pobre padre mío! ¡No era él quien me tenía olvidada!

— ¿Quién, entonces?

— ¿Quién? Diana de Poitiers, a quien no sé si debo llamar madre.

— ¿Y por qué se resignaba ella a tenerte abandonada, Diana? ¿No debía, por el contrario, alegrarse y enorgullecerse a los ojos del rey por ser tu madre, ya que tu nacimiento le daba un título más a su amor? ¿Qué podía temer? Su marido había muerto... su padre también...

—Confieso, Gabriel, que me sería difícil, por no decir imposible, comprender y menos explicar la altivez singular que ha movido a la señora de Valentinois a no reconocerme oficialmente como hija suya. No ignoras, Gabriel mío, que en un principio alcanzó del rey que mi nacimiento quedara en el misterio, y es posible que sepas o adivines que, si al fin fui llamada a la corte, debióse a las reiteradas instancias de mi padre, instancias que llegaron a ser órdenes terminantes. Aun así, no ha querido la duquesa que figure su

nombre en el acta de mi legitimación. No me quejo, Gabriel, puesto que gracias a ese orgullo inexplicable de mi madre pude conocerte y amarte, y ser conocida y amada por ti, pero no he dejado de pensar algunas veces con sentimiento en la aversión que parece inspirar a mi madre todo lo que conmigo se relaciona.

— ¡Aversión que pudiera muy bien ser remordimiento! —pensó Gabriel con espanto—. Sabía engañar al rey, pero no sin sentir vacilaciones, sin temor...

— ¿En qué estás pensando, Gabriel mío? ¿Por qué me haces esas preguntas?

—Por nada; son consecuencia de dudas de mi espíritu inquieto. No te preocupes, Diana, porque si es verdad que tu madre te trata con cierto desvío, si lejos de profesarte afecto te tiene casi aversión, no lo es menos que tu padre compensa su frialdad con tesoros de ternura, y tú, por tu parte, si en presencia de la Valentinois te encuentras cohibida, en cambio en la del rey tu corazón se dilata, ¿verdad?, y reconoce en él a un verdadero padre.

— ¡Oh, nada más cierto! Desde el primer día que le vi y me habló con tanta bondad, me sentí atraída hacia él. No es por política, no es por reflexión, por deseo de corresponder a sus atenciones, por lo que estoy cariñosa con él, sino por instinto. Si no fuese el rey, ni mi bienhechor y protector, le querría lo mismo: ¡es mi padre!

—Sí, Diana. ¡Esas sensaciones, ese instinto, no engañan nunca! —exclamó Gabriel con júbilo—. ¡Mi querida, mi adorada Diana! Es realmente adorable que quieras tanto a tu padre, que en presencia suya te sientas conmovida: tu dulce cariño filial te honra, ángel mío.

—No te honra menos a ti comprender y aprobar mi ternura. Pero después de haber hablado de mi padre, del amor que me tiene y del que yo le profeso, y hasta de nuestras obligaciones con respecto a él, creo, Gabriel, que hora es de que dediquemos algunos minutos al nuestro, ¿no te parece? ¡Qué quieres! El egoísmo es planta que crece en todos los corazones humanos —añadió Diana, con aquella encantadora ingenuidad que le era propia—. Estoy segura de que, si el rey estuviese aquí, me reñiría porque no me limito a pensar en mí, o mejor dicho, en nosotros. ¿Quieres que te repita las palabras que me dirigía hace muy poco? «¡Sé feliz, idolatrada hija mía!, sé feliz, porque siéndolo tú lo seré yo». Conque, caballero, pagadas nuestras deudas de reconocimiento, pensemos en nosotros mismos.

— ¡Eso es... sí... eso es! —exclamó Gabriel sin conseguir disipar sus preocupaciones—. Entreguémonos a la ternura que nos une y nos unirá eternamente. Analicemos nuestros corazones, veamos lo que en ellos pasa y

contémonos mutuamente lo que palpita en el fondo de nuestras almas.

— ¡Encantador! —dijo Diana—. ¡Sí, sí! ¡Será encantador!

—Efectivamente... encantador —repitió con tristeza Gabriel—. Para comenzar, Diana, explícame qué sientes por mí... Dime: ¿me quieres menos que a tu padre?

— ¡Ah, celoso! —exclamó Diana riendo—. Únicamente podré decirte que te quiero de otro modo diferente, porque no es fácil explicar eso, no, ni mucho menos. Cuando me encuentro al lado del rey, siento una tranquilidad, una calma deliciosa, mi corazón late sin violencia, como de ordinario, pero cuando te veo a ti, invade todo mi ser una turbación singular que me extasía y me hace daño a la par. A mi padre le digo las frases cariñosas y dulces que se me vienen a la boca en presencia del mundo entero, pero a ti, me parece que, delante de otras personas, no he de poder decirte nunca, ni aun cuando sea tu mujer, ¡Gabriel mío! En una palabra: el gozo que siento delante de mi padre es tranquilo, y en la misma medida, la dicha que me produce tu presencia es inquieta... iba a decir dolorosa, si bien este dolor es más delicioso que aquella calma.

— ¡Calla, oh, calla, Diana! —gritó Gabriel con extravío—. ¡Sí... me amas, y tu amor me espanta... me consuela, quise decir, porque Dios no habría permitido ese amor si tú no pudieras amarme!

— ¡Me confundes, Gabriel! ¿Qué significan tus palabras? ¿Por qué mi confesión, que tengo derecho a hacerte, puesto que vas a ser mi marido, te pone fuera de ti? ¿Qué peligros puede encubrir mi amor?

—Ninguno, Diana adorada, ninguno; no hagas caso de lo que digo. Me pone fuera de mí... la alegría... eso es, la alegría, una alegría que me extasía, que me enloquece, que me produce vértigo. Sin embargo, no siempre me has amado con este amor, no siempre mi presencia te ha producido inquietud, sufrimiento... Cuando paseábamos juntos por las arboledas de Vimoutiers, tan sólo te inspiraba yo un afecto... fraternal.

—Entonces era una niña —replicó Diana—. No había pasado seis años de soledad pensando en ti, pero desde aquellos días, mi amor ha crecido a la par que mi persona. Ni había vivido tampoco en el seno de una corte cuya corrupción de lenguaje y de costumbres me han hecho querer y apreciar más y más nuestra pasión santa y pura.

— ¡Es verdad, Diana, es verdad!

—Ahora, bien mío, te toca a ti: dime lo que sientes por mí, descúbreme tu corazón, como te he descubierto yo el mío. Si mis palabras te han servido de consuelo, haz que tu voz venga a halagar mi oído, diciéndome cuánto me



amas.

—Yo no sé, no puedo expresar lo que siento por ti. ¡No me preguntes, Diana! ¡No exijas que me interrogue a mí mismo, porque sería espantoso!

— ¡Gabriel, por Dios! —exclamó Diana consternada—. ¡Esas palabras sí que son espantosas!... ¿No lo comprendes? ¿Ni siquiera quieres decirme que me amas?

— ¡Sí, te amo, Diana! ¡Me pregunta si la amo...! ¡Sí! ¡Te amo como un insensato... tal vez como un criminal!

— ¡Como un criminal! —repitió Diana atónita—. ¿Qué crimen puede haber en nuestro amor? ¿No somos libres los dos? ¿No accede mi padre a nuestra unión? Un amor como el nuestro regocija a Dios y a sus ángeles.

— ¡Haced, Señor, que no blasfeme! —dijo para sí Gabriel—. ¡Que no blasfeme Diana, como tal vez blasfemé yo no ha mucho hablando con Aloísa!

— ¿Pero qué tienes, Gabriel? ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo? ¿Cómo abrigas esos temores quiméricos, tú, tan animoso de ordinario? A mí no me da miedo estar a tu lado, porque sé que estoy tan segura como al de mi padre... ¡Mira! Para que vuelvas en ti, para que recobres la vida y seas feliz, quiero estrechar mi pecho contra el tuyo, ¡oh, mi esposo adorado!, y sin el menor escrúpulo, acerco mi frente a tus labios.

Así diciendo, con sonrisa encantadora, aproximó su inmaculado rostro al de su amado y su mirada de ángel solicitó una casta caricia.

— ¡Vete... no! —gritó Gabriel, rechazándola con terror—. ¡Vete...! ¡Huye...! ¡Déjame!

— ¡Dios mío! —gimió Diana, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo—. ¡Me rechaza...! ¡No me ama...!

— ¡Demasiado! —replicó Gabriel.

— ¡No te causarían horror mis caricias si me amaras, Gabriel!

— ¿Crees que me causan horror? —preguntó Gabriel, poseído de otro espanto—. ¿Es mi instinto el que las rechaza? ¿Es mi razón? ¡Ah! ¡Acércate, Diana! ¡Deja que vea, que sepa, que sienta! ¡Deja que pose mis labios en tu frente... será un beso de hermano, un beso que puede permitirse sin pecar un prometido esposo!

Atrajo hacia sí a Diana y la besó en los cabellos.

— ¡Me engañaba, sí! —exclamó—. No es la voz de la sangre la que despierta, es la del amor la que grita y me enloquece... ¡La reconozco, sí, la reconozco muy bien! ¡Oh... cuánta felicidad!

— ¿Qué estás diciendo, dueño mío? Pero no... Has dicho que me amas, y esto es lo que quería saber.

— ¡Oh, sí! ¡Te amo, ángel adorado, te amo con pasión, con anhelo, con frenesí! Te amo tanto, que al sentir los latidos de tu corazón repercutir en mi pecho, me ha parecido que el Cielo... ¡el Infierno más bien! —dijo Gabriel gritando y desprendiéndose de Diana—. ¡Vete...! ¡Vete, desventurada! ¡Huye... huye de mí, porque estoy maldito!

Y desapareció como un loco de la estancia, dejando a Diana muda de terror.

Sin saber a dónde iba ni qué hacía, el desventurado bajó maquinalmente la escalera tambaleándose como si estuviera embriagado. Las pruebas terribles que acababa de sufrir su corazón le habían puesto fuera de sí. Al cruzar la gran galería de palacio, sus ojos se cerraron a su pesar, flaqueáronle las piernas, dobló las rodillas y, apoyándose contra la pared, murmuró:

— ¡Presentía que él ángel me haría sufrir más que los demonios!

Segundos después caía desvanecido.

Era ya de noche y nadie pasaba a aquellas horas por la galería.

Volvióle a la vida el roce de una mano delicada que resbalaba por su frente y el dulce sonido de una voz que penetraba en su alma. Abrió los ojos. A su lado estaba la reina delfina María Estuardo, con una bujía encendida en la mano.

— ¡Qué felicidad! ¡Otro ángel! —dijo Gabriel.

— ¿Sois vos, señor Exmés? —preguntó María Estuardo—. ¡Qué susto me habéis dado! Os creí muerto... ¿Qué tenéis? ¡Os veo pálido... muy pálido!... ¿Os sentís mejor? Llamaré, si queréis.

—No es necesario, señora —respondió Gabriel sonriendo—. Vuestra voz me ha vuelto a la vida.

—Yo os ayudaré... ¡Pobre joven! Estáis desfallecido... ¿Os dio algún vahído? Pasaba por aquí y os vi, y no tuve fuerzas para pedir socorro. La reflexión me dio ánimos para acercarme, pero creed que he necesitado más valor del que creía tener. Puse mi mano sobre vuestra frente, y la encontré helada; os llamé, y al cabo habéis recobrado el sentido... ¿Continúa la mejoría?

—Sí, señora, y Dios os bendiga por tanta bondad. Voy recordando lo que me ha pasado: me atacó un dolor horrible en las sienes como si me las estrujasen con un círculo de hierro; se doblaron mis rodillas y caí en este sitio. ¿Pero cuál fue la causa de mi espantoso dolor?... ¡Ah... ya recuerdo también!

¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¡De todo me acuerdo ya!

—Alguna pesadumbre, ¿verdad? —preguntó María Estuardo—. Sí; eso ha debido de ser, pues sólo el recuerdo de lo que motivó vuestros sufrimientos ha cubierto de palidez vuestro rostro. ¡Vamos! Apoyaos en mi brazo. No temáis, que tengo bastantes fuerzas. Voy a llamar y a hacer que os acompañen a vuestra casa.

—Gracias, señora, muchas gracias —contestó Gabriel, reuniendo todas sus fuerzas y energías—. Creo que tengo vigor suficiente para llegar a mi casa sin que sea necesario que me acompañen; ya veis que ando con paso bastante firme. No por ello os agradezco menos vuestro interés, señora, y creed que mientras viva, recordaré vuestras bondades. Os habéis aparecido como un ángel consolador en una crisis de mi destino, y sólo la muerte, señora, podrá borrar de mi corazón este recuerdo.

— ¡Por Dios, no exageréis! ¡Es muy natural lo que he hecho! Lo que acabo de hacer por vos, vizconde de Exmés, lo habría hecho por cualquiera persona que hubiese encontrado en vuestro estado, y con vos con mayor motivo, ya que me consta que sois amigo de mi tío el duque de Guisa. No me deis, pues, las gracias, que el servicio ha sido bien pequeño.

—Vuestro servicio, señora, aun suponiéndole pequeño, fue inmenso para mí, dado el dolor horrible que me mataba. No queréis que os lo agradezca, pero es lo cierto que lo recordaré eternamente. Adiós, señora.

—Adiós, vizconde de Exmés. Cuidaos mucho, y haced por consolaros.

María Estuardo alargó una mano, que Gabriel besó con respeto, y se separó de nuestro amigo, tomando dirección opuesta a la que tomó éste.

Al salir Gabriel del Louvre, se dirigió por la orilla del río a la calle de los Jardines, llegando a su casa media hora después. Ni un solo pensamiento se agitaba en su cerebro, pero, en cambio, laceraban su corazón atroces sufrimientos.

Aloísa le esperaba con ansiedad.

— ¿Qué tenemos? —le preguntó.

Gabriel dominó un nuevo vahído que le amagaba. Hubiese querido llorar, pero le fue imposible.

— ¡No sé nada, Aloísa! —contestó con voz alterada—. ¡Todos están mudos, tanto aquellas mujeres como mi corazón! ¡No sé más sino que mi frente está helada y arde al mismo tiempo!... ¡Dios mío!...

— ¡Valor, monseñor!

—Valor lo tengo... ¡pero, gracias a Dios, voy a morir!

Y cayó de espaldas sobre el pavimento.

## XVII

### EL HORÓSCOPO

—Vivirá el enfermo, señora Aloísa. Como el peligro ha sido grave, la convalecencia será larga. Las sangrías han debilitado en extremo al pobre joven, pero vivirá, no lo dudéis, y dad gracias a Dios que le envió la enfermedad, porque el aniquilamiento de su cuerpo ha atenuado el golpe que ha recibido su alma. Muy pocas veces se cura de heridas de esta clase, y la que recibió nuestro enfermo pudo ser mortal, y aún pudiera serlo.

El médico que hablaba así era un hombre de elevada estatura, frente espaciosa y prominente, y mirada profunda y escudriñadora. El vulgo le llamaba doctor Nostredame, pero él, cuando escribía a alguna persona instruida, se firmaba Nostradamus. No parecía tener arriba de cincuenta años.

— ¡Parece imposible, señor! —respondió Aloísa—. Desde el día siete de junio por la noche está en esa cama; hoy estamos a dos de julio, y en todo ese tiempo no ha hablado una sola palabra, ni ha dado señales de verme ni de conocerme. ¡Jesús... si parece un muerto! ¡Tomáis su mano, y ni siquiera se da de ello cuenta!

—Tanto mejor, señora Aloísa, tanto mejor. Cuanto más tarde en acordarse de sus desventuras, mejor para él. Si, como espero, continúa un mes sumido en ese estado de languidez que tanto os alarma, falto de inteligencia y de memoria, se salvará: respondo de su vida.

— ¡Que viva, Dios mío! —exclamó Aloísa, elevando al cielo una mirada suplicante.

—Se ha salvado ya, si no sufre una recaída, y así podéis comunicarlo a la linda doncellita que viene dos veces todos los días a enterarse de su estado. Apostaría a que tenemos de por medio una dama distinguida, apasionada de nuestro enfermo: ¿verdad? Los grandes amores son casi siempre encantadores, pero a las veces resultan fatales.

— ¡Fatal muy fatal es en nuestro caso, doctor Nostredame! —exclamó suspirando Aloísa.

— ¡Dios quiera que salga de su pasión tan bien como de su enfermedad, señora Aloísa! Presumo que enfermedad y pasión son dos efectos nacidos de una sola causa, y si así es, yo respondo de que curará de la una, pero no garantizo que sane de la otra.

Nostradamus abrió la mano delicada e inerte del joven y observó con atención escrupulosa la palma. Estiró la piel hacia el espacio comprendido entre los dedos índice y medio y pareció como si buscara en su memoria un recuerdo que no lograba encontrar.

— ¡Es particular! —dijo a media voz, y como hablando para sí—. He examinado varias veces esta mano, y siempre me ha parecido que la reconocí ya en otra época lejana. ¿Pero qué signos llamaron entonces mi atención? La línea mental es favorable, la del medio dudosa, y la de la vida perfecta: todo ello es ordinario. La cualidad dominante de este joven debe de ser una voluntad firme, rígida, rectilínea, implacable como la flecha dirigida por mano segura. Pero no es esto lo que otras veces llamó mi atención. Por añadidura, mis recuerdos están muy confusos, lo que demuestra que son antiguos, y esto no se compagina con la edad del joven, que tendrá a lo sumo veinticinco años: ¿no es verdad, señora Aloísa?

—Sólo tiene veinticuatro, señor.

—Es decir, que nació en mil quinientos treinta y tres... ¿podrías decirme en qué día, señora Aloísa?

—El seis de marzo.

— ¿No sabéis si fue por la mañana o por la...?

—Me encontraba junto a su madre cuando el alumbramiento: monseñor Gabriel nació al sonar las seis y media de la mañana.

Nostradamus tomó nota de todas estas circunstancias.

—Veré cuál era el estado del cielo aquel día y a aquella hora —dijo—. Si el vizconde de Exmés tuviera veinte años más, juraría que yo había tenido hace mucho tiempo su mano entre las mías. En medio de todo, no sé por qué me preocupo, que no es el hechicero, como el vulgo suele llamarle, el que hace falta aquí, sino el médico, y el médico, Aloísa, repite que responde de la vida del enfermo.

—Dispensad, señor —observó con honda tristeza Aloísa—; habéis dicho que respondíais de la curación de la enfermedad, pero no de que sane de la pasión.

— ¡La pasión! —repitió sonriendo Nostradamus—. La presencia de la linda criadita, que viene a esta casa dos veces diarias, paréceme que prueba que no lucha nuestro galán con una pasión sin esperanza.

— ¡Sin esperanza, señor Nostredame, sí! ¡Fatalmente sin esperanza!

— ¡No lo puedo creer, señora Aloísa! El vizconde de Exmés, rico, joven, valiente y agraciado, no sufre largos desdenes de las damas en unos tiempos

tomo los que corremos. Podrán aplazarle el Sí delicioso, pero nada más.

—Supongamos que no es así; supongamos que mi señor vuelve a la vida y a la razón, y que el único pensamiento que hiere su razón resucitada es este: «La mujer que adoro está irrevocablemente perdida para mí»... ¿qué sucederá?

—Quiero creer, Aloísa, que vuestra suposición carece de fundamento serio, porque si lo tuviera, produciría efectos terribles. Un dolor tan intenso en un cerebro tan débil podría ser fatal. Si hemos de juzgar de los hombres por sus facciones y expresión de su mirada, vuestro señor, Aloísa, no es un joven superficial. En el caso presente, su voluntad enérgica y poderosa envuelve un peligro más, y si aquella voluntad se estrellaba contra un imposible, el choque podría determinar la pérdida de su vida.

— ¡Jesús! —exclamó Aloísa—. ¡Morirá mi hijo!

—En el caso más favorable, correría el peligro de que se presentase de nuevo la inflamación de su cerebro —repuso Nostradamus—. Pero no nos apuremos, que siempre hallaremos medio de hacer brillar ante sus ojos un rayo de esperanza. Que vislumbre él una probabilidad de ser feliz, por remota, por fugitiva que sea, y le tenemos salvado.

— ¡Entonces, se salvará! —dijo Aloísa con acento y expresión sombríos—. Señor Nostradamus, muchas gracias.

Transcurrida una semana, Gabriel parecía como si fuera buscando su razón. Fácil era ver que no la había encontrado, pero sus ojos de mirar vago y sin expresión interrogaban los semblantes y los objetos. Ya no era una masa inerte; comenzaba a secundar los movimientos que manos extrañas imprimían a su cuerpo, a veces se incorporaba, y por regla general, tomaba los brebajes que le presentaba Nostradamus.

Cuidábale con tierna solicitud Aloísa, siempre vigilante, siempre infatigable, siempre en pie a la cabecera de su lecho.

Pasó otra semana, y Gabriel pudo hablar. No brillaba muy clara la luz en el caos de su inteligencia, el enfermo pronunciaba frases incoherentes y sin ilación, pero en medio de sus despropósitos, casi siempre aquéllas se referían a sucesos pasados de su vida. Aloísa principiaba a temer, cuando el médico se hallaba cerca, que el enfermo llegase a revelar alguno de sus secretos.

Los hechos se encargaron de demostrar que los temores de la leal nodriza no eran infundados. Un día, Gabriel, durante uno de sus sopores causados por la fiebre, dijo en presencia de Nostradamus:

— ¿Creéis que me llamo el vizconde de Exmés? Os engaños: soy el conde de Montgomery.

— ¡Silencio! —exclamó vivamente Aloísa, apresurándose a poner su mano sobre la boca del enfermo.

— ¡El conde de Montgomery! —repitió Nostradamus, como recordando.

Despidióse el médico sin que Gabriel hubiera añadido una palabra más, y como ni al día siguiente ni en los sucesivos hiciera referencia a las palabras que el enfermo dejó escapar, Aloísa temió despertar su atención si recordaba lo que su señor tenía tanto interés en ocultar y el incidente parecía olvidado por ambos.

La mejoría de Gabriel progresaba considerablemente. Reconocía ya a Aloísa y a Martín Guerra, pedía lo que le hacía falta y hablaba con dulzura impregnada de tristeza, indicios todos de que había recobrado la razón.

Un día, en el que dejaba por primera vez el lecho, preguntó a su nodriza:

— ¿Y la guerra, Aloísa?

— ¿Qué guerra, monseñor?

—La guerra contra España e Inglaterra.

— ¡Ah, monseñor! Las noticias son terribles. Dicen que los españoles, reforzados por doce mil ingleses, han invadido la Picardía: los combates se libran en la frontera.

—Tanto mejor —respondió Gabriel.

Aloísa atribuyó esta respuesta a un resto de delirio.

Al día siguiente, Gabriel preguntó, con evidente presencia de espíritu:

— ¿No te pregunté ayer si ha regresado de Italia el duque de Guisa?

—Está en camino, monseñor —respondió sorprendida Aloísa.

—Muy bien... ¿Y a cuántos estamos?

—Hoy es martes, día cuatro de agosto, monseñor.

—El siete se cumplirán dos meses desde que caí en este lecho de dolor.

— ¡Oh! —exclamó Aloísa temblando—. ¡Cómo se acuerda monseñor!

—Sí, Aloísa, me acuerdo; pero si yo no he olvidado a nadie —dijo con profunda tristeza—, paréceme que alguien me ha olvidado a mí. En todo este tiempo nadie ha venido a preguntar por mí, ¿verdad, Aloísa?

— ¡Sí tal, monseñor! —contestó con voz alterada la nodriza, que procuraba ver en el semblante del enfermo el efecto que producían sus palabras—. Dos veces todos los días ha venido una doncella llamada Jacinta a preguntar por el estado de vuestra salud. Desde hace quince días, es decir,

desde que se inició vuestra mejoría, no ha vuelto.

— ¡No ha vuelto! ¿Sabes la causa, Aloísa?

—Sí, monseñor: según me dijo Jacinta la vez última que vino, su señora había conseguido del rey permiso para retirarse a un convento hasta la terminación de la guerra.

— ¡Gracias, Dios mío! —exclamó Gabriel, con dulce y melancólica sonrisa.

Mientras una lágrima, la primera que en dos meses brotó de sus ojos, rodaba lenta por sus mejillas, añadió:

— ¡Querida Diana!

— ¡Oh, monseñor! —exclamó Aloísa transportada de júbilo—. Habéis pronunciado ese nombre... sin conmoveros, sin desfallecer... ¡Se ha equivocado Nostradamus...! Monseñor se ha salvado, vivirá, sin que yo tenga necesidad de faltar a mi juramento.

La alegría enloquecía, como se ve, a la buena nodriza, pero, por fortuna, Gabriel no comprendió sus últimas palabras.

—Sí, mi querida Aloísa —dijo sonriendo con amargura—; me he salvado, y con todo, no viviré.

— ¿Por qué, monseñor?

—El cuerpo ha resistido como un valiente, pero el alma, Aloísa, el alma está herida de muerte. Saldré de esta larga enfermedad, no me cabe duda, me dejo curar como ves, pero por dicha, hablan con estruendo las armas en la frontera, yo soy capitán de guardias, y mi puesto está donde se baten. En cuanto pueda sostenerme a caballo, iré a la guerra, y en la primera batalla en que tome parte, Aloísa, yo me las compondré de manera que no salga de ella con vida.

— ¡Queréis haceros matar! ¡Virgen santa...! ¿Por qué, monseñor, por qué?

—Porque Diana de Poitiers no ha querido hablar, Aloísa; porque Diana de Castro puede ser mi hermana, y porque yo adoro como un loco a Diana de Castro. Porque el rey tal vez mandó asesinar a mi padre, y porque yo no puedo castigar al rey sin tener certeza de su crimen. Ahora bien: no pudiendo vengar a mi padre, y siéndome imposible casarme con Diana, no sé, en verdad, Aloísa, qué es lo que voy a hacer en el mundo. Y ya tienes explicado por qué quiero hacerme matar.

— ¡No, monseñor, no os haréis matar! —replicó la nodriza con expresión sombría—. No os haréis matar, porque tenéis que llevar a cabo una misión terrible... yo os lo aseguro. Pero no me preguntéis hoy, que estoy resuelta a no



hablaros de ella hasta que os vea completamente restablecido, hasta que Nostradamus me asegure que puedo hacerlo sin riesgo.

Llegó el día de la revelación, y fue el martes de la semana siguiente. Gabriel había salido ya tres veces a la calle, y hacía sus preparativos de marcha, y Nostradamus había dicho que haría una visita a su convaleciente, pero que sería la última.

En uno de los momentos en que Aloísa se hallaba a solas con Gabriel, le dijo:

— ¿Habéis reflexionado maduramente sobre la resolución extrema que estabais dispuesto a tomar? ¿Persistís en ella?

—Persisto —contestó Gabriel.

— ¿De modo que pensáis hacerlos matar?

—Quiero hacerme matar.

— ¿Y por qué? ¿Porque no habéis hallado medio de averiguar si Diana es o no hermana vuestra?

—Precisamente.

— ¿Habéis olvidado, monseñor, las palabras que os dije, encaminadas a ponerlos en vía de descubrir el terrible secreto?

— ¡Al pie de la letra! Me dijiste que Dios, en el otro mundo, y dos personas en éste, eran los únicos poseedores del secreto. Los dos seres humanos que me nombraste fueron Diana de Poitiers y el conde de Montgomery, mi padre. He suplicado, conjurado, amenazado a Diana de Poitiers, y me he separado de ella más triste, más incierto, más desesperado que nunca.

—Pero os dije algo más, monseñor, que calláis —replicó Aloísa—; os dije que acaso fuera preciso pedir la revelación del secreto al mismo conde de Montgomery, y vos contestasteis que descenderíais sin palidecer al fondo de la tumba de vuestro padre, para arrancarle a éste el secreto.

— ¿Cómo, si ni siquiera sé dónde está su tumba?

—Tampoco lo sé yo, monseñor, pero se busca.

—Y aun cuando la encontrase, Aloísa, nada conseguiría. Los muertos no hablan y Dios no iba a hacer un milagro.

—Los muertos no hablan, pero sí los vivos.

— ¡Cielos! ¿Qué quieres decir? —preguntó Gabriel palideciendo.

—Que no sois el conde de Montgomery, como decíais en vuestro delirio,

monseñor, sino tan sólo el vizconde, el heredero del mismo título, puesto que vuestro padre, el conde Jacobo de Montgomery, debe vivir todavía.

— ¡Dios mío!... ¡Dios mío! ¿Tú sabes que vive... él... mi padre?

—No puedo asegurarlo, pero supongo, creo que sí. Jacobo de Montgomery tenía una naturaleza enérgica, vigorosa como la vuestra, capaz de resistir los mayores sufrimientos, las desgracias más terribles. Pues bien: si vive, tened por seguro que no negará, como Diana de Poitiers, la revelación de un secreto del que depende la dicha de su hijo.

— ¿Pero, dónde encontrarle? ¿A quién preguntaré? ¡En nombre del Cielo, Aloísa! ¡Habla!

— ¡Es una historia espantosa, monseñor! Había jurado a mi marido, por orden de vuestro mismo padre, no descubríroslo jamás, porque era evidente que, en el punto y hora en que la supierais, buscaríais los peligros más inmensos, declararíais la guerra a enemigos mil veces más poderosos que vos. Pero preferible es afrontar un peligro, por espantoso que sea, a correr a una muerte cierta. Os veo resuelto a haceros matar, y de sobras sé que por nada del mundo revocaríais vuestra funesta resolución. He aquí por qué prefiero entregaros a los azares de combates temerarios a que dará lugar la lucha que tanto temía vuestro padre. Así, al menos, vuestra muerte será menos cierta y se retardará un poco. Voy a revelároslo todo, monseñor, suplicando a Dios que me perdone mi perjurio.

— ¡Sí... Aloísa...! ¡Dios te absuelva del juramento...! ¡Mi padre... mi padre vivo...! ¡Oh, habla, habla sin tardanza!

En aquel momento llamaron a la puerta. Era Nostradamus.

— ¡Ah, señor de Exmés! —exclamó—. Celebro de veras encontraros tan alegre y animado... ¡Sea enhorabuena! Hace un mes no estabais así... ¿Hacéis los preparativos, por lo que veo, para salir a campaña?

—Así es —contestó Gabriel, mirando a Aloísa.

—Entonces el médico nada tiene que hacer aquí.

—Nada más que recibir la expresión de mi agradecimiento y... casi no me atrevo a decir, el precio de vuestros servicios, porque los médicos, en algunos casos, no pueden pagarse con dinero.

Así hablando, Gabriel puso en la mano del médico un bolsillo repleto de oro.

—Gracias, señor vizconde de Exmés —dijo Nostradamus—. También yo quisiera haceros un obsequio que considero de valor: ¿me lo permitís?

— ¿Qué es ello, doctor?

—Sabéis, monseñor, que no me ocupo sólo del estudio de las enfermedades humanas, sino que quiero ver más lejos y más alto. He procurado sondear los destinos del género humano, empresa bien difícil por cierto, llena de dudas y de sombras, y en mi tarea, si no luz resplandeciente, he vislumbrado muchas veces claridades. Abrigo el convencimiento de que Dios ha escrito dos veces y con antelación en su grande y poderoso plan la suerte de cada hombre: una en los astros del cielo, que es la patria de las criaturas humanas, hacia la cual éstas levantan constantemente sus ojos, y otra en las líneas de sus manos, libro confuso que a todas horas lleva el mortal consigo, pero que no acierta a deletrear, si no le dedica un estudio asiduo y penoso. Días y noches sin cuento he consagrado a la investigación de esas dos ciencias sin fondo, como el tonel de las Danaidas, la quiromancia y la astrología. He evocado ante mí todos los años del porvenir, y esto me permite hacer profecías que serán el asombro de los hombres que vivan dentro de diez siglos. Esto no obstante, sé que la verdad que permiten conocer aquellos estudios es fugaz como la del relámpago, pues si muchas veces alcanzo a ver, las más, por desgracia, dudo. Puedo asegurar, sin embargo, que tengo horas de lucidez tan grande, que a mí mismo me asusta. En una de estas horas, había visto, hace veinticinco años, el destino de un caballero de la corte del rey Francisco escrito con claridad deslumbradora en las estrellas que presidieron su nacimiento y en las complicadas rayas de su mano. Este destino singular, poco visto, peligroso, llamó de una manera particularísima mi atención; pero juzgad cuál sería mi sorpresa, cuando, en vuestra mano y en los astros que presidieron vuestro nacimiento, he creído descubrir un horóscopo semejante al que tanto me maravillara en tiempos pasados. Pero no acertaba a distinguirlo con tanta claridad como entonces, y por otra parte, un espacio de tiempo de veinticinco años introducía cierta confusión en mis recuerdos. Al fin, monseñor, el mes pasado, durante uno de vuestros delirios, pronunciasteis un nombre que me dejó pensativo, y aquel nombre era del conde de Montgomery.

— ¡El conde de Montgomery! —repitió Gabriel, asustado.

—Aseguro, monseñor, que mi oído no recogió más que el nombre, que no puse atención en el resto, que me importaba poco. Retuve el nombre, porque era el del caballero cuyo porvenir se me había presentado tan claro y resplandeciente como el sol del mediodía. Corrí a mi casa, registré mis antiguos papeles, y encontré el horóscopo del conde de Montgomery. Pero ¡cosa extraña, monseñor, y que no había ocurrido en los treinta años que llevo dedicados a este estudio!, preciso es que entre el conde de Montgomery y vos medien relaciones misteriosas y afinidades rara vez vistas, pues Dios, que jamás ha dado a dos hombres destinos semejantes, os ha comprendido a los dos en el mismo. Hoy puedo asegurar que mis descubrimientos no me habían engañado; hoy puedo afirmaros que tanto las rayas de las manos como los luminaires del cielo fueron para entrambos los mismos. No quiere decir esto

que dejen de existir diferencias de detalle en las vidas de los dos, pero insisto en que es igual el hecho dominante que las caracteriza. Muchos años hace que perdí de vista al conde de Montgomery, pero he sabido que una, por lo menos, de mis predicciones, ha tenido realización exacta, pues hirió al rey Francisco I en la cabeza con un tizón encendido. ¿Se habrá cumplido el resto de su destino? Lo ignoro; pero os aseguro que la desgracia y la muerte que le amenazaban, os amenazan también a vos.

¡Será posible! —exclamó Gabriel.

—Ved, monseñor —dijo Nostradamus, presentando a Gabriel un pergamino arrollado—, ved el horóscopo que escribí en aquel tiempo para el conde de Montgomery. Si hoy hubiese de escribir el vuestro, me limitaría a copiar el que acabo de poner en vuestras manos.

—Gracias, ¡oh, gracias, doctor! ¡Es un regalo inestimable! No podéis figuraros el precio que tiene para mí.

—Os diré, por último, señor vizconde, a fin de que pueda servir de guía, aunque Dios es el árbitro de todo y quien todo lo dispone, y de consiguiente, sus decretos son infalibles, que el nacimiento de Enrique II presagia que morirá en un duelo o en combate singular.

—Pero... ¿qué relación?...

—Leed el pergamino y me comprenderéis —le interrumpió Nostradamus—. Tan sólo me resta ahora despedirme de vos y desearos que la catástrofe a que Dios os ha destinado sea al menos involuntaria.

Nostradamus saludó a Gabriel y se fue.

No bien volvió Gabriel al lado de Aloísa, después de haber acompañado al doctor hasta la puerta, desarrolló el pergamino y, seguro de que nadie podía oírle, leyó en alta voz lo siguiente:

Lo mismo en justa que amores  
el Sino os puso por ley  
tocar temerariamente  
la augusta frente del rey;  
y bien cuernos, bien heridas,  
señor, de poner habréis  
lo mismo en justas que amores  
sobre la frente del rey,  
que aunque vasallo leal,

el Sino os puso por ley  
lo mismo en justas que amores  
herir la frente del rey.  
Y yo, señor, os predigo,  
que, aunque ahora su amor tenéis,  
después os dará la muerte  
la hermosa dama del rey.

— ¡Muy bien! —exclamó Gabriel—. Ahora, querida Aloísa puedes contarme cómo Enrique II sepultó en vida al conde de Montgomery mi padre.

— ¡El rey Enrique II!... ¿Cómo sabéis vos, monseñor...?

—Lo adivino. Puedes revelarme el crimen, puesto que Dios me anunció la venganza.

## XVIII

### ARTIFICIOS DE UNA COQUETA

He aquí la sombría historia de Jacobo de Montgomery, completada con las Memorias y Crónicas de aquellos tiempos y narrada por Aloísa, a quien su marido Perrot Davrigny, escudero y confidente del desgraciado conde, había ido informando de todos los sucesos de la vida de su señor a medida que pasaban. Su hijo Gabriel conocía los detalles generales y oficiales, pero ignoraba, como todos, el siniestro desenlace de la misma.

Jacobo de Montgomery, señor de Lorges, había sido, como todos sus abuelos, valiente y osado, y durante el reinado de Francisco I, siempre se le vio en primera fila de los combates, de aquí que llegase muy pronto a ser coronel de infantería.

Entre las cien acciones brillantes en que se había encontrado, fue el protagonista de un suceso desgraciado, al que hemos oído hacer alusión a Nostradamus.

Era en el año de 1521; el conde de Montgomery contaba escasamente veinte años de edad y no era todavía más que capitán. El invierno era riguroso en extremo, y los caballeros jóvenes, a cuya cabeza estaba Francisco I, acababan de jugar una partida de bolas de nieve, juego que no dejaba de ser peligroso, y estaba a la sazón muy en moda. Los jugadores formaban dos

bandos, uno de los cuales defendía una casa, que era atacada por el otro con pellas de nieve. En una de estas partidas encontró la muerte el conde de Enghien, señor de Cérisoles, y faltó muy poco para que, en la que reseñamos, Jacobo de Montgomery matase al rey. Aconteció que, terminada la lucha, los jugadores quisieron calentarse, pero habían dejado apagar la hoguera, y como todos eran jóvenes aturdidos y locos, quisieron encenderla por sí mismos, y todos, corriendo tumultuosos a porfía, fueron a buscar lo necesario. Llegaba Jacobo de Montgomery a la carrera, con un tizón encendido en las manos, cuando tropezó con Francisco I, quien, sin tiempo para esquivar el encuentro, recibió en plena frente el golpe del tizón ardiendo. Por fortuna, del choque no resultó más que una herida, aunque grave. La cicatriz que desgraciadamente quedó al rey fue la causa de la moda de la barba y los cabellos cortos decretada por Francisco I.

Como el conde de Montgomery hizo olvidar aquel deplorable accidente con mil hazañas brillantísimas, el rey no le guardó rencor y le dejó elevarse al más alto rango tanto en la corte como en el ejército. En 1530, Jacobo casó con Claudina de la Boissière. Aunque fue un matrimonio de conveniencia, Jacobo lloró por espacio de mucho tiempo a su mujer, que murió en 1533, después de haber dado a luz a Gabriel. Verdad es que el fondo de su carácter, como el de todos aquellos que están predestinados a cualquier acontecimiento fatal, era la tristeza. Cuando se encontró viudo y solo, sus distracciones únicas fueron las estocadas y sus anhelos los peligros, a los que se lanzaba para matar el tedio. Pero en 1538, obligado a consecuencia de la tregua de Niza a vivir en la corte y a pasearse por las lujosas galerías de las Tournelles o del Louvre, aquel hombre de guerra y de acción se moría consumido por el fastidio.

Una pasión le salvó y le perdió al mismo tiempo.

La Circe real aprisionó con sus encantos a aquel niño grande, confiado, sencillo y robusto. Jacobo de Montgomery se enamoró de Diana de Poitiers.

Tres meses anduvo el pobre enamorado alrededor de la hermosa, melancólico y sombrío, sin dirigirle una sola palabra, pero asestándole miradas que revelaban el fuego de sus sentimientos. No necesitaba tanto la gran senescala para comprender que el alma de Montgomery le pertenecía: lo vio con toda claridad, y anotó aquella pasión en un rincón de su memoria, por si algún día se le presentaba ocasión de utilizarla.

La ocasión se presentó en efecto: Francisco I principió a tratar con frialdad a su amante y a dedicar obsequios a la señora de Etampes que, si es cierto que era menos hermosa, poseía la ventaja de tener otra clase de hermosura.

Cuando los síntomas de abandono fueron notorios, Diana, por primera vez en su vida, habló a Jacobo de Montgomery.

Ocurrió el suceso en las Tournelles en una fiesta dada por el rey en honor a su nueva manceba.

— ¿Señor de Montgomery? —dijo Diana de Poitiers, llamando al conde.

Acercóse él conmovido, y saludó con torpeza.

—Observo en vos cierta tristeza, señor de Montgomery —repuso Diana.

—Mortal, señora.

— ¿Y por qué, Dios mío?

—Señora, mi mayor felicidad sería hacerme matar.

— ¿Por alguna persona, sin duda?

—Morir por una persona sería para mí mucho más dulce; pero también me sería grato perder inútilmente la vida.

— ¡Terrible es vuestra melancolía! ¿Será indiscreto preguntaros qué motiva tan negra tristeza?

— ¿Lo sé yo acaso, señora?

—Pues yo sí que lo sé, caballero, y os lo voy a decir: señor de Montgomery, estáis enamorado de mí.

Jacobo se puso pálido, pero armándose de todo su valor que ciertamente no le habría faltado para cargar solo contra un batallón enemigo, respondió con voz bronca y temblorosa:

— ¡Pues bien, señora, es verdad! ¡Os amo, pero tanto peor!

— ¡Tanto mejor, conde! —replicó Diana riendo.

— ¡Qué me decís, señora! —exclamó Montgomery agitado—. ¡Ah...! ¡Mucho cuidado... que no se trata de un juego, de un pasatiempo, sino de un amor sincero, de un amor profundo, aunque sea imposible, o quizás porque es imposible!

— ¿Por qué ha de ser imposible? —interrogó Diana.

—Señora... perdonad mi franqueza, teniendo en cuenta que jamás aprendí a embellecer los hechos con palabras. ¿Es que él rey ha dejado de amaros?

—El rey me ama —contestó Diana suspirando.

—Entonces, bien veis que me está vedado, si no amaros al menos declararos mi indigno amor.

—Indigno de vos, es cierto.

— ¡No! ¡De mí no! ¡Si un día...!

Diana le interrumpió, diciéndole con tristeza grave y dignidad admirablemente fingida:

—Basta, señor de Montgomery; os ruego que dejemos esta conversación.

Saludó con frialdad y se alejó, dejando al pobre enamorado batallando con mil sentimientos encontrados... celos, amor, odio, dolor, alegría... Diana sabía ya que el conde la adoraba, pero, ¿no la habría herido Montgomery en su dignidad? ¿No habría sido con ella injusto, ingrato, cruel? El pobre conde se repetía todas las sublimes necedades del amor.

Al día siguiente, Diana de Poitiers decía a Francisco I:

— ¿Sabéis, señor, que el conde de Montgomery está enamorado de mí?

— ¿Sí? —contestó el rey riendo—. Te felicito, porque los Montgomery son de raza antiquísima, casi tan nobles como yo, casi tan bravos y, por lo que veo, casi tan galantes.

— ¿Y es eso todo lo que vuestra majestad me contesta?

— ¿Y qué quieres que te responda, amiga mía? ¿He de querer mal al conde de Montgomery porque tiene tan buen gusto y tan buena vista como yo?

— ¡Otras serían vuestras palabras si se tratara de la señora de Etampes! —murmuró Diana, herida en su amor propio.

Aunque no creyó conveniente prolongar la conversación, Diana resolvió llevar más adelante la prueba, así fue que, cuando vio a Jacobo de Montgomery, le dijo:

— ¡Cómo, señor de Montgomery! ¿Todavía triste?

—Más que nunca, señora, puesto que temo haberos ofendido.

—No me habéis ofendido, pero sí afligido.

— ¿Es posible que os haya afligido yo, que vertería por vos hasta la última gota de mi sangre?

— ¿No me disteis a entender que la favorita del rey no tenía derecho a aspirar al amor de un caballero?

— ¡Oh! ¡No fue eso lo que quise decir, señora! ¿Ni cómo podía pensar así, quien como yo os ama con un amor tan sincero y profundo? Mi intención fue decir que no podíais amarme, porque os amaba el rey y vos correspondíais al amor del rey.

—Ni el rey me ama, ni yo amo al rey.

— ¡Dios del cielo! ¿Luego podríais amarme?



—Podría amaros, pero nunca confesaros que os amo —respondió tranquilamente Diana.

— ¿Por qué, señora?

—Por salvar a mi padre la vida, he podido ser la manceba del rey de Francia, pero, si he de reparar mi honra, no puedo ser la del conde de Montgomery.

Y acompañó la seminegativa con una mirada tan apasionada y tierna, que el conde no pudo contenerse.

— ¡Ah, señora! —dijo a la coqueta—. ¡Si me amarais como yo os amo...!

— ¿Qué?

— ¿Qué me importan el mundo, los prejuicios de familia y el honor? Sois para mí el universo; tres meses hace que sólo vivo por vos. Os adoro con toda la ceguera, y con toda la impetuosidad del primer amor; vuestra belleza soberana me fascina y enerva. Si me amáis como yo os amo, sed la condesa de Montgomery, sed mi esposa.

—Gracias, conde —contestó Diana triunfante—. Tendré presentes vuestras generosas y nobles palabras, y entretanto, ya sabéis que el verde y el blanco son mis colores.

Transportado de júbilo, Jacobo besó la blanca mano de Diana sintiéndose más dichoso que si hubiera conquistado todas las coronas del mundo.

Al día siguiente, Francisco I hacía observar a Diana de Poitiers que su nuevo adorador principiaba a ostentar en público sus colores.

— ¿No está en su derecho, señor? —replicó Diana, clavando una mirada escrutadora en el rey—. ¿Puedo prohibir que ostente mis colores a quien me brinda su nombre?

— ¿Será posible? —exclamó el rey.

—Es certísimo, señor —afirmó Diana, creyendo, por un momento, que había triunfado, y que los celos habían revivido el amor en el corazón del infiel.

Al cabo de breves momentos de silencio, el rey, levantándose como para poner término al diálogo, dijo a Diana:

—Si es así, señora, vacante continúa el cargo de gran senescal desde la muerte del señor de Brézé, vuestro primer marido: se le daremos como regalo de boda al señor conde de Montgomery.

—Y el señor conde de Montgomery podrá aceptarlo —replicó Diana con altivez—, seguro que yo he de ser una esposa fiel y leal, y de que no le haré

traición por todos los reyes del universo.

El rey se inclinó sonriendo y se alejó sin contestar.

El triunfo de la señora de Etampes sobre Diana de Poitiers era completo.

La ambiciosa Diana, con el corazón despechado, decía aquel mismo día al conde Jacobo de Montgomery:

—Mi valiente conde; mi noble Montgomery: Te amo.

## XIX

### COMO ENRIQUE II, EN VIDA DE SU PADRE, COMENZÓ A RECOGER SU HERENCIA

El casamiento de Diana y del conde de Montgomery se fijó para tres meses después, pero la voz pública de aquella corte calumniadora y licenciosa dio en asegurar que, en su deseo de precipitar la venganza, Diana de Poitiers había dado arras a su futuro.

Pasaron los tres meses, el conde de Montgomery continuaba más enamorado que nunca, pero Diana retardaba un día y otro día el cumplimiento de su promesa. ¿La causa? Sencillamente porque, poco tiempo después de haber aceptado el compromiso, observó las miradas codiciosas que la dirigía el joven delfín Enrique, y esto despertó nuevas ambiciones en el corazón de la imperiosa Diana. El título de Condésa de Montgomery servía a lo sumo para disfrazar su derrota, al paso que el de manceba del delfín era casi un triunfo. La de Etampes, que siempre hablaba con desdén de los años de Diana, poseería el amor del padre, y ella, Diana, sería dueña del cariño fogoso del hijo y tendría en sus manos la juventud, la esperanza, el porvenir. La de Etampes la había reemplazado, y ella reemplazaría a la de Etampes. Se mantendría ante ella tranquila y llena de calma, como una amenaza viviente... porque Enrique subiría al trono en su día, y ella, Diana, siempre bella, volvería a ser reina. No puede negarse que el amor del Delfín era para ella un triunfo completo.

El carácter de Enrique contribuía a robustecer la seguridad que tenía en su éxito. Tenía el delfín diecinueve años, había tomado parte personal en más de una guerra, hacía cuatro años que estaba casado con Catalina de Médicis, y todos le tenían por un niño indómito e ignorante. Arrogante y atrevido en equitación, en armas, en torneos, y en toda clase de ejercicios que exigiesen agilidad y destreza, aparecía torpe y cortado en las fiestas del Louvre y ante las damas. Falto de talento y no sobrado de discernimiento, dejábase gobernar

por el que quería apoderarse de su voluntad. Anne de Montmorency, cuyas relaciones con el rey eran sumamente frías, supo acercarse al delfín y consiguió sin trabajo alguno imponerle sus gustos y aficiones de hombre ya maduro. Con la mayor facilidad le manejaba a su capricho. En una palabra: echó en el alma tierna de Enrique raíces profundas de un poder indestructible, de tal suerte se apoderó de su débil voluntad, que únicamente el ascendiente de una mujer podía, andando el tiempo, poner en peligro el suyo.

Pronto advirtió con terror que su discípulo estaba enamorado. Enrique desdeñaba las amistades de que mañosamente le había rodeado, y su natural indómito y brusco se tornaba triste y soñador. Montmorency se puso en guardia, observó, y no tardó en descubrir que Diana de Poitiers era la reina de sus pensamientos. El descubrimiento le llenó de alegría, porque preferible era que el delfín se hubiera enamorado de Diana que de cualquier otra dama, pues bueno será advertir que aquel soldadote brutal, con sus groseros instintos, comprendía mucho mejor a la real manceba que el caballeroso Montgomery. Inmediatamente arregló un plan tomando como base los instintos viles que adivinaba en la cortesana y los suyos propios, y ya tranquilo, dejó que el delfín suspirase por la gran senescala.

La belleza era, en efecto, la que debía despertar el adormecido corazón de Enrique, y la belleza tenía digna representación en Diana de Poitiers, mujer de temperamento malicioso, provocativa y resuelta. Su hechicera cabeza tenía movimientos graciosos e incitantes, en sus ojos brillaban mil promesas, y toda su persona irradiaba una atracción magnética (mágica, decían por aquellos tiempos) que necesariamente había de seducir al pobre Enrique. Creía el citado que aquella mujer debía iniciarle en los secretos de una existencia nueva; para él, que era una especie de salvaje sencillo y cándido, la sirena tenía que ser atractiva y peligrosa como un misterio, como un abismo.

De todo esto estaba más que convencida Diana, pero temía aventurarse en un nuevo porvenir, por si Francisco I le recordaba su pasado y el conde de Montgomery su presente.

Un día que el rey, siempre galante y obsequioso hasta con las mujeres a quienes no amaba, y hasta con las que había dejado de amar, hablaba con Diana en el hueco de una ventana, acertó a ver al delfín que, con mirada furtiva y llena de celos, procuraba escuchar la conversación que con aquélla sostenía.

Francisco llamó en voz alta a Enrique.

— ¿Qué hacéis ahí, hijo mío? Venid aquí... acercaos.

Enrique, pálido y abochornado, después de haber dudado un momento entre su deber y su miedo, en vez de responder al llamamiento de su padre,

tomó el partido de huir como si no lo hubiera oído.

— ¡Qué salvaje tan cohibido! —exclamó Francisco I—. ¿Habéis visto jamás, Diana, otro caso de timidez semejante? Vos, que sois la diosa de las selvas, ¿encontrasteis nunca un ciervo tan asustadizo? ¡Maldito defecto!

— ¿Quiere vuestra majestad que me encargue yo de corregir al señor delfín? —preguntó Diana, sonriendo.

—Sería difícil encontrar en el mundo maestro más hermoso ni aprendizaje más dulce.

—Dadle, pues, por corregido señor: yo me encargo de ello.

No tardó en alcanzar al fugitivo.

El conde de Montgomery prestaba servicio aquel día, pero no en el Louvre; Diana de Poitiers podía maniobrar sin peligro.

— ¿Tanto os horrorizo, monseñor?

Con esta pregunta comenzó Diana la conversación... que se prolongó considerablemente.

Cómo terminó el diálogo, cómo pasaron inadvertidas para la cortesana las necesidades que el príncipe dijo, cómo supo admirar todas sus palabras, cómo Enrique se despidió convencido de que había estado ingenioso, espiritual y encantador, cómo llegó, en efecto a serlo, y como, en fin, fue ella su dueña y señora en todos los sentidos, y le dio al mismo tiempo órdenes, lecciones y horas de embriaguez, son detalles que entran de lleno en esa comedia eterna y de traducción imposible que se representará siempre, pero que nunca se escribirá.

¿Y Montgomery? ¡Ah! Montgomery adoraba demasiado a Diana para poderla juzgar y se había entregado con demasiada ceguera a su amor para que sus ojos pudiesen ver nada. En la corte se comentaban ya públicamente los nuevos amores de Diana de Poitiers, mientras el noble conde cifraba en ellos todas sus ilusiones, que Diana alimentaba con cuidado, porque el edificio que ella erigía era todavía muy frágil para que no fueran de temer sacudidas y hasta un derrumbamiento completo. En una palabra: Diana de Poitiers engañaba al delfín por ambición y al conde por prudencia.

## XX

### DE LA UTILIDAD DE LOS AMIGOS

Expuestos los preliminares de la historia, dejaremos su continuación a Aloísa.

—Mi marido, el bravo Perrot —decía a Gabriel, que la escuchaba con profunda atención—, no dejó de oír los rumores que públicamente circulaban con respecto a Diana, y las burlas de que hacían objeto al conde de Montgomery, pero dudaba entre ocultarlo todo a su señor, a quien veía dichoso y lleno de confianza, o revelarle la indigna trama en que aquella ambiciosa mujer le había envuelto. A mí me daba cuenta de sus vacilaciones, porque de ordinario y en mil ocasiones le aconsejé bien, y por otra parte tenía pruebas sobradas de mi discreción y prudencia, pero mis dudas eran tan grandes como las suyas en el espinoso caso en cuestión y no sabíamos qué partido adoptar.

Estábamos una noche en esta misma cámara monseñor, Perrot y yo, pues el conde de Montgomery no nos trataba como servidores, sino como amigos, y quiso conservar en París las costumbres patriarcales de nuestras veladas de invierno en Normandía, en las que señores y criados se sientan a calentarse en el mismo hogar después de las labores del día. El conde parecía pensativo; había apoyado la frente sobre la palma de la mano. Generalmente pasaba las veladas en la casa de Diana de Poitiers, pero desde hacía algún tiempo, aquélla le enviaba a decir con alguna frecuencia que se hallaba indispuesta y que no podría recibirle. En las indisposiciones de la mujer que adoraba pensaba sin duda el conde; Perrot ponía correas nuevas a una coraza y yo hilaba.

Era el 7 de enero de 1539, noche fría y de lluvia, y la siguiente al día de la Epifanía. Grabad bien en vuestra memoria esta fecha siniestra, monseñor.

Gabriel significó con un gesto que no perdía palabra, y Aloísa continuó:

—De pronto anunciaron a los señores de Langeais, de Boutières y conde de Sancerre, tres caballeros de la corte, amigos de monseñor, pero que lo eran más de la señora de Etampes. Los tres venían envueltos con grandes capas oscuras, y aunque entraron riendo, me pareció que su intempestiva visita era presagio de desgracia. ¡Ah! ¡Mi instinto no me engañó!

«El conde de Montgomery se levantó y los recibió con la finura y gracia que le caracterizaban.

«—Bien venidos, amigos míos —dijo a los tres caballeros, estrechándoles las manos.

«A una señal de monseñor les quitamos las capas, y los tres tomaron asiento.

«— ¿A qué feliz casualidad debo la fortuna de veros a estas horas? — continuó el conde.

«—A una apuesta triple —contestó el señor de Boutières—. Mi querido

conde; vuestra presencia aquí significa que yo he ganado la mía.

«—La mía la había yo ganado antes de venir aquí —terció el señor de Langeais.

«—Y yo ganaré la mía dentro de muy poco; no tardaréis en verlo —añadió el conde de Sancerre.

«— ¿Pero, se puede saber en qué consistía esa apuesta triple? —preguntó monseñor.

«—Langeais —respondió el señor de Boutières— apostó con Enghien a que el delfín no estaría esta noche en el Louvre. Hemos hecho las investigaciones del caso, y comprobado que Enghien ha perdido.

«—Boutières apostó con Monteján —dijo el conde de Sancerre— a que vos, mi querido conde, estaríais esta noche en vuestra casa, y viendo estáis que ha ganado:

«—Y tú también has ganado, Sancerre; respondo de ello —añadió el señor de Langeais—. Las tres apuestas, en definitiva, vienen a ser una sola, tanto, que necesariamente habíamos de perder o ganar los tres a la vez. Sancerre, mi querido Montgomery, apostó cien doblones contra de Aussun a que la señora de Poitiers estaría indispuesta esta noche.

«Vuestro padre, monseñor Gabriel, se puso horrorosamente pálido, y con voz alterada, dijo:

«—Habéis ganado, en efecto, señor de Sancerre, porque es verdad que la gran senescala me ha hecho saber que esta noche no podía recibir a nadie a causa de una repentina indisposición.

«— ¿No lo decía yo? —gritó el conde de Sancerre—. Sed testigos de que de Aussun me debe cien doblones.

«Todos reían como locos, excepto vuestro padre, que se mantenía serio.

«—Y ahora, mis buenos amigos —dijo con cierta aspereza—, ¿tendréis la bondad de explicarme el enigma?

«—Con muchísimo gusto, pero haced que quedemos solos —respondió el señor de Boutières.

«Perrot y yo estábamos ya cerca de la puerta cuando vimos que nuestro señor nos hacía una seña para que no saliéramos.

«—Son amigos de toda mi confianza —dijo a aquellos señores—; y como por otra parte no tengo por qué avergonzarme de nada, sin inconveniente alguno pueden saberlo todo.

«—Como queráis —contestó el señor de Langeais—. Un poco huele a

provincia; pero, en fin, más os afecta a vos que a nosotros, conde. Además, juraría que conocen como yo mismo el gran secreto, porque público y notorio es en la corte: no se habla de otra cosa. Lo que sucede es que el último en saberlo sois vos, según costumbre.

«— ¡Hablad de una vez! —exclamó el señor de Montgomery.

«—Vamos a hablar, sí, mi querido conde —repuso el señor de Langeais—, porque nos duele que engañen de una manera tan indigna a quien es caballero como nosotros, y a un hombre tan galante como vos; pero, si he de hablar, habéis de prometerme que aceptaréis la revelación con filosofía, o, lo que es lo mismo, riendo. Lo que os sucede no es digno de vuestra cólera, aparte de que, si ésta se encendía, seguros estamos de que no tardarían en desarmarla.

«—Veremos —contestó con frialdad monseñor—. Tened la bondad de continuar.

«—Querido conde —dijo entonces el señor de Boutiérés, que era el más joven y el más aturdido de los tres—: habéis estudiado mitología, ¿no es cierto? ¿Recordáis la historia de Endymion? Sí; no dudo que sí. ¿Sabéis qué edad tenía Endymion cuando se enamoró de Diana Febea?

Si creéis que frisaba los cuarenta, rectificad vuestro error, querido, pues es lo cierto que no había cumplido los veinte. Buena prueba de ello es que aún no le apuntaba la barba, según me ha repetido cien veces mi ayo, que está perfectamente enterado. Y ya tenemos explicado por qué Endymion no duerme esta noche en el Louvre, por qué la señora Luna está oculta e invisible, probablemente a causa de la lluvia, y por qué, en fin, vos, señor de Montgomery, permanecéis en vuestra casa... De todo lo cual se infiere que mi ayo es un gran hombre, y que los tres hemos ganado nuestras apuestas. ¡Viva la alegría!

«— ¿Hay pruebas? —preguntó con acento glacial el conde.

«— ¿Pruebas? —repitió el señor de Langeais—. Podéis ir a buscarlas vos mismo. ¿No habita la Luna a dos pasos de aquí?

«—Tenéis razón... Gracias —se limitó a contestar el conde.

«Se puso en pie el conde. Los tres amigos hubieron de hacer lo propio. Su ruidosa alegría se había enfriado y trocado en alarma de resultados de la actitud severa del señor Montgomery.

«—Permitidme que os dé un consejo, conde —dijo el señor de Sancerre—. No vayáis a cometer alguna imprudencia, y tened presente que tan peligroso es rozarse con el leoncillo como con el mismo león.

«Tranquilizaos —contestó sencillamente el conde.

«— ¿Supongo que no os habréis incomodado con nosotros?

«—Según... Veremos.

«Acompañó a los amigos hasta la puerta, entró de nuevo, y dijo a Perrot:

«—Mi capa y mi espada.

«Mi marido trajo la capa y la espada del conde.

«— ¿Es cierto que vosotros sabíais eso? —preguntó el conde mientras se ceñía la espada.

«—Sí, monseñor —respondió Perrot con los ojos bajos.

«— ¿Por qué no me lo has dicho, Perrot?

«— ¡Monseñor...!

«— ¡Es verdad! —dijo con amarga ironía—. Vosotros no erais mis amigos, sino únicamente servidores muy honrados.

«Tocó familiarmente en el hombro a su escudero. Su palidez era cadavérica, pero hablaba con tranquilidad solemne.

«— ¿Datan de mucho tiempo esos rumores? —preguntó a mi marido.

«—Monseñor —respondió Perrot—, hace cinco meses que principiaron vuestros amores con la señora Diana de Poitiers, puesto que el matrimonio se había señalado por el mes de noviembre. Pues bien: aseguran que monseñor el delfín es el amante de la señora Diana desde un mes después de haber ésta acogido favorablemente vuestra demanda. Sin embargo, no hace más de dos meses que se habla de ello, ni más de quince días que lo sé yo. Tomaron consistencia los rumores a raíz del aplazamiento del matrimonio, pero todo el mundo hablaba con cautela, sin duda por miedo a monseñor el delfín. Ayer, sin ir más lejos, di su merecido a un servidor del señor de La Garde, que tuvo la insolencia de reírse de ello en mi presencia, y el barón de La Garde no se atrevió a reprenderme.

«— ¡No volverán a reírse! —dijo monseñor, con acento que me hizo temblar.

«Cuando estuvo dispuesto para salir, se pasó la mano por la frente y me dijo:

«—Aloísa, tráeme a Gabriel; quiero abrazarle.

«Estabais durmiendo, monseñor Gabriel, durmiendo tranquilo como un querubín, y cuando os tomé en mis brazos y os desperté rompisteis a llorar. Os envolví en una colcha y os presenté a vuestro padre, el cual os tomó en sus brazos, os contempló en silencio durante algunos instantes y depositó un beso



sobre vuestros párpados medio entornados. Una lágrima cayó sobre vuestro sonrosado rostro, la primera que en mi presencia había vertido monseñor, aquel hombre fuerte y enérgico. Luego os devolvió a mis brazos diciendo:

«—Te recomiendo a mi hijo, Aloísa.

«¡Ay! Estas fueron las últimas palabras que quedaron tan grabadas en mi corazón, que aun ahora me parece que las estoy oyendo.

«—Os acompañaré, monseñor —dijo entonces mi valiente Perrot.

."—No, Perrot —contestó monseñor.

«— ¡Pero... monseñor...!

«—Lo mando así.

«Imposible replicar cuando el señor hablaba así. Calló Perrot, y el conde nos dio un apretón de manos diciendo:

«— ¡Adiós, mi buenos amigos! ¡No! ¡Adiós, no! ¡Hasta la vista!

«Y salió con paso seguro y continente tranquilo, como si hubiese de volver al cabo de media hora.

«No despegó Perrot los labios; pero antes de que su señor llegase a la calle, ya había tomado su capa y su espada. Ni hablamos, ni intenté detenerle: cumplía su deber siguiendo al conde, aunque fuera a una muerte cierta. Me tendió los brazos, yo me arrojé llorando a su cuello, y después de abrazarme tiernamente, se apresuró a seguir los pasos de monseñor. La escena no había durado más de un minuto, y terminó sin que ni él ni yo pronunciásemos una palabra.

«Cuando quedé sola, me dejé caer sobre una silla rezando y sollozando. La lluvia era torrencial y el viento bramaba con violencia. Vos, monseñor, no tardasteis en reanudar el sueño del que debíais despertar huérfano.

## XXI

### **DONDE SE DEMUESTRA QUE LOS CELOS HAN ABOLIDO LOS TÍTULOS MUCHO ANTES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA**

«Tal como había dicho el señor de Langeais, el palacio Brézé, donde habitaba Diana de Poitiers, no distaba dos pasos del nuestro, sito en la calle de la Higuera de San Pablo, y allí se alza todavía este edificio de desgracia.

«Perrot seguía de lejos a su señor y le vio pararse a la puerta de la

residencia de Diana, llamar, y momentos después entrar. Se acercó él entonces, y oyó que el señor de Montgomery hablaba con altivez a la servidumbre que intentaba oponerse a su paso, bajo el pretexto de que su señora estaba enferma en su cámara. Pasó el conde, no obstante la oposición de los criados, y Perrot aprovechó la confusión para entrar y seguir a su señor sin ser visto. Como conocía bien las entradas de la casa por haber sido portador de varios mensajes del conde para Diana, pudo seguir a su señor sin que le pusieran obstáculos, bien porque no le viesan, bien porque a nadie importase el escudero una vez rota la consigna por el amo.

«En lo alto de la escalera encontró el conde dos doncellas de la señora de Poitiers, inquietas y conturbadas, que le preguntaron qué deseaba a semejantes horas: estaban sonando las diez de la noche en los relojes de los alrededores. Contestó con entereza el señor de Montgomery que quería ver en el acto a la señora Diana, porque le tenía que comunicar sin dilación asuntos de la mayor importancia, y añadió que, si no la podía ver, esperaría.

«Hablaban tan recio, que necesariamente se le había de oír desde el dormitorio de Diana de Poitiers, que estaba muy próximo. Una de las señoras entró en aquel y volvió diciendo que la señora estaba acostándose, pero que saldría para recibir al conde, a quien rogaba que fuese a esperarla al oratorio.

«¡O el delfín no estaba allí, o demostraba una cobardía indigna de un hijo de Francia! El señor de Montgomery siguió a las doncellas que con bujías encendidas le guiaron al oratorio.

«Perrot, que hasta entonces había permanecido oculto en la parte oscura de la escalera, acabó de subirla y se escondió detrás de un gran tapiz que pendía del artesonado de la gran galería y separaba el dormitorio de Diana de Poitiers del oratorio donde ya estaba esperando el conde. En el fondo del vasto corredor había dos puertas, a la sazón condenadas, y que en otro tiempo correspondían la una al oratorio y la otra al dormitorio. Perrot se deslizó hasta una de aquellas puertas, respetadas por consideración a la simetría, y se ocultó en el hueco, observando con alegría que si prestaba atención, oiría casi todo lo que se hablaba en una o en otra estancia. He de hacer constar que no impulsaba a mi bravo marido un sentimiento vulgar de curiosidad, monseñor, sino el deseo natural de auxiliar a su señor, pues las últimas palabras que éste nos dirigió al despedirnos, y además una voz secreta, la voz del instinto, le advertían que el conde corría peligro gravísimo y le hacían sospechar que en aquel momento se le tendía un lazo. Natural era, de consiguiente, que deseara estar cerca para volar en su auxilio en caso de necesidad.

«Desgraciadamente, monseñor, ninguna de las palabras que recogieron sus oídos, y que después me refirió, puede darnos luz alguna, como pronto veréis, sobre la oscura y fatal cuestión que tanto os preocupa hoy.

«No duraba más de dos minutos la espera del señor de Montgomery, cuando entró en el oratorio Diana de Poitiers.

«— ¿Qué pasa señor conde?— preguntó—. ¿A qué viene esta invasión nocturna e inesperada, después de haberos rogado que no vinierais esta noche?

«—Contestaré con dos palabras sinceras, señora, pero antes, despedid a vuestras doncellas. Voy a ser muy breve: acaban de decirme que me habéis dado un rival, que este rival es el delfín y que en este momento está en vuestra casa.

«— ¡Y vos lo habéis creído sin duda, puesto que venís a comprobarlo! — respondió con altivez Diana.

«—He sufrido mucho, Diana; y vengo a que pongáis remedio a mi sufrimiento.

«— ¡Pues bien! ¡Ya me habéis visto! Convencido de que os han mentido, dejadme descansar. ¡En nombre del Cielo, Jacobo, salid!

«—No, Diana —contestó el conde, a quien sin duda inquietó la prisa que la señora de Poitiers tenía por alejarse—. No me voy; porque si quizás mintieron al asegurarme que el delfín estaba aquí, quién sabe si dijeron verdad al afirmar que vendrá esta noche. Quiero convencerme, para, si faltaron a la verdad, poderles llamar calumniadores.

«— ¿Y pretendéis quedaros?

«—Estoy decidido. Id a descansar, señora, si os sentís indispuesta; yo velaré vuestro sueño.

«— ¿Con qué derecho pretendéis tal cosa? —exclamó Diana de Poitiers—. ¿Con qué títulos? ¿No soy libre todavía?

«—No, señora; no sois libre —replicó con entereza el conde—. No os concedo el derecho de hacer que sea la irrisión de la corte un caballero leal cuyas pretensiones habéis aceptado.

«—Si he aceptado pretensiones, tened por seguro que no aceptaré ni toleraré esta última. El mismo derecho de permanecer aquí tenéis vos que los demás de mofarse de vos. ¿Sois, por ventura, mi marido? Yo no ostento vuestro título, que yo sepa.

«— ¡Oh, señora! —exclamó el señor de Montgomery con acentos de desesperación—. ¿Qué me importa que se rían de mí? ¡No! La cuestión no es ésta. ¡Dios mío!, bien lo sabéis, Diana. Ni es mi honor el que sangra, sino mi amor. Si las necedades de aquellos tres fatuos me hubiesen ofendido, habría desenvainado la espada, y asunto terminado; pero, si no me ofendieron, desgarraron mi corazón, y por eso he venido. ¡Mi dignidad! ¡Mi reputación!

No se trata ahora de ellas: se trata de que os amo, de que estoy loco, de que me habéis dicho y probado que me amáis, y de que quiero deciros y probaros con hechos que mataré a quien ose tocar este amor que es todo mi bien, aun cuando el osado fuera el delfín, aun cuando fuera el mismo rey. Me importa muy poco el nombre que den a mi ciega venganza, señora, pero os juro que me vengaré.

«— ¿Qué es lo que pretendéis vengar? ¿Por qué? —preguntó una voz imperiosa que salía de allí cerca.

«Perrot se estremeció, porque a favor de la escasa luz que iluminaba la galería, acababa de ver aparecer al delfín, y detrás del delfín, la ridícula y antipática figura del condestable.

«— ¡Ah! —gritó Diana, dejándose caer sobre un sillón y retorciéndose las manos—. ¡Lo que yo temía!

«El señor de Montgomery dio un grito; pero inmediatamente dijo con voz sosegada:

«—Monseñor: hacedme tan sólo la merced de pronunciar una palabra; decid que no habéis venido a esta casa porque amáis a la señora de Poitiers ni porque sois amado por ella.

«—Señor de Montgomery —replicó el Delfín con mal reprimida cólera—; no os suplico, os mando que pronunciéis una palabra: decid que no os encuentro aquí porque amáis a la señora de Poitiers ni porque sois amado por ella.

«Planteada en tales términos la cuestión ya no se encontraban frente a frente el heredero del trono más grande del mundo y un simple caballero, sino dos hombres, dos rivales irritados y celosos, dos corazones lastimados y dos almas desgarradas.

«—Soy el esposo, aceptado y designado de la señora Diana de Poitiers, como sabe todo el mundo y sabéis vos —contestó el señor de Montgomery, sin dar al príncipe el tratamiento a que tenía derecho.

«—Las promesas se olvidan, las promesas se las lleva el aire —contestó Enrique—. Aunque más recientes que las vuestras, yo presento, no promesas, sino derechos, que tienen más fuerza que aquéllas y que sabré defender.

«— ¡Ah, el imprudente! —gritó el conde de Montgomery, ciego de rabia y de celos—. ¡Y me habla de derechos...! ¿Os atreveréis a sostener que esta mujer os pertenece?

—Sostengo al menos que no os pertenece a vos, y añado que me encuentro en su casa con su consentimiento, y que vos estáis sin él. Por tanto, espero con impaciencia que la dejéis al instante.

— ¡Un desafío! —gritó Montmorency avanzando entonces—. ¿Osáis, caballero, desafiar al delfín de Francia?

«—Aquí no está el delfín de Francia —replicó el conde—. Hay un hombre que pretende ser amado por la mujer que amo yo: nada más.

«Debió de dar un paso hacia Enrique, porque Perrot oyó gritar a Diana:

«— ¡Quiere insultar al príncipe!... ¡Quiere matar al príncipe!... ¡Favor!... ¡Favor!...

«Efecto tal vez de lo difícil del papel que representaba, salió precipitadamente de la estancia, desoyendo la recomendación de Montmorency, que aseguraba que nada había que temer, puesto que disponían de dos espadas contra una sola, aparte de la numerosa escolta que aguardaban abajo. Perrot vio que Diana atravesaba corriendo la galería y entraba en su cámara llamando a sus doncellas y a las gentes del delfín.

«Su fuga no calmó el ardor de los dos rivales, sino muy al contrario, el señor de Montgomery, al oír hablar de escolta, dijo con amargura:

«— ¿El señor delfín quiere, por ventura, vengar sus injurias personales con las espadas de sus gentes?

«— ¡No, caballero! —contestó con fiereza el delfín—. ¡Para castigar a un insolente me basta la mía!

«Los dos echaron mano a las empuñaduras de sus espadas, pero Montmorency se interpuso.

«—Perdonad, monseñor —dijo—; pero el que mañana ha de ocupar el trono, no tiene hoy derecho para poner en riesgo su vida. No sois un hombre, monseñor; sois algo más, sois la nación. Un delfín de Francia sólo se bate por Francia.

«—Pero un delfín de Francia no me arrancará, con todo su poder, lo que es mi vida, la mujer que es para mí más que mi patria, más que mi honor, más que mi tierno hijo, más que mi alma inmortal, pues que por ella he olvidado todo esto, por ella... por esa mujer que tal vez me engaña. ¡Pero no! ¡No puede engañarme... es imposible! ¡La amo tanto! ¡Monseñor! ¡Perdonad mi violencia, olvidad mi locura, y dignaos decirme que no amáis a Diana! Os creeré, que no puedo concebir que hayáis ido a visitar a la mujer amada acompañado por el señor de Montmorency y escoltado por ocho o diez soldados.

«—He querido acompañar esta noche a monseñor con una escolta, desoyendo sus órdenes —dijo el condestable—, porque me habían prevenido en secreto que se le tendería un lazo en esta casa. Yo me quedé, sin embargo, en la calle con la escolta, y me disponía ya a retirarme, cuando vuestras voces

airadas llegaron a mis oídos, obligándome a penetrar aquí, donde, en efecto, he encontrado la prueba de que los desconocidos que me advirtieron tenía razón.

«— ¡Conozco a esos amigos desconocidos! —dijo riendo sarcásticamente el conde—. Son los mismos, a no dudar, que vinieron a anunciarme que el delfín pasaría la noche en esta casa, y ¡por Dios vivo! que su intriga ha tenido todo el éxito que podían apetecer, ellos y la mujer que les puso en movimiento. La señora de Etampes, a lo que presumo, ha querido comprometer, provocando un escándalo, a Diana de Poitiers, y el señor delfín no ha titubeado en hacer una visita amorosa acompañado por un ejército, secundando eficazmente la ejecución de aquella intriga maravillosa. ¡Ah, Enrique de Valois! ¡Pocas consideraciones os merece Diana de Poitiers! ¿Queréis proclamarla pública y oficialmente vuestra amante? ¿Os pertenece real y positivamente esta mujer? ¡Sí... no hay duda! ¡Me la habéis robado; fuera necio negarlo! ¡Me habéis robado esta mujer, y con ella la vida! ¡Pues bien! ¡Se acabaron los respetos y consideraciones! ¡Enrique de Valois! ¡El hecho de que seas hijo del rey de Francia no es motivo para que dejes de ser caballero! ¡O me das una satisfacción del agravio, o te proclamaré cobarde ante el mundo entero!

«— ¡Miserable! —bramó el delfín, desenvainando la espada y avanzando sobre el conde.

«Por segunda vez se interpuso Montmorency diciendo:

«Monseñor; repito que el heredero de un trono no cruzará en mi presencia su acero con un...

— ¡Con un caballero de nobleza más antigua que la tuya, primer barón de la Cristiandad! —interrumpió el conde fuera de sí—. Cualquier noble vale tanto como el rey, y no fueron siempre los reyes tan prudentes como vosotros los pretendéis hacer. Carlos de Nápoles desafió a Alfonso de Aragón, y Francisco I desafió no hace mucho tiempo a Carlos V. Y si me objetáis que cito casos de reyes contra reyes, os diré que monseñor de Nemours, sobrino de un rey, retó a un simple capitán español. Los Montgomery valen tanto como los Valois, y por los mismos que han entroncado muchas veces con príncipes de las Casas de Francia y de Inglaterra, bien pueden batirse con ellos. Sangre real francesa pura corre por las venas de los Montgomery segundas y terceras. Desde que volvieron de Inglaterra, adonde fueron siguiendo a Guillermo el Conquistador, ostentaron en su escudo un león de oro armado y lampasado de plata sobre campo azul con esta divisa: Guarda bien, y tres flores de lis sobre fondo de gules. ¡Vamos, monseñor! Nuestros blasones son iguales, como nuestras espadas. ¡Portaos como caballero! ¡Ah, si amaseis como yo amo a esa mujer, o si me odiaseis como os odio yo! ¡Pero no! ¡Sois un niño tímido que os alegráis porque podéis esconderos detrás de vuestro ayo!

«— ¡Dejadme, Montmorency! —gritó el delfín, forcejeando para desasirse de los brazos del Condestable que le retenían sujeto.

«— ¡No será así, ira de Dios! —decía Montmorency—. ¡No toleraré que os batáis con ese furioso! ¡Atrás! ¡A mí... guardias!

«Al mismo tiempo, Diana de Poitiers, asomada a la ventana, gritaba con todas sus fuerzas:

«— ¡Favor...! ¡Socorro...! ¿Dejaréis que asesinen a vuestros señores?

«La traición de aquella Dalila llevó al último límite la ciega exasperación del conde. Perrot, helado de espanto, le oyó decir:

«— ¡Enrique de Valois, y tú, viejo corredor de sus liviandades, puesto que para obligaros a que me deis satisfacción me ponéis en el caso de inferiros la última afrenta, tomad!

«Supuso Perrot que el conde se acercó al delfín y puso la mano sobre su rostro, aunque lo probable es que se interpusiera Montmorency deteniendo su brazo, mientras gritaba más recio que nunca:

«— ¡A mí...! ¡A mí...!

«Perrot no podía ver, pero si oyó que rugía el delfín:

«— ¡Maldición! ¡Su guante ha tocado mi frente! ¡Ha de morir a mis manos, Montmorency!

«La escena se desarrolló con la rapidez del relámpago. Entraron en aquel momento los soldados de la escolta y se trabó una lucha encarnizada, durante la cual, sobre el ruido de las pisadas y el chasquido de los aceros, se destacaba la voz de Montmorency que gritaba:

«— ¡Sujetad... atad a ese energúmeno!

«— ¡No le matéis! —decía Enrique—. ¡Por el infierno... no le matéis!

«No podía durar aquel combate tan desigual, y, en efecto, terminó en menos de un minuto; ni siquiera dio tiempo a Perrot para acudir a ayudar a su señor. Al llegar al umbral de la puerta, vio a uno de los soldados tendido en el suelo y a dos o tres más heridos, pero el conde había sido ya desarmado por los cinco o seis soldados restantes, los cuales le tenían sujeto. Perrot, que gracias al tumulto no había sido visto por nadie, creyó que podría ser más útil a su señor conservando la libertad que intentando un rescate imposible, pues así le sería factible avisar a los amigos del conde y hasta socorrer a éste aprovechando alguna ocasión favorable. Volvió, pues, sigilosamente a su escondite, y allí permaneció con el oído alerta y la mano en el pomo de su espada, esperando con oportunidad favorable para dejarse ver, y acaso para salvar a su señor, toda vez que vivía y ni siquiera había sido herido. Pronto

veréis, monseñor, que a mi Perrot no le faltaban ni el valor ni la audacia; pero hombre tan prudente como bravo, sabía aprovechar con habilidad las ocasiones más ventajosas. Por el momento, no podía hacer otra cosa que observar, y eso fue lo que hizo con gran atención y prodigiosa sangre fría.

«El señor conde de Montgomery, sujeto y agarrotado como estaba, seguía gritando:

«— ¿No te decía yo, Enrique de Valois, que tú opondrías lo menos diez espadas a la mía, y contestarías a mi afrenta con el valor mercenario de tus soldados?

«— ¡Oís eso, Montmorency! —bramaba colérico el delfín.

«— ¡Ponedle una mordaza! —ordenó el condestable por toda respuesta—. Dentro de poco os haré saber lo que debéis hacer con él —añadió, dirigiéndose como antes a los soldados—. Por el momento, no le perdáis de vista: con vuestra cabeza me respondéis de su persona.

«Y salió del oratorio llevando consigo al delfín. Atravesaron la galería en que Perrot estaba oculto y entraron en la cámara de Diana.

«Perrot aplicó el oído a la otra puerta.

«La escena que acaba de presenciar, con ser tan terrible, no era nada en comparación de la que iba a oír.

## XXII

### LA PRUEBA MÁS GRANDE QUE PUEDE DAR UNA MUJER DE QUE NO AMA A UN HOMBRE

«—Señor de Montmorency —decía el delfín, entre melancólico y colérico, al entrar en la cámara de Diana—; estaría ahora menos descontento de mí y más contento de vos si no me hubierais sujetado casi a viva fuerza.

«—Monseñor me permitirá que le haga presente —contestó el condestable—, que bien están esas palabras en boca de un joven, pero no en la de un hijo de un rey. Vuestros días, monseñor, no os pertenecen a vos, sino a vuestro pueblo, y las cabezas coronadas tienen deberes sagrados que no comprenden a los demás hombres.

«—Si lo que decís es verdad, ¿por qué me irrito contra mí mismo? ¿Por qué estoy como avergonzado? ¡Ah!... ¿Sois vos, señora?, repuso dirigiéndose a Diana, en quien no había reparado hasta entonces—. ¡En vuestra casa, y por vuestra causa, he sido ultrajado por primera vez!



«El amor propio lastimado hablaba en aquel momento más recio que sus celos.

«— ¡En mi casa sí, pero no digáis que por mi causa! —contestó Diana—. Vuestras son mi alma y mi vida, monseñor, y puedo decir que principié a vivir el día que vos aceptasteis este pobre corazón mío que os es tan leal. Puede que en otro tiempo... no sé, pero acaso dejé entrever a Montgomery algunas esperanzas... esperanzas muy vagas, pero llegasteis vos, y aquello pasó al olvido. Desde entonces, os lo juro, quisiera que dierais más crédito a mis palabras que a las calumnias de la señora de Etampes, que obra impulsada por los celos... desde entonces, desde el día bendito en que os dignasteis amarme, todos los pensamientos de mi inteligencia, todas las pulsaciones de mi sangre, han sido para vos y por vos, monseñor. Ese hombre miente, ese hombre obra de concierto con mis enemigos, ese hombre no tiene derecho alguno sobre la que os pertenece por entero, Enrique. Apenas si le conozco, y lejos de amarle, ¡gran Dios!, le odio, le aborrezco y le desprecio. Ya veis que ni siquiera os he preguntado si vive o si ha muerto; me preocupo únicamente de vos; a él ¡le odio!

«— ¿Debo creerlos, señora? —preguntó el delfín con un resto de desconfianza sombría.

«—De ello podéis tener pronto una prueba, tan sencilla como completa —terció el señor de Montmorency—. El señor de Montgomery vive, señora, pero está sujeto y reducido a la impotencia en manos de nuestros soldados. Ha ofendido gravemente al príncipe, pero no podemos entregarle a los tribunales, porque dejarles que entendiesen en semejante crimen sería más peligroso que el crimen mismo.

Más imposible todavía es que monseñor el delfín acepte un combate singular con ese insolente. Decid ahora, señora: ¿qué opináis que debe hacerse con ese hombre?

«Siguió a esto un momento de silencio. Perrot suspendió su respiración para oír mejor las palabras que iban a salir de la boca de aquella mujer, pero la contestación tardaba: sin duda se temía a sí misma, y más todavía, a lo que se disponía a decir. Al fin habló, y dijo con voz segura:

«—El señor de Montgomery es reo de un crimen de lesa majestad. ¿Qué pena imponen las leyes a los delitos de esta clase, señor de Montmorency?

«—La muerte —contestó el condestable.

«—Entonces, es mi parecer que muera —dijo con frialdad Diana.

«Todos se estremecieron. Al cabo de una pausa breve, repuso Montmorency:

«—Es verdad, señora: no amáis ni habéis amado nunca al señor de Montgomery.

«—Pero ahora menos que nunca quiero yo que muera Montgomery —dijo el delfín.

«—Soy de la misma opinión, monseñor —respondió el condestable—, aunque supongo que nace la mía de motivos distintos de los que engendran la vuestra. La opinión que vos emitís por generosidad, monseñor, yo la apruebo por prudencia. Montgomery tiene amigos y aliados poderosos en Francia y en Inglaterra, y es público y notorio en la corte que esta noche debía encontrarnos aquí. Si mañana nos lo pidieran resueltamente y con escándalo, sería peligrosísimo presentarles su cadáver. La nobleza no tolera que se la trate como a los villanos, no sufre que se mate a sus miembros sin ceremonias. Es necesario colocarnos en situación de poder responder: «El conde de Montgomery ha huido». O bien, «el conde de Montgomery está herido o enfermo». Es decir, que se impone conservar vivo a Montgomery. Si nos estrechan demasiado, si reclaman sus amigos con excesiva insistencia, entonces le sacaremos de su calabozo o de su lecho, y le presentaremos a los calumniadores. Espero, sin embargo, que la precaución, aunque buena y hasta necesaria, ha de resultar inútil. Preguntarán mañana y pasado mañana por el conde de Montgomery, dentro de ocho días apenas si se hablará de él, y al cabo de un mes, nadie se acordará de que existió. Nada se olvida tan pronto como un amigo, ni nada cansa tan pronto como una misma conversación. Por lo mismo opino que el culpable no debe morir ni debe vivir, sino sencillamente desaparecer.

«— ¡Sea! —contestó el delfín—. Que salga, que se vaya de Francia. En Inglaterra tiene parientes y bienes; que se refugie allí.

«— ¡No tal, monseñor! —replicó Montmorency—. La muerte me parece demasiado, pero el destierro no basta. ¿Queréis que ese hombre haga público en Inglaterra que os amenazó con palabras insultantes y ademanes violentos?

«— ¡Ah...! ¡No me lo recordéis! —exclamó colérico el delfín.

«—Permitidme, sin embargo, monseñor, que os lo recuerde, para preveniros contra una determinación que podrá ser generosa, pero que no peca de prudente. Es absolutamente necesario que Montgomery no pueda nunca, ni vivo ni muerto, hacer revelaciones. Los hombres de nuestra escolta son de confianza absoluta, aparte de que desconocen a la persona de que se trata. El gobernador del Chatelet es amigo mío, mudo y sordo como la prisión que gobierna, y vasallo leal de su majestad. Opino que esta misma noche debe ser Montgomery trasladado al Chatelet: un calabozo seguro nos lo guardará ahora y nos lo devolverá cuando se lo pidamos. Mañana habrá desaparecido, y nosotros nos encargaremos de propalar los rumores más contradictorios acerca

de su desaparición. Si los rumores no cesan por sí mismos, si los amigos del conde extreman sus instancias, lo que no considero probable, y pretenden que se practiquen investigaciones severas, lo que me maravillaría en extremo, nos justificaríamos en el acto presentando los registros del Chatelet, que probarían que el señor conde de Montgomery, acusado del crimen de lesa majestad, esperaba en la prisión el fallo del proceso abierto contra él. Y una vez dada esta prueba, ¿será culpa nuestra si la prisión es malsana, si los remordimientos han afectado demasiado al preso, y si éste ha muerto antes del día señalado para comparecer ante sus jueces...?

«— ¡Montmorency... Montmorency...! —exclamó horrorizado el delfín.

«—Tranquilizaos, monseñor —contestó el consejero del príncipe—, que confío que no hemos de llegar a ese extremo. Los rumores a que dé lugar la ausencia del conde se acallarán por sí mismos. Los amigos se consolarán y olvidarán muy pronto, y Montgomery vivirá si quiere, para la prisión, pero habrá muerto para el mundo.

«— ¿Pero no tiene un hijo? —preguntó Diana.

«—Sí... un niño a quien dirán que no saben qué ha sido de su padre, y que, cuando sea mayor, si llega a serlo... ¡pobrecito huérfano!, tendrá intereses propios y pasiones propias que embargarán su atención, y no intentará profundizar una historia que para entonces datará de quince o veinte años.

«—Encuentro el plan muy justo y me parece maravillosamente combinado —dijo Diana de Poitiers—. Digo con placer que me inclino, apruebo y admiro.

«—Sois muy bondadosa en verdad, señora —respondió Montmorency, en extremo satisfecho—. Con satisfacción veo que hemos nacido para entendernos.

«— ¡Pues yo ni apruebo ni admiro! —exclamó Enrique—. Por el contrario: desapruebo y me opongo...

«—Desaprobado, monseñor, y yo contestaré que tenéis razón —dijo Montmorency—; desaprobado, pero no os opongáis; reconvenidme, pero dejadme obrar. Desentendeos de todo, que yo cargaré con toda la responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

«—Pero queréis que entre los dos haya un crimen, Montmorency —replicó el delfín—. No os basta ser mi amigo; pretendéis que yo sea vuestro cómplice.

«— ¡Oh, monseñor! ¡Lejos de mí semejantes pensamientos! —exclamó el astuto consejero—. Inspira mis palabras el deseo de que no os comprometáis ni castigando al culpable ni batiéndoos con él. ¿Queréis que ponga lo ocurrido en conocimiento del rey vuestro padre?

«— ¡No, no! ¡Que mi padre lo ignore todo! —contestó el delfín.

«—Mi deber me obligará a advertírselo, monseñor, si persistís en creer que duran todavía los tiempos de las acciones caballerescas. Pero no adoptemos resoluciones precipitadas, y dejemos al tiempo la misión de madurar nuestros consejos. Pongamos al conde a buen recaudo, condición precisa para el buen éxito de nuestros designios ulteriores, cualesquiera que éstos sean, y más adelante concretaremos la resolución definitiva.

«— ¡Sea! —contestó el delfín, cuya débil voluntad aceptó gustoso el pretendido término medio del condestable—. Montgomery podrá arrepentirse de su irreflexivo acaloramiento, y yo también podré reflexionar sobre lo que mi dignidad y mi conciencia me ordenan que haga.

«—Volvamos, pues, al Louvre, monseñor, y hagamos constar nuestra presencia. Señora —añadió sonriente el condestable, dirigiéndose a Diana de Poitiers—; mañana os le devolveré, pues veo con placer que le amáis con verdadera pasión.

«— ¿Pero está tan convencido de lo mismo monseñor el delfín? —preguntó Diana—. ¿Me perdonará este incidente fatal que no podía prever y en el cual ninguna parte he tenido?

«—Sí; creo que me amáis... con toda vuestra alma, Diana —contestó el delfín pensativo—. Es más: tengo precisión de creerlo, porque, aun cuando Montgomery hubiese dicho verdad, el dolor inmenso que se apoderó de mí al imaginar que os había perdido, me ha hecho comprender que vuestro amor es una necesidad de mi existencia, y que, quien una vez os ama, ha de amaros mientras le dure la vida.

«— ¡Ah... si eso fuese verdad! —exclamó Diana con acento de pasión y besando la mano que el príncipe le tendía en señal de reconciliación.

«—Vamos sin tardanza, monseñor —dijo Montmorency.

«—Hasta la vista, Diana.

«—Hasta la vista, dueño mío —contestó la de Poitiers, enfatizando las dos palabras últimas con expresión de indecible encanto.

«Mientras el delfín, a quien Diana había acompañado hasta la puerta de su cámara, descendía la escalera, Montmorency abrió la puerta del oratorio, donde continuaba encadenado y vigilado el señor de Montgomery, y dirigiéndose al jefe de los soldados, dijo:

«—Dentro de poco enviaré un hombre de toda mi confianza que os comunicará lo que debéis hacer con el prisionero. Hasta entonces vigilad todos sus movimientos y no le perdáis de vista un segundo; de su persona me respondéis con vuestra cabeza.

«—Descuidad, monseñor —contestó el soldado.

«—También vigilaré yo —advirtió Diana desde la puerta de su cámara.

«Todos se alejaron, y Perrot ya no oyó desde su escondite más que el acompasado paso del centinela colocado junto a la puerta del oratorio, mientras sus compañeros vigilaban en el interior al prisionero».

## XXIII

### SACRIFICIO INÚTIL

Aloísa, después de haber descansado algunos instantes, porque apenas si la dejaba hablar el dolor que le producía el recuerdo de tan trágica historia, cobró algunos ánimos y, a instancias de Gabriel, terminó su triste narración del modo siguiente:

«Daba la una de la madrugada cuando se alejaban el delfín y su poco escrupuloso mentor. Perrot tenía el convencimiento de que su señor estaba perdido sin remedio si daba tiempo a que llegase el emisario anunciado por Montmorency. Había tomado nota de que el condestable no había indicado contraseña alguna para que pudieran reconocer a su enviado, e inmediatamente ideó su plan de salvación. Esperó media hora próximamente con objeto de dar visos de verdad a la llegada del emisario, y entonces salió sigiloso de su escondite, bajó con cuidado algunos tramos de la escalera, y los volvió a subir con paso firme, procurando que fuese oído desde el interior del oratorio, llamando momentos después a la puerta de éste.

«Temerario era el plan que espontáneamente había concebido, pero por lo mismo tenía a su favor grandes probabilidades de éxito.

«— ¿Quién va? —preguntó el centinela.

«—Enviado de monseñor de Montmorency.

«—Abrid —ordenó el jefe de los soldados.

«Cumplida la orden, Perrot penetró con la cabeza erguida y audaz continente.

«—Soy —dijo— el escudero del caballero Carlos de Manffol, que lo es a su vez, como sabéis, de monseñor de Montmorency. Acompañaba a mi señor, que regresaba del Louvre, donde había estado de guardia, cuando encontramos en la plaza de la Gréve a monseñor de Montmorency, con un joven alto envuelto en su capa. Monseñor de Montmorency reconoció al caballero de Manffol y le llamó. Cambiaron algunas palabras en voz baja, que no oí, y seguidamente me ordenaron que viniese aquí, a la calle de Higuera, domicilio

de la señora Diana de Poitiers, donde encontraría un prisionero, con respecto al cual me han dado instrucciones secretas, que debo cumplir. He pedido algunos hombres de escolta, pero me han manifestado que había aquí fuerza suficiente, y veo que, en efecto, sois más de los que necesito para llevar a cabo la misión de conciliación que me han confiado. ¿Dónde está el prisionero? ¡Ah! ¡Ya lo veo! Quitadle la mordaza: necesito hablarle y que él me responda.

«Dudaba el escrupuloso jefe de los soldados a pesar del tono decidido de Perrot.

«— ¿No traéis ninguna orden escrita? —preguntó.

«— ¿Os parece si se escriben órdenes en la plaza de la Gréve, a las doce de la madrugada? —contestó Perrot encogiéndose de hombros—. Lo que sí me ha dicho monseñor de Montmorency es que os había advertido de mi llegada.

«—Es cierto.

«—Entonces, ¿a qué vienen esas tonterías, buen hombre? ¡Vaya! Despejad un poco, amigos, que lo que tengo que decir a ese señor debe quedar entre él y yo... ¿No me oís? ¡Atrás... atrás!

«Retrocedieron en efecto, y Perrot pudo acercarse a su señor, a quien ya habían quitado la mordaza.

«— ¡Mi bravo Perrot! —dijo el conde, que había conocido a su escudero desde que éste entró en el oratorio—. ¿Cómo estás aquí?

«—Luego lo sabréis, monseñor. Escuchadme, porque no podemos perder un momento.

«En pocas palabras le puso al tanto de la escena que acababa de tener lugar en la cámara de Diana y de la resolución que había adoptado Montmorency de sepultar para siempre el secreto del terrible insulto inferido al príncipe juntamente con la persona del agresor. Era forzoso sustraerse a tan mortal cautiverio mediante una resolución desesperada.

«— ¿Y qué piensas hacer, Perrot? —preguntó el conde—. Son ocho contra nosotros dos, y por si esto es poco, nos encontramos en una casa que dista mucho de ser amiga —terminó con amargura en la voz.

«—No importa —contestó Perrot. Dejadme obrar y hablar, y os salváis; seréis libre.

«— ¿Para qué, Perrot? —dijo con tristeza el conde—. ¿Para qué quiero la vida y la libertad? ¡Diana no me ama!... ¡Me detesta y me vende!

«—Olvidad a esa mujer, monseñor, y acordaos únicamente de vuestro hijo.

«—Tienes razón, Perrot; he tenido demasiado olvidado a mi pobre Gabriel,

y Dios me castiga con justicia. Por mi hijo debo, quiero aprovechar el último recurso de salvación que vienes a ofrecerme, amigo mío, pero ante todo, escúchame: si fracasan tus esfuerzos, si se malogra la empresa, insensata a fuerza de ser audaz, que vas a intentar, yo no quiero, Perrot, legar a un pobre huérfano como herencia las consecuencias de mi destino fatal, no quiero imponerle, luego que yo haya desaparecido de este mundo, las terribles enemistades a cuyos golpes habré sucumbido yo. Júrame, pues, que si la prisión o la tumba se abren para mí, y tú me sobrevives, jamás sabrá Gabriel por tu boca cómo desapareció su padre de la tierra. Si él llegase a conocer este secreto terrible, querría salvarme o vengarme, y en uno y otro caso se perdería sin remedio. ¡Tengo que dar a su pobre madre una cuenta harto terrible para que la añada este peso más! ¡Viva feliz mi hijo sin que le torturen las calamidades y desdichas de su padre! Júramelo, Perrot, y ten presente que no te relevo del juramento más que en el caso en que los tres actores de la escena que acabas de narrarme muriesen antes que yo, es decir, cuando el Delfín, que para entonces será rey, Diana y el señor de Montmorency, hayan llevado a la tumba su odio omnipotente y nada puedan ya contra mi hijo. Si tan dudosa hipótesis llegara a realizarse, que procure, si ése es su deseo, encontrarme y rescatarme, pero hasta entonces, que ignore como todo el mundo y si es posible más que todos, el fin de su padre. ¿Me lo prometes, Perrot? ¿Me lo juras? Con esta condición únicamente me abandonaré a tu valor temeraria y aceptaré tu sacrificio, que temo resulte inútil Perrot.

«—Puesto que así lo quieres, monseñor, juro.

«—Sobre la cruz de tu espada, Perrot, júrame que nunca sabrá Gabriel por ti este peligroso misterio.

«—Lo juro sobre la cruz de mi espada, monseñor —contestó Perrot extendiendo sobre aquélla la mano derecha.

«—Gracias, amigo mío, gracias. Ahora, puedes hacer lo que quieras, mi fiel servidor. Me entrego a tu valor y a la gracia de Dios.

«— ¡Sangre fría y serenidad, monseñor, y ahora veréis!

«Dirigiéndose al jefe de la guardia, añadió:

«—Las contestaciones del preso son tan satisfactorias, que podéis desatarle y dejarle partir al punto.

«— ¿Desatarle? ¿Dejarle partir? —repitió el jefe estupefacto.

«—Claro que sí: son órdenes de monseñor de Montmorency.

«—Monseñor de Montmorency —replicó el jefe de la guardia moviendo la cabeza— nos ordenó que vigilásemos a este prisionero, y añadió, al marcharse, que yo respondía de su persona con mi cabeza. ¿Cómo es posible

que el mismo señor mande ahora que se le ponga en libertad?

«— ¿Y cómo os negáis a obedecerme a mí, que hablo en su nombre? — increpó Perrot sin perder la serenidad.

«—No me niego; dudo. Si me mandaseis degollar a este caballero, o tirarle de cabeza al río o conducirlo a la Bastilla obedecería sin titubear, pero ponerle en libertad, cosa es que no entra en nuestras atribuciones.

«— ¡Como queráis! —respondió Perrot sin desconcertarse—. Os he transmitido las órdenes que me dieron y me lavo las manos. De vuestra desobediencia contestaréis vos a monseñor de Montmorency, y como nada me queda que hacer aquí, ¡buenas noches!

«Y abrió la puerta como para salir.

«—Deteneos un instante —dijo el esbirro—. ¿Tanta prisa tenéis? ¿Me aseguráis que es la voluntad de monseñor de Montmorency que deje en libertad al prisionero? ¿Estáis cierto de que es monseñor de Montmorency quien os envía?

«— ¡Necio! —replicó Perrot—. ¿Podía yo saber, si él no me lo hubiera dicho, que guardabais aquí a un prisionero? ¿Ha salido alguien de la casa después de monseñor Montmorency para que me lo haya advertido?

«— ¡Está bien! Se desatará a ese hombre —refunfuñó el esbirro, con el descontento del tigre a quien arrebatan la presa que iba a devorar—. ¡Qué veleidosos son esos nobles, cuerpo de Cristo!

«— ¡Corriente! —dijo Perrot—. Aquí espero.

«Y permaneció fuera del oratorio, sobre el primer peldaño, de la escalera, dando frente a ésta y con el puñal desnudo en la mano, por si veía subir al mensajero auténtico de Montmorency, a quien estaba dispuesto a dejar inmóvil para siempre.

«Absorto en la vigilancia de la escalera, no vio ni oyó a sus espaldas a Diana que, atraída por el ruido de las voces, había salido de su cámara y adelantaba hasta la puerta del oratorio, que estaba abierta. Aquel monstruo de traición vio que desataban a monseñor de Montgomery, el cual quedó yerto de horror al verla.

«— ¡Miserables! —gritó—. ¿Qué hacéis?

«—Obedecemos las órdenes de monseñor de Montmorency, señora —contestó el jefe de la guardia—. Estamos desatando al prisionero.

«— ¡Montmorency no ha podido dar orden semejante! —replicó la de Poitiers—. ¡Imposible! ¿Quién ha traído esa orden?



«Los soldados indicaron a Perrot, que se había vuelto poseído de espanto y de estupor al oír la voz de Diana. Un rayo de luz iluminaba de lleno la cara pálida y consternada de mi pobre marido. Diana de Poitiers le reconoció al punto.

«— ¿Ese hombre? —preguntó Diana—. ¡Ese hombre es el escudero del preso! ¡Ved lo que ibais a hacer!

«— ¡Mentira! —contestó Perrot, intentando negarlo—. Soy escudero del caballero Manffol y enviado aquí por monseñor de Montmorency.

«— ¿Quién pretende ser el enviado de monseñor de Montmorency? —preguntó una voz desde la galería, la voz del verdadero mensajero—. Ese hombre miente, mis bravos soldados. Ved aquí el anillo y el sello de los Montmorency. Además, no podéis menos de reconocerme, puesto que soy el conde de Montansier. ¡Como! ¿Habéis osado quitar la mordaza al preso y os disponías a desatarle? ¡Desgraciados!... ¡Amordazadle inmediatamente y amarradle más sólidamente que estaba!

«— ¡Magnífico! —exclamó el jefe de los esbirros—. Estas órdenes ya son más verosímiles.

«— ¡Pobre Perrot! —se limitó a decir el conde.

«No se dignó dirigir una palabra de queja ni de reconvención a Diana, aunque tuvo tiempo de hacerlo antes de que le amordazasen. Es posible que no lo hiciera por temor de comprometer más a su abnegado escudero. No imitó, por desgracia, el servidor la prudencia de su señor, pues dirigiéndose a Diana de Poitiers, rugió poseído de indignación:

«— ¡Muy bien, señora! ¡No sois partidaria de dejar incompletas las felonías! San Pedro negó tres veces a Cristo, pero Judas sólo le vendió una: vos, en menos de una hora, habéis vendido tres veces a vuestro amante. ¡Es verdad que Judas era un hombre, y vos sois mujer y duquesa!

«— ¡Apoderaos de ese hombre! —ordenó Diana furiosa.

«— ¡Apoderaos de ese hombre! —repitió el conde de Montansier.

«— ¡No me tenéis todavía en vuestro poder! —gritó Perrot.

«Puesto en trance tan desesperado, cediendo a un impulso de loca abnegación, de un salto se puso al lado de su señor, y con el filo de su puñal comenzó a cortar las ligaduras, diciendo:

«— ¡A ellos, monseñor! ¡Vendamos caras nuestras vidas!

«Solamente tuvo tiempo para desatarle el brazo izquierdo, porque le era imposible defenderse de los golpes que le asestaban mientras procuraba cortar las ligaduras del conde. Diez espadas se oponían a la suya. Cercado y atacado

por todas partes, una estocada que recibió en la espalda le tendió a los pies de su señor, donde quedó sin sentido y como muerto.

## XXIV

### LAS MANCHAS DE SANGRE NO SE BORRAN JAMAS COMPLETAMENTE

«Perrot no se dio cuenta de lo que pasó después.

«Cuando volvió en sí, la primera impresión que sintió fue de frío. Procuró entonces hacer memoria, abrió los ojos y miró en derredor: la noche era muy oscura. Hallábase tendido sobre tierra húmeda y había un cadáver a su lado. La luz de un farol que ardía en el nicho de una imagen de la Virgen le permitió reconocer que estaba en el cementerio de los Inocentes. El cadáver tendido a su lado era el del soldado muerto por monseñor de Montgomery. Creyeron, sin duda, que mi pobre marido estaba muerto.

«Hizo por levantarse, pero los atroces dolores de sus heridas se lo impidieron; con todo, reuniendo todas sus fuerzas con dolor sobrehumano, consiguió ponerse en pie y dar algunos pasos. Una luz vino en aquel instante a horadar la tétrica oscuridad, y a su escaso resplandor pudo mi marido distinguir a dos hombres de rostro patibulario, que se acercaban provistos de palas y de azadones.

«—Nos han dicho que al pie de la imagen de la Virgen —dijo uno de ellos.

«— ¡Hola! ¡Aquí les tenemos! —exclamó el otro—. ¡Pero... calla! ¡No veo más que uno!

«—Buscaremos al otro.

«Los sepultureros iluminaron con su linterna un trecho de terreno, pero Perrot había encontrado fuerzas para esconderse detrás de una tumba bastante alejada del sitio donde aquéllos estaban.

«— ¡El diablo ha debido de llevarse a nuestros hombres! —dijo uno de los sepultureros, que parecía de carácter jovial.

«— ¡Oh! —respondió el otro temblando—. ¡No digas semejantes cosas, en este sitio y a esta hora!

«Y se persignó asustado.

«— ¡Pues, señor, decididamente no hay más que uno! —repuso el primer sepulturero—. ¿Qué hacemos? ¡Mira! Enterraremos de todos modos al que

queda, y diremos que su amigo ha tenido a bien escaparse. Quién sabe si habrán contado mal: todo es posible.

«Sin hacer más comentarios, empezaron a cavar la fosa, Perrot, que se alejaba tambaleándose, oyó al más jovial de los cavadores que decía a su compañero:

«—Estoy pensando que si decimos que no hemos encontrado más que un cadáver ni cavado más que una fosa, en vez de darnos los diez doblones, nos pagarán con cinco. ¿No te parece que nuestro interés aconseja que callemos la fuga singular del otro cadáver?

«— ¡Conforme! —contestó el miedoso—. Diremos que hemos terminado la tarea, y no mentiremos.

«No sin haber de vencer mortales congojas, Perrot consiguió llegar a la calle de Aubry-le-Boucher. Pasaba a la sazón una carreta que venía del mercado, y el herido preguntó al hortelano que la conducía que a donde iba.

«—A Montreuil —respondió el interrogado.

«—Entonces, ¿queréis hacerme la caridad de dejarme sentar en el borde de vuestra carreta hasta la calle de San Antonio, esquina a la de Goffroy-L'Asnier, donde vivo?

«—Subid —dijo el hortelano.

«Gracias a la carreta, Perrot pudo salvar sin demasiada fatiga la distancia que le separaba de nuestra casa, aunque varias veces creyó que iba a exhalar el último suspiro. La carreta se detuvo en el sitio indicado por Perrot.

«— ¡Vaya! ¡Ya estáis en vuestra casa, amigo! —dijo el hortelano.

«— ¡Gracias, buen hombre! —contestó Perrot.

«No bien descendió de la carreta, se vio obligado a recostarse contra la primera pared que encontró.

«— ¡Parece que el compañero ha bebido un trago de más! —exclamó el hortelano—. ¡El vino las gasta así, amigo!

«Y se alejó cantando la canción, entonces muy en boga, de Francisco Rabelais, el alegre cura de Meudon:

O Dieu, père Paterne

Qui muas l'eau en vin,

Fais de mon cul lanterne

Pour luiré a mon voisin.

«Una hora tardó Perrot en llegar desde la calle de San Antonio a la de los Jardines; ¡felizmente las noches de enero son largas! A nadie encontró en el camino y entró en casa a eso de las seis.

«A pesar del frío, monseñor, la inquietud me había tenido toda la noche de pie, junto a la ventana abierta; por eso, no bien llamó Perrot, bajé presurosa y le abrí la puerta.

— ¡Silencio, por tu vida! —me dijo al entrar—. ¡Ayúdame a subir hasta nuestra habitación, pero ni un grito, ni una palabra!

Subía mi pobre marido apoyado y sostenido por mí, que viéndole herido de gravedad, no osaba hablar palabra, pero lloraba copiosamente y en silencio. Llegados a nuestra habitación, cuando le quité las armas y el vestido, la sangre del desgraciado inundó mis manos, y pude ver que sus heridas eran anchas y profundas. Con un gesto imperioso ahogó mi voz y se tendió en la cama, adoptando la posición que le permitía sufrir menos.

—Voy a buscar a un cirujano —le dije sollozando.

—Es inútil —me contestó—. Sabes que entiendo algo en heridas. Una de las mías, por lo menos, la que tengo debajo del cuello, es mortal. No viviría yo si algo más fuerte que el dolor no me hubiera sostenido, y si Dios, que no deja sin castigo a los asesinos y a los traidores, no hubiese prolongado algunas horas mi vida para que sirva de instrumento a sus designios futuros. Pronto se apoderará de mí la fiebre y terminará con el resto de vida que me queda. No hay médico en el mundo que pueda impedirlo.

Hablaba haciendo esfuerzos penosos, por cuyo motivo le supliqué que descansase un poco.

—Tienes razón —me contestó—. Debo recoger las pocas fuerzas que me quedan. Tráeme recado de escribir.

Llevé lo que me pedía, pero el infeliz no se había dado cuenta de que una cuchillada había inutilizado su mano derecha. Tanta dificultad encontraba para escribir, que al fin arrojó la pluma y el papel.

—Hablaré —dijo—, y Dios, sin duda, me permitirá vivir hasta que haya terminado, y si Dios, como lo espero, porque es justo, hiere a los tres enemigos de mi señor en su poderío o en su vida, que son los bienes perecederos de los malvados, será preciso que el hijo del señor conde de Montgomery ponga los medios para salvar a su padre.

—Entonces, monseñor —repuso Aloísa—, Perrot me refirió toda la lúgubre historia que yo acabo de repetir. El dolor y la falta de fuerzas le obligaron a interrumpir varias veces su relato, y cuando la postración le impedía continuar, me mandaba que le dejara y saliese, para que las gentes de

la casa no echaran de menos mi presencia. Yo obedecía afectando una serenidad que, ¡ay!, estaba muy lejos de tener pues aparte de la inquietud que me causaba el estado de mi marido, me preocupaba horriblemente la suerte del conde. Envié a la mayor parte de los criados de la casa en distintas direcciones, uno a preguntar al Louvre, otros a los domicilios de todos los amigos de monseñor de Montgomery, y otros a los de los simples conocidos. La de Poitiers contestó que no le había visto, y el condestable que no le molestasen con preguntas que no le interesaban.

De este modo conseguí que no sospechasen que yo estaba enterada del secreto, que era lo que Perrot deseaba, y los asesinos durmieron con la confianza de que su criminal hazaña quedaba enterrada para siempre en la mazmorra del señor y en la tumba del escudero.

Una vez hube alejado a la servidumbre, aunque no sin haberos confiado a uno de los criados, monseñor Gabriel, volví al lado de Perrot, quien reanudó con más vigor su narración.

A eso del mediodía, los horribles dolores que había sufrido se calmaron un poco. Hablaba con menos dificultad y parecía más animado; pero al observar que yo principiaba a estar esperanzada, me dijo sonriendo tristemente.

—Esta mejoría es aparente; la produce la fiebre que te había anunciado. Gracias a Dios, he tenido tiempo para explicarte todos los detalles del horrendo drama. Ahora eres sabedora de lo que únicamente conocen Dios y los tres asesinos, y tu alma fiel sabrá guardar, de ello estoy seguro, este secreto de muerte y de sangre, hasta el día en que te será permitido, así lo espero al menos, revelarlo a quien tiene derecho a conocerlo. Has oído el juramento que yo hice a monseñor de Montgomery; quiero que tú me lo repitas a mí, Aloísa. En tanto que envuelva algún peligro para Gabriel la revelación de que su padre vive, en tanto que los tres omnipotentes enemigos que han asesinado a mi señor permanezcan heridos por la cólera del Señor, callarás, Aloísa. Júralo así a tu moribundo esposo.

—Juré llorando, monseñor —continuó Aloísa—, y ése es el juramento que acabo de quebrantar, porque viven todavía vuestros tres enemigos, y son más poderosos, más temibles que nunca. Pero os vi dispuesto a morir, monseñor, y por otra parte considero que, si queréis o sabéis aprovechar mi revelación con prudencia y cordura, lo mismo que debía perderos puede ser vuestra salvación y la de vuestro padre. Así, pues, monseñor, decidme que no he cometido un pecado irremediable, decidme que, en atención a la intención que me guía, Dios y mi querido Perrot se dignarán perdonar mi perjurio."

— ¡No existe perjurio en lo que has hecho, santa mujer! —dijo Gabriel—. Tu vida ha sido un continuo heroísmo... ¡Pero acaba... acaba!

—Cuando ya no exista —siguió diciendo Perrot—, cuando haya muerto, querida esposa mía, la prudencia aconseja que cierres esta casa, que despidas a todos los criados de monseñor y que te vayas a vivir a Montgomery con Gabriel y con nuestro hijo. No habitarás en el castillo; debes vivir retirada en nuestra casita, donde educarás al heredero de los nobles condes, si no en un secreto absoluto, a lo menos sin fausto ni ostentación, es decir, de modo que sus amigos sepan de él y sus enemigos le olviden. Todas las buenas gentes de allá, el mayordomo, el capellán, te ayudarán a cumplir el grande y sagrado deber que el Señor te impone. Será preferible que el mismo Gabriel ignore, hasta que cumpla los dieciocho años, el título que tiene derecho a ostentar, y sepa únicamente que es caballero. Nuestro digno capellán y el señor de Vimoutiers, tutor nato del niño, te ayudarán con sus consejos, pero aun a estos amigos, con ser de toda confianza, no revelarás lo que te he confiado. Concrétate a decirles que temes por Gabriel a los poderosos enemigos de su padre.

Añadió Perrot mil advertencias, repitiéndomelas de mil maneras, hasta que le acometieron de nuevo los dolores, que vinieron acompañados de un abatimiento no menos acerbo que aquéllos. Aun entonces el desventurado aprovechaba todos los momentos de tregua para animarme y consolarme.

Exigió de mí otra promesa que había de poner a ruda prueba mis energías y que me produjo horribles angustias.

—Para Montmorency —dijo—, estoy enterrado en el cementerio de los Inocentes; así es que precisa que yo desaparezca como ha desaparecido el conde. Si se encontrara un indicio de mi venida a esta casa, tú, Aloísa, estabas irremisiblemente perdida, y acaso Gabriel contigo. Pero tienes un brazo robusto y alienta en tu pecho un corazón enérgico. Tan pronto como cierres mis ojos, reunirás todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu alma, esperarás a que sea medianoche y, aprovechando el sueño de los de la casa, a quienes habrán rendido las fatigas del día, transportarás mi cadáver a la antigua cripta funeraria de los señores Brissac, años atrás dueños de este palacio. Hace mucho tiempo que nadie ha penetrado en aquel panteón abandonado, cuya llave cubierta de mocho, encontrarás en el cofre grande que está en la cámara del conde. Así podré reposar en una sepultura consagrada y entre grandes señores, aunque como humilde escudero que soy sea indigno de tan noble compañía. Pero a bien que la muerte nos nivela a todos. ¿Verdad, Aloísa?

Viendo que las congojas de la muerte invadían a mi pobre Perrot, y que éste insistía en recabar mi palabra, prometí todo lo que quiso. Hacia el atardecer, se apoderó de él el delirio, al que sucedieron horribles dolores. Yo me desesperaba y me golpeaba el pecho en vista de que era imposible proporcionarle el menor alivio, pero él, con su elocuente y triste mirada fija en mí, me decía que todo era inútil.

Al fin, abrasado por la fiebre y devorado por atroces sufrimientos, me dijo:

— ¡Aloísa... dame agua... una gota solamente!

En mi ignorancia y en mi deseo de mitigar su sed se la había ofrecido varias veces, pero él no la había aceptado. Me apresuré a presentarle un vaso lleno, y antes de llevarlo a sus labios, me dijo.

— ¡Aloísa... el último beso... y el postrer adiós...! ¡Acuérdate de todo... acuérdate!

Cubrí su rostro de besos y de lágrimas. Me pidió un crucifijo, posó sus labios sobre los clavos de la cruz de Jesús, diciendo: «¡Dios mío!, ¡Dios mío!», y dándome un apretón de manos, el último, tomó el vaso que yo le ofrecía. Bebió un sorbo, se estremeció violentamente y cayó sobre la almohada.

¡Había muerto!

Yo pasé el resto de la velada rezando y llorando, pero, como de ordinario, fui a acostarme, monseñor. A nadie admiró mi dolor: la consternación era general en la casa y todos los servidores lloraban al conde y a su fiel escudero Perrot.

Dieron las dos de la madrugada y el silencio era completo. Todos dormían, todos, excepto yo, que velaba. Lavé la sangre que cubría el cuerpo de mi marido, lo envolví en una sábana y, encomendándome a Dios, principié a bajar con mi querida carga, cuyo peso sentía más mi corazón que mis brazos. Cuando me faltaban las fuerzas, dejaba el cadáver en el suelo, y arrodillada junto a él, oraba.

Al cabo de media hora eterna llegué a la puerta de la cripta. Cuando la abrí, no sin trabajo, una ráfaga de viento helado apagó la lámpara con que me alumbraba y me causó un espanto mortal. Algún tanto repuesta, volví a encender la lámpara y deposité el cuerpo de mi marido en un sepulcro que encontré abierto y vacío, como si esperase recibirlo. Después de haber besado por última vez la sábana, dejé caer la losa de mármol y me separé para siempre del que había sido querido compañero de mi vida. El ruido que hizo la losa al chocar con el sepulcro me causó tal espanto, que hui, sin cerrar la puerta de la cripta, y no cesé de correr hasta que llegué a mi habitación, donde caí medio muerta sobre una silla. Era indispensable que antes del día desaparecieran los trapos y ropas ensangrentados, a fin de que no quedasen rastros de los trágicos sucesos de aquella noche; y en efecto, cuando amaneció, ya lo había yo quemado todo, lo había hecho desaparecer con el mismo cuidado que pone el criminal para no dejar huellas de su crimen.

Los esfuerzos y los sufrimientos habían agotado mis energías, y caí

enferma; pero estaba en la obligación de vivir para cuidar de los dos huérfanos que la Providencia había confiado a mi protección única, y viví, monseñor.

— ¡Pobre mujer! ¡Pobre mártir! —exclamó Gabriel, estrechando la mano de Aloísa.

—Un mes más tarde os llevé a Montgomery —repuso la nodriza—, obedeciendo las instrucciones de mi marido.

Las previsiones del señor de Montmorency tuvieron realización exacta; la inexplicable desaparición del conde de Montgomery y de su escudero dieron margen a muchos comentarios durante un semana; poco a poco hablando menos, y por último, ya nadie se acordó más que de la próxima llegada del emperador Carlos V, que debía atravesar el territorio francés para ir a castigar a los ganeses.

En el mes de mayo del mismo año, cinco meses después de la muerte o desaparición de vuestro padre, monseñor, nació Diana de Castro."

— ¡Sí! —dijo Gabriel pensativo—. ¿Era Diana de Poitiers amante de mi padre? ¿Se entregó al Delfín antes, después, o al mismo tiempo que a mi padre? ¿Cuestiones sombrías que las murmuraciones de una corte corrompida no han podido aclarar ni resolver! ¡Pero mi padre vive...! ¡Mi padre debe vivir...! Yo le encontraré, Aloísa. Desde este instante viven en mí dos hombres que no cejarán hasta encontrarle: un hijo y un amante.

— ¡Dios lo quiera! —contestó Aloísa.

— ¿Nada has podido indagar después, nodriza, acerca de la prisión en que aquellos miserables sepultaron a mi padre?

—Nada, monseñor. El único indicio que podría tal vez guiarnos es la frase pronunciada por Montmorency y recogida por Perrot, a propósito de que el gobernador del Chatelet era un amigo de toda su confianza y de cuya discreción respondía.

— ¡El Chatelet! —exclamó de pronto Gabriel—. ¡El Chatelet!

El fulgor de un recuerdo horrible presentó en su memoria aquel triste y desconocido anciano condenado a no pronunciar jamás una palabra, y a quien él había visto con compasión profunda en uno de los calabozos más profundos de la prisión real.

Gabriel se arrojó en los brazos de Aloísa deshaciéndose en lágrimas.



## EL RESCATE HEROICO

En la mañana del día siguiente, 12 de agosto, Gabriel de Montgomery se dirigió con paso firme y tranquilo continente al Louvre, con objeto de pedir una audiencia al rey.

Antes de salir de su casa, había meditado y discutido con Aloísa y consigo mismo lo que debería hacer y decir, y convencido de que emplear la violencia con un adversario coronado no serviría sino para exponerle a la misma suerte de su padre, resolvió Gabriel presentarse con dignidad, hablar con claridad, pero sin rebasar los límites de la moderación y del respeto. Se proponía suplicar y no exigir, pues en último extremo, tiempo quedaba para hablar alto. Ante todo convenía averiguar si los dieciocho años transcurridos habían atenuado el odio de Enrique II.

El plan de conducta escogido por Gabriel reunía toda la cordura y prudencia compatible con el atrevido partido que había adoptado. Por otra parte, las mismas circunstancias iban a poner a su disposición un auxilio inesperado.

Al llegar al vestíbulo del Louvre, seguido de Martín Guerra, esta vez del Martín Guerra auténtico, notó Gabriel una agitación inusitada, pero demasiado preocupado su pensamiento en sus propios asuntos, no se detuvo a indagar la causa que había llevado allí a los grupos que entorpecían el paso y que hablaban tristes y como azorados.

A pesar de su distracción, hubo de reconocer una litera que ostentaba el escudo de armas de los Guisa, y saludar al cardenal de Lorena que descendía de aquélla.

— ¡Hola! ¿Sois vos, señor vizconde de Exmés? —preguntó afectuosamente Carlos de Lorena—. Os veo completamente restablecido, de lo que me alegro mucho. Mi hermano, en su última carta, me pregunta con vivo interés por vos.

— ¡Oh, monseñor...! ¡Tanta bondad...!

—La tiene más que merecida vuestro valor, amigo mío —interrumpió el cardenal—. ¿Adónde vais tan presuroso?

—A ver al rey, monseñor.

— ¡Hum! Preocupan al rey en estos momentos asuntos muy graves para que pueda recibirlos, mi joven amigo... Pero aguardad un poco: yo también voy a ver a su majestad, que me mandó llamar con urgencia. Subamos juntos y os presentaré, a cambio de que me prestéis vuestro brazo para ayudarme a subir: favor por favor, amigo mío, y servicio por servicio, que es precisamente

lo que dentro de un momento diré a su majestad. Supongo que sabréis la triste noticia...

— ¡No... nada sé, monseñor! Llego de mi casa y lo único que he observado ha sido cierta agitación...

— ¡Motivada, amigo mío, muy motivada! El señor de Montmorency ha hecho otra de las suyas. Quiso acudir con el ejército a socorrer la plaza de San Quintín, sitiada por el enemigo, y nuestro intrépido condestable... Pero no subáis tan deprisa, señor Exmés, que no tengo vuestras piernas ni vuestros veinte años... Decía, que nuestro intrépido condestable ofreció batalla al enemigo... Fue anteayer, diez de agosto, día de San Lorenzo. Disponía de un ejército tan numeroso como el de los españoles, de una caballería admirable y de lo más escogido de la nobleza francesa. ¡Pues bien! Ha sabido manejarse con tanta habilidad el experto general, que en las llanuras de Gibercourt y de Lizerolles le han infligido una derrota espantosa, ha quedado él herido y prisionero, y con él, todos los generales y jefes que no perdieron la vida en la batalla. Entre estos últimos se cuenta el duque de Enghien, y de toda la infantería, apenas si se han salvado cien hombres. Ved ahí, señor de Exmés, la causa de la tristeza que observáis en todos los rostros, y la que, sin duda alguna, ha impulsado a su majestad a llamarme con tanta premura.

— ¡Dios mío! —exclamó Gabriel, sintiendo muy vivo, no obstante su dolor personal, el nacido de la espantosa calamidad pública—. ¡Dios mío! ¿Será posible que vuelvan a pesar sobre Francia las jornadas de Poitiers y de Azincourt? ¿Y San Quintín, monseñor?

—San Quintín se sostenía todavía a la salida del correo que trajo la noticia —contestó el cardenal—, y el sobrino del condestable, el almirante Gaspar de Coligny, que defiende la plaza, ha jurado atenuar el yerro de su tío, muriendo bajo los escombros de los muros antes que rendirse. Se teme, sin embargo, que a estas horas esté enterrado y haya caído en poder del enemigo hasta el último lienzo de muralla.

— ¡Y en ese caso, el reino puede considerarse perdido!

— ¡Dios proteja a Francia! —exclamó el cardenal—. Pero hemos llegado a la cámara del rey; veamos qué disposiciones adopta para su propia defensa.

Al pasar el cardenal, le saludaron los guardias con el respeto debido al hombre necesario, al hombre de la situación, al hermano del héroe que, no obstante lo crítico del caso, podía salvar la nación. Carlos de Lorena, seguido de Gabriel, llegó sin oposición hasta el gabinete del rey y encontró a éste en compañía de Diana de Poitiers. La consternación del monarca era evidente. Al ver al cardenal, Enrique abandonó vivamente su asiento y salió presuroso a su encuentro.

— ¡Sea bien venido vuestra eminencia! —dijo—. ¡Qué catástrofe tan espantosa, señor de Lorena! ¡Quién me lo hubiera dicho...!

—Yo, señor —contestó el cardenal—, si vuestra majestad me hubiese concedido el honor de consultarme hace un mes cuando se trató de la aventura de Montmorency...

—Dejémonos de recriminaciones tardías e inútiles, primo mío. No se trata del pasado, sino del porvenir, que se presenta terriblemente amenazador, y del presente, erizado de peligros. El señor duque de Guisa ha emprendido el regreso de Italia, ¿verdad?

—Sí, señor: a estas horas debe hallarse en Lyon.

— ¡Loado sea Dios! —exclamó el rey—. Pues bien, señor de Lorena; en las manos de vuestro ilustre hermano pongo la salvación del Estado; a vos y a él os confiero plenos poderes y autoridad soberana. Sed tan reyes como yo, y aún más que yo. Acabo de escribir en este instante al duque de Guisa para que acelere su llegada; he aquí la carta. Ruego a su eminencia que le escriba otra, pintando a su hermano la horrible situación en que nos encontramos y la necesidad de no perder un minuto si quiere salvar a Francia. Decidle que me abandono a él por completo. Escribid, señor cardenal, escribid pronto, os lo suplico. No tenéis necesidad de salir de aquí; allá, en el despacho, encontraréis cuanto os haga falta. El correo espera con las espuelas calzadas y el pie en el estribo... ¡Id, por favor, primo mío, que en media hora puede perderse o salvarse todo!

—Obedezco a vuestra majestad —contestó el cardenal dirigiéndose al despacho—, y mi ilustre hermano obedecerá como yo, porque su vida pertenece a su rey y a su patria. Sin embargo, sea el que quiera el resultado de sus esfuerzos, venza o sea vencido, he de rogar a vuestra majestad que tenga presente que le ha confiado el poder en circunstancias desesperadas.

—Decid peligrosas, primo mío, pero no desesperadas —replicó el rey—. Mi buena y leal ciudad de San Quintín y su bravo defensor se sostienen todavía...

—Se sostenían hace dos días, es verdad, señor —observó Carlos de Lorena—; pero sus fortificaciones estaban en deplorable estado, y los habitantes, acosados por el hambre, hablaban de rendirse. Si San Quintín cae en poder de los españoles, a los ocho días se habrán apoderado éstos de París. Pero no importa, señor; voy a escribir a mi hermano, y ya sabéis que cuanto pueda hacer un hombre lo hará el duque de Guisa.

El cardenal saludó al rey y a Diana y entró en el despacho particular del rey para escribir la carta que éste deseaba.

Gabriel, entretanto, había permanecido apartado, pensativo y sin ser visto. Su juvenil y generoso corazón sentía todo el peso de la emoción consiguiente al terrible extremo de que Francia se encontraba reducida. Ya no se acordaba de que el vencido, el herido, el humillado, el prisionero, era Montmorency, su mortal enemigo; en aquellos instantes no veía en aquél más que al general de las tropas francesas. Le preocupaban tanto los peligros de su patria como las desdichas de su padre. El noble joven tenía tesoros de amor para todos los sentimientos y de piedad para todos los infortunios, de aquí que, cuando el rey, luego que salió el cardenal, se dejó caer desolado sobre un sillón, y con la frente hundida entre sus manos exclamó:

— ¡Oh, San Quintín! ¡En ti está hoy cifrada la suerte de Francia! ¡San Quintín...! ¡Mi leal, mi buena ciudad! Si pudieras prolongar tu resistencia ocho días más, el duque de Guisa tendría tiempo suficiente de llegar y no sería imposible organizar la defensa al amparo de tus fieles murallas. ¡En cambio, si éstas caen, el enemigo avanzará sobre París y todo está perdido! ¡San Quintín... San Quintín! ¡Por cada hora de resistencia te otorgaría un privilegio, y por cada sillar que caiga de tus muros te daría un brillante, si aun te resistieras ocho días!

Gabriel dio un paso al frente y dijo:

— ¡Señor! ¡Resistirá los ocho días o más!

— ¡Señor de Exmés! —exclamaron al unísono, Enrique y Diana; el rey con acento de sorpresa y Diana con expresión de desdén.

— ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó con severidad el monarca.

—Señor, entré con su eminencia...

— ¡Ah! Eso es diferente... ¿Decíais, señor de Exmés, que San Quintín resistirá...?

—Sí, señor; y vuestra majestad decía también que, si resistía, la colmaríais de privilegios y de riquezas.

—Y lo repito.

—Pues bien, señor: lo que concederíais a la ciudad, si se defiende y resiste, ¿lo negaríais al hombre que la hiciera defenderse, al hombre cuya voluntad enérgica se impusiera a la ciudad entera y la obligase a no rendirse hasta tanto no cayera el último lienzo de sus muros bajo el fuego de los cañones enemigos? El favor que os pidiera ese hombre a quien seríais deudor de ocho días de respiro, y quizá de la salvación de vuestro reino, ¿se lo regatearíais, señor? ¿Encontraríais cara una gracia que os hubiese devuelto un imperio?

— ¡De ningún modo! —contestó Enrique—. Ese hombre conseguiría de

mí todo lo que pueda depender de la voluntad de un rey.

—Pues bien, señor; recojo vuestra real palabra. De vuestra voluntad depende la gracia a que me refiero, porque un rey no sólo puede, sino que debe perdonar, y es un perdón y no títulos ni riquezas lo que ese hombre pide.

— ¿Pero dónde está? ¿Quién es ese salvador? —preguntó el rey.

—En la presencia de vuestra majestad, señor. Ese hombre soy yo, vuestro humilde capitán de guardias, pero que siente en su alma y en su brazo una fuerza sobrehumana y os probará que no cree excederse si empeña su honor y su palabra en que salvará a la vez a su patria y a su padre.

— ¿Vuestro padre, vizconde de Exmés? —preguntó el rey sorprendido.

—No me llamo vizconde de Exmés, señor —contestó Gabriel—. Soy Gabriel de Montgomery, hijo del conde Jacobo de Montgomery, de quien sin duda os acordáis, señor.

— ¡El hijo del conde de Montgomery! —exclamó el rey levantándose y con el rostro demudado.

Diana retrocedió con su asiento, haciendo un movimiento de terror.

—Sí, señor —repuso con tranquilidad Gabriel—; soy el vizconde de Montgomery que, como recompensa por el servicio que os prestará, haciendo que San Quintín resista ocho días más, sólo os pide la libertad de su padre.

— ¡Vuestro padre, caballero... murió, o desapareció... o qué sé yo! —balbuceó el rey—. Ignoro dónde está vuestro padre.

—Lo sé yo, señor —contestó Gabriel, venciendo su viva emoción—. Mi padre está en el Chatelet hace dieciocho años, esperando la muerte de manos de Dios, o la piedad del rey. Mi padre, vive, señor; yo os lo aseguro. Ignoro qué crimen ha cometido...

— ¿Lo ignoráis? —preguntó el rey con expresión sombría y frunciendo el ceño.

—Lo ignoro, señor. Muy grave debe de ser su falta para haberle puesto un cautiverio tan largo, pero aunque gravísima, no es irremisible, puesto que no ha merecido la muerte. Señor, dignaos escucharme: en el transcurso de dieciocho años, la justicia ha tenido tiempo de dormirse, y la clemencia de despertarse. Las pasiones humanas, que nos hacen buenos o malos, no resisten tantos años. Mi padre, que entró en la prisión hombre, saldrá de ella anciano. Por culpable que haya sido, ¿no habrá expiado ya su crimen? Y si acaso el castigo fue severo en exceso, ¿no es ya demasiado débil para acordarse de la injusticia? ¡Volved al mundo, señor, a un pobre prisionero que ya nada significa! ¡Recordad, rey católico, las palabras del Padrenuestro, y perdonad

las ofensas del prójimo para que os sean perdonadas las vuestras!

Estas palabras últimas fueron pronunciadas con acento tan significativo, que el rey y la de Poitiers cambiaron una mirada de aprensión como interrogándose mutuamente.

Gabriel, que no quería herir más que con extremada delicadeza el punto doloroso de sus conciencias, se apresuró a añadir:

—Ved, señor, que me dirijo a vuestra majestad como súbdito sumiso y leal. No vengo a deciros: mi padre no fue juzgado por los tribunales, mi padre fue condenado secretamente y sin ser oído, la injusticia cometida con él tiene todos los visos de venganza, y yo, hijo de la víctima, protestaré ante toda la nobleza de Francia contra la sentencia clandestina que le hirió, denunciaré públicamente ante todo el que tenga derecho a ceñir espada el atropello, la afrenta que a todos nos ha sido inferida en la persona de un noble...

Enrique hizo un movimiento.

—No he venido para deciros eso, señor —continuó Gabriel—. Comprendo que existen necesidades supremas más fuertes que la ley y el derecho, situaciones en que el mal menor es lo arbitrario. Yo respeto, como sin duda los respetaría mi padre, los secretos de un pasado que se ha alejado mucho de nosotros. Vengo a imploraros únicamente que me permitáis rescatar por medio de una acción gloriosa y libertadora el resto de la pena impuesta a mi padre. En pago del beneficio que imploro, me comprometo a sostener a San Quintín durante una semana contra todos los esfuerzos enemigos, y si esto no bastase, o yo no pudiera conseguirlo, compensar la pérdida de San Quintín con la conquista de otra plaza fuerte que tomaré a los ingleses o a los españoles. Bien vale lo que ofrezco, señor, la libertad de un anciano. Yo me obligo a realizarlo, eso y más, porque la causa que arma mi brazo es pura y santa, mi voluntad fuerte y decidida, y creo firmemente que Dios está conmigo.

Diana no pudo contener una sonrisa de incredulidad en vista de la heroica confianza del joven, que no comprendía ni compartía.

—Comprendo vuestra sonrisa, señora —repuso Gabriel dirigiendo a la cortesana una mirada melancólica—. Creéis que sucumbiré en la peligrosa empresa, ¿verdad? ¡Es posible! Puede ocurrir que mis presentimientos me engañen. ¿Y qué? Moriré en ese caso. Sí, señora; sí, señor; si los enemigos penetran en San Quintín antes de que expire el octavo día, yo me haré matar en la brecha de la muralla que no habré sabido defender. Dios, mi padre, y vos no podéis exigir más de mí. Mi destino se habrá cumplido en el sentido dispuesto por nuestro Señor: mi padre morirá en la mazmorra, yo en el campo de batalla, y vos os veréis libre de la deuda y al propio tiempo del acreedor. Podéis, pues, estar tranquilo.

—Reconozco que su demanda es justa —murmuró Diana al oído del rey, que permanecía pensativo.

Y dirigiéndose a Gabriel, repuso:

—Suponiendo que sucumbáis, caballero, dejando incompleta vuestra obra, ¿será aventurado creer que os sobreviva algún heredero de vuestro crédito o algún confidente de vuestro secreto?

—Por la salvación de mi padre os juro —contestó Gabriel— que, muerto yo, crédito y secreto morirán conmigo, y que nadie podrá con derecho importunar a su majestad por este asunto. Repito que me someto de antemano y acato los designios de Dios, de la misma manera que vos, señor, deberéis reconocer su intervención si me presta las fuerzas necesarias para realizar mi gran empresa. Pero desde ahora para siempre os desligo, señor, si perezco, de toda obligación, como igualmente de toda responsabilidad ante los hombres, no pudiendo hacer lo mismo de las que podáis haber contraído con Dios, porque los derechos del Altísimo no prescriben jamás.

Enrique tembló; pero su alma, naturalmente irresoluta y débil, no sabía qué decisión adoptar, y el rey se volvió hacia la de Poitiers como pidiéndole consejo.

Comprendió ella la incertidumbre de Enrique, cuyo carácter conocía a fondo, y dijo con sonrisa singular:

— ¿No es cierto, señor, que opináis que debemos dar crédito a la palabra del señor de Exmés, que es un caballero cumplido y leal? Ignoro si su petición es fundada, pues del silencio de vuestra majestad infiero que ni yo ni nadie puede afirmar o negar nada, y de consiguiente, subsisten sin variación todas las dudas. Sin embargo, según mi humilde parecer, señor, sería injusto rechazar tan generoso ofrecimiento. Si yo ocupara vuestro lugar, empeñaría al señor vizconde Exmés mi real palabra de que, si daba cima a sus heroicas y temerarias promesas, le otorgaría la gracia, fuese la que fuese, que me pidiese a su vuelta.

— ¡Ah, señor! ¡Es cuanto deseo! —exclamó Gabriel.

—Una observación... la última —repuso Diana, clavando en el joven una mirada penetrante—, ¿cómo y por qué causa os habéis atrevido a hablar de un misterio que me parece de importancia, en presencia mía, delante de una mujer, acaso hartamente indiscreta, y completamente extraña, según supongo, al secreto?

—Dos razones tuve para hacerlo, señora —contestó Gabriel con serenidad—. Creí, en primer lugar, que en el corazón de su majestad no pueden existir secretos para vos, y, por consiguiente, que hablando en vuestra presencia, nada

revelaba de que no estuvieseis ya enterada, o hubieseis de saber más tarde; y en segundo, esperaba, y así ha sucedido, que vos os dignaríais apoyar mi súplica, excitando a su majestad a someterme a la ruda prueba, así como también que vos, como mujer que sois, os inclinaríais una vez más, como siempre debéis haberos inclinado, hacia el partido de clemencia.

El observador más perspicaz no habría podido descubrir en el acento de Gabriel la menor intención sarcástica ni en sus acciones impasibles la más imperceptible sonrisa de desdén. La mirada escrutadora de Diana de Poitiers perdió inútilmente el tiempo.

A las palabras de Gabriel, que si no eran cumplimiento, podían pasar por tal, contestó con una inclinación ligera de cabeza y con la observación siguiente:

—Permitidme que os haga otra pregunta que no tiene importancia, pues se refiere sencillamente a una circunstancia que excita mi curiosidad. ¿Cómo es que, siendo tan joven, os halláis en posesión de un secreto que data de dieciocho años?

—Os contestaré, señora, con tanto mayor agrado, cuanto que mi respuesta os convencerá de la intervención de Dios en este asunto. Un escudero de mi padre, Perrot d'Avrigny, muerto con motivo de los acontecimientos que determinaron la desaparición de mi padre, salió de la tumba por permisión de Dios y me reveló cuanto habéis oído.

Al oír la respuesta de Gabriel, pronunciada con voz solemne, el rey se puso en pie, pálido y agitado, y Diana de Poitiers, pese a sus nervios de acero se estremeció violentamente. Por aquellos tiempos todo el mundo creía sin dificultad en aparecidos espectros, y la afirmación de Gabriel, hecha con la convicción de la verdad misma, no podía menos de causar impresión terrible en las conciencias conturbadas de aquellas dos personas.

— ¡Basta, caballero! —dijo atropelladamente el rey—. Os concedo y otorgo todo lo que habéis pedido... ¡Retiraos...! ¡Retiraos...!

— ¿Es decir que, confiado en la palabra que acaba de empeñarme vuestra majestad, puedo partir al momento para San Quintín? —preguntó Gabriel.

—Sí, caballero; partid —contestó el rey, a quien costaba ímprobo trabajo conservar las apariencias de serenidad, a pesar de las miradas de Diana—. Partid sin demora; cumplid lo que habéis prometido, y yo os doy mi palabra de rey y de caballero de que os concederé todo cuanto pidiereis.

Gabriel, con el corazón henchido de gozo, se inclinó ante el rey y ante la de Poitiers y salió de la cámara regia sin pronunciar una palabra más, como quien habiendo conseguido todo lo que desea, no quiere perder un minuto.



— ¡Por fin se fue! —murmuró Enrique, respirando como el que se ve libre de un peso que le agobia.

—Calmaos, señor, y dominad vuestra emoción —dijo Diana—. Faltó poco para que os vendierais en presencia de ese hombre.

— ¡No es un hombre, señora! —replicó pensativo el rey—. ¡Es la encarnación de mi remordimiento, que vive, y la imagen de mi conciencia, que habla!

— ¡Pues bien, señor! Obrasteis perfectamente accediendo a la petición de ese joven, porque, o mucho me engaño, o la encarnación de vuestro remordimiento y la imagen de vuestra conciencia habrán muerto dentro de muy poco en San Quintín.

El cardenal de Lorena entró en aquel momento con la carta que acababa de escribir a su hermano, y el rey no tuvo tiempo para contestar a Diana.

Un solo pensamiento y un solo deseo tenía Gabriel al salir alegre de la cámara del rey: el de poder ver con la esperanza en el corazón a la mujer amada, de la que se había separado con el espanto en el alma, el de poder decir a Diana de Castro que el porvenir comenzaba a ofrecérsele menos lúgubre, y el de encontrar en sus miradas el valor de que tanta necesidad tenía.

Sabía que había entrado en un convento, ¿pero, en cuál? Sospechando que acaso no la hubieran acompañado sus doncellas, se dirigió a las habitaciones que en otro tiempo ocupaba en el Louvre con objeto de preguntar a Jacinta.

Halló que ésta había acompañado a su señora al sagrado asilo, pero no Dionisia, su segunda doncella, que fue quien recibió a Gabriel.

— ¡Oh, monseñor de Exmés! —exclamó—. ¡Sed bienvenido! ¿Me traéis, por ventura, noticias de mi buena señora?

—Vengo, por el contrario, a que me las deis vos, Dionisia —contestó Gabriel.

— ¡Virgen santa! ¡No sé nada, monseñor! Por cierto qué me encontráis llena de inquietud.

— ¿Por qué esa inquietud, Dionisia? —interrogó Gabriel, principiando a compartirla.

— ¿Me lo preguntáis? ¿Por ventura no sabéis dónde se halla mi señora?

—Lo ignoro en absoluto, Dionisia, y a preguntarlo venía.

— ¡Jesús! Hace un mes, pidió al rey permiso para retirarse a un convento.

—Eso es lo que sé; ¿qué más?

— ¡Ese qué más es lo terrible! ¿Sabéis qué convento ha escogido? ¡El de las benedictinas! ¡El convento del cual es superiora su amiga sor Mónica, el convento de las benedictinas de San Quintín! ¡Y San Quintín, monseñor, está sitiado en la actualidad, y quién sabe si habrá caído ya en poder de esos paganos españoles e ingleses! A los quince días de su llegada al convento, fue sitiada la plaza, monseñor.

— ¡Oh! —exclamó Gabriel—. ¡El dedo de Dios lo dirige todo! Anima en mí al mismo tiempo al hijo y al amante, centuplicando de ese modo mi valor y mis fuerzas. Gracias, Dionisia. Toma esta pequeña muestra de gratitud por las noticias que me has dado, y pide a Dios por tu señora y por mí.

Con paso rápido descendió al vestíbulo del Louvre donde le esperaba Martín Guerra.

— ¿Adónde vamos ahora, monseñor? —le preguntó el escudero.

—Adonde truena el cañón, Martín, a San Quintín. Pasado mañana debemos entrar en la plaza, Martín, y dentro de una hora emprenderemos la marcha.

— ¡Tanto mejor! —exclamó el escudero—. ¡Oh, glorioso San Martín, mi patrón! Me resigno a ser borracho, tahúr, pendenciero y mujeriego, pero os doy palabra de atravesar por entre los batallones enemigos, aunque tratándose de otros peligros sea un cobarde.

## XXVI

### JUAN PEUQUOY EL TEJEDOR

Celebrábase consejo en las casas consistoriales de San Quintín, y de él formaban parte las autoridades militares y los principales habitantes de la ciudad. Era el 15 de agosto, y la plaza no se había rendido todavía, pero se hablaba en todas partes de la necesidad de rendirse. La resistencia de los habitantes había llegado al último extremo, las privaciones y sufrimientos eran intolerables, y como no quedaban esperanzas de salvar la vieja ciudad, que más pronto o más tarde habrían de rendir al enemigo, conceptuaban que sería mucho más ventajoso capitular cuanto antes, abreviando así sus miserias.

Gaspar de Coligny, el esforzado almirante, a quien su tío el condestable de Montmorency había encomendado la defensa de la plaza, no quería rendirla a los españoles hasta el último extremo. Sabía que cada día que pudiese prolongar su defensa, aunque agravase considerablemente la ya angustiosa situación de los sitiados, podía ser la salvación del reino. ¿Pero qué podía él

solo contra el desaliento y las murmuraciones de una ciudad entera? La guerra que se reñía fuera, no permitía abrigar esperanzas de buen éxito a los defensores de la plaza, y si un día los habitantes de San Quintín se negaban a realizar los trabajos que les eran exigidos sin hacer distinción entre paisanos y soldados, la resistencia sería inútil y no habría más remedio que entregar a Felipe II y a su general Filiberto Emanuel de Saboya las llaves de la ciudad, que significaba la entrega de las llaves de Francia.

Antes de llegar a tal extremo, quiso Coligny intentar un postrer esfuerzo, y con este objeto había convocado a consejo a los principales habitantes de la ciudad. Las palabras que se pronunciaron en el consejo nos darán una idea clara del deplorable estado de las fortificaciones y, más que todo, del abatimiento de sus defensores, que son las murallas más sólidas de las plazas fuertes.

Al discurso con que el Almirante abrió la sesión, haciendo un llamamiento al patriotismo de los que le rodeaban, sólo contestaron con silencio profundo. Gaspar de Coligny entonces interpeló directamente al capitán Oger, uno de los valientes caballeros que le habían seguido, confiando que la opinión de los militares arrastraría a los habitantes en el sentido de la resistencia. Desgraciadamente la opinión del capitán Oger no fue la que esperaba el almirante.

—Puesto que me dispensáis el honor de dirigiros a mí para que os dé mi parecer, señor almirante —dijo el capitán—, os diré, por doloroso que me sea, con franqueza de soldado, que San Quintín no puede prolongar la resistencia. Si pudiéramos abrigar la esperanza de sostenernos siquiera ocho días más, ¿qué digo ocho días?, cuatro, dos días solamente, diría: estos dos días podrán dar tiempo a que se organice el ejército a nuestras espaldas, estos dos días pueden ser la salvación de la patria. ¡Pues bien! ¡Caiga el último sillar de las murallas, muera el último hombre, pero no nos rindamos! Pero, como estoy convencido de que el primer asalto que dé el enemigo, asalto que tal vez no se haga esperar una hora, nos pondrán en su poder, considero preferible aceptar una capitulación honrosa que salve lo poco que queda en la ciudad. Ya que no podemos evitar la rendición, evitemos por lo menos el saqueo.

— ¡Sí, sí! ¡Muy bien! —exclamaron a coro los que componían el consejo—. ¡Es el único partido razonable que nos queda!

¡No, señores, no! —replicó el almirante—. ¡No es la voz de la razón la que debe sonar aquí, sino la del valor, la del sacrificio por la patria! No puedo creer que un solo asalto haya de poner la plaza en poder del enemigo, cuando hemos sufrido y rechazado cinco con brillante éxito. Vamos a ver Lauxford; vos que tenéis a vuestro cargo la dirección de los trabajos y de las contraminas, decidnos con franqueza si las fortificaciones se hallan en estado

de resistir mucho tiempo. Hablad con sinceridad; no pintéis las cosas ni mejores ni peores de lo que son. Nos hemos reunido para conocer la verdad, y es la verdad la que os pido.

—Os la diré —contestó el ingeniero Lauxford—, o más bien os la dirán los hechos con mayor elocuencia que yo, porque los hechos no saben lisonjear. Para penetraros de la verdad, bastará que con la imaginación recorráis conmigo los puntos vulnerables de nuestras murallas. Señor almirante: cuatro puertas tiene abiertas a estas horas el enemigo, y lo que me maravilla es que no se haya aprovechado ya de alguna de ellas. En el baluarte de San Martín es tan ancha la brecha, que pueden penetrar por ella veinte hombres de frente. Hemos perdido allí más de doscientos hombres, muros vivos que no pueden reemplazarse como los de piedra. En la puerta de San Juan, ya no queda en pie más que la gran torre; lo mejor y más sólido de la cortina es un montón de escombros. Cierto que tenemos en aquél sitio una contramina cargada y dispuesta, pero temo que si la hacemos estallar caiga derruida la gran torre, única defensa que nos queda por aquella parte, y si cayera, sus escombros servirían de escalera al enemigo. Por la aldea de Remicourt, los españoles han abierto paralelas y destruido uno de los taludes del foso, y al abrigo de los parapetos que han erigido, atacan sin cesar la muralla. Últimamente, por la parte del arrabal de la Isla, sabéis, señor almirante, que los enemigos son dueños absolutos, no sólo de los fosos, sino también del baluarte y del edificio de la Abadía, donde se han instalado y fortificado tan admirablemente, que es imposible causarles el menor daño, al paso que ellos, poco a poco, pero sin cesar, ganan el parapeto, cuyo espesor no pasa de cinco a seis pies, y sus baterías baten de flanco a nuestros trabajadores del baluarte de la Reina, causándoles tan considerables pérdidas, que ha habido necesidad de suspender las obras. Quizá fuera posible sostener todavía el resto de las murallas, pero las cuatro heridas que acabo de indicar son mortales, y por ellas saldrá el resto de vida que aún conserva la ciudad. Me habéis pedido la verdad, señor almirante, y la verdad os presento, aflictiva y triste cual es, dejando a vuestro talento y previsión el cuidado de utilizarla en bien de la patria.

Cuando el ingeniero terminó de hablar, se produjeron los murmullos. Si nadie se atrevía a hablar alto, es lo cierto que todos se decían en voz baja:

—Preferible es rendirse a exponerse a las consecuencias desastrosas de un asalto.

Pero el almirante, sin perder la energía, replicó:

—Aún tengo que decir una palabra, señores. Habéis manifestado, señor Lauxford, que si caen nuestros muros, nos quedan soldados cuyos pechos serán fortificaciones animadas. Pues bien: contando con ellos y con el concurso patriótico de los ciudadanos, ¿no ha de sernos posible retardar

algunos días la rendición de la plaza? Tened en cuenta que lo que hoy sería vergonzoso podría ser glorioso dentro de algún plazo. Reconozco que las fortificaciones son débiles, pero en cambio disponemos aún de tropas numerosas; ¿no es cierto, señor de Rambouillet?

—Señor almirante —contestó el capitán interpelado—; si nos encontráramos en la plaza, entre las gentes que esperan el resultado de nuestras deliberaciones, contestaría sin vacilar: ¡Sí!, persuadido de la necesidad de infundirles valor y confianza. Pero aquí, reunidos como estamos en consejo, delante de hombres de valor probado, no vacilo en manifestar que los hombres que tenemos son insuficientes para realizar el penoso y peligroso servicio que exige nuestra crítica situación. Hemos dado armas a todos los que pueden servirse de ellas, y a los que no se hallan en este caso, les hemos empleado en las obras de defensa, sin exceptuar a los ancianos y a los niños. Hasta las mujeres nos ayudan socorriendo a los enfermos y a los heridos. No queda un brazo ocioso, y con todo, nos faltan brazos. En ningún punto de la muralla hay un hombre de más, y en cambio en muchos falta gente. Aun cuando hiciéramos milagros de multiplicación, siempre resultaría que nos faltarían cincuenta hombres para la defensa de la puerta de San Juan, y otros cincuenta, por lo menos, para la del baluarte de San Martín. La derrota del día de San Lorenzo nos ha privado de los esfuerzos que teníamos derecho a esperar, y a no ser que esperéis recibirlos de París, a vos os toca considerar, monseñor, si en el estado angustioso en que nos encontramos sería prudente aventurar las escasas fuerzas que nos quedan, y con ellas el resto de nuestros valientes hombres de armas, que tan eficazmente pudieran servir para la conservación de otras plazas y acaso para la salvación de la patria.

Toda la asamblea apoyó el discurso con murmullos de aprobación, y el sordo clamor del pueblo, reunido alrededor de las casas consistoriales, lo comentó con más elocuencia aún.

En aquel momento, una voz de trueno gritó:

¡Silencio!

Todos callaron. El que acababa de hablar con voz tan recia era Juan Peuquoy, el síndico del gremio de tejedores, ciudadano muy estimado, respetado y hasta temido en toda la ciudad.

Juan Peuquoy era el tipo de esa valiente raza del pueblo que adora a su ciudad natal como a una madre o como a un hijo, que la mima o la regaña, que vive siempre para ella y sabe morir por ella en caso de necesidad. Para el honrado tejedor no había más mundo que Francia ni más Francia que San Quintín. Nadie estaba tan enterado como él de la historia y de las tradiciones de la ciudad, ni de los usos, costumbres y leyendas antiguas de la misma. No había distrito, calle o casa cuya historia detallada y minuciosa, antigua o

moderna, no conociera al dedillo Juan Peuquoy. Era, para decirlo de una vez, la personificación, la encarnación del municipio. Su taller era la segunda plaza pública de la ciudad, y su casa de madera, sita en la calle de San Martín, la segunda casa consistorial. Notable era su venerable morada por la extraña muestra que había sobre su puerta: una lanzadera coronada entre las astas de un ciervo de diez candiles. Uno de los abuelos de Juan Peuquoy, y con esto queda dicho que nuestro tejedor contaba con abuelos como un noble, tejedor como él, por supuesto, y por añadidura famoso tirador de arco, había vaciado de dos flechazos, y a más de cien pasos de distancia, los dos ojos a un ciervo hermosísimo. Todavía se conserva en San Quintín, calle de San Martín, la magnífica cornamenta. En un radio de diez leguas, grandes y chicos conocían por entonces al tejedor y habían admirado la soberbia cornamenta que decoraba la puerta de su casa. Juan Peuquoy era a manera de personificación de la ciudad, y los habitantes de San Quintín, cuando le oían hablar, creían escuchar la voz de la patria.

Esta es la razón por que todos guardaron un silencio profundo cuando de entre el murmullo general se alzó su voz.

— ¡Sí! ¡Silencio! —repitió—. Os pido un minuto de atención, mis buenos compatriotas y queridos amigos. Examinaremos lo que hasta aquí hemos hecho, y el resultado del examen nos dirá tal vez lo que nos queda por hacer. Cuando el enemigo se acercó a nuestros muros, cuando puso cerco a nuestra querida ciudad, cuando vimos que los españoles, ingleses, alemanes y walonas, conducidos por el terrible general Filiberto Emanuel, caían como una plaga de langosta alrededor de nuestras fortificaciones, supimos aceptar con valor nuestros destinos: ¿no es verdad? Ni murmuramos ni nos quejamos entonces de la Providencia que escogía a San Quintín como víctima expiatoria de Francia. Lejos de eso, monseñor el almirante hará esta justicia, desde el momento en que llegó aquí, trayéndonos el socorro de su experiencia y de su valor, hemos procurado secundar sus proyectos poniendo a su disposición nuestra persona y nuestros bienes; le hemos entregado nuestras provisiones y nuestras fortunas, le hemos dado sin regatear nuestro dinero, hemos empuñado la alabarda, la ballesta, el pico o el azadón. Los que no estábamos de centinela sobre la muralla, trabajábamos en las fortificaciones. Hemos contribuido a reducir a la obediencia a los campesinos rebeldes de las cercanías, que se negaban a pagarnos con su trabajo el refugio que les dábamos en la ciudad. En una palabra: hemos hecho todo lo que podía pedirse y esperarse de hombres cuya profesión no es la de las armas. Por tanto, esperábamos que el rey nuestro señor fijaría muy pronto su atención en sus valientes de San Quintín y nos enviaría el oportuno socorro. Así sucedió. El condestable de Montmorency acudió presuroso para libertarnos de las tropas de Felipe II, por lo cual dimos gracias a Dios y al rey. Pero la fatal jornada del día de San Lorenzo barrió en muy pocas horas nuestras esperanzas: el condestable cayó prisionero, su

ejército fue destruido, y hemos aquí más abandonados que nunca. Cinco días han transcurrido desde que sucedió la catástrofe, cinco días que, como es natural, ha aprovechado el enemigo. Tres asaltos encarnizados nos ha dado que nos han costado más de doscientos hombres, y han caído hechos pedazos varios lienzos de muralla. El cañón truena sin cesar... ¡oídllo! En este momento acompaña mis palabras. Sin embargo, nos desentendemos de su terrible voz, porque únicamente queremos prestar atención al camino de París, por si se oyen por esa parte ruidos que nos anuncien la llegada de socorros... de socorros, ¡ay!, que no vienen. Parece que para nosotros se han agotado ya los últimos recursos. El rey nos abandona, sin duda porque tiene otras cosas más importantes que nosotros en qué pensar. Tal vez estará reuniendo las fuerzas que le quedan para atender a la salvación de su reino, que vale más que una ciudad, y si alguna vez vuelve sus ojos y fija su pensamiento en San Quintín, será para preguntarse si la agonía de la plaza sitiada será la vida de Francia. Esperanzas, probabilidades de salvación o de socorros, podemos darlas por perdidas en absoluto, mis queridos amigos. Los señores de Rambouillet y de Lauxford han dicho la verdad: no tenemos muros, nos faltan soldados, nuestra ciudad muere sin remedio, nos vemos abandonados, desesperados, perdidos...

— ¡Sí... sí! —exclamó al unísono toda la asamblea—. ¡Es preciso rendirse, es preciso!

— ¡Nunca! —tronó Juan Peuquoy—. ¡Es preciso morir!

Conclusión tan inesperada determinó un silencio y un estupor indescriptible. El tejedor aprovechó los momentos para proseguir con mayor energía:

— ¡Es preciso morir! ¡Lo que hemos hecho hasta aquí nos dice lo que debemos hacer! Los señores de Rambouillet y de Lauxford nos afirman que no podemos resistir, pero el señor almirante de Coligny dice que debemos continuar resistiendo. ¡Resistamos, pues! Sabéis cuánto quiero a mi buena ciudad de San Quintín, mis queridos camaradas y hermanos: la adoro como adoré a mi anciana madre; no exagero. Las balas que destrozan su ruinosas murallas las siento en medio de mi corazón; pero habló nuestro general, y obligación sagrada nuestra es obedecer sus órdenes. ¡Que jamás se rebele el brazo contra la cabeza! ¡Que perezca San Quintín! El señor almirante sabe lo que hace y lo que quiere. Su talento ha pesado los destinos de una ciudad y la suerte de Francia; cree que San Quintín debe morir como un centinela en su puesto, y San Quintín debe aceptar resignada su destino. El que murmure es un cobarde, el que desobedezca un traidor. Si caen los muros, formemos otros con nuestros cadáveres, ganemos una hora, aunque esa semana, esos dos días, esa hora nos cuesten toda nuestra sangre y todos nuestros bienes, que el señor almirante sabe cuánto valen aquélla y éstos, y cuando nos los pide, será porque

los considera necesarios. El dará cuenta a Dios y al rey, que no nosotros, porque nosotros, sólo un deber tenemos: el de morir cuando nos diga: «¡Morid!». Monseñor de Coligny es el responsable de todo lo demás, de consiguiente, nosotros a obedecer, él a aceptar las responsabilidades.

Al oír tan terrible y solemne discurso, todos bajaron la cabeza, todos, incluso Gaspar de Coligny, y guardaron silencio. Motivos tenía el almirante para bajarla más que los demás porque era muy grande el peso con que el síndico del gremio de tejedores acababa de cargar su conciencia. A su pesar se estremeció, pensando en la terrible responsabilidad que le imponía la pérdida de tantas vidas.

—Vuestro silencio, amigos y hermanos —continuó Juan Peuquoy—, me dice que habéis comprendido y que aprobáis mi parecer. Calláis, y hallo natural vuestro silencio, porque fuera exigir demasiado que padres y esposos condenasen en alta voz a sus hijos y a sus mujeres, pero callar en esta ocasión, es responder. Accedéis a que el señor almirante haga viudas a vuestras mujeres y huérfanos a vuestros hijos, pero no queréis vosotros mismos la fatal sentencia: ¿no es cierto? Nada más justo. Callad, pero morid. ¿Quién ha de ser tan cruel que os obligue a gritar «¡Muera San Quintín!»?. Pero si vuestros corazones patrióticos laten, como creo firmemente, al unísono con el mío, a lo menos podréis exclamar: ¡Viva Francia!

— ¡Viva Francia! —repitieron algunas voces, débiles como los lamentos y lúgubres como los sollozos.

Gaspar de Coligny, infinitamente conmovido y muy agitado, se puso en pie y gritó:

— ¡Escuchad! ¡Yo no puedo aceptar solo una responsabilidad tan terrible! Pude oponerme a vuestros deseos cuando os vi inclinados a rendiros al enemigo, pero cuando os entregáis a mí, pero cuando aceptáis el sacrificio de vuestras más caras afecciones, pero descargando sobre mi conciencia el peso enorme del sacrificio, me es imposible discutir, me es imposible aceptar responsabilidad tan tremenda. Todos los que formáis parte de este consejo opináis en contra mía, y puesto que el parecer general es que nuestro sacrificio sería inútil...

— ¡Creo... y Dios me perdone... —interrumpió una voz que salió de entre la muchedumbre— que también vos ibais a hablar de rendir la plaza, señor almirante!

## XXVII

### GABRIEL EN FUNCIONES



— ¿Quién ha osado interrumpirme? —preguntó Gaspar de Coligny frunciendo el entrecejo.

—Yo —contestó un hombre vestido con el traje que usaban los labriegos de las cercanías de San Quintín.

— ¡Un aldeano! —dijo el almirante.

—No soy un aldeano, —replicó el desconocí—. Soy el vizconde de Exmés, capitán de guardias del rey, en cuyo nombre vengo.

— ¡En nombre del rey! —repitió todo el consejo.

— ¡En nombre del rey, sí —repuso Gabriel—, que no abandona, como veis, a sus valientes de San Quintín; del rey, que piensa constantemente en ellos! Tres horas hace que penetré en la plaza disfrazado de campesino, y durante este tiempo, he visto vuestras murallas y escuchado vuestras deliberaciones. Me permitiréis que os diga que lo que he visto no está de acuerdo con lo que he oído. ¿Qué motiva ese abatimiento, ese terror pánico que se ha apoderado de vosotros, y que únicamente puede comprenderse en vuestras débiles mujeres? ¿Cómo perdéis tan repentinamente las esperanzas y os abandonáis a temores quiméricos? ¡Pues qué! ¿No encontráis más alternativa que la de rebelaros contra el parecer del señor almirante o la de inclinar la cabeza como víctimas resignadas? ¡Levantad las frentes, vive Dios, no contra vuestros jefes, sino contra el enemigo, y ya que no podáis alcanzar la victoria, haced que vuestra derrota sea tan gloriosa como un triunfo! Vengo de reconocer las murallas, y os digo que podéis resistir quince días más, ¡quince días!, y el rey no os pide más que una semana más salvar a Francia. A todo lo que aquí se ha dicho contestaré con dos palabras: traigo un remedio para vuestros males y una esperanza para vuestras dudas.

Los oficiales y los notables de la ciudad formaron apretado círculo en derredor de Gabriel, sugestionados por el ascendiente de su voluntad enérgica y simpática.

— ¡Escuchad! ¡Escuchad! —repetían.

En medio del silencio a que su propio interés obligaba a todos, prosiguió Gabriel:

—Vos, señor Lauxford, dijisteis como ingeniero que las murallas ofrecen cuatro puntos débiles que pueden ser otras tantas puertas por las cuales el enemigo penetre en la plaza: veamos si así es. El lado del arrabal de la Isla es el más amenazado; los españoles son dueños del edificio de la Abadía, desde donde nos hacen un fuego nutrido que nuestros trabajadores no se atreven a afrontar. Me permitiréis, señor Lauxford, que os indique un medio sencillísimo

y eficaz para poner a cubierto los trabajos, un medio que este mismo año vi emplear con éxito por los sitiados de Civitella. Para proteger a nuestros trabajadores contra el fuego de las baterías españolas, basta alzar una trinchera perpendicular al baluarte con barcas viejas superpuestas llenas de sacos de tierra. Los proyectiles se embotan en la tierra removida, y al amparo de la trinchera que indico, los trabajadores estarán tan seguros como si se hallasen fuera del alcance de los cañones enemigos. Hacia Remicourt, decíais que los sitiadores, amparados por un parapeto, minan tranquilamente y sin peligro nuestra muralla. Es verdad: he comprobado el hecho; pero es allí, señor ingeniero, donde debe prepararse una contramina, y no en la Puerta de San Juan, en donde la gran torre hace vuestra mina no ya sólo inútil, sino peligrosa. Haced que pasen al Sur nuestros minadores del Oeste, y no tardaréis en tocar las ventajas, señor Lauxord. Preveo que me vais a decir que no es posible dejar sin defensa la Puerta de San Juan ni el baluarte de San Martín, pero os replicaré que bastan cincuenta hombres para defender el primer punto y otros cincuenta para defender el segundo. Nos lo dijo hace poco el señor de Rambouillet, aunque añadiendo que no podéis disponer, de esos cien hombres. ¡Perfectamente! El conflicto está resuelto, porque yo os traigo esos cien hombres.

Dejáronse oír murmullos de sorpresa y de júbilo.

—Sí —continuó Gabriel con más energía, al ver que sus palabras reanimaban poco a poco los espíritus—. A tres leguas de aquí he dejado al barón de Vulpergues al frente de su compañía de trescientas lanzas. Nos hemos puesto de acuerdo. Yo me comprometí a penetrar en la plaza, arrojando los riesgos que ofrece el paso a través del campo enemigo, con objeto de examinar y determinar los puntos más favorables para que el barón pueda entrar en la ciudad con sus tropas. He cumplido mi promesa, puesto que estoy entre vosotros, y he formado mi plan. Ahora volveré a encontrar a Vulpergues: dividiremos su compañía en tres partes, tomaré el mando de una de ellas, y en la noche de mañana, noche sin luna, nos dirigiremos, tomando caminos diferentes, a las poternas designadas de antemano. No creo que sea tan mala nuestra estrella que de las tres fracciones no consiga alguna su objeto, burlando la vigilancia del enemigo, al que distraerán las otras dos. En el caso más desgraciado, logrará entrar una, la plaza contará con cien hombres resueltos, cien hombres que contribuirán eficazmente a la defensa sin ser gravosos, puesto que no son provisiones las que nos faltan. Esos cien nombres defenderán, como he dicho, la Puerta de San Juan y el baluarte de San Martín. Decidme ahora, señores de Lauxford y de Rambouillet: ¿qué otro punto de la muralla ofrece al enemigo entrada fácil?

Aclamaciones generales acogieron las últimas palabras, que hacían revivir la esperanza en aquellos abatidos corazones.

— ¡Oh! —gritó Juan Peuquoy—. ¡Ahora podemos combatir, y acaso podremos vencer!

—Combatir, sí; vencer, no me atrevo a esperarlo —replicó con acento de autoridad Gabriel—. No pretendo pintar la situación mejor de lo que es en sí, quiero únicamente que no la veáis más desesperada de lo que realmente es. Deseaba demostraros a todos, y en particular a vos, maese Juan Peuquoy, que os habéis expresado tan valerosamente, aunque con palabras tan tristes, deseaba demostraros, repito, en primer lugar, que el rey no os abandona, y en segundo, que vuestra derrota puede ser gloriosa y vuestra resistencia útil.

Dijisteis antes: ¡Inmolémonos! Ahora acabáis de decir: ¡Combatamos! Es un paso de gigante el que hemos dado. Sí; es posible; es muy probable que los sesenta mil hombres que atacan vuestras débiles defensas acabarán por apoderarse de ellas, pero tened entendido que la generosa resistencia que opongáis a sus esfuerzos no ha de acarrear crueles represalias. Filiberto Emmanuel es un soldado generoso, un general valiente que sabe estimar y honrar el valor y que no castigará una virtud que él posee en alto grado. Reflexionad que si conseguís que San Quintín resista diez o doce días más, habréis perdido tal vez vuestra ciudad, pero con toda seguridad habréis salvado a vuestra patria. ¡Resultad grande y sublime! Las ciudades, como los hombres, tienen sus ejecutorias de nobleza, y los altos hechos que llevan a cabo son sus pergaminos y sus antepasados. Un día vuestros tiernos hijos, esforzados habitantes de San Quintín, se enorgullecerán de los que le dieron el ser. El enemigo o el tiempo podrán arrasar vuestras murallas, ¿pero, quién será capaz de destruir el glorioso recuerdo de este sitio? ¡Valor, pues, heroicos centinelas de un reino! ¡Salvad al rey, salvad a la patria! Hace un momento, humilladas vuestras frentes, os resignabais a morir como víctimas propiciatorias. ¡Erguid vuestras cabezas! Si perecéis, será como héroes voluntarios, y vuestra memoria no perecerá jamás. Y ahora, gritad conmigo: ¡Viva Francia! ¡Viva San Quintín!

— ¡Viva Francia! ¡Viva San Quintín! ¡Viva el rey! —gritaron cien voces ebrias de entusiasmo.

—A las murallas, amigos míos, y a los trabajos —dijo Gabriel—. Que vuestro ejemplo reanime el valor de los conciudadanos que os esperan. Mañana contaréis con cien hombres más, os lo juro, con cien valientes que os ayudarán en vuestra empresa de salvación y de gloria.

— ¡A las murallas! —gritaron todos.

El consejo en masa se precipitó fuera, lleno de alegría, de esperanza y de orgullo, arrastrando tras sí, con su entusiasmo y sus palabras inflamadas, a los que no habían oído al libertador inesperado que Dios y el rey enviaban a la apurada plaza.

Gaspar de Coligny, el digno general en jefe, había escuchado a Gabriel sin despegar los labios, sellados por el asombro y la admiración. Cuando el consejo hubo desaparecido lanzando gritos de triunfo, descendió del sitio que ocupaba, se acercó al joven héroe y, estrechando conmovido su mano, dijo:

— ¡Gracias, caballero! Habéis salvado a San Quintín y a mí de la vergüenza, y al rey y a Francia tal vez de su ruina.

— ¡Todavía no he hecho nada, señor almirante! —contestó Gabriel—. Necesito ante todo ir a reunirme con Vaulpergues, y tan sólo Dios puede hacer que salga de la plaza como he entrado y que introduzca los cien hombres que he prometido. A Dios, y no a mí, podréis acaso dar las gradas dentro de diez días.

## XXVIII

### EN DONDE SE DEMUESTRA QUE MARTIN GUERRA NO ERA MUY DIESTRO

Gabriel de Montgomery siguió platicando con el almirante durante más de una hora. Coligny admiraba cada vez más la naturaleza, la osadía y los grandes conocimientos de aquel joven que le hablaba de estrategia como pudiera hacerlo el mejor general en jefe, de trabajos de fortificación como un ingeniero, y de influencia moral como un anciano. Gabriel, por su parte, admiraba el noble y dulce carácter de Gaspar, su bondad y su honradez, que le hacían quizás el más cumplido y leal caballero de su época. ¡Buena verdad es que en nada se parecía el sobrino al tío! Al cabo de una hora de conversación, aquellos dos hombres, el uno de cabeza gris y el otro de lustrosa y rizada cabellera negra, se comprendían y estimaban como si mediase entre ellos una amistad de veinte años de fecha.

Cuando se pusieron de acuerdo con respecto a las medidas que habían de adoptarse para favorecer la entrada en el recinto de la compañía de Vaulpergues, Gabriel se despidió del almirante diciendo con tono de seguridad:

— ¡Hasta la vista!

Como es natural, llevaba en la memoria las contraseñas necesarias.

Al pie de las casas consistoriales esperaba Martín Guerra, disfrazado de campesino como su señor.

— ¡Gracias a Dios que os veo, noble señor! —exclamó—. A fe que tenía ganas, pues desde hace una hora no oigo hablar más que del vizconde de

Exmés. Todo son exclamaciones de regocijo, todo elogios. Habéis cambiado en un momento el aspecto de la ciudad. ¿Qué talismán os habéis traído, monseñor, para infundir un espíritu nuevo en la población entera?

—La voz de un hombre resuelto, Martín, y nada más; pero no basta hablar, amigo mío; es preciso obrar.

— ¡Pues manos a la obra, señor! A mí, más me gustan las obras que las palabras, y por lo que veo, muy pronto pasaremos por el campo rozando las narices de los centinelas enemigos. Cuando dispongáis, monseñor: yo estoy pronto.

—Calma, Martín, que todavía es mucha la claridad, y yo espero las sombras para salir de la ciudad. Así lo hemos convenido el almirante y yo. Disponemos, pues, de unas tres horas poco más o menos; tiempo que aprovecharé para resolver otro asunto... —añadió con cierta cortedad— sí... un asunto importante; necesito adquirir ciertos informes en la ciudad.

—Comprendo: necesitáis saber a punto fijo las fuerzas que forman la guarnición, ¿verdad? O bien examinar los puntos débiles de las fortificaciones. ¡Sois infatigable, monseñor!

—No me comprendes, mi pobre Martín —contestó sonriendo Gabriel—. Con respecto a las fuerzas y a las murallas, sé cuanto necesito saber. Es otro asunto más... personal el que me ocupa en este momento.

—Hablad, monseñor; y si en algo puedo seros útil...

—Sé muy bien, Martín, que eres un criado fiel y un amigo abnegado... por eso no tengo para ti otros secretos que no me pertenecen, y si no se te ocurre a quién puedo yo buscar con inquietud y amor en esta ciudad, es sencillamente porque tienes mala memoria.

— ¡Oh, monseñor! ¡Perdonad...! ¡Ya caigo! ¿Verdad que se trata de una... benedictina?

—Acertaste, Martín. ¿Qué habrá sido de ella en medio de la ciudad sitiada y llena de alarma? Habría querido preguntar al almirante, pero no me atreví temiendo despertar sus sospechas... Además: lo probable es que no sepa de ella, porque Diana debió adoptar un nombre que no es el suyo el día que entró en el convento.

—Lo mismo creo yo, monseñor —respondió Martín Guerra—. Yo he oído decir que su nombre, que a mí me parece encantador, tiene un sabor pagano, quizá porque lo lleva Diana de Poitiers... ¡sor Diana...! ¡La verdad es que no me parece que suene muy bien... y aun añadiría yo que se parece a los juramentos que dice mi segundo Yo cuando está alumbrado!

— ¿Y qué hacemos? —preguntó Gabriel—. Puede que fuese lo más

acertado preguntar primero dónde está el convento de las benedictinas en general.

—Y de lo general pasaríamos a lo particular, como decía el cura de mi pueblo, de quien se sospechaba que era luterano. Pues bien, monseñor; para adquirir informes, como para todo, estoy a vuestras órdenes.

—Nos dedicaremos a la labor de investigación los dos, Martín, pero independientemente, cada uno por nuestro lado, y de ese modo serán dos en vez de una las probabilidades de conseguir lo que deseo. Es preciso que seas muy diestro y reservado, y sobre todo, mucho cuidado con el vino, ¡borracho!, que hoy más que nunca hace falta serenidad.

— ¡Oh! Sabe muy bien monseñor que, desde que salimos de París, he recobrado mi antigua sobriedad y no bebo más que agua pura. Ni una sola vez he vuelto a ver a mi segundo Yo.

— ¡Sea en buena hora! En marcha, Martín, y dentro de dos horas, nos reuniremos en este mismo sitio.

—Aquí estaré, monseñor.

Con esto se separaron.

Al cabo de dos horas volvieron a encontrarse en el sitio convenido. Gabriel estaba radiante de alegría, pero Martín muy contrariado y pensativo, porque únicamente había podido averiguar que las benedictinas habían querido participar, como las demás mujeres de la ciudad, del honor de curar y velar a los heridos, que todos los días se separaban distribuyéndose por las ambulancias, y que no volvían al convento hasta que cerraba la noche, entre la admiración y el respeto de los soldados y de los ciudadanos. Más afortunado había sido Gabriel en sus investigaciones. Cuando el primer transeúnte a quien se dirigió le dio los mismos informes que había adquirido Martín Guerra, preguntó el nombre de la superiora del convento, y luego que le respondieron que se llamaba la madre Mónica, inquirió el sitio donde podría encontrar a la santa mujer.

—En el lugar más peligroso —le contestaron.

Encaminóse Gabriel al arrabal de la Isla y encontró, en efecto, a la madre superiora. Por la voz pública sabía ya ésta que había entrado en la plaza el vizconde de Exmés, lo que éste había dicho en las casas consistoriales y lo que había venido hacer a San Quintín, así fue que le recibió como al enviado del rey y al salvador de San Quintín.

—No extrañaréis, mache —le dijo Gabriel—, que habiendo venido aquí en nombre del rey, os suplique que me deis noticias de la hija de su majestad, la señora Diana de Castro. La he buscado en vano entre las religiosas que he

encontrado a mi paso. ¿Supongo que no estará enferma?

—No, gracias a Dios, señor vizconde —contestó la superiora—; pero hoy le he exigido que se quedase en el convento y descansará, porque ninguna de vosotras hemos podido igualarla en celo ni en valor. Está presente en todas partes, siempre trabajando, siempre infatigable, ejerciendo con placer y con ardor su sublime caridad, que es cuanto nos es dado a nosotras, pobres religiosas. ¡Ah! ¡Bien acredita y honra la preclara sangre de Francia! Pero no ha querido que se hicieran públicos su nombre y su rango, y seguramente os agradecerá, señor vizconde, que respetéis su riguroso incógnito. Verdad es que si ha podido ocultar su nobleza, en cambio ha resplandecido su magnánima bondad, tanto, que todos los que sufren conocen aquella niña angelical que pasa como una esperanza celeste aliviando y mitigando sus dolores. Tomó el nombre de nuestra Orden y se hacía llamar Benedicta, pero nuestros pobres heridos y enfermos que no saben latín, la llaman sor Bendita.

—Más grato será ese nombre a sus oídos que si la llamasen señora duquesa —exclamó Gabriel, cuyos párpados se humedecieron con lágrimas de júbilo—. Decidme, madre: ¿podré verla mañana? ¡Es decir, si vuelvo!

—Volveréis, hermano mío —contestó la superiora—. Cuando entréis en la ciudad, id donde sean más desgarradores y abundantes los gemidos y los lamentos, y allí encontraréis a sor Bendita.

Gabriel se despidió de la superiora y fue a encontrarse con Martín Guerra, sintiendo nuevas energías en el corazón y seguro ya, como la superiora, de que volvería sano y salvo de la formidable empresa que debía acabar aquella noche.

## XXIX

### EN DONDE SE DEMUESTRA QUE MARTIN GUERRA ERA MUY TORPE

Habíase provisto Gabriel de datos tan precisos como completos acerca de los alrededores de San Quintín, a fin de no extraviarse en sitios hasta entonces desconocidos para él. A favor de la oscuridad de la noche, salió sin dificultad de la plaza con Martín Guerra por la poterna menos vigilada. Entrambos iban envueltos en anchas capas negras que les permitieron deslizarse como dos sombras hasta ganar los fosos, y desde éstos salieron por la brecha al campo.

Pero no habían salvado todavía el peligro mayor. Patrullas enemigas cruzaban día y noche los alrededores, había establecidas infinidad de guardias en diversos puntos del perímetro de la ciudad, y la vigilancia era tan estrecha,

que realmente corrían gravísimos riesgos nuestros disfrazados amigos, no siendo el menor de los peligros el de ser detenidos durante doce o veinte horas, porque esta detención, con ser momentánea, suponía el fracaso total de su expedición.

Llegados al cabo de media hora más de marcha a una encrucijada, donde se bifurcaba el camino, Gabriel se detuvo como para reflexionar. También se detuvo Martín Guerra, pero no para meditar ni reflexionar como su amo, a quien siempre tuvo costumbre de dejar ese cuidado. Martín Guerra era un escudero bravo y leal, pero ni quería ni podía ser otra cosa que el brazo que obedece: la cabeza, en todos los momentos, era el vizconde.

—Martín —díjole Gabriel al cabo de algunos instantes de meditación—. Aquí se nos presentan dos caminos que conducen al bosque de Angimont, donde nos espera el barón de Vaulpergues. Si continuamos la marcha juntos, juntos podemos caer en poder del enemigo, pero si cada uno tomamos distinto camino, las probabilidades de conseguir nuestro propósito se duplican, como ocurrió cuando buscábamos a la señora de Castro. Pues bien: tú tomarás ése, que es el más largo, pero al mismo tiempo el más seguro, según asegura el señor almirante. Encontrarás, sin embargo, las tiendas de los walonas, donde probablemente está prisionero el condestable de Montmorency, y deberás separarte de ellas todo lo posible, como hicimos la noche pasada. Sobre todo, mucha serenidad y mucha sangre fría. Si tropezases con alguna patrulla, dirás que eres un campesino de Angimont que vienes de vender víveres a las tropas españolas acampadas alrededor de San Quintín. Imita todo lo posible el acento picardo, lo que no te será difícil de conseguir hablando con extranjeros, y en todo caso, preferible es que peques de atrevido que de medroso. No olvides que si balbuceas y te contradices eres perdido.

—Id, tranquilo, monseñor —respondió Martín Guerra dándose aire de listo —; no es uno tan simple como muchos creen, y muy pronto espero que os lo haré ver.

—Así lo espero, Martín. Yo tomaré este otro camino, que es el más corto y el más peligroso, por ser el directo de París y de consiguiente el mejor vigilado. Encontraré más de una vez patrullas enemigas, y tendré necesidad de darme algún baño en los fosos o de sentir en las carnes las caricias de los espinos, y con todo, es muy posible que no consiga mi objeto. Pero no importa: si llegas tú, dirás que me esperen media hora, y si transcurrida media hora no he llegado, que emprenda el señor de Vaulpergues la marcha sin pérdida de momento. Será próximamente media noche y los peligros habrán disminuido. Le recomendarás, empero, de parte mía, que extreme las precauciones, Martín. Estás enterado de lo que debe hacerse: se trata de fraccionar la compañía en tres grupos, que se acercarán a la ciudad por tres lados opuestos, lo más sigilosamente posible. No podemos esperar que los tres



grupos consigan su objeto, pero quizás en la pérdida de uno de ellos está la salvación de los otros dos. Probabilidades hay, mi querido Martín, de que no volvamos a vernos más, pero es igual, que no se trata de pensar en nosotros sino en el bien de la patria. Dame un apretón de manos y Dios te acompañe y proteja.

—Yo no le pido por mí, sino por vos, monseñor —contestó Martín Guerra—. Si a vos os salva, que haga de mí lo que más le agrade, porque yo para nada valgo más que para quereros y serviros. De todos modos, milagro será si no les juego alguna mala pasada a esos endiablados españoles.

—Me alegro de verte tan animado y con tan buenas disposiciones, Martín. ¡Adiós!... ¡Buena suerte, y sobre todo, serenidad y aplomo!

— ¡Buena suerte, monseñor, y mucha prudencia!

Con esto se separaron el señor y el escudero. Ningún tropiezo encontró Martín al principio. Aunque no le era posible separarse mucho del camino, esquivó con bastante habilidad el encuentro con algunas patrullas, cuya vigilancia logró burlar a favor de la oscuridad. Por desgracia, a medida que se aproximaba al campamento de los walonas, los centinelas se multiplicaban, y con los centinelas, el peligro.

En el cruce de dos caminos, Martín se encontró de repente entre dos patrullas, una de a pie y otra de a caballo. Un ¿Quién vive? enérgico demostró al desgraciado Martín que había sido descubierto.

— ¡Vaya! —exclamó para sus adentros—. Llegó la ocasión de apelar a la imprudencia que tanto me recomendó mi señor.

Y como iluminado por una idea providencial, empezó a cantar a grito herido la conocida canción del sitio de Metz:

El día de Todos Santos

ha llegado de Germania.

¡Ya está frente a nuestra plaza!

¡Ya está en la cruz de Mesania!

— ¿Quién vive? —gritó con acento imponente una voz ruda.

— ¡Campesino de Angimont! —respondió Martín Guerra.

Y continuó su camino y su canción con celeridad y entusiasmo crecientes.

Allá, en el verde otero

acampa el duque de Alba,

y espera la noche oscura

para acometer...

— ¿Quieres callar, patán de los demonios? —le interrumpió una voz áspera.

Tuvo en cuenta Martín Guerra que los importunos que tan sin miramientos le interrumpían eran diez contra uno; que si huía, sus caballos le alcanzarían pronto y sin esfuerzos, y por otra parte, que su fuga despertaría sus sospechas; en vista de lo cual, se detuvo de repente dejando de cantar. Casi hasta se alegró de que le depararan ocasión de dar pruebas de su disimulo, sangre fría y sagacidad. Su señor, que muchas veces había dudado de su talento, le estimaría en más en lo sucesivo si conseguía salir de trance tan difícil a fuerza de astucia.

Como es natural, fingió desde luego una confianza ilimitada.

— ¡Por San Quintín mártir! —exclamó, acercándose a la tropa—. ¡Vive Dios que habéis hecho una acción meritoria con interrumpirme! ¡Dejad que un pobre campesino pueda llegar cuanto antes a Angimont, donde le esperan impacientes su mujer y sus pobres hijitos! ¡Despachad pronto!... ¿Qué queréis de mí?

Martín Guerra quiso hablar en dialecto picardo, pero lo hizo en el de Auvernia y con acento provenzal. Verdad es que también el hombre que le interrogó pretendió hablarle en francés y lo hizo en idioma walon con acento alemán.

— ¿Qué queremos de ti, dices? Sencillamente preguntarte y registrarte, tunante, que a las veces, un sayo de campesino oculta un espía peligroso.

Podéis preguntarme lo que queráis y registrarme hasta que os canséis — dijo Martín Guerra soltando una carcajada... menos natural de lo que el infeliz hubiera deseado.

—Eso haremos en el campamento, adonde vas a venir con nosotros.

— ¡Al campamento! ¡Como queráis! ¡Me alegro! ¡Así como así deseo hablar con el jefe! ¿Os parece decente detener a un pobre campesino de Angimont, que vuelve de San Quintín después de llevar víveres a los camaradas vuestros que están en las avanzadas? ¡Que Dios me condene si vuelvo a hacerlo! Por mí, vosotros y todo vuestro ejército podrá morir de hambre. Iba a Angimont en busca de más provisiones, pero una vez que me habéis detenido, ¡buenas noches nos dé Dios! ¡No me conocéis, no, que si me conocierais...! Pronto os pesará el perjuicio que me causáis. San Quintín, cabeza de rocín, dice el proverbio picardo. ¡Tomarme a mí por espía...! ¡Vamos al campamento! ¡Me quejaré al general!

— ¡Ira de Dios, y que lenguaje! —exclamó el que mandaba la patrulla—.

El jefe, amigo espía, soy yo, y conmigo te entenderás en cuanto raye el día. ¿Te parece que vamos a despertar al general por un bribón como tú?

— ¡Yo quiero ver al general! —insistió Martín con volubilidad—. Necesito hablar con todos los generales y con todos los coroneles. Quiero decirles que no se detiene así, sin más ni más, a un pobre campesino que a nadie hace daño, a un campesino que os da de comer a vosotros y a vuestros camaradas. No he cometido ninguna falta; soy un honrado vecino de Angimont, y pediré indemnización por los perjuicios que me causáis, y a vosotros os ahorcarán por habérmelos causado.

—Camarada; parece que dice verdad ese hombre —dijo uno de los soldados al que mandaba la patrulla.

—Verdad es; tanto, que le dejaría marchar si no me pareciese que reconozco su voz. Vamos al campamento, y allí se aclarará todo.

Por mayor seguridad, Martín fue colocado entre dos caballos. Durante el camino, no cesó de maldecir y de jurar, y jurando y maldiciendo entró en la tienda donde le llevaron.

— ¡Así tratáis a vuestros amigos y aliados! —decía—. ¡Está bien... muy bien! ¡Luego iréis a buscar avena para vuestros caballos y harina para vosotros...! ¡Si no coméis otra que la que yo os traiga...! ¡Os abandono para siempre! ¡No contéis conmigo para nada! En cuanto me preguntéis y dejéis en libertad, a Angimont me vuelvo, y si volvéis a verme el pelo, os autorizo para que me lo cortéis juntamente con la cabeza... Aunque tal vez me volváis a ver mañana, pero vendré para quejarme a monseñor Filiberto Emmanuel en persona, y no os arriendo la ganancia.

En aquel momento acercaron una antorcha a la cara de Martín Guerra.

— ¡Diablo! —exclamó el jefe de la patrulla, retrocediendo un paso—. ¡No me engañaba! ¡Es el mismo, sí... no hay duda! ¿No le reconocéis todavía vosotros?

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —iban diciendo sucesivamente todos los soldados, conforme lo examinaban con curiosidad que al punto se trocaba en indignación.

— ¿Que me habéis reconocido? ¡No me extraña! —dijo Martín Guerra, en cuyo pecho entraba a raudales el espanto—. ¿Sabéis ya quién soy? Entonces, como os supongo convencidos de que me llamo Martín Cornouiller, natural de Angimont, me dejaréis marchar al punto.

— ¿Dejarte marchar, malandrín, pillo, deshecho de la horca? —rugió el jefe, mirando al desventurado con ojos inflamados y agitando amenazador los puños.

— ¿Qué os pasa, amigo? —preguntó Martín—. Pues qué: ¿no soy Martín Cornouiller?

— ¡No, tunante! ¡No eres Martín Cornouiller! Diez hombres estamos aquí y los diez te conocemos... ¡Decid, amigos míos, a ese impostor cómo se llama, y así tal vez se convencerá de que no hay en el campamento quien no esté al tanto de sus villanías!

— ¡Es Arnaldo de Thill, el miserable Arnaldo de Thill! —gritaron las diez voces con espantosa unanimidad.

— ¡Arnaldo de Thill!... ¿Y quién es Arnaldo de Thill? —preguntó Martín Guerra poniéndose espantosamente pálido.

— ¡Eso es! ¡Reniega de tu nombre, infame! —tronó el jefe—. ¡Por supuesto, que de nada te ha de servir, porque tienes aquí diez testigos que te reconocen y contradicen! ¿Te atreverás a afirmar, en presencia de tantos testigos, que no te hice prisionero en la batalla del día de San Lorenzo, entre los servidores del condestable?

— ¡No... no! Yo soy Martín Cornouiller... —balbuceó Martín perdiendo la cabeza.

— ¡Conque Martín Cornouiller! —repitió el jefe sonriendo despectivamente—. ¡Eres el cobarde Arnaldo de Thill, que me prometiste pagar tu rescate, que fuiste tratado por mí con consideraciones que no merecías, y que escapaste anoche después de robarme, además del poco dinero que poseía, a mi hermosa y queridísima Gúdula, la linda cantinera! Di, malvado: ¿qué has hecho de Gúdula?

— ¿Qué has hecho de Gúdula? —repitieron los demás a coro formidable.

— ¿Qué he hecho de Gúdula? —repitió Martín Guerra aterrado—. ¿Lo sé por ventura, pobre de mí? ¿Pero de veras me reconocéis todos? ¿Estáis ciertos de que no os engaáis? ¿Podrías jurar que me llamo... Arnaldo de Thill, que este valiente soldado me hizo prisionero en la batalla del día de San Lorenzo y que le he robado alevosamente a su Gúdula? ¿Podrías jurármelo?

— ¡Sí, sí! —gritaron con energía las diez voces.

— ¡Pues bien! ¡No me sorprende! —exclamó con resignación Martín Guerra, que divagaba y se confundía, como sabemos, siempre que tocaban el punto de su doble personalidad—. No, ciertamente: nada de lo que decís me extraña. Habría yo sostenido hasta el día del juicio que soy Martín Cornouiller, pero me aseguráis que soy Arnaldo de Thill, afirmáis que ayer estuve aquí, y nada tengo que decir. No niego más; me resigno. Puesto que las cosas vienen así, me pongo a vuestra disposición atado de pies y manos. No había yo previsto este contratiempo... ¡Ay, Dios mío! ¡Ya me extrañaba que durase

tanto mi tranquilidad! ¡Cómo ha de ser! Haced de mí lo que queráis, llevadme, amarradme, ahorcadme. La Picardía que decís que he cometido con Gúdula me ha convencido de que os engañáis. Sin duda soy el que decís, pero al menos, celebro saber que me llamo Arnaldo de Thill.

El pobre Martín Guerra confesó cuanto quisieron que confesase, sufrió con cristiana paciencia injurias e improperios, y ofreció a Dios todas sus desdichas como expiación por las nuevas Picardías que le echaban en cara. Como no le era posible explicar qué había hecho de Gúdula, le amarraron sin compasión y le hicieron víctima de toda suerte de malos tratamientos, que soportó con angelical paciencia. Lo único que le afligía era no haber podido dar cima a la misión que le confiara su señor; ¿pero, podía prever que le atribuirían nuevos crímenes que reducirían a la nada sus hermosos proyectos fundados en su sagacidad y presencia de espíritu?

—Lo único que me consuela —se decía a sí mismo en el húmedo rincón donde le habían tendido— es que tal vez el otro Arnaldo de Thill entre triunfante en San Quintín con el destacamento del barón de Vulpergues. ¡Pero no, no! ¡Esto es otra quimera! Más probable es que ese bribón se encuentre a estas horas camino de París, descansando en algún mesón con su bella Gúdula. ¡Ay de mí! ¡Me parece que cumpliría de mejor gana la penitencia si al menos hubiese cometido ese pecado!

### XXX

#### ARDIDES DE GUERRA

Por quiméricas que parecieran las esperanzas de Martín Guerra, es lo cierto que se realizaron: cuando Gabriel, después de vencer mil dificultades y de correr grandes peligros, llegó al bosque donde le esperaba el barón de Vulpergues, la primera persona con quien topó fue su escudero, y la palabra primera que pronunció fue: ¡Martín!

—El mismo, monseñor —respondió resueltamente el escudero.

No era por cierto aquél el Martín Guerra que necesitaba que le recomendasen el empleo de la imprudencia.

— ¿Llegaste mucho antes que yo, Martín? —preguntó Gabriel.

—Sobre una hora, monseñor.

— ¡Muy bien... muy bien...! Pero si no me engaño, has cambiado de traje; cuando nos separamos hace tres horas no llevabas esa casaca.

—No, monseñor; la pedí a un labriego más auténtico que yo, y le di mi saco en cambio.

— ¿No has tenido ningún mal encuentro en el camino?

—Ninguno, monseñor.

—Todo lo contrario —terció el barón de Vulpergues, que apareció en aquel momento—. El gran tunante llegó aquí acompañando a una muchacha linda y graciosa, una cantinera flamenca, según hemos podido juzgar por la lengua que habla. Lloraba sin cesar, la pobrecilla, y la despidió en el lindero antes de llegar hasta aquí.

—Pero no sin haberla aliviado antes del peso de algunas chucherías que me hacían falta —observó el falso Martín Guerra riendo con insolencia.

— ¡Ay, Martín, Martín! —exclamó Gabriel—. ¡Está enseñando otra vez la oreja el Martín malo!

—Monseñor quiere decir sin duda el Martín joven... Pero perdonad, señor —dijo Arnaldo de Thill, acordándose del papel que representaba—: con mi charla robo a vuestras señorías unos momentos preciosos.

—Estoy dispuesto —dijo el barón de Vulpergues a Gabriel, luego que éste le dio cuenta de su excursión y de su propósito—. Si es ésa vuestra opinión, señor de Exmés, y la del señor almirante, nos pondremos en camino dentro de media hora. No son todavía las doce de la noche, y mi parecer es que no debemos llegar a San Quintín antes de las tres de la madrugada, hora en que el enemigo descuida algún tanto la vigilancia. ¿Qué os parece, señor vizconde?

—Me parece perfectamente, tanto más, cuanto que vuestra opinión se armoniza en todo con las instrucciones del señor de Coligny. A las tres de la madrugada nos esperará, y a esa hora llegaremos... los que lleguemos o lleguen.

—Llegaremos, monseñor; permitidme que os lo asegure —dijo el Martín Guerra apócrifo—. A mi paso por el campamento de los walonas, examiné tan a conciencia las cercanías, que me comprometo a guiaros con tanta seguridad como si hubiese allí vivido cien días.

— ¡Eso es prodigioso, Martín! —exclamó Gabriel—. ¡En tan poco tiempo, qué de cosas has hecho! Está visto que, de hoy en adelante, habré de tener tanta confianza en tu inteligencia como en tu fidelidad.

— ¡Oh, monseñor! ¡Colmáis mis ambiciones con sólo, que confiéis en mi celo y en mi discreción!

Entre la casualidad y la osadía habían urdido tan admirablemente la trama del astuto Arnaldo, que después de la llegada de Gabriel, pudo el impostor

engañar a todos sin separarse un ápice de la verdad.

En tanto que Gabriel y Vaulpergues combinaban los detalles de la marcha que en breve iban a emprender, Arnaldo, por su parte, ultimaba su plan en forma que ningún incidente imprevisto viniera a destruir los efectos de la casualidad, que tan prodigiosamente le había favorecido hasta allí.

He aquí lo que había ocurrido. Arnaldo, después de haberse escapado, gracias a Gúdula, del campamento español, donde se hallaba prisionero, anduvo a la ventura por los bosques de las inmediaciones durante diez y ocho horas, sin atreverse a salir de la espesura por miedo a caer nuevamente en poder de sus enemigos. Al anochecer creyó descubrir en el bosque de Angimont pisadas de caballos, y sospechó que debían andar ocultos, pues de otra suerte no se concebía que se hubiesen aventurado por senderos tan poco trillados. Puesto que los caballos andaban ocultos, pocos esfuerzos de imaginación precisaba hacer para conjeturar que se trataba de caballería francesa, probablemente emboscada. Arnaldo resolvió seguir las huellas, y éstas le llevaron al sitio donde el barón de Vaulpergues esperaba a Gabriel. Entonces fue cuando despidió sin el menor miramiento a Gúdula, la cual hubo de volver llorando al campamento español, sin poderse figurar que en éste encontraría al amante que tan sin piedad acababa de despedirla. Pero volvamos a Arnaldo. El primer soldado con quien tropezó le llamó Martín Guerra, y él, como supondrá el lector, se guardó muy bien de desmentirle. Bastóle aguzar el oído y dar descanso a su lengua para enterarse de que el vizconde de Exmés debía llegar aquella noche de San Quintín, después de haberse puesto de acuerdo con el almirante para llevar a feliz término el proyecto de introducir en la plaza las fuerzas de Vaulpergues. Como sabían todos que Martín Guerra acompañaba al señor de Exmés, no bien vieron a Arnaldo, tomáronle por el escudero de aquél y le preguntaron por su señor.

—No tardará en llegar —contestó Arnaldo—. Hemos tomado caminos diferentes.

Arnaldo aquilataba mentalmente las ventajas de reunirse en aquel momento con el vizconde de Exmés, ventajas de las cuales acaso la menor era asegurar la subsistencia, siempre difícil, pero infinitamente más en aquellos tiempos y en aquellos lugares. Sabía el bribón que el condestable de Montmorency, prisionero a la sazón de Filiberto Emanuel, sentía acaso menos la afrenta de la derrota y los dolores del cautiverio que la probabilidad, la certeza, mejor dicho, de que su odiado rival el duque de Guisa iba a ser omnipotente en la corte y a gozar de un ascendiente ilimitado sobre el espíritu del rey. Por tanto, convertirse en sombra de un amigo del duque de Guisa, era para Arnaldo aplicar los labios a la fuente donde bebería datos preciosos que más tarde vendería a buen precio al condestable. Además, ¿no era Gabriel enemigo personal del condestable y el obstáculo más difícil de vencer para el

matrimonio de Francisco de Montmorency con Diana de Castro?

Todos estos pensamientos bullían en la mente de Arnaldo, pero pensaba al mismo tiempo con espanto que la llegada del vizconde con Martín Guerra podía destruir en un segundo todos sus planes, si no hallaba modo de alejar o de suprimir al crédulo escudero. Su alegría fue inmensa cuando vio llegar a Gabriel solo, y mayor aún cuando éste le reconoció al punto por su escudero. Sin saberlo, Arnaldo había dicho la verdad. A partir de aquel instante se abandonó a su suerte, y seguro de que el diablo su protector habría hecho caer al pobre Martín Guerra en poder de los españoles, se apoderó audaz del papel del ausente e hizo las veces de éste con éxito admirable, conforme acabamos de ver.

Celebrada la conferencia de Gabriel con Vaulpergues, y después de formados los tres grupos, al ir a emprender la marcha por tres caminos distintos, Arnaldo aconsejó a Gabriel que tomase el que pasaba junto a las tiendas de los walonas. Adivinó que Martín Guerra debió de tomar aquella dirección, y por si la casualidad hacía que le encontrasen, quería hallarse junto al vizconde para hacer desaparecer al escudero, si le era posible, o desaparecer él, en último extremo.

Dejaron el campo walon a sus espaldas sin haber encontrado a Martín, y ya desde entonces olvidó Arnaldo la idea del insignificante peligro que por aquella parte podía amenazarle, para pensar en otro incomparablemente mayor: en el que frente a los muros de San Quintín esperaba a Gabriel y a las tropas de que él formaba parte.

No era menor la ansiedad en el interior de la ciudad, cuya salvación o pérdida dependían del fracaso o del éxito del temerario golpe de mano de Gabriel y de Vaulpergues. Así fue que, desde las dos de la madrugada en adelante, se encargó personalmente del servicio de rondas el mismo almirante, que recorrió todos los puntos convenidos con el vizconde de Exmés y recomendó una atención exquisita a los centinelas colocados en los puntos delicados. Dichos centinelas habían sido escrupulosamente escogidos. Gaspar de Coligny subió entonces a la torre atalaya, que dominaba la ciudad y sus alrededores, y allí, mudo, inmóvil, conteniendo hasta la respiración, escuchaba y hundía sus miradas en las negruras de la noche. No oía más que el rumor sordo y lejano producido por los minadores españoles y por los contraminadores franceses, ni veía más que las tiendas enemigas, y a lo lejos, los negros bosques de Origny como recortados en opaca nube.

No pudiendo dominar la inquietud, el almirante quiso acercarse al sitio donde debería decidirse la suerte de San Quintín. Bajó de la torre atalaya, montó a caballo y, seguido de un grupo de oficiales, se dirigió hacia al baluarte de la Reina por una de cuyas poternas debía penetrar Vaulpergues, y subiendo



a uno de los ángulos de la muralla, esperó.

Estaban dando las tres en el reloj de la Colegiata, cuando sonó el canto de un búho en el centro de la ciénaga del Somma.

— ¡La señal! —exclamó el almirante—. ¡Dios sea loado!

Previa una indicación del almirante, el señor de Breuil, formando bocina con sus manos, contestó la señal remedando el grito peculiar del quebranta huesos.

A esto siguió un silencio angustioso. El almirante y los que le acompañaban esperaban inmóviles, semejantes a estatuas de granito, con el oído alerta y el corazón oprimido.

De pronto retumbó un tiro de mosquetón hacia donde había cantado el búho, y casi simultáneamente sonó una descarga cerrada, a la que siguieron gritos agudos, gemidos siniestros y espantosos rumores.

¡El primer grupo había sido descubierto!

— ¡Cien valientes menos! —exclamó con tristeza infinita el almirante.

Bajó rápidamente del baluarte, montó de nuevo a caballo y echó a andar, sin decir palabra, hacia el baluarte de San Martín, por donde esperaba que llegase la segunda fracción de la compañía de Vaulpergues.

Allí le esperaban las mismas agonías. Gaspar de Coligny se parecía al jugador que aventura toda su fortuna en tres jugadas de dados. La primera la había perdido ya: ¿sería más afortunado en la segunda?

Al otro lado de la muralla se dejó oír el mismo grito, que recibió igual contestación que el primero desde el interior del recinto; y a continuación, como si Dios hubiese dispuesto que la segunda escena fuera repetición exacta de la primera, un centinela español dio la voz de alarma, tronaron los mosquetes, y los gritos y los lamentos anunciaron a los sitiados de San Quintín que se reñía un segundo combate, o para hablar con más propiedad, que tenía lugar una segunda matanza.

— ¡Doscientos mártires! —dijo Coligny con voz sorda.

Montando de nuevo a caballo, en menos de dos minutos llegó a la poterna del arrabal, tercero de los puntos convenidos con Gabriel. Con tal velocidad recorrió el trayecto, que al llegar se encontró solo en la muralla: poco a poco fueron incorporándose sus oficiales. Todos aplicaban el oído, pero nada oían más que el lúgubre gemir de los moribundos y los gritos de triunfo de los vencedores.

El almirante lo creyó todo perdido. La alarma había cundido por todo el campo enemigo; no había un soldado español que no estuviese alerta. Era de

suponer que el jefe del tercer grupo consideraría necesario no exponerse a un peligro tan mortal, y se retiraría prudente sin intentar penetrar en la plaza. ¡El jugador, después de perder las dos terceras partes de su fortuna, no podía hacer su última jugada! También temía Coligny que la tercera fracción hubiese sido sorprendida juntamente con la segunda y que las dos matanzas se hubiesen confundido en una sola.

Una lágrima, lágrima ardiente de desesperación rodaba por las curtidas mejillas del almirante. Dentro de breves horas, la población, desanimada de resultas del nuevo fracaso, pediría a gritos la rendición de la plaza, y aunque no la pidiera, Gaspar de Coligny sabía demasiado que sus desmoralizadas tropas no podrían oponer resistencia formal a los sitiadores, y que el primer asalto que éstos dieran, pondría en sus manos la plaza de San Quintín y les abriría de par en par las puertas del reino de Francia. El asalto no se haría esperar; probablemente lo darían al rayar el día, y quién sabe si durante la noche, aprovechando el entusiasmo que la matanza de los socorros enviados a la plaza debió de producir en las huestes sitiadoras.

Como para confirmar los temores del almirante, el gobernador De Breuil pronunció a su lado y con voz ahogada la palabra «Alerta».

— ¿Serán amigos o enemigos? —preguntó De Breuil en voz baja.

— ¡Silencio! —contestó el almirante—. Por lo que puede ser, estemos prevenidos.

— ¡Es particular! —susurró De Breuil—. No se oyen pasos, creo distinguir caballos... ¿Cómo no suenan sus cascos? ¡La tierra sorda!... ¿Serán fantasmas?

De Breuil, que era supersticioso, hizo la señal de la cruz: Coligny, más sereno, contemplaba atento la masa negra y muda sin temor y sin emoción.

Cuando los fantasmas estuvieron a cincuenta pasos del muro, Coligny remedó el grito del quebranta huesos.

Al punto respondió el ulular del búho.

Transportado de gozo el almirante, se precipitó al cuerpo de guardia de la poterna, dio orden de abrir inmediatamente, y segundos después entraban en la ciudad cien jinetes, envueltos, ellos y sus caballos, en grandes capas negras. Entonces observaron que los cascos de los caballos, que tan sordamente herían la tierra, estaban envueltos con retazos de lona llenos de arena. Gracias a este ardid, cuya idea fue sugerida por Gabriel en vista de la desgracia de los dos grupos primeros, el tercero logró penetrar felizmente en la plaza. El mismo que ideó el ardid mandaba aquellas fuerzas.

No era gran cosa para una ciudad tan agobiada como San Quintín un

socorro de cien hombres, pero bastaba para sostener por espacio de algunos días los puntos más amenazados, aparte de que era el primer suceso venturoso registrado en un sitio fecundo en desastres, así es que la noticia de buen agüero circuló rápidamente por la ciudad. Todas las casas abrieron sus puertas, todas las ventanas se iluminaron, y Gabriel y sus jinetes fueron recibidos con gritos de entusiasmo.

— ¡Suspended vuestro gozo! —dijo Gabriel con voz grave—. Pensad que acaban de caer al pie de los muros doscientos valientes.

Y se descubrió para saludar a los muertos, entre los cuales debía de encontrarse el esforzado Vaulpergues.

—Sí —respondió Coligny—; compadecemos y admiramos. ¿Pero cómo expresaros a vos, señor de Exmés, la gratitud que os debemos? Ya que no otra cosa, me permitiréis que os estreche entre mis brazos, porque habéis salvado dos veces a San Quintín.

Gabriel, estrechándole la mano, contestó:

—Señor almirante; dentro de diez días, quizás os suplique que repitáis las palabras que acabáis de pronunciar.

## XXXI

### LA CUENTA DE ARNALDO DE THILL

Justo era que el venturoso socorro entrase en la ciudad y que los oprimidos corazones de sus habitantes disfrutasen de alguna expansión. Principiaba a despuntar la aurora cuando Gabriel, rendido de fatiga, después de cuatro días de rudo trabajar, sin poder descansar apenas, consiguió separarse de los que jubilosos le aclamaban. El almirante le alojó en las casas consistoriales dándole la habitación contigua a la que ocupaba él. Gabriel se acostó y se entregó a tan profundo sueño, que parecía que no había de volver a despertar.

Y no despertó en efecto hasta las cuatro de la tarde, a cuya hora entró Coligny en su habitación e interrumpió el sueño reparador de que tanta necesidad tenía el quebrantado joven. Por la mañana, el enemigo había dado un asalto que fue rechazado con denuedo; pero todo hacía creer que lo repetiría al día siguiente, y el almirante, a quien tanto habían servido los consejos de Gabriel, venía con objeto de pedirle otros nuevos.

Nuestro protagonista saltó con agilidad del lecho y se dispuso a recibir al almirante.

—Dispensadme, señor almirante —dijo Gabriel—; voy a decir dos palabras a mi escudero, e inmediatamente estoy a vuestras órdenes.

—Dueño sois de hacer lo que gustéis, señor vizconde de Exmés —respondió Coligny—. Toda vez que de no haber sido por vos, el pabellón español tremolaría en las casas consistoriales, bien puedo deciros: «Estáis en vuestra casa».

Gabriel llamó a Martín Guerra, que acudió al instante. Llevándole aparte, le dijo:

—Ayer te dije, mi valiente Martín, que en adelante me merecerán tanta confianza tu inteligencia e ingenio como tu bien probada fidelidad, y hoy voy a demostrártelo. Ahora mismo vas a ir al hospital de sangre del arrabal de la Isla, donde preguntarás, no por la señora Diana de Castro, sino por la superiora de las benedictinas, la respetable madre Mónica, y a ella, solamente a ella, le suplicarás que advierta a sor Bendita, fíjate bien, a sor Bendita, que el vizconde de Exmés, enviado por el rey a San Quintín, irá a visitarla dentro de una hora, y que le suplica que tenga la bondad de esperarle. Ya ves que el señor de Coligny me retendrá aquí durante algunos minutos, y un interés de vida o muerte me obliga, como sabes, a supeditar mis alegrías a mis obligaciones. Vete, pues, y que sepa al menos que mi corazón está con ella.

—Lo sabrá, monseñor —afirmó Martín, que salió al punto dejando a su señor menos impaciente y más tranquilo.

Sigámosle al arrabal de la Isla, adonde se dirigió presuroso, preguntando a cuantos tropezaba por la madre Mónica. Le indicaron dónde la encontraría, y acercándose a ella, le dijo:

— ¡Ah, madre mía! ¡Por fin os encuentro! La desesperación de mi pobre señor habría sido inmensa si yo no hubiese conseguido llevar a feliz término el encargo que me dio para vos y para la señora Diana de Castro.

— ¿Quién sois vos, hermano mío, y de parte de quién venís? —preguntó la superiora, tan sorprendida como afligida, al ver que Gabriel había guardado tan mal un secreto que tanto le había recomendado.

—Vengo de parte del señor vizconde de Exmés —respondió el falso Martín Guerra aparentando simplicidad—. Supongo que conocéis al señor vizconde... En la ciudad no hay quien no le conozca.

—Es verdad —dijo la superiora—. Conozco a nuestro salvador, por quien hemos orado a Dios con instancia. Tuve el honor de verle ayer, y esperaba verle hoy, porque así me lo prometió.

—Y vendrá, madre mía, vendrá muy pronto mi noble señor. Pero le retiene en este instante el señor de Coligny, y como su impaciencia es tanta, ha

querido que me adelantara para anunciar su llegada a vos, y particularmente a la señora Diana de Castro. No os extrañe, madre mía, que yo sepa y pronuncie el nombre de esa señora: mi fidelidad nunca desmentida permite a mi señor tener confianza ilimitada en mí, y jamás tiene secretos para su leal servidor. Todo el mundo dice que mi talento es escaso y nula mi inteligencia, pero sé idolatrar y defender a mi amo. Tiene razón; estas cualidades nadie puede ponerlas en duda, ¡por las reliquias de San Quintín! ¡Oh! ¡Perdonad, madre mía, el que me haya permitido jurar en vuestra presencia! Lo hice inadvertidamente, por costumbre... y porque los efectos del corazón...

— ¡Basta, basta! —dijo sonriendo la madre Mónica—. ¿Decís que va a llegar el señor vizconde de Exmés? Será bien recibido. Sor Bendita, sobre todo, anhela verle para que le dé noticias de su augusto padre, que le ha enviado.

— ¡Ah...! —exclamó Martín riendo con risa de idiota—. Es verdad... y no lo es: yo me entiendo. Es verdad que su augusto padre ha enviado a mi amo a San Quintín, pero no lo es que le haya enviado para que viese a la señora Diana.

¿Qué queréis decir? —preguntó la superiora.

—Digo, madre mía, que yo, que adoro al señor vizconde de Exmés, que le quiero no sólo como a mi señor, sino como a un hermano, celebro en el alma que vos, que sois una santa digna del mayor respeto, os hayáis dignado proteger los amores de mi señor con la señora Diana de Castro.

— ¡Los amores de la señora de Castro! —exclamó la superiora asustada.

— ¡Sí, señora! —repuso el fingido imbécil—. Supongo que la señora de Castro os lo habrá confesado todo, a vos que sois su madre amantísima y su única amiga.

—Me ha hablado, aunque de un modo muy vago, de profundas penas del corazón, pero jamás de amores profanos, jamás del vizconde. No sabía nada; nada absolutamente.

—Sí... sí... comprendo. Negáis por... modestia —observó Arnaldo, bajando la cabeza con aires de inteligencia—. Si he de ser franco, vuestra conducta me parece admirable, y no sé cómo agradeceros el favor que hacéis a mi amo. No puede negarse que sois valerosa, porque, como el rey se opone a estos amores... ¡Oh! La cólera del padre de la señora de Castro sería terrible si llegara a sospechar que los amantes pueden siquiera verse. Pues bien: yo, mi santa madre, en vuestro lugar, desafiaría toda la cólera del rey y toda la autoridad del padre, y prestaría a mis pobres enamorados todo mi apoyo, toda la sanción que pudiera darles mi carácter; les proporcionaría medios de verse, les daría esperanza y acallaría sus remordimientos. ¡Oh! ¡Es soberbio, es

magnífico lo que hacéis, madre mía!

— ¡Jesús! —exclamó la superiora, juntando las manos sorprendida y aterrada—. ¡Jesús! ¡Burlar a un padre y a un rey! ¡Mi nombre y mi vida mezclados en intrigas amorosas! ¡Oh!

—Allá veo a mi señor, que viene presuroso a daros las gracias por vuestra generosa mediación, y a preguntaros ¡la impaciencia de los jóvenes enamorados es muy natural! a preguntaros cuándo y cómo podrá, gracias a vos, ver a su idolatrada amante.

Gabriel llegó, en efecto, jadeante y falto de aliento; pero la superiora, antes de que llegase a su lado, le detuvo con un gesto y le dijo con severa dignidad:

—No deis un paso más, ni pronunciéis una palabra, señor vizconde. Estoy enterada de las intenciones que abrigáis, del objeto que perseguís al intentar ponerlos en comunicación con la señora de Castro, y no debéis esperar que yo me preste a secundar proyectos indignos de un caballero. Y no sólo no debo ni quiero volveros a oír hablar, sino que estoy resuelta a usar de toda mi autoridad para quitar a Diana toda ocasión o pretexto de veros, ya sea en el locutorio del convento, ya en las ambulancias u hospitales. Sé que ella es libre, que no ha pronunciado votos que la ligen; pero mientras quiera permanecer en este asilo, escogido por ella, mientras esté en el convento ha de aprobar que mi protección es la salvaguardia de su honor y no de su amor.

La superiora saludó con frialdad a Gabriel, que quedó inmóvil y atónito, y se retiró sin mirarle ni esperar respuesta.

— ¡Qué significa esto, santo Dios! —preguntó Gabriel a su fingido escudero después de un momento de estupefacción.

—Yo no sé, monseñor —contestó Arnaldo, que supo dar a su alegría interior todas las apariencias de la consternación—. La señora superiora me ha recibido muy mal, me ha dicho que estaba enterada de nuestros designios y que el deber la obliga a oponerse a ellos y a secundar los del rey, y ha añadido que la señora Diana de Castro no os ama y que duda que nunca os haya amado.

— ¡Que Diana no me ama! —exclamó Gabriel palideciendo—. ¡Ay de mí! ¡Quizá fuera mejor! Sin embargo, quiero verla una vez más, quiero demostrarle que no me es indiferente y que no soy culpable. Me es indispensable, Martín, que me ayudes a conseguir esa entrevista, que tan necesaria me es para animarme en mi empresa.

—Monseñor sabe muy bien —contestó con humildad Arnaldo— que soy instrumento ciego de su voluntad, que le obedezco en todo, como la mano obedece a la cabeza. Yo haré cuanto de mí dependa, como acabo de hacerlo en

este instante, para que mi señor celebre con la señora la entrevista que desea.

Y el astuto bribón, riéndose interiormente, siguió a Gabriel, que volvió a las casas consistoriales triste y abatido.

Por la noche, después de una ronda que hizo por las murallas el supuesto Martín Guerra, cuando se vio solo en su cuarto, sacó del pecho un papel que se puso a leer con muestra de viva satisfacción.

Cuenta de Arnaldo de Thill con el señor condestable de Montmorency, desde el día que fue separado violentamente de monseñor. (Esta cuenta comprende los servicios públicos y los privados).

«Por haber aconsejado, siendo prisionero del enemigo después de la jornada del día de San Lorenzo, al ser conducido a presencia de Filiberto Emanuel, a este general que pusiese en libertad al condestable sin exigirle rescate, haciéndole comprender que monseñor haría menos daño a los españoles con su espada que favor con sus consejos al rey, cincuenta escudos.

«Por haber escapado, recurriendo a su astucia, del campo donde tenían prisionero al susodicho Arnaldo de Thill, y ahorrado con su fuga al señor condestable el importe del rescate, que sin duda habría pagado generosamente para recobrar a su fiel y necesario servidor, cien escudos.

«Por haber guiado hábilmente por senderos extraviados el destacamento que llevaba el vizconde de Exmés para el socorro de San Quintín y del señor almirante de Coligny, sobrino de monseñor el condestable, veinte libra»..

Figuraban en la cuenta del miserable otras partidas tan imprudentes como las transcritas. El espía las leía y releía acariciándose la barba, y cuando terminó su lectura, tomó una pluma y añadió la siguiente:

«Por haber entrado al servicio del vizconde de Exmés, bajo el nombre de Martín Guerra, denunciado al mencionado vizconde a la superiora de las benedictinas como amante de la señora de Castro, y separado de esta suerte por largo tiempo a los dos jóvenes, lo cual interesaba extraordinariamente al señor condestable, doscientos escudo»..

—No es caro —se dijo Arnaldo—. Esta última partida bien vale la pena de que dejen pasar sin discusión todas las demás. La cifra total es bastante redonda; nos acercamos a las mil libras, y con un poquito de imaginación no dudo que llegaremos pronto a las dos mil. Si llego a tenerlas, juro que me retiraré de los negocios, que me casaré, que seré padre ejemplar de mis hijos, que ocuparé el cargo de mayordomo de fábrica de mi parroquia, y que veré así realizados los sueños de toda mi vida y el honrado fin de todos mis desvelos y malas acciones.

Arnaldo se acostó y no tardó en dormirse arrullado por sus virtuosas

resoluciones.

A la mañana siguiente volvió a ser requerido por Gabriel para que se dedicase a prepararle una entrevista con Diana, comisión que cumplió en la forma que sin esfuerzo adivinará el lector. Gabriel se separó de Coligny para ocuparse personalmente en el mismo asunto; pero a eso de las diez de la mañana el enemigo intentó un nuevo asalto y no tuvo más remedio nuestro enamorado que correr a las murallas. Como siempre, hizo Gabriel prodigios de valor y se batió como si hubiese tenido cien vidas que perder.

Verdad es que, si no tenía cien vidas que perder, quería salvar dos a toda costa, y por otra parte, si se distinguía por su denuedo, acaso Diana oiría hablar de él.

## XXXII TEOLOGÍA

Volvía Gabriel del asalto rendido de fatiga, al lado del almirante Coligny, cuando dos hombres que pasaban a corta distancia, pronunciaron el nombre de sor Bendita. Sin poder contenerse, el joven se separó del almirante y se acercó a aquellos hombres, a quienes preguntó anhelante si sabían noticias de la hermana que acababan de nombrar.

— ¡Oh, Dios mío! Nada sabemos, mi capitán —respondió uno de ellos, que era precisamente el tejedor Juan Peuquoy—. En este momento venía lamentándome de ello con mi compañero, porque no sé que nadie haya visto hoy a esa noble y valerosa señora. Decía yo que después de una jornada como la de este día, muchos desgraciados heridos necesitarán de sus cuidados y de su sonrisa angelical. Pero pronto sabremos si está enferma o no, porque mañana por la noche le corresponde estar en el hospital, y hasta hoy, no ha faltado nunca. Las religiosas son muy pocas, sus servicios muchos, y no es de esperar que puedan o quieran dispensar a ninguna, a no ser por necesidad absoluta. Mañana la veremos, a no dudar, y yo me felicitaré de ello por los pobres heridos a quienes ella consuela y anima como pudiera hacerlo un ángel bajado del cielo.

—Gracias, amigo mío, gracias —contestó Gabriel, estrechando efusivamente la mano del tejedor, que quedó sorprendido de tan señalado honor.

Gaspar de Coligny había oído las palabras de Juan Peuquoy y observado la alegría de Gabriel. Nada dijo, sin embargo, a éste, cuando se le reunió; pero luego que entraron en la casa y se encontraron solos en la cámara que servía



de despacho al almirante, preguntó éste a Gabriel, sonriendo con afabilidad:

—Paréceme, amigo mío, que os interesa mucho la santa religiosa que llaman sor Bendita, ¿verdad?

—Como se interesa Juan Peuquoy —contestó Gabriel algo turbado—, y como sin duda os interesáis también vos, señor almirante, porque habréis notado como yo la falta que hace a nuestros heridos y la influencia benéfica que ejerce en todos los que gozan de su presencia o de su palabra.

— ¿Por qué pretendéis engañarme, amigo mío? —interrogó con tristeza Coligny—. ¡Poca confianza debo inspiraros cuando intentáis ocultarme la verdad!

— ¡Cómo, señor almirante! —exclamó Gabriel cada vez más turbado—. ¿Qué os hace suponer...?

— ¿Que sor Bendita es la señora Diana de Castro y que vos estáis enamorado de ella?

— ¡Lo sabíais...!

—Lo sorprendente sería que lo hubiera ignorado —repuso el almirante—. ¿No soy sobrino del condestable de Montmorency? ¿Ignora él nada de lo que pasa en la corte? ¿No posee Diana de Poitiers la confianza del rey y Montmorency el corazón de Diana de Poitiers? Como quiera que, según parece, en derredor de la persona de la señora Diana de Castro giran graves intereses de nuestra familia, me han prevenido oportunamente para que en todo momento esté dispuesto a secundar las miras de mi noble parentela. No hacía veinticuatro horas que había yo entrado en la plaza de San Quintín con encargo de defenderla o morir, cuando recibí un correo de mi tío. El correo en cuestión no venía para informarme, como supuse al principio, de los movimientos del enemigo o de los proyectos militares del condestable; había corrido mil peligros para participarme que en el convento de las benedictinas de San Quintín se había ocultado, bajo nombre supuesto, la señora Diana de Castro, hija del rey, para ordenarme que vigilase cuidadosamente todos sus pasos. Ayer, sin ir más lejos, llegó a la poterna del Sur y preguntó por mí un emisario flamenco, ganado a peso de oro por el condestable. Pensé, naturalmente, que venía de parte de mi tío, y que el objeto de su misión sería darme ánimos y hacerme presente, de parte del condestable prisionero, que estaba yo en el deber de restaurar la gloria de nuestro apellido, que tan rudo golpe sufrió el día de San Lorenzo, que el rey enviaría otros socorros, además de los que nos habéis traído vos, o bien ordenarme que me dejase matar en la brecha antes que rendir la plaza. ¡Pero no fue así! El emisario comprado no venía a traerme ninguna de esas palabras que reaniman y excitan; sino a denunciarme que el señor vizconde de Exmés, llegado la víspera a la plaza so

pretexto de defenderla o de morir bajo sus muros, amaba a la señora Diana de Castro, prometida de mi primo Francisco de Montmorency, y que la reunión de los amantes podía frustrar los grandes proyectos concebidos por mi tío. Añadía que, siendo yo, por dicha, el gobernador de San Quintín, me hacía presente que mi deber era recurrir a toda mi actividad para separar, sin reparar en medios, a la señora de Castro del vizconde de Exmés, impedir a toda costa que se viesen y contribuir así a la elevación y al poderío de la familia.

Coligny puso en sus palabras acentos inequívocos de tristeza y de amargura, pero Gabriel, que no reparó más que en el golpe que amenazaba destruir sus amorosas esperanzas, preguntó al almirante con entonación colérica:

—Según eso, señor almirante, ¿habéis sido vos quien me denunciasteis a la superiora de las benedictinas, y quien, fiel a las instrucciones de vuestro tío, procura arrebatarme una a una todas las probabilidades de ver a Diana?

— ¡Callad, joven, callad! —exclamó el almirante con expresión de altivez indecible—. Pero os perdono —añadió con más dulzura—; la pasión os ciega, y por otra parte, no habéis tenido todavía tiempo de conocer a Gaspar de Coligny.

Tanta nobleza y tanta bondad respiraban las palabras y el acento del almirante, que las sospechas de Gabriel se desvanecieron al punto. Avergonzado por haberlas abrigado siquiera hubiese sido un instante, alargó la mano a Gaspar de Coligny diciendo:

— ¡Perdonadme! ¿Cómo pude imaginar que os hubieseis mezclado en semejantes intrigas? ¡Os ruego que me perdonéis, señor almirante!

—Perdonado, Gabriel —contestó el almirante—. Así os quiero; con vuestros instintos juveniles y puros. Tenéis razón: no me mezclo yo en intrigas y enredos, que desprecio en la misma medida que a los que los han concebido. En ellos no veo la gloria, sino la vergüenza de mi familia, y lejos de aprovecharlos, los desdeño, porque me abochornan. Si esos hombres, para quienes son buenos todos los medios, indignos o no, si esos hombres que no temen erigir su fortuna sobre base vergonzosa, que a trueque de satisfacer su ambición o su codicia contemplan indiferentes el dolor y la ruina de sus semejantes, que por conseguir más pronto el objeto infame pasarían hasta sobre el cadáver de la madre patria, si esos hombres, repito, son mis parientes, para mí son el látigo con que Dios castiga mi orgullo y me recuerda el deber de ser humilde, y al propio tiempo un estímulo que me obliga a ser severo conmigo mismo e íntegro con mis semejantes, para expiar así las faltas de mis parientes.

—Sí —contestó Gabriel—; ya sé que rendís culto ferviente al honor y a la

virtud de los tiempos evangélicos. Quiero pedir os otra vez perdón, señor almirante, por haberos hablado en un momento de ofuscación como a cualquiera de esos señores de nuestra corte, sin fe y sin ley, que he aprendido a despreciar y odiar.

— ¡Ah! —exclamó Coligny—. ¡Más bien son dignos de lástima esos pobres ambiciosos, ciegos e ignorantes! Perdonadme, porque principiaba a olvidar que no hablo con un correligionario. Pero no importa: aunque profesemos religiones distintas, entrambos las profesamos honradamente y de buena fe, aparte de que presiento que, más tarde o más temprano, habéis de ser de los nuestros. La misma pasión amorosa que os abrasa os obligará a sostener una lucha desigual contra una corte corrompida, y destrozado probablemente vuestro amor, buscaréis consuelos en nuestras filas, donde seréis recibido con los brazos abiertos.

—Sabía ya, señor almirante, que pertenecíais a la religión reformada. Yo, aunque profese la católica, he aprendido a estimar y apreciar a los que sufren persecuciones. No me atrevo a aventurar profecías; pero, débil como soy de carácter, y enamorado locamente de Diana, casi me atrevo a asegurar que la religión que Diana profese será la mía.

— ¡Me parece muy bien! —exclamó Coligny, arrastrado, como casi todos sus correligionarios, por la fiebre del proselitismo—. ¡Me place! Porque, si la señora Diana de Castro aborrece las costumbres vergonzosas de nuestra corte, no dudo que ha de abrazar nuestra religión. Otro tanto haréis vos, lo repito; porque resultaréis vencido en la lucha que imprudente entabláis contra la corte, y al resultar vencido, querréis vengaros. ¿Creéis que el condestable de Montmorency, mi tío, después de haber puesto sus ojos en la hija del rey para darla a su hijo, se resignará a abandonaros tan rica presa?

— ¡Ay de mí! —exclamó Gabriel—. ¡Puede que ni siquiera se la dispute! Si el rey cumple los sagrados compromisos que tiene contraídos conmigo, entonces...

— ¡Compromisos sagrados! ¿Existen, por ventura, para quien, después de haber ordenado al Parlamento que discutiese libremente la cuestión de la libertad de conciencia, mandó quemar vivo a Anne Dubourg porque, fiado en su real palabra, defendió la causa de los reformados?

— ¡Oh! ¡No digáis eso! ¡No me digáis que el rey Enrique II dejará incumplida la solemne promesa que me hizo, porque entonces, no sería mi conciencia sola la que se rebelase; se rebelaría también mi espada! No sería ya hugonote, sino asesino.

—Probablemente no, Gabriel, porque los hombres honrados podemos ser mártires, pero nunca asesinos... Pero de todos modos, Gabriel, vuestra

venganza, aun no siendo sangrienta, sería terrible. Con vuestro juvenil ardor, con vuestro ardiente celo, nos ayudaríais en nuestra obra de renovación, que para el rey ha de ser más funesta que una puñalada. Debéis saber, amigo mío, que nuestros propósitos son arrancarle sus derechos inicuos y sus monstruosos privilegios, que nuestra reforma no ha de circunscribirse a la Iglesia, sino extenderse al gobierno, y que si aquélla esperamos que sea benéfica para los buenos, desde luego afirmo que ha de ser implacable para los perversos. Pruebas tengo dadas de que amo y sirvo bien a mi patria; pues bien: profeso la religión reformada porque veo en ella el germen del engrandecimiento de mi adorada Francia. ¡Ah, Gabriel! Si abrazaseis mi religión, ésta os infundiría un alma nueva y abriría ante vuestros ojos una vida nueva.

—Mi vida, hoy, es mi amor a Diana, y mi alma, una empresa santa que Dios me ha impuesto y que espero cumplir.

—El amor y las empresas santas de un hombre pueden conciliarse muy bien con el amor y las santas empresas de un cristiano. Hoy sois demasiado joven, estáis ciego, pero preveo, y creed que siento hacer os esta predicción, creo que la desgracia os abrirá los ojos. La generosidad y la pureza de vuestra alma atraerán sobre vos mil desventuras, porque sois como los grandes árboles que, cuando rugen tempestades, atraen los rayos. Entonces recordaréis lo que ahora os digo, leeréis y comprenderéis nuestros libros, y penetraréis todo el sentido de las siguientes palabras, atrevidas y severas, pero justas y hermosas, que pronunció no ha mucho un joven como vos, consejero del Parlamento de Burdeos, llamado Esteban de la Boetie: «¡Qué desventura o qué absurdo ver un número infinito de hombres, que no obedecen, sino tiranizados por uno solo que no es un Hércules ni un Sansón, sino con frecuencia un hombrecillo, el más cobarde y afeminado de la nación!».

—En efecto —contestó Gabriel—; semejantes discursos son audaces por demás, peligrosos, y sorprenden la inteligencia. Por otra parte, señor almirante, no niego que tengáis razón: es posible que algún día la cólera me arroje en vuestras filas, y la opresión me coloque en el partido de los oprimidos. Pero, mientras tanto, hay demasiada vida en mí para que pueda comulgar en esas ideas, y tengo demasiadas cosas en que pensar para destinar una parte del tiempo al estudio de vuestros libros.

Gaspar de Coligny siguió hablando con calor de las doctrinas e ideas que fermentaban entonces con la fuerza del mosto en su espíritu, y la conversación se prolongó mucho tiempo entre el joven apasionado y el hombre convencido, el uno fogoso y resuelto como la acción, el otro grave y profundo como el pensamiento.

El almirante no se equivocaba al hacer los sombríos pronósticos que hemos tenido ocasión de oír; la desgracia debía encargarse de fecundar los gérmenes

que la conferencia de que hemos hecho mérito pudo sembrar en el alma ardiente de Gabriel.

### XXXIII

#### SOR BENDITA

Era una hermosa y serena noche del mes de agosto. El puro y transparente azul del cielo estaba salpicado de estrellas, y la misma ausencia de la luna, que no había aparecido todavía, al dar a la noche aspecto de misterio, hacía la más soñadora y espléndida.

La dulce y tranquila calma contrastaba singularmente con el movimiento y el estruendo de aquel terrible día. Los españoles habían dado a la plaza dos asaltos consecutivos que, aun cuando fueron rechazados, hicieron más muertos y heridos de los que podía soportar el reducido número de los defensores de la ciudad. El enemigo, por el contrario, disponía de inagotables reservas de tropas de refresco para reemplazar a las fatigadas, por lo cual Gabriel, siempre prevenido, temía que los dos asaltos del día hubiesen tenido por objeto principal, si no único, agotar las fuerzas y disminuir la vigilancia de los sitiados para preparar y favorecer un tercer asalto o una sorpresa nocturna. Sin embargo, las diez acababan de dar en la torre de la Colegiata, y nada confirmaba sus sospechas. En las tiendas españolas no brillaba ninguna luz; en el campo, como en la ciudad, sólo resonaba el grito monótono de los centinelas. Sitiadores y sitiados descansaban, al parecer, de las fatigas de aquella jornada.

En su consecuencia, Gabriel, después de haber terminado la última ronda por las murallas, creyó que podía conceder algunos momentos de tregua a la vigilancia constante que había consagrado a la ciudad, a los desvelos que le había prodigado con la solicitud con que un buen hijo hubiera velado a su madre enferma. Desde la llegada de nuestro protagonista, San Quintín había resistido cuatro días, y si continuaba resistiendo otros cuatro, la palabra empeñada por aquél al rey quedaría cumplida, y el rey habría de cumplir la suya.

Gabriel había mandado a su escudero que le siguiese, pero sin decirle adónde iba. Desde la víspera, desde que la superiora de las benedictinas le recibió tan mal, comenzaba a desconfiar de su servidor, a dudar, si no de la fidelidad, al menos de la inteligencia de Martín Guerra, y por lo tanto, se guardó muy bien de hacerle partícipe de las noticias que había adquirido por conducto de Juan Peuquoy. Así fue que, el postizo Martín Guerra, que creía

que acompañaba a su señor a una ronda militar, quedó sorprendido al ver que se dirigía hacia el baluarte de la Reina, donde había sido instalada la ambulancia principal.

— ¿Vais a visitar a algún herido, monseñor? —preguntó.

— ¡Silencio! —contestó Gabriel llevando el índice a los labios.

Había sido establecida la ambulancia principal, a la que Gabriel y Arnaldo llegaron en aquel momento, cerca de las fortificaciones y no lejos del arrabal de la Isla, que era el punto más peligroso de la ciudad y, por consiguiente, el más necesitado de socorros. Ocupaba aquélla un edificio muy grande, que antes del sitio fue almacén de forrajes, y que desde que el enemigo sentó sus reales frente a los muros de la ciudad, fue puesto a disposición de los médicos, que lo utilizaron como ambulancia u hospital de urgencia. El calor de aquella noche de verano había hecho que dejasen abierta la puerta principal del edificio a fin de que se renovase y refrescase el aire, circunstancia que permitió a Gabriel ver, desde que llegó al pie de la escalera de una galería exterior, lo que pasaba en aquella sala de dolor.

El cuadro era tristísimo. De trecho en trecho se veía alguna cama improvisada a la ligera, pero las camas eran un lujo no concedido más que a contados privilegiados. La mayor parte de los desgraciados heridos gemían en el suelo, sobre malos colchones, sobre mantas o sobre montones de paja. Por todas partes sonaban quejidos y lamentos llamando a los médicos y a los ayudantes que, a pesar de su celo, no podían atender a todos, pues mientras acudían a una cura urgente o llevaban a cabo una imputación necesaria, los demás tenían que sufrir y esperar retorciéndose en sus míseros lechos, abrasados por la fiebre o atormentados por las convulsiones de la agonía. Si alguno de ellos permanecía en un rincón sin movimiento ni voz, la sábana de la muerte no tardaba en cubrir su cabeza, significando que aquel desventurado no volvería a moverse ni a quejarse jamás.

Ante un cuadro tan doloroso y lúgubre, los corazones más valientes y los más perversos habrían perdido el endurecimiento y el valor. Arnaldo de Thill no pudo menos de horrorizarse y Gabriel palideció.

¿Por qué se dibujó de repente en el rostro pálido de nuestro protagonista una sonrisa dulce y tiernísima? Es que en medio de aquel infierno, tan lleno de dolores como el de Dante, acababa de aparecer un ángel radiante de paz y de consuelo, la dulce Beatriz: Diana, o mejor dicho sor Bendita, cruzaba serena y melancólica por entre aquellos montones de desdichados.

Nunca le había parecido tan bella al enamorado Gabriel. A decir verdad, los ricos vestidos de terciopelo bordados en oro, los brillantes, no realzaban tanto su hermosura como el hábito negro y la blanca toca de religiosa en

aquella lúgubre ambulancia. Sus puros y delicados contornos, su casto andar, su mirada llena de consuelos, convertíanla en encarnación de la Piedad bajada del Cielo a aquel lugar de dolores y de desconsuelos. Un artista cristiano no hubiese podido desear una forma tan admirable para buscar en ella su fuente de inspiración, ni podía darse nada tan conmovedor como el espectáculo que ofrecía aquella criatura al inclinarse sobre las frentes macilentas y desfiguradas por los sufrimientos, aquella hija de un rey, tendiendo cariñosa su pequeña mano a los soldados anónimos próximos a morir.

Involuntariamente se acordó Gabriel de Diana de Poitiers, entregada probablemente en aquel momento mismo a fastuosas dilapidaciones o a amores impúdicos, y el contraste entre las dos Dianas le hizo creer que acaso Dios hubiera otorgado las virtudes a la hija para que con ellas redimiese las faltas de la madre.

En tanto que Gabriel, propenso por carácter a la meditación, se entregaba a sus pensamientos y a sus comparaciones, sin darse cuenta de que el tiempo volaba, en el interior de la ambulancia iba restableciéndose poco a poco la tranquilidad. La primera noche estaba bastante avanzada, los médicos terminaban sus curas, cesaba el movimiento, y con el movimiento el ruido. Se recomendaba a los heridos el silencio y el reposo y se les administraban pociones soporíferas por si no bastaba la recomendación. Aún se oían algunos quejidos, pero habían cesado los gritos desgarradores de antes, y media hora más tarde, la calma era completa, es decir, la calma que puede pedirse al sufrimiento.

Diana había dirigido a los heridos sus últimas palabras de consuelo, exhortándoles, con tanta y mayor eficacia que los médicos, a la tranquilidad y a la paciencia. Todos procuraron obedecer el imperio dulcísimo de su voz. Cuando se convenció de que habían sido cumplidas todas las prescripciones facultativas y que ninguno de los heridos necesitaba por el momento de ella, dejó escapar un suspiro de satisfacción, como para aliviar su pecho oprimido, y dirigió sus pasos hacia la galería exterior para respirar el aire fresco de la noche y olvidar las miserias y dolores de la naturaleza humana contemplando las estrellas del cielo.

Con el objeto indicado llegó hasta una especie de balaustrada de piedra, sobre la cual apoyó sus codos, y como fijó sus miradas en el cielo, no pudo ver a Gabriel que, desde la escalera, a menos de diez pasos de distancia de ella, la contemplaba extasiado, con el arrobamiento con que hubiese contemplado una aparición celestial.

Un movimiento brusco de Martín Guerra, que por lo visto no compartía el éxtasis de su señor, volvió en sí al enamorado joven.

—Martín —dijo entonces con voz baja a su escudero—; ya ves la ocasión

providencial que se me presenta. Debo y quiero aprovecharla, necesito hablar por última vez a la señora de Castro. Vigila tú mientras, para que nadie nos interrumpa, algo separado de nosotros, pero a distancia que puedas oír mi voz... Vete, mi fiel servidor... vete.

— ¿Pero no teméis, monseñor —objetó Martín Guerra—, que la madre superiora?

—Probablemente estará ahora en otra sala. Además no debo vacilar ante la necesidad. Es muy posible que nunca más volvamos a vernos.

Martín hubo de resignarse y se alejó jurando como un demonio, pero para sus adentros.

Gabriel se aproximó a Diana, y conteniendo la voz para no despertar la atención de nadie, llamó:

— ¡Diana...! ¡Diana...!

Se estremeció la joven, pero sus ojos, que no habían tenido aún tiempo de acostumbrarse a la oscuridad, no distinguieron a Gabriel.

— ¿Me llaman? —preguntó—. ¿Pero quién me llama por ese nombre?

—Yo respondió Gabriel, como si el monosílabo de Medea debiese bastar para que Diana le reconociera.

Y bastó, en efecto, pues Diana, sin preguntar más, exclamó con voz que la sorpresa y la emoción hicieron trémula:

— ¡Vos, señor Exmés! ¿Sois vos? ¿Y qué queréis de mí en este sitio y a tales horas? Si, como me anunciaron, me traéis noticias del rey mi padre, hartos os habéis hecho esperar, caballero, y mal sitio y peor momento habéis escogido. Si es otro el objeto de vuestra venida, bien sabéis que nada debo ni quiero oír de vos. Vamos... ¿no respondéis, señor Exmés? ¿No me habéis entendido? ¿Por qué calláis? ¿Qué significa ese silencio, Gabriel?

— ¡Gabriel...! ¡Loado sea Dios! No os contestaba, Diana, porque la frialdad de vuestras palabras me dejó helado, y porque no encontré en mí fuerza suficiente para llamaros señora, como la encontrasteis vos para llamarme caballero. ¡Me parece que es bastante duro tener que llamaros Vos!

—Ni debéis llamarme señora, ni Diana, porque no es Diana, ni es la señora de Castro la persona que tenéis delante, sino sor Bendita. Llamadme hermana, y yo os llamaré hermano.

— ¡Cómo! ¡Qué decís! —exclamó Gabriel retrocediendo aterrado—. ¡Yo llamaros hermana! ¿Por qué queréis, ¡Dios santo!, que os llame hermana?

—Porque así me llaman hoy todos: ¿tan espantoso es el nombre de



hermana?

— ¡Sí... mucho...! ¡Oh, mucho! ¡Pero perdonad, porque estoy medio loco! Lejos de ser espantoso, es un nombre dulce y encantador... ¡Yo me acostumbraré, Diana... yo me acostumbraré... hermana mía!

— ¡Ya lo creo! —repuso Diana sonriendo con tristeza—. Es el verdadero nombre cristiano que debo llevar en las circunstancias actuales, porque ningún otro se armonizaría mejor con la misión que ejerzo. Además, es el que he de llevar en adelante, porque si es cierto que no he pronunciado votos sagrados, no lo es menos que soy religiosa de corazón y que espero serlo pronto de hecho, pues no dudo que el rey me otorgará el permiso que tengo pedido. ¿Me traéis vos ese permiso, hermano mío?

— ¡Oh! —exclamó Gabriel con tono de dolorosa reconvención.

—Os aseguro, hermano mío, que no hay hiel ni despecho en mis palabras. He sufrido tanto entre los hombres desde hace algún tiempo, que espontáneamente he buscado un refugio en Dios. No es el despecho, no es la desesperación los que inspiran mis palabras: es el dolor.

En efecto, en el acento de Diana no había más que dolor y tristeza. Sin embargo, en su corazón, junto a la tristeza había brotado la alegría, una alegría involuntaria que le fue imposible contener al ver a Gabriel, a quien había creído perdido para su amor y para este mundo, y a quien volvía a encontrar enérgico, fuerte y tal vez tierno.

Sin darse cuenta exacta de lo que hacía, había descendido dos o tres peldaños de la escalera acercándose a Gabriel, como atraída por un imán de fuerza irresistible.

—Escuchadme —dijo Gabriel—. Es preciso que desaparezca la cruel equivocación que nos ha separado destrozando nuestros corazones. Yo no puedo soportar por más tiempo la idea de que me creéis indiferente, infiel, y quien sabe si hasta enemigo vuestro. Semejante idea, idea horrible, me trastorna y enloquece, dificultando la santa y difícil empresa que debo llevar a cabo. Venid conmigo, hermana mía, separémonos un poco de aquí... ¿Verdad que aún tenéis alguna confianza en mí? Alejémonos, por favor, de este sitio. Pueden vernos, pueden oírnos, y tengo mis razones para temer que intenten interrumpir nuestra conversación, esta conversación, hermana mía, que tan indispensable es a mi razón y a mi tranquilidad.

Diana no dudó, porque aquellas palabras, pronunciadas por Gabriel, tenían para ella una fuerza irresistible. Subió de nuevo a la sala por si algún herido la necesitaba, y habiéndolo encontrado todo tranquilo, bajó para reunirse con Gabriel, y apoyó con confianza su mano sobre la de su leal caballero.

— ¡Gracias! —le dijo Gabriel—. Los momentos son preciosos. Temo que la superiora, que está enterada de nuestros amores, venga a oponerse a esta explicación que, sin embargo, es tan grave y tan pura como el cariño que os profeso, hermana mía.

—La santa madre Mónica, después de haberme hablado de vuestra llegada y de los deseos que teníais de hablar conmigo, debió de ser informada por alguien de nuestro pasado, que yo en parte le había ocultado, y por eso sin duda me ha impedido desde hace tres días que salga del convento. Por ella no habría salido tampoco esta noche, pero me llegó el turno, y hubo de comprender que no debía oponerse a que cumpliera como de ordinario mi penoso deber. ¡Ah, Gabriel! ¿Verdad que hice mal engañando a tan dulce y cariñosa amiga?

— ¿Necesitaré repetiros —preguntó Gabriel con entonación de profunda melancolía— que a mi lado estáis tan segura como al de un hermano, que debo y quiero imponer silencio a todos los impulsos de mi corazón, que os hablaré como amigo, como amigo fiel que daría gustoso su vida por vos, eso sí, pero que prestará toda su atención a su tristeza y ninguna a su amor? Estad, pues, tranquila.

—Hablad, pues, hermano mío —dijo Diana.

¡Hermano! Este nombre, terrible y dulce al mismo tiempo, recordaba siempre a Gabriel la extraña y solemne alternativa en que el destino le había colocado, y, como si tuviese algún poder mágico, alejaba todos los pensamientos ardientes que en el corazón del joven hubieran podido despertar la noche solitaria y la hermosura de su amada.

—Hermana mía —dijo con voz bastante entera—, tenía necesidad absoluta de veros y de hablaros para solicitar de vos dos gracias: una que se refiere al pasado y otra que se relaciona con el porvenir. Sois buena y generosa, Diana, y no dudo que las habéis de otorgar a un amigo que tal vez no vuelva a encontraros en su camino por el mundo, a un amigo a quien una misión fatal y peligrosa expone en todo momento a la muerte.

— ¡Ah! ¡No digáis eso! ¡No digáis eso! —exclamó Diana a punto de desfallecer.

—Os lo digo, hermana mía, no con ánimo de alarmaros, sino a fin de que no me neguéis un perdón y una gracia que he de pedir. El perdón, por el disgusto y el dolor que debió de causaros mi delirio el día en que os vi por última vez en París. Llené vuestro tierno corazoncito de espantó y de desolación, pero, ¡ay, hermana mía!, no era yo quien hablaba, sino la fiebre. En realidad, no sabía lo que me decía, porque una revelación terrible, que me hicieron aquel mismo día, y que me era imposible encerrar dentro de mí, me

empujaba hacia la demencia y la desesperación. ¿Recordáis, mi querida hermanita, que a raíz de haberme separado de vos contraí aquella larga y peligrosa enfermedad que por poco me cuesta la vida o la razón?

—Sí, Gabriel; lo recuerdo.

— ¡No me llaméis Gabriel, por favor! ¡Llamadme hermano... hermano, sí, como me llamabais hace poco! ¡Ese nombre que me asustaba hace un momento, necesito ahora escucharlo constantemente!

—Como queráis... hermano mío —contestó Diana sorprendida.

En aquel momento resonó a menos de cincuenta pasos de distancia el andar acompasado de una patrulla, y la hermana Bendita se abrazó a Gabriel, exclamando:

— ¿Quién se acerca? ¡Dios mío...! ¡Van a vernos!

—Es una patrulla —dijo Gabriel en extremo contrariado.

— ¡Pero pasarán muy cerca de nosotros y me conocerán! ¡Oh! ¡Dejadme entrar en la sala antes de que lleguen! ¡Por Dios, dejad que me marche!

—Es demasiado tarde —respondió Gabriel reteniéndola—. Huir ahora equivaldría a venderos vos misma... Por aquí... venid aquí, hermana mía.

Seguido por Diana, que iba temblando, Gabriel subió con paso presuroso una escalera que conducía a los baluartes. Una vez en lo alto de la muralla, colocó a Diana en la sombra, y él se escondió entre una garita, donde no había centinela, y las almenas.

La patrulla pasó a veinte pasos de nuestros amigos sin verles.

— ¡Mal vigilado está este punto! —se dijo Gabriel, preocupado siempre con su idea de sorpresas probables del enemigo.

Inmediatamente se reunió a Diana, no recobrada todavía del susto.

—Podéis estar tranquila, hermana mía —le dijo—; el peligro pasó ya. Pero prestadme atención, porque el tiempo vuela y todavía gravitan sobre mi corazón los dos pesos que lo oprimen. ¿No me dijisteis antes que me habéis perdonado mi locura y continúo llevando sobre mi alma el peso del pasado?

— ¿Cabe perdonar la fiebre y la desesperación? No, hermano mío; se compadece y se consuela a quien las sufre. Yo no os culpaba; lo que hacía era llorar, y ahora que habéis vuelto a la razón y a la vida, me resigno a la voluntad de Dios.

—No es bastante la resignación, hermana mía; es preciso que tengáis alguna esperanza, y para que la tengáis he querido veros. Me habéis librado de los remordimientos producidos por el pasado, pero ahora es preciso que me

libréis de las angustias que me causa vuestro porvenir. Sois uno de los objetos principales de mi existencia. Yo necesito quedar tranquilo por esa parte, a fin de no tenerme que preocupar más que de los peligros que pueda tropezar en el camino que me he trazado; necesito llevar conmigo la certeza de encontraros cuando llegue al término de mi viaje, con una sonrisa triste, si no consigo mi objeto, placentera si lo alcanzo, y en uno y en otro caso, con una sonrisa amiga. Para esto, precisa que entre nosotros dos no exista ninguna mala inteligencia. Sin embargo, hermana mía, he de exigir que me creáis sobre mi palabra, que tengáis en mí un poco de confianza, porque el secreto que guía mis actos no me pertenece, he jurado guardarlo, y para que los demás cumplan los compromisos que han contraído conmigo, debo yo principiar cumpliendo los míos.

—Explicaos —dijo Diana.

— ¡Ah! Bien veis que titubeo, que busco rodeos, porque pienso en ese hábito que vestís, en el nombre de hermana que os doy, y, más que en nada, en el profundo respeto que hacia vos guardo en mi corazón, y no quiero pronunciar una sola palabra que despierte recuerdos demasiados gratos o ilusiones demasiado peligrosas. Esto no obstante, tengo que deciros, que nunca, ni por un instante, vuestra adorada imagen se ha borrado, ni siquiera debilitado en mi alma, y que nada ni nadie podrá debilitarla jamás.

— ¡Hermano mío! —exclamó Diana, confusa y encantada a la vez.

—Escuchadme hasta el fin, hermana mía —repuso Gabriel—. Repito que nada ha alterado ni alterará el ardiente... afecto que os he consagrado, y añadido... ¡cuán feliz soy en pensarlo y en decirlo!, añadido que, suceda lo que suceda, siempre me será, no ya sólo permitido, sino mandado, impuesto como obligación, el quereros. ¿Qué clase de cariño habré de profesaros? ¡Sólo Dios lo sabe, hermana mía! Sin embargo, espero que muy en breve lo sabremos también nosotros. Mientras llega ese día, he aquí lo que necesito pedir: confianza en Dios nuestro Señor y en vuestro hermano, dejad obrar a la Providencia y a mi cariño, y no esperéis nada, pero tampoco desesperéis. Quisiera que me comprendieseis bien. Me dijisteis en otro tiempo que me amabais, y creo en conciencia que aún podréis amarme, si el destino no es demasiado cruel con nosotros. Deseo atenuar el efecto de las palabras que, en un momento de insania, pronuncié al despedirnos en el Louvre; ni debemos entregarnos a vanas quimeras ni creer que todo ha acabado definitivamente para nosotros en este mundo. No pido sino un poco de paciencia: dentro de corto tiempo vendré para deciros una de dos cosas. O bien llegaré hasta vos radiante de alegría, y os diré: «Te adoro, Diana. Acuérdate de nuestra infancia y de tus juramentos: necesito que seas mi esposa, y es preciso recabar del rey, por todos los medios posibles, el consentimiento para nuestra unión», o bien diré con la desesperación en el alma: «Hermana mía: una fatalidad invencible

nos separa, se opone a nuestro amor y nos veda ser felices. No depende de nosotros, el obstáculo es algo sobrehumano, casi divino. Os devuelvo vuestras promesas, sois libre. Haced feliz a otro hombre, en la inteligencia que nadie podrá reconveniros por ello ni quejarse de vos. Ni siquiera debemos llorar: humillemos nuestras frentes sin despegar los labios y aceptemos resignados nuestro inevitable destino. Para mí seréis siempre querida y sagrada, pero nuestras existencias que, ¡gracias a Dios!, pueden caminar por los senderos de la vida, no podrán mezclarse jamás».

— ¡Extraño y terrible enigma! —exclamó Diana.

—Cuya clave podré daros entonces seguramente, pero hasta tanto llegue el momento, sería inútil que intentaseis penetrar en el abismo de ese secreto, hermana mía. Esperad y orad mientras que otra cosa no podéis hacer, y prometedme desde luego que creeréis en mi corazón y que no daréis cabida al pensamiento desesperado de renunciar al mundo para encerraros en un claustro. ¿Me prometéis tener fe y esperanza, de la misma manera que tenéis caridad?

—Fe en vos y esperanza en Dios: sí, os lo puedo prometer, hermano mío. ¿Pero, por qué exigís que me comprometa a volver al mundo, si no ha de ser para ser vuestra compañera en la vida? ¿No tenéis bastante con mi alma? ¿Por qué queréis que os sacrifique también mi vida, cuando acaso no deberé consagrársela? ¡Dios mío... Dios mío! ¡Dentro de mí no veo más que tinieblas, y si miro en derredor, tinieblas también!

—Hermana mía —contestó Gabriel con voz penetrante y solemne—; os exijo esa promesa, porque solo así podré avanzar tranquilo y animoso por la senda peligrosa, quizá mortal, que me presente el destino, y para llevar conmigo la seguridad de que os encontraré libre y pronta a acudir a la cita que os doy.

—Está bien, hermano mío: os obedeceré.

— ¡Gracias, oh, gracias! —exclamó Gabriel—. De hoy en adelante, el provenir es mío. ¿Dejáis que estreche vuestra mano como prenda de vuestra promesa?

—Tomadla, hermano mío.

— ¡Ah! ¡Ya estoy seguro de vencer! Me parece que de hoy en adelante nada podrá oponerse a mis deseos y a mis proyectos.

Como para dar un doble mentís a aquel sueño, sonaron en aquel punto voces por el lado de la ciudad llamando a la hermana Bendita, y al mismo tiempo Gabriel creyó oír un ligero ruido hacia la parte del foso. Por el momento, sin embargo, únicamente prestó atención al temor de Diana.

— ¡Me buscan...! ¡Vienen...! ¡Jesús mío... si nos encontraren juntos! ¡Adiós, hermano mío! ¡Adiós... Gabriel!

— ¡Hasta la vista, hermana mía! ¡Hasta la vista, Diana! ¡Id; yo me quedaré aquí! Decid que salisteis a respirar el aire fresco de la noche... Hasta muy pronto... y gracias una vez más.

Diana bajó precipitadamente la escalera y fue al encuentro de un grupo de personas que avanzaban, provistas de antorchas, llamándola a grito herido, y a cuyo frente iba la madre Mónica.

¿Quién había puesto en alarma a la superiora, vertiendo en su oído insinuaciones inocentes en apariencia? Habrá supuesto el lector que el hipócrita denunciador fue Arnaldo de Thill, el cual venía mezclado con la gente que buscaba a Diana, afectando un exterior inocente y bonachón. Imposible imaginar una expresión de piedad y de candidez tan perfecta como la de aquel miserable.

Tranquilo Gabriel después que vio que Diana se había reunido sin obstáculo con la muchedumbre que la buscaba, iba a retirarse de las murallas, cuando distinguió una sombra que se deslizaba a su espalda.

Un hombre, un enemigo, acababa de escalar el muro.

Correr hacia aquel hombre, dejarlo atravesado de una estocada gritando con voz de trueno: ¡A las armas! ¡A las armas! y lanzarse a la cabeza de la escalera apoyada contra el muro y llena de españoles, fue para Gabriel obra de un momento.

Se trataba sencillamente de una sorpresa nocturna. Gabriel no se había equivocado al suponer que los dos asaltos terribles, dados aquel día contra la plaza, habían sido el prelude, la preparación de una tentativa atrevida que pensaban llevar a feliz término aquella noche.

La Providencia, o si se quiere, el amor, condujo a Gabriel a aquel sitio, y sin dar tiempo a que un segundo enemigo ganase la plataforma, como la había ganado el que yacía sin vida a sus pies, las manos de nuestro héroe sacudían violentamente la escalera y la precipitaban al pie del foso juntamente con los diez sitiadores que la ocupaban.

Los gritos de los que cayeron despeñados se mezclaron con los de alarma que daba Gabriel. A unos veinte pasos de allí habían conseguido sujetar otra escala: Gabriel distinguió una piedra muy grande entre las sombras, el peligro centuplicó sus fuerzas, consiguió levantarla sobre el parapeto, y desde el coronamiento de éste la dejó caer sobre la segunda escala, la cual, hecha pedazos de resultas del terrible golpe, se vino abajo con los infelices que subían por ella y que cayeron muertos o malheridos al fondo del foso, para

asustar con sus ayes a sus camaradas, que ya se disponían al asalto.

Los gritos de Gabriel habían despertado la alarma en la plaza; los centinelas la propagaron; los tambores tocaban llamada y las campanas de la Colegiata a rebato. No habrían transcurrido más de cinco minutos, cuando ya rodeaban al vizconde de Exmés más de cien hombres prestos a rechazar a los enemigos que osaran presentarse y disparando con ventaja y sin peligro sobre los que estaban en los fosos sin poder utilizar sus arcabuces.

Se había frustrado el golpe de mano preparado por los españoles, que únicamente podía tener éxito feliz llevándolo a cabo por un punto descuidado por los defensores. Bien escogieron el punto; pero la presencia providencial de Gabriel malogró la empresa. Los sitiadores tuvieron que batirse en retirada, y así lo hicieron precipitadamente, pero no sin dejar bastante número de muertos y llevándose otro no pequeño de heridos.

La plaza se había salvado una vez más, y una vez más debió también su salvación a Gabriel; pero era preciso que se sostuviera cuatro días para cumplir la promesa que había hecho al rey y para que éste cumpliera la suya.

## XXXIV

### DERROTA VICTORIOSA

La consecuencia inmediata del inesperado fracaso que acababan de sufrir las armas de los sitiadores fue la desanimación de éstos, que llegaron a persuadirse de que no lograrían apoderarse de la plaza si antes no aniquilaban todos los medios de resistencia que todavía podía aquella oponer a sus ataques. Tres días dejaron transcurrir sin intentar nuevos asaltos, aunque no cejaron en su ofensiva, pues sus cañones tronaban sin cesar, y sus zapadores y sus minadores trabajaban con actividad febril. Los defensores de la plaza, animados por un valor sobrehumano, parecían invencibles; menos sólidas eran las fortificaciones atacadas que sus pechos. Caían con estrépito los muros, las torres se cuarteaban, los fosos se llenaban de escombros, el recinto fortificado iba desapareciendo piedra por piedra, pero el valor de los sitiados no decaía.

Cuatro días después de la sorpresa nocturna, los españoles se decidieron a dar otro asalto. Era el octavo y último día del plazo pedido a Gabriel por Enrique III; de consiguiente, si no vencían aquel día los enemigos, se salvaría su padre a la par que la ciudad, y si vencían, todos sus esfuerzos habrían sido infructuosos, y el anciano, Diana y el mismo Gabriel estaban perdidos.

Tanto y tan desesperado valor desplegó Gabriel en aquella terrible jornada, que sería imposible describirlo; únicamente diremos que parece imposible que

en el alma y en el cuerpo de un hombre puedan caber tanto poder y tanta energía. En su mente no tenían cabida las ideas de peligro y de muerte, porque la ocupaba por completo el pensamiento de su padre y de su amada. Como si se hubiese creído invulnerable, se precipitaba contra los bosques de picas y desafiaba las lluvias de balas enemigas. Una piedra le alcanzó con violencia en un costado y la punta de una lanza abrió sangrienta herida en su frente, pero Gabriel no se dio cuenta de sus heridas, y ebrio de entusiasmo y de valor, iba y venía, hería y mataba, sin dejar de exhortar a todos con su voz y ejemplo. Allí donde el peligro era más inminente, allí se hallaba él. A la manera que el alma anima al cuerpo, así Gabriel animaba a la ciudad entera, y su presencia hacía el efecto de diez, de veinte, de cien hombres, sin que en medio de su prodigiosa exaltación le abandonasen la prudencia y la sangre fría. Su mirada, rápida como el relámpago, le descubría al momento el peligro, y descubrirlo y volar hacia él era todo una misma cosa. Cuando cedía el enemigo, y los sitiados, electrizados por su contagioso valor, adquirían ventajas evidentes, Gabriel les dejaba para volar a otro punto amenazado, y sin descansar, sin desfallecer, daba nuevo comienzo a su misión heroica.

Seis horas duró esta tremenda lucha: desde la una hasta las siete.

A las siete, cuando las sombras de la noche principiaban a invadir la ciudad y el campo de los sitiadores, éstos se batían en retirada por todas partes. Al abrigo de algunos lienzos de murallas, sin contar con más defensas que las escasas que podían esperarse de sus torres ruinosas y cuarteadas y de su reducida guarnición diezmada y maltrecha, San Quintín había prolongado un día, y quién sabe si muchos más, su gloriosa existencia.

Cuando el último puesto atacado quedó libre de enemigos, Gabriel cayó en los brazos de los que estaban a su lado, rendido por la fatiga y ebrio de alegría.

Le transportaron a las casas consistoriales.

Duró poco su desvanecimiento y sus heridas eran ligeras. Cuando volvió en sí, vio a su lado al almirante Coligny, cuyo júbilo rayaba en delirio.

— ¿Verdad que no es un sueño, señor almirante? —fue la primera frase que pronunció Gabriel—. ¿Verdad que el enemigo ha dado hoy un asalto terrible y que le hemos rechazado?

—Sí, amigo mío, y el triunfo se debe en gran parte a vos —contestó el almirante.

— ¡Y han pasado ya los ocho días que el rey me pidió! ¡Oh...! ¡Gracias, Dios mío, gracias!

—Para que vuestra alegría sea mayor, amigo mío, os traigo excelentes noticias. Mientras nosotros detenemos al enemigo frente a nuestros muros, a



favor de nuestra defensa se organiza la de todo el territorio, según parece. Uno de mis espías, que pudo ver al condestable y penetrar la noche última en la plaza a favor del tumulto del combate, me ha dado las más lisonjeras esperanzas. El señor duque de Guisa ha llegado a París al frente del ejército del Piamonte, y secundado por el cardenal de Lorena, organiza las tropas y la resistencia de las ciudades. San Quintín, falto de hombres y dismantelado, caerá al primer asalto, pero su obra meritoria está ya hecha, la ciudad y nosotros hemos cumplido nuestro deber, y Francia se ha salvado. Sí, amigo mío: todos se aprestan a la lucha; la nobleza y las órdenes militares se alzan en armas como un solo hombre, crece prodigiosamente el reclutamiento, llueven donativos, y por último, han sido contratados y vienen en socorro nuestros dos cuerpos auxiliares alemanes. Cuando el enemigo haya concluido con nosotros, lo que desgraciadamente no tardará en suceder, encontrará al menos a otros que le entretengan. ¡Hemos salvado a Francia, Gabriel!

— ¡Ah, señor almirante! ¡No sabéis, no podéis sospechar el bien que me hacen esas palabras! Pero permitidme que os haga una pregunta, que no dicta un sentimiento de amor propio, sino motivos muy poderosos y graves: ¿creéis que mi presencia en la plaza ha contribuido de algún modo al feliz resultado de la defensa de San Quintín?

—No sólo ha contribuido, amigo mío, sino que ha sido su causa —contestó Coligny con noble y generosa franqueza—. El día de vuestra llegada, lo visteis vos mismo, de no haber sido por vuestra intervención, bien inesperada por cierto, hubiera yo mismo sucumbido bajo el peso de la terrible responsabilidad con que cargaban mi conciencia, hubiese entregado a los españoles las llaves de la ciudad que el rey había confiado a mi cuidado. ¿No coronasteis un día más tarde vuestra obra, introduciendo en la plaza socorros, débiles sin duda, pero suficientes para reanimar a los sitiados? Y no quiero hablar de los excelentes consejos que habéis dado a nuestros minadores y a nuestros ingenieros, ni tampoco del brillante esfuerzo y de los rasgos de valor heroico prodigados por vos en todos los asaltos; pero recordad que hace cuatro noches librásteis a la ciudad de una sorpresa nocturna, y que hoy mismo, a fuerza de derrochar audacia y con desprecio inconcebible de la vida, habéis prolongado una resistencia que a mí me parecía imposible. Vos, y sólo vos, amigo mío, siempre presente en todas partes, parecíais dotado del don de ubicuidad. ¡Con decir que nuestros soldados no os dan otro nombre que el de capitán cinq-cents! Gabriel: con júbilo sincero y profundo reconocimiento os digo que sois el primero y único salvador de esta plaza, y de consiguiente, de Francia.

— ¡Oh! ¡Gracias, gracias señor almirante, por vuestras indulgentes y bondadosas palabras! ¿Pero será mucho suplicaros que os dignéis repetir las delante del rey?

—No sólo es esa mi voluntad, amigo mío, sino mi deber, y debéis saber

que Gaspar de Coligny no faltó jamás a su deber.

— ¡Qué feliz soy! —exclamó Gabriel—. ¡Y cuán grande es la deuda de gratitud que tengo con vos! A los muchos favores que os debo, quisiera que añadierais otro, y es que no habléis a nadie, ni siquiera al señor condestable, menos al señor condestable que a ninguna otra persona, de lo poco que he hecho secundando vuestra obra gloriosa. Que lo sepa sólo el rey; así verá su majestad que no he trabajado por conquistar reputación y gloria personal, sino únicamente para cumplir una palabra que le empeñé. El rey podrá premiarme, si quiere hacerlo, puesto que en sus manos lo tiene, con una recompensa mil veces más preciosa para mí que todos los honores y todas las dignidades de su reino. Sí, señor almirante: que me sea otorgado ese premio, y la deuda contraída por Enrique II conmigo, si deuda es, quedará pagada con creces.

— ¡Muy grande deberá ser esa recompensa! Una cosa pido a Dios, y es que no os engañe el reconocimiento del rey. En cuanto a mí, haré lo que deseáis, Gabriel, y aunque me cueste trabajo callar vuestros merecimientos, callaré, puesto que así lo exigís.

— ¡Cuánto tiempo hace que no he experimentado una tranquilidad tan dulce como la que me proporciona este momento! ¡Qué delicioso es esperar y tener alguna fe en el porvenir! Ahora iría con el mayor entusiasmo a las murallas, me batiría rebotando placer y me parece que sería invencible. ¿Cabe en lo posible que el hierro y el plomo se atrevan a herir a un hombre que espera?

—No confiéis demasiado, amigo mío —replicó Coligny sonriendo—. Desde ahora me atrevo a auguraros, sin temor de equivocarme, que esa certidumbre de victoria ha de resultar fallida. La ciudad está completamente desmantelada; bastan algunos cañonazos para que caigan por tierra los últimos fragmentos de murallas y los postreros restos de torres. Añadid a esto que nos quedan muy pocos brazos útiles, y que dentro de poco hemos de quedarnos sin los soldados que tan bravamente suplieron hasta aquí la falta de murallas. No nos hagamos ilusiones: el próximo asalto hará al enemigo dueño de la plaza.

— ¿Pero el duque de Guisa no podrá enviarnos algunos socorros de París?

—El duque de Guisa no comprometerá sus preciosos recursos enviándolos en auxilio de una plaza casi tomada, y hará perfectamente. Que guarde sus tropas en el corazón de Francia, que las coloque donde son necesarias, y deje que San Quintín consume su sacrificio. La víctima expiatoria ha luchado, se ha defendido bastante, gracias a Dios: sólo le resta caer noblemente, y para que lo consiga, procuraremos ayudarla, ¿verdad, Gabriel? Es preciso que el triunfo de los españoles sobre San Quintín les cueste más caro que una derrota. Ya no nos batiremos por vencer, sino por batirnos.

— ¡Sí! ¡Por gusto... por lujo! —dijo Gabriel alegremente—. ¡Placer de héroes, señor almirante! ¡Lujo digno de vos! Sea así: nos distraeremos sosteniendo todavía la ciudad dos, tres o más días, si podemos, obligando a Felipe II, y a Filiberto Emanuel, y a España entera, y a Inglaterra y a Flandes, a detenerse ante un puñado de piedras. Siempre será ganar ese tiempo para el duque de Guisa, y para nosotros un espectáculo divertido; ¿no es cierto? ¿Qué me decís?

—Digo, amigo mío, que hasta vuestras bromas son sublimes y que vuestros donaires respiran gloria.

El acoso colmó los votos de Gabriel y de Coligny: las fuerzas sitiadoras, furiosas por verse detenidas tanto tiempo delante de una ciudad desmantelada que había sufrido diez asaltos, tan vigorosos como estériles, no quisieron intentar el undécimo sin estar completamente seguras de la victoria. Lo mismo que hicieron antes, permanecieron tres días sin atacar y reemplazaron los cañones con soldados, puesto que los hechos se habían encargado de demostrar que eran más duros que los muros de la ciudad los corazones de sus habitantes. El almirante y el vizconde de Exmés aprovecharon aquellos tres días de reposo para reparar en lo posible los destrozos de las baterías y de las minas, pero, desgraciadamente, les faltaban brazos. El 26 de agosto al mediodía no quedaba en pie ni un lienzo de muralla; las casas se veían desde el exterior como si pertenecieran a una ciudad abierta, y los soldados eran tan escasos, que no podían formar una línea de a uno en los puntos principales.

Gabriel hubo de confesar que la ciudad estaría tomada antes de sufrir el asalto.

El enemigo no penetró por la brecha que defendía Gabriel. Allí estaban él, el señor de Breuil y Juan Peuquoy, y los tres realizaron tantas proezas, y se batieron con tal denuedo, que rechazaron tres ataques de los sitiadores. Tan embebido estaba Juan Peuquoy contemplando los terribles mandobles que Gabriel repartía a derecha e izquierda, que nuestro héroe tuvo ocasión de salvar dos veces la vida a su distraído admirador.

No es, pues, de admirar que el hombre del pueblo jurase aquel día al vizconde un culto y una fidelidad eternas. En su entusiasmo llegó a gritar que sentía menos la pérdida de su ciudad natal porque había encontrado otro afecto que merecería todo su cariño y toda su veneración, toda vez que si San Quintín le había dado la vida, el vizconde de Exmés se la había conservado.

A pesar de tan generosos esfuerzos, la plaza no podía resistir. Sus murallas no existían, eran una brecha continua; no obstante lo cual, Gabriel, de Breuil y Juan Peuquoy continuaron batiéndose hasta que el enemigo, dueño ya de San Quintín, llenaba las calles de la ciudad.

Diecisiete días resistió la plaza y sufrió once asaltos. Hacía doce que Gabriel había llegado, y gracias a él, la ciudad resistió noventa y seis horas más de las que el rey deseaba.

## XXXV

### ARNALDO DE THILL SIGUE HACIENDO DE LAS SUYAS

En el primer momento, el saqueo y la carnicería se enseñorearon de la ciudad; pero Filiberto Emanuel dictó órdenes severísimas, y la confusión cesó en breve. Condujeron a su presencia al almirante Coligny y le tributó los mayores elogios.

—Yo no sé castigar el valor —le dijo—. La ciudad de San Quintín será tratada con la misma moderación que si se hubiese entregado el día que acampamos frente a sus muros.

El vencedor se mostró tan generoso con el vencido, que le permitió discutir con él las condiciones que con derecho habría podido imponerle.

San Quintín fue declarada, naturalmente, ciudad española, pero se concedió a todos los habitantes que no quisieran soportar la dominación extranjera permiso para retirarse a donde les acomodase, abandonando, como era consiguiente, la propiedad de sus casas. Ciudadanos y soldados quedaron en libertad absoluta, y Filiberto únicamente retendría cincuenta prisioneros, sin distinción de edad, sexo ni condición, que elegirían él y sus capitanes, con objeto de poder pagar con sus rescates las pagas atrasadas a sus tropas. Serían respetados los bienes y las personas de todos los demás, y Filiberto se encargaría de evitar desórdenes. Dispensó a Coligny de pagar rescate por su persona, en atención a que había agotado todos sus recursos personales en el sitio. El almirante podría marchar al día siguiente, si quería, a París, donde se reuniría con su tío el condestable, quien no había tenido la suerte de encontrar vencedores tan desinteresados, puesto que la libertad acababa de costarle un buen rescate, que de un modo o de otro habría de pagar Francia. Filiberto Emanuel tuvo a mucho honor ser amigo de Gaspar de Coligny y no quiso poner precio a su libertad. Los capitanes y los ciudadanos ricos de San Quintín bastarían para pagar los gastos de la guerra.

Estas condiciones, que revelaban una generosidad que no tenía derecho a esperar San Quintín, fueron aceptadas con sumisión por Coligny y con regocijo por la ciudad, bien que con regocijo no exento de temor. ¿Sobre quién recaería la temible elección de Filiberto y de los suyos? Todo se sabría al día siguiente, día de tristeza en que las personas más altivas se mostraban las más

humildes, y los más opulentos hablaban muy alto de su pobreza.

Arnaldo de Thill, traficante tan activo como ingenioso, había pasado la noche pensando en sus negocios y encontrando una combinación que podía serle sumamente lucrativa. En cuanto salió el sol, se vistió con todo el lujo posible y se fue a pasear con continente majestuoso por las calles, llenas a la sazón de vencedores de todas las naciones, alemanes, ingleses, españoles, etc., etc.

— ¡Vaya una Torre de Babel! —exclamaba Arnaldo, que no oía en derredor más que palabras extranjeras—. Unas cuantas palabras inglesas conozco, pero no podré entenderme con esos endiablados parlanchines que tan pronto dicen ¡Caráspita! como ¡Goddamt! o como ¡Tausend saperment! sin que ni por milagro...

— ¡Tripas de Lucifer! ¿Quieres pararte, malandrín? —gritó a espaldas de Arnaldo una voz áspera.

Arnaldo se volvió presuroso hacia el hombre que, si bien hablaba con pronunciado acento inglés, poseía, al parecer, todas las exquisiteces de la lengua francesa.

Era un individuo de elevada estatura, tez pálida y cabellos rojos, y parecía tan ladino como mercader, como bestia para hombre, características que bastaron para que Arnaldo le reputase por inglés de pura cepa tan pronto como le echó la vista encima.

— ¿En qué puedo servirlos? —le preguntó.

—Sois mi prisionero; ya sabéis en qué podéis servirme —contestó el soldado.

— ¿Por qué me hacéis prisionero a mí y no a otro cualquiera, como por ejemplo, a ese tejedor que pasa por allá?

—Porque vas mejor vestido que el tejedor.

— ¡No me parece mal! ¿Y con qué derecho pretende hacerme prisionero un simple arquero como tú?

— ¡Oh! —contestó el inglés—. No lo hago por mi cuenta, sino en nombre de mi señor, lord Grey, que es el que manda los arqueros ingleses. El duque Filiberto Emanuel le ha concedido, por su parte en la presa, tres prisioneros, de ellos dos nobles y uno del pueblo, para que saque de ellos el rescate que pueda, y mi señor, que sabe que no soy manco ni ciego, me ha mandado que salga de caza y le lleve tres prisioneros de valor. Tú eres la mejor pieza que he encontrado hasta ahora, y contigo me quedo.

—No deja de ser un honor para un pobre escudero como yo —dijo con

modestia Arnaldo—. ¿Me dará bien de comer tu amo?

— ¡Bergante! ¿Piensas que te va a mantener mucho tiempo?

—Supongo que hasta que le acomode ponerme en libertad, porque no será tan inhumano que me deje morir de hambre.

— ¡Hum! —gruñó el inglés—. ¿Habré tomado a un pobre lobo pelado por zorra de piel magnífica?

—Todo podría ser, señor arquero. Si lord Grey te ha prometido un tanto de comisión sobre el importe de las presas que le presentes, temo que serán de veinte a treinta palos el beneficio que te resulte de la mía. No creas que mis palabras tengan por objeto desanimarte, pero no te aconsejo que hagas la prueba.

— ¡Tunante...! Después de todo, puede que tengas razón —dijo el inglés, examinando más de cerca el malicioso rostro de Arnaldo—. ¡Tendría poca gracia que perdiese contigo el premio que me ha ofrecido lord Grey, y que consiste en una libra por cada cien que le valgan mis presas!

— ¡Este es mi hombre! —dijo Arnaldo para sus adentros—. ¡Veamos, camarada enemigo! —añadió en voz alta—. Si yo te pusiera al alcance de la mano de una presa rica, un prisionero que valiese, por ejemplo, diez mil libras tornesas, ¿serías hombre capaz de darme pruebas palpables y sonantes de agradecimiento?

— ¡Diez mil libras tornesas! —repitió el inglés—. ¡Pocos prisioneros habrá de ese precio! Me tocarían cien libras... ¡Bonita comisión!

—No es mala; pero tendrías que dar cincuenta al amigo generoso que te hubiera indicado los medios de ganarla. ¿No te parece justo?

— ¡Trato hecho! —exclamó el arquero después de un momento de reflexión—. Dime cómo se llama ese hombre y llévame al instante a su lado.

—Poco tendremos que andar para dar con él —contestó Arnaldo—. Vamos por este lado, pero espera, que no me conviene que me vean contigo en la plaza Mayor. Me esconderé detrás de la esquina de esta casa y vete tú solo. ¿Ves en el balcón de las casas consistoriales un caballero que habla con uno del pueblo?

—Le veo. ¿Es nuestro hombre?

—El mismo.

— ¿Cómo, se llama?

—El vizconde de Exmés.

— ¡El vizconde de Exmés! ¡El hombre de quien tanto se ha hablado en el

campamento! Me consta que es bravo, pero dime: ¿es tan rico como valiente?

—Te juro que sí.

— ¿Pero es que le conoces bien?

— ¡Toma! ¡Como que soy su escudero!

— ¡Ah, Judas! —exclamó sin poder contenerse el arquero.

—Estás en un error, amigo —replicó tranquilamente Arnaldo—. Entre Judas y yo media una diferencia substancial: Judas se ahorcó, y yo no me ahorcaré; te lo aseguro.

—Lo creo, porque no faltará quien te evite ese trabajo —observó el inglés, que por lo visto tenía sus ribetes de gracioso.

—Todo esto son palabras, y las palabras se las lleva el viento. ¿Te acomoda la proposición, sí o no?

—Te he dicho ya que sí. Voy a llevar a tu vizconde a presencia de mi amo. Después me indicarás otro noble rico y un ciudadano del pueblo, pero enriquecido, si es que conoces alguno.

—No faltarán, siempre que aceptes las mismas condiciones: tus beneficios a medias entre los dos.

— ¡Los dividiremos por partes iguales, proveedor del diablo!

—Ten en cuenta que lo soy tuyo —replicó Arnaldo—. Pero dejemos a un lado las socarronerías, juguemos limpio, como deben jugar los pícaros, no olvides que podemos encontrarnos otra vez si me haces una mala pasada, y dime: ¿paga tu amo al contado?

—No sólo al contado, sino adelantado. Vendrás conmigo a la casa donde está alojado mi señor, fingiendo que acompañas al vizconde de Exmés, yo cobraré mi comisión y en el acto te daré la tuya. Confío que, agradecido a mi generosidad, me ayudarás a encontrar la segunda y la tercera presa; ¿verdad?

—Veremos: por ahora, nos ocuparemos de la primera.

—Es cuestión de un momento —dijo el arquero—. Es muy valiente tu amo en el campo de batalla para que no se conduzca con dulzura y amabilidad fuera de los trances de guerra; conocemos bien el paño. Toma la delantera, colócate detrás de tu amo, y antes de dos minutos, te habrás convencido de que conozco bien el oficio.

Separóse Arnaldo de su digno acólito, entró en las casas consistoriales, se dirigió con semblante falso a la habitación donde Gabriel estaba hablando con Juan Peuquoy, y preguntó al primero si le necesitaba para algo. Todavía estaba hablando cuando entró el arquero con la expresión que requerían las

circunstancias. El inglés se fue en derechura al vizconde, que le miraba sorprendido, y, haciéndole una reverencia profunda, preguntó con la consideración que todo mercader debe a la mercancía:

— ¿Es a monseñor el vizconde de Exmés a quien tengo el honor de hablar?

—Sí; soy el vizconde de Exmés —contestó Gabriel, cada vez más sorprendido—. ¿Qué quieres?

—Vuestra espada, monseñor —respondió el arquero, inclinándose hasta el suelo.

— ¡A ti! —exclamó Gabriel retrocediendo un paso y haciendo un gesto de indecible desdén.

—En nombre de lord Grey, mi señor —explicó el arquero, que no era orgulloso—. Figuráis, señor, en el número de los cincuenta prisioneros que monseñor el almirante debe entregar a los vencedores. Os ruego que no me culpéis a mí, que nada valgo, por haber sido el mensajero de tan desagradable noticia.

— ¡Culparte a ti! ¡De ningún modo! Pero lord Grey, que es un caballero, bien podía haberse tomado la molestia de pedirme personalmente la espada. A él se la entregaré; a ti no: ¿has entendido?

—Como guste, monseñor.

—Quiero creer que tu amo aceptará mi rescate: ¿no es cierto?

— ¡Creedlo, creedlo, monseñor!

—En marcha, pues; te sigo.

— ¡Pero eso es una infamia! —gritó Juan Peuquoy—. ¡Vos, monseñor, no deberíais ceder con esa facilidad! Resistíos, monseñor, que estáis en vuestro derecho. Vos no sois de San Quintín, monseñor, no sois vecino de esta ciudad.

—Dice muy bien maese Juan Peuquoy —terció Arnaldo de Thill con calor, haciendo una seña al inglés—. Maese Juan Peuquoy ha puesto el dedo en la llaga, y cuenta que maese Juan Peuquoy sabe muy bien lo que se hace, porque conoce a la ciudad entera. ¡Como es uno de sus ciudadanos más notables desde hace cuarenta años, y síndico del gremio de tejedores, y capitán de la compañía de arqueros! ¿Qué tenéis que decir a todo esto, señor inglés?

—Tengo que decir que si este señor es maese Juan Peuquoy, debo prenderle también, porque su nombre figura en mi lista —contestó el arquero, que había comprendido perfectamente.

— ¡A mí! —exclamó el síndico del gremio de tejedores.

—A vos, maestro —contestó el arquero.



Juan Peuquoy miró a Gabriel como consultándole.

— ¡Qué le vamos a hacer, maese Juan! —exclamó el vizconde de Exmés, dejando escapar un suspiro involuntario—. Creo que, después de haber cumplido como buenos soldados, estamos en el deber de aceptar y acatar el derecho del vencedor. Resignémonos, amigo mío.

— ¿A seguir a este hombre?

—Sin duda, mi digno amigo. En medio de todo, es para mí un placer no separarme de vos en la nueva prueba.

—Decís muy bien, monseñor —dijo Juan Peuquoy sin poder disimular su emoción—. Sois demasiado bueno... Cuando un capitán ilustre y bizarro como vos acepta su suerte, ¿con qué derecho podrá quejarse un pobre ciudadano como yo? ¡Vamos, bergante! —continuó dirigiéndose al inglés—. Soy tu prisionero o por mejor decir, de tu amo.

—Me seguiréis a la casa de lord Grey, donde permaneceréis hasta que hayáis pagado un buen rescate —advirtió el arquero, dirigiéndose al síndico del gremio de tejedores.

— ¡Donde permaneceré eternamente, hijo de Satanás! —gritó Juan Peuquoy—. Tu amo el inglés no se ha de recrear contemplando mis escudos... ¡Antes ciegue que los vea! Si es cristiano, tendrá que mantenerme hasta el día de mi muerte, y te advierto que no me mantengo con cualquier cosa. Gracias a Dios, tengo excelente paladar y buen estómago.

El arquero dirigió una mirada de espanto a Arnaldo de Thill, pero éste le tranquilizó con un gesto, indicándole a Gabriel que estaba riendo de la humorada de su amigo. El inglés, comprendiendo la burla, rompió a reír diciendo:

—En ese caso, yo haré que...

—Lo que harás será guiarnos a la casa de lord Grey —interrumpió con altivez Gabriel—. Con tu amo y no contigo hemos de tratar.

—Como mande, monseñor —contestó humildemente el arquero.

Seguidamente echó a andar, precediendo a los prisioneros, pero volviendo de vez en cuando la cabeza, hasta que llegó al alojamiento de lord Grey. Arnaldo les seguía a cierta distancia.

Era lord Grey un soldado flemático y pesado, que se fastidiaba y fastidiaba a cuantos alternaban con él, para quien la guerra era un comercio, y le tenía de pésimo humor el que no le hubiesen concedido más que tres prisioneros para con sus rescates pagarse a sí mismo y a sus tropas. Recibió a Gabriel y a Juan Peuquoy con fría dignidad.

— ¡Ah! ¿Es el señor vizconde de Exmés a quien tengo la suerte de contar entre mis prisioneros? —dijo, contemplando con curiosidad a Gabriel—. Bien nos habéis hecho trabajar, caballero, tanto, que si hubieseis de pagar como rescate todo lo que habéis hecho perder al rey Felipe II, puede que no bastasen todos los territorios de Enrique de Francia.

—Comprenderéis que no tengo esa cantidad en el bolsillo. Por otra parte, supongo que los recursos de monseñor de Coligny y los de mis amigos serán tan limitados como los míos, y por añadidura no quiero molestarles. Si me concedéis el plazo necesario para que pueda hacer venir de París...

—Concedido —interrumpió lord Grey—. De buena gana me contentaría con vuestra palabra, que vale tanto como el oro; pero como los negocios son negocios, y la poca armonía que hoy existe entre nuestras tropas y las de España es posible que me obligue a regresar pronto a Inglaterra, no os ofenderéis si os tengo conmigo hasta que completéis el pago de la cantidad convenida. Pero no será en esta ciudad de San Quintín, que ya es española y de la que me voy, sino en Calais, que es plaza inglesa y de la cual es gobernador lord Wentworth, cuñado mío. ¿Os conviene este arreglo?

—Me parece muy bien —contestó Gabriel, a cuyos pálidos labios asomó una sonrisa amarga—. Sólo os pediré permiso para enviar a mi escudero a París con encargo de traer el dinero necesario, a fin de que no sufran demasiado retraso mi cautiverio y vuestra confianza.

—Nada más justo —dijo lord Grey—. Hasta tanto vuelva vuestro escudero, tened por seguro que mi cuñado os tratará con todas las consideraciones debidas a vuestra calidad. En Calais disfrutaréis de toda la libertad posible, y ésta será ilimitada, toda vez que Calais es una plaza fuerte completamente cerrada. Lord Wentworth os regalará bien, pues es tan aficionado a los buenos bocados como a los vinos finos, y más desarreglado de lo que debiera. ¡Pero allá se las componga él! Mi hermana ha muerto, y no tengo por qué mezclarme en las costumbres de su viudo. Mi intención ha sido deciros que no os aburriréis a su lado.

Gabriel hizo una inclinación de cabeza.

—Vamos a ver cómo nos arreglamos nosotros —repuso lord Grey, dirigiéndose a Juan Peuquoy, quien más de una vez había dado muestras de admiración durante la escena que dejamos narrada—. Me concedieron dos caballeros y un hombre del pueblo: veo que sois este último.

—Soy Juan Peuquoy, milord.

—Muy bien, Juan Peuquoy: ¿qué rescate podéis ofrecerme?

— ¡Oh! Yo estoy dispuesto a regatear hasta el último momento, monseñor.

Soy comerciante, y de comerciante a comerciante no va nada, como dice el refrán. Es inútil que frunzáis el ceño, monseñor: yo, que nunca tuve nada de orgulloso, creo, en conciencia, que no valgo arriba de diez libras.

— ¡Pocas palabras! —replicó el inglés con desdén—. Pagaréis cien libras, que es aproximadamente la cantidad que he prometido al arquero que os trajo aquí.

— ¡Sean cien libras, puesto que tan alto me cotizáis! —dijo el malicioso capitán de la compañía de arqueros de San Quintín—. Pero supongo que no serán pagaderas al contado, ¿verdad?

— ¡Cómo! ¿No disponéis de esa miserable suma?

—La tenía, milord, la tenía; pero durante el sitio, lo he dado todo a los pobres y a los enfermos.

—Pero tendréis amigos... parientes...

— ¿Amigos? Con los amigos no hay que contar, milord, y en cuanto a parientes, no los tengo. Murió mi mujer sin dejarme hijos, nunca tuve hermanos, y hoy sólo me queda un primo...

— ¡Pues bien! —exclamó lord Grey con impaciencia—. Ese primo...

—Ese primo, milord, que me prestará indudablemente la suma necesaria para pagaros, vive precisamente en Calais.

— ¡Qué casualidad! —dijo con cierta desconfianza lord Grey.

—Os lo aseguro, milord —insistió con sencillez Juan Peuquoy—. Mi primo, que se llama Pedro Peuquoy, es armero, vive hace más de treinta años en la calle de Martroi, y en la muestra de su establecimiento campea el dios Marte.

— ¿Os aprecia?

—Mucho, milord. Me respeta, me venera, porque soy el último Peuquoy de mi rama. Hace más de dos siglos, un Peuquoy, antepasado mío, tuvo dos hijos: uno de ellos se hizo tejedor y se estableció en San Quintín; el otro se hizo armero y fue a fijar su residencia a Calais. Desde aquel tiempo, los Peuquoy de San Quintín tejen y los Peuquoy de Calais forjan; pero, aunque separados, se quieren desde lejos y se ayudan en lo que pueden, como es de rigor entre buenos parientes. Pedro me prestará lo que necesite para pagar mi rescate, de ello estoy seguro, y sin embargo, hace más de diez años que no nos hemos visto. ¡Claro! Los ingleses no permiten a los franceses entrar en sus plazas fuertes.

— ¡Sí, sí! —dijo con afabilidad lord Grey—. Hace doscientos años que vuestros Peuquoy de Calais son ingleses.

— ¡Oh! —exclamó el síndico de los tejedores con calor—. Los Peuquoy...

Se interrumpió bruscamente.

— ¿Qué? —preguntó lord Grey sorprendido—. ¿Los Peuquoy...?

—Los Peuquoy, milord —continuó el tejedor, dando vueltas a la gorra que tenía en las manos—, los Peuquoy no se ocupan en política: esto era lo que iba a decir. Sean ingleses o franceses, aspiran a ganarse el pan, y si ven satisfechas sus aspiraciones, aquéllos con el yunque, y los de aquí con la lanzadera, están contentos y no desean más.

— ¡Está bien! Después de todo, quién sabe... quién sabe —dijo lord Grey sonriendo—. Pudiera acontecer que vos os estableciereis como tejedor en Calais y os hiciereis súbdito de la reina María, reuniéndose así las dos ramas de los Peuquoy después de tantos años de separación.

—No digo que no —contestó Juan Peuquoy con naturalidad—. Cosas más difíciles se ven todos los días.

Con profunda sorpresa escuchaba Gabriel al valiente tejedor, que tan heroicamente se había portado en la defensa de la ciudad, y ahora hablaba de hacerse inglés con tanta naturalidad como si se tratara de mudarse de camisa. Pero un guiño de Juan Peuquoy tranquilizó a nuestro amigo acerca del patriotismo de su compañero de cautiverio, y le hizo sospechar que éste acariciaba algún proyecto misterioso.

Lord Grey no tardó en despedir a los dos.

—Mañana saldremos de San Quintín para Calais —les dijo—. Hasta la hora de nuestra marcha, podéis hacer los preparativos y despediros de vuestros amigos: os dejo libres bajo palabra. Os prevengo, sin embargo —añadió con la delicadeza que le caracterizaba—, que si intentaseis salir, os detendrían en las puertas de la ciudad, porque no se permite la salida a nadie si no presenta un permiso especial del gobernador de la plaza.

Gabriel correspondió con una inclinación de cabeza al saludo de Lord Grey y se fue con Juan Peuquoy de la casa, sin darse cuenta de que su escudero Martín Guerra quedaba en ella en vez de seguirle.

— ¿Cuál es vuestra intención, amigo mío? —preguntó Gabriel a Juan Peuquoy luego que llegaron a la calle—. ¿Es posible que no dispongáis de cien escudos para pagar en el acto vuestro rescate? ¿Por qué deseáis hacer el viaje a Calais? ¿Es positivo que reside allí un primo vuestro? ¿Qué causa misteriosa os mueve a obrar como lo hacéis?

— ¡Silencio! —contestó Juan Peuquoy con aire misterioso—. Mientras respiremos atmósfera enemiga, no me atrevo a pronunciar una palabra. ¿Podéis fiaros de vuestro escudero Martín Guerra?

—Respondo de él —contestó Gabriel—. A pesar de sus olvidos y de sus alternativas, es el corazón más fiel del mundo.

— ¡Bueno! —dijo Peuquoy—. Habrá que enviarle a París para que traiga vuestro rescate, pero no directamente desde aquí, sino desde Calais. A este objeto, convendrá que le llevemos con nosotros, porque en las circunstancias presentes, todas las precauciones son pocas.

— ¿Pero a qué vienen esas precauciones? —preguntó Gabriel—. Adivino que no tenéis en Calais ningún pariente.

—Lo tengo, sí —contestó con vivacidad Juan Peuquoy—. Pedro Peuquoy existe, vive en Calais, adora a su antigua patria, a Francia, y estaría tan dispuesto como yo a dar un buen golpe de mano, si es necesario, si vos, monseñor, intentaseis allí algún hecho heroico de la clase de los que habéis ejecutado aquí.

—Te comprendo, noble amigo mío —respondió Gabriel estrechando la mano del tejedor—; pero he de decirte que me estimas en más de lo que realmente valgo. Ignoras cuánto egoísmo había en las heroicidades que me atribuyes. Tú no sabes que, de hoy en adelante, reclama toda mi atención un deber sagrado, más sagrado, si cabe, que el de contribuir a la gloria de la patria.

— ¡No le hace! —replicó Juan Peuquoy—, cumpliréis ese deber como cumplís todos los otros; y quizás figure entre estos últimos —añadió bajando la voz—, suponiendo que se presente ocasión, el de compensar con la toma de Calais la pérdida de San Quintín.

## XXXVI

### CONTINÚAN LAS HONRADAS NEGOCIACIONES DE ARNALDO DE THILL

Dejemos al joven capitán y al viejo tejedor acariciando sus sueños de desquite, y volvamos a encontrar al escudero francés y al arquero inglés, que arreglan sus cuentas en la casa alojamiento de lord Grey.

El arquero, en cuanto salieron los dos prisioneros, pidió a su amo la comisión ofrecida, que le fue entregada sin dificultad por lord Grey, quien había quedado muy satisfecho de la sagacidad que su emisario desplegó en la elección de prisioneros.

Arnaldo de Thill esperaba que el arquero le entregase su parte, y como el inglés comprendió que era justo, y era hombre de conciencia, se la dio en el

acto. Pero como al irle a pagar encontrase a Arnaldo de Thill añadiendo algunas líneas a la eterna cuenta del condestable de Montmorency, y le oyese murmurar a media voz: «Por haber conseguido a fuerza de astucia que el vizconde de Exmés figure entre los prisioneros de guerra, desembarazando por este medio al señor condestable de la persona del antedicho vizconde», preguntó el arquero tocando a Arnaldo en un hombro:

— ¿Qué estáis haciendo, amigo?

— ¿Qué hago? Una cuenta —respondió el apócrifo Martín Guerra—. ¿Por dónde anda la nuestra?

—Aquí —dijo el arquero, poniendo algunos escudos en manos de su interlocutor, quien los contó con minuciosa atención—. Ya veis que soy hombre de palabra y que no siento desprenderme del dinero. Me habéis recomendado dos prisioneros que han resultado excelentes presas, particularmente vuestro amo, que lejos de regatear, ha dado pruebas de una generosidad sin precedentes. El de la barba canosa ha puesto más dificultades, pero para un hombre del pueblo, no hemos salido del todo mal. Confieso que sin vuestra ayuda habría resultado peor librado.

—De seguro —contestó Arnaldo guardando las monedas en el bolsillo.

—No hemos concluido aún —repuso el arquero—. Acabo de dar pruebas de que pago bien, pero necesito que me ayudéis a escoger mi tercer prisionero, es decir, el segundo noble a que tenemos derecho.

—Podéis escoger el que os venga en gana, amigo mío, que yo no quiero distinguir ni favorecer a nadie.

—Ya sé que puedo escoger, pero necesito que me ayudéis vos, indicándome uno cualquiera, hombre o mujer, viejo o niño, siempre que sea de raza noble.

— ¡Cómo! —exclamó Arnaldo—. ¿También sirven las mujeres?

— ¿Las mujeres? ¡Más que los hombres! Si conocierais una que además de noble fuera rica, y por añadidura joven y bella, nuestros beneficios serían enormes, porque lord Grey la vendería muy cara a su cuñado lord Wentworth, más aficionado, según me han dicho, a las prisioneras que a los prisioneros.

—Desgraciadamente no conozco... ¡Ah, sí...! Pero... ¡No, no, no! ¡Imposible!

— ¿Por qué imposible, camarada? ¿Quién es aquí el vencedor y el amo? ¿No somos nosotros? ¡Pues bien! Exceptuando al almirante, todos pueden ser hechos prisioneros, todos sin limitación.

—Lo sé —replicó Arnaldo—; pero la hermosa dama a que me refiero no

debe hallarse cerca de mi amo, y menos verse con él. Ahora bien, el medio más indicado de separarlos no es ciertamente llevarles prisioneros a la misma ciudad.

— ¡Bah! —exclamó el arquero—. ¡Buen cuidado tendrá lord Wentworth de guardar para sí y muy en secreto a su linda cautiva!

—En Calais, sí: ¿pero, y durante el viaje? Mi señor podrá verla y hablarla en el camino.

—No será así, si yo quiero impedirlo. Se formarán dos grupos, y el uno saldrá dos horas antes que el otro. De este modo, siempre habrá dos leguas de terreno entre la dama y el caballero.

—No me parece mal... ¿pero qué dirá el condestable? Si averigua que yo he tenido parte en semejante asunto, me manda a ahorcar.

— ¿Por qué ha de averiguarlo? ¿Quién se lo dirá? Supongo que no seréis vos, y como sólo lo sabremos vos y yo, y yo no he de irle con el cuento, nada ha de saber el condestable, a menos que las monedas de oro que ha de valemos el negocio tomen la palabra y descubran de donde han...

—Me tocaría una cantidad muy respetable, ¿verdad? —interrumpió Arnaldo.

—La mitad de la que me correspondiese a mí.

— ¡Qué lástima! El rescate que exigiría lord Grey sería muy grande, y el padre de la dama no repararía en millar más o menos.

— ¿Es algún duque o príncipe?

—Más que todo eso, camarada. El padre es rey, y se llama Enrique II.

— ¡Una hija del rey aquí! —exclamó el inglés—. ¡Que Dios me condene si no te estrangulo en este punto, si ahora, querido camarada, si ahora mismo no me dices donde puedo encontrar esa paloma...! ¡Una hija del rey...!

—Y una reina de hermosura, amigo mío.

— ¡Oh! ¡Lord Wentworth va a perder la cabeza, camarada! —añadió solemnemente sacando su escarcela y abriéndola ante los encandilados ojos de Arnaldo—. Contenido y continente son tuyos, a cambio del nombre de la bella y de la indicación del sitio donde podré encontrarla.

— ¡Acepto! —contestó Arnaldo sin fuerzas para resistir la tentación, apoderándose de la bolsa.

— ¿El nombre? —preguntó el arquero.

—Diana de Castro, conocida en San Quintín por sor Bendita.

— ¿Sitio?

—Convento de las benedictinas.

—Allá voy —dijo el inglés desapareciendo a la carrera.

— ¡Es igual! —se dijo Arnaldo—. Esta partida sí que no puedo ponerla en la cuenta del condestable, pero es igual... Voy a buscar a mi amo.

## XXXVII

### LORD WENTWORTH

El día 1º de septiembre, tres días después de los sucesos narrados en el capítulo anterior, lord Wentworth, gobernador de Calais, después de haber recibido las instrucciones de su cuñado lord Grey, y de haber visto embarcar a éste con rumbo a Inglaterra, montó a caballo y volvió a su palacio, donde antes había dejado a Gabriel y a Juan Peuquoy en una estancia, y a Diana en otra separada.

No sospechaba Diana que Gabriel se encontrase tan cerca de ella, pues el arquero de lord Grey había cumplido fielmente la promesa a Arnaldo, y nuestros dos enamorados no se vieron durante el viaje desde San Quintín a Calais.

En nada se parecía lord Wentworth a su cuñado. Este era reservado, frío y avaro, al paso que lord Wentworth era vivo, amable y generoso. En cuanto a su físico, vendría a tener cuarenta años, su estatura era elevada, sus movimientos elegantes, y sus cabellos negros y abundantes, entre los cuales se destacaban algunas canas. Por su apostura, su aire fogoso y la brillantez de sus ojos garzos, se comprendía que perduraba en él la exaltación de las pasiones juveniles y que llevaba la vida alegre y tal vez disipada de un mozo de veinte años.

Al entrar en la sala donde esperaban el vizconde de Exmés y Juan Peuquoy, saludó a éstos con gran afabilidad, tratándoles más bien como a huéspedes que como a prisioneros.

—Sed bienvenido a mi casa, caballero, y vos, maese —les dijo—. Mucho le tengo que agradecer a mi cuñado por haberos traído aquí, señor vizconde, y éste es un doble motivo para que celebre la victoria conseguida en San Quintín. Perdonad, pero son tan contadas las distracciones en esta plaza de guerra donde me encuentro como confinado, tan escasa la sociedad, que me considero feliz cuando de tarde en tarde encuentro una persona con quien hablar. No os admire, pues, que lleve mi egoísmo hasta el extremo de desear



que el importe de vuestro rescate llegue lo más tarde posible.

—Más de lo que yo creía tardará en efecto, milord —contestó Gabriel—. Ya os habrá dicho lord Grey que mi escudero, a quien pensaba enviar a París para que trajese mi rescate, se emborrachó y tuvo una reyerta en el camino con uno de los soldados de la escolta, y recibió una herida en la cabeza. No es peligrosa la herida, es verdad, pero temo que le retendrá en Calais más tiempo del que yo quisiera.

—Peor para el pobre muchacho y mejor para mí, caballero —dijo lord Wentworth.

—Sois demasiado galante, milord —contestó Gabriel, sonriendo con tristeza.

—No, caballero; en mis actos no hay la menor galantería. Sería tal vez galante si os permitiera ir inmediatamente a París bajo vuestra palabra; pero os repito que soy demasiado egoísta para hacerlo así, y, por otra parte, estoy aquí demasiado aburrido. Esto no obstante, confesaré que no sin repugnancia he cedido a las exigencias de mi cuñado, hombre desconfiado, quien me ha arrancado promesa formal y solemne de no concederos la libertad hasta tanto reciba el rescate. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Seremos prisioneros los dos! Ya procuraremos endulzarnos el uno al otro lo amargo del cautiverio.

Gabriel se inclinó sin decir una palabra. Claro está que hubiera preferido que lord Wentworth le concediese la libertad bajo palabra; pero, ¿con qué derecho podía él, un desconocido, exigir semejante prueba de confianza?

Se consolaba, sin embargo, pensando que Coligny se encontraría en aquel momento en París y en contacto con Enrique II, y Coligny haría ver al rey todo lo que Gabriel había hecho para prolongar la resistencia de San Quintín.

Habíale prometido hacerlo, y no era el almirante hombre que faltase a su palabra. ¿Quién sabe si el rey, fiel a la promesa empeñada, pondría en libertad al conde de Montgomery sin esperar el regreso de su hijo?

A pesar de su confianza, Gabriel no había conseguido disipar sus inquietudes, tanto más, cuanto que éstas reconocían doble causa: la indicada, y el hecho de no haber podido ver, antes de salir de San Quintín, a otra persona no menos querida. Maldecía, pues, con toda su alma el accidente sobrevenido al incorregible borracho Martín Guerra, sin compartir, sobre el particular, la satisfacción que experimentaba Juan Peuquoy, el cual veía con secreta alegría que la misma tardanza que tanto afligía a Gabriel venía a favorecer sus misteriosos designios.

Lord Wentworth, aparentando no advertir la melancólica distracción del primero, prosiguió:

—Haré cuanto de mí dependa, señor vizconde, para que no veáis en mí un carcelero feroz; y con objeto de demostraros con hechos que no es una desconfianza injuriosa lo que me fuerza a reteneros aquí, si me dais vuestra palabra de caballero de que no intentaréis escaparos, os concederé permiso para que podáis salir de vuestra cárcel cuando os acomode y recorrer sin restricciones las calles de la ciudad.

Juan Peuquoy no pudo contener un movimiento de satisfacción inequívoca, que quiso comunicar a Gabriel, y a este efecto, le tiró de la manga.

—Acepto reconocido, milord —contestó Gabriel al cortés gobernador—. No olvidaré nunca vuestra generosidad. En cuanto a mi palabra de honor de que no pensaré en evadirme, la tenéis desde luego.

—Pues no necesito más, señor vizconde —dijo lord Wentworth—. Es más: si la hospitalidad que puedo y debo ofreceros en este caserón que tan pocas comodidades tiene os es molesta u os parece forzada, no quiero que os violentéis de ningún modo: a mí no ha de disgustarme que rehuséis la humilde habitación de que puedo disponer en este momento y toméis otro alojamiento más cómodo, que de seguro encontraréis en Calais.

— ¡Oh, señor vizconde! —exclamó Juan Peuquoy con acento suplicante—. Si os dignaseis aceptar la mejor habitación de la casa de mi primo el armero, yo os juro que él se llenaría de orgullo y que yo me consideraría feliz.

El buen Peuquoy acompañó sus palabras con un gesto significativo. Realmente el honrado tejedor obraba misteriosamente y hablaba con reticencias; habíase convertido en un compañero tenebroso y temible.

—Gracias, amigo mío —respondió Gabriel—. Aprovecharme del generoso permiso que el gobernador me concede sería tal vez un abuso.

—Os aseguro que no —replicó con vivacidad lord Wentworth—. Os dejo en completa libertad, y no he de ofenderme porque aceptéis el alojamiento que os ofrecen en la casa de Pedro Peuquoy, que es un artesano rico, activo y hábil en su profesión, y además el hombre más honrado del mundo. Le conozco bien; muchas veces le he comprado armas y tiene en su casa una linda personita que ignoro si es su hija o su mujer.

—Es su hermana, milord —dijo Juan Peuquoy—; mi prima Babette. En efecto, es una buena moza, y si yo no fuese tan viejo... Pero a bien que no ha de extinguirse por eso la raza de los Peuquoy. Pedro perdió a su mujer, pero le dejó dos hijos robustos y traviosos que os distraerán mucho, señor vizconde, si os dignáis aceptar la cordial hospitalidad de mi primo.

—A lo que no sólo os autorizo, sino que os invito, pues realmente es lo que más os conviene —dijo lord Wentworth.

Gabriel empezó a creer, y no sin razón, que el cortés gobernador de Calais deseaba, por razones que él sabría, desembarazarse de un comensal obligado que a todas horas estaría en su casa, y que, al disfrutar de la libertad omnímoda que se le concedía, acaso coartaría la suya. Estas eran, en efecto, las ideas de lord Wentworth, más aficionado, según había dicho el arquero de lord Grey, a las prisioneras que a los prisioneros.

Como es natural, cesaron al punto los escrúpulos de Gabriel, quien, volviéndose sonriente hacia Juan Peuquoy, le dijo:

—Puesto que lord Wentworth me lo permite, amigo mío, me alojaré en la casa de vuestro primo.

Juan Peuquoy dio un salto de alegría.

—Creo en conciencia que estaréis perfectamente alojado —dijo lord Wentworth—. Y no quiere decir esto que yo no hubiera tenido especial placer poniendo a vuestra disposición las mejores habitaciones de mi casa, pero en un edificio guardado noche y día por soldados, y por añadidura sujeto a reglas severas por mi enojada autoridad, es casi seguro que no hubierais disfrutado de tanta libertad como en la casa del honrado armero. Los jóvenes necesitan libertad absoluta de movimientos, y yo no me perdonaría nunca el limitar la vuestra.

—Me parece que lo conocéis por experiencia —observó Gabriel riendo—, y que sabéis comprender todo el valor de la independencia, milord.

—Sí, por cierto —contestó con tono jovial lord Wentworth—. No soy un mozalbeta, pero tampoco he llegado a la edad en que suelen los hombres hablar mal de la libertad.

Dirigiéndose a Juan Peuquoy, repuso:

—Y vos, maese Peuquoy, ¿contáis con tanta seguridad con la bolsa de vuestro primo como con su casa? Lord Grey me dijo que esperáis de maese Pedro los cien escudos que debéis pagar por vuestro rescate.

—Todo cuanto Pedro posee pertenece a Juan —contestó el tejedor con tono sentencioso—. Entre los Peuquoy, los bienes han sido siempre comunes. Estaba tan seguro de que la casa de mi primo es la mía, que a ella envié, sin previo aviso, al escudero herido del señor vizconde de Exmés, y es tal mi seguridad de que su bolsa está tan abierta como la puerta de su casa, que desde luego podéis hacer que me acompañe uno de vuestros soldados para que se traiga la suma convenida.

—No hay necesidad, maese Juan Peuquoy —contestó lord Wentworth—. Os permito que os vayáis también bajo vuestra palabra. Mañana o pasado iré a hacer una visita al señor vizconde de Exmés, y escogeré entre las armaduras

fabricadas por vuestro primo una que me convenga, y que liquidará la cuenta que tenéis con mi cuñado.

—Como gustéis, milord —dijo Juan.

— ¿Necesitaré advertiros, señor vizconde —preguntó el gobernador—, que cuando tengáis a bien llamar a mi puerta, seréis tanto mejor recibido cuanto más libre sois de no hacerlo? Os lo repito: la vida es monótona en Calais; pronto lo sabréis por experiencia, y no dudo que en breve os uniréis conmigo para entre los dos hacer frente al enemigo común, que es el aburrimiento. Vuestra presencia en la plaza es una ventaja de la que espero aprovecharme todo lo posible. Si vos pretendéis alejaros de mí, seré yo el que os busque e importune, os lo prevengo, y no olvidéis que, en realidad, sólo os doy la libertad a medias, pues que el amigo debe traerme aquí al prisionero.

—Gracias, milord —contestó Gabriel—. Con viva gratitud acepto todo lo que tenéis a bien otorgarme. Acaso llegue el día en que pueda ofreceros el desquite —añadió sonriendo—. La guerra es pródiga en alternativas, y el amigo de hoy puede ser el enemigo mañana.

— ¡Oh! En cuanto a eso, mi seguridad es completa, desgraciadamente demasiado completa —replicó lord Wentworth—, detrás de las inexpugnables murallas que me rodean. Si los franceses hubiesen pensado en reconquistar a Calais, no habrían esperado doscientos años para ello. Estoy tranquilo; si alguna vez me hacéis los honores de amo de casa, será en París y en tiempo de paz.

—Dejemos el porvenir en manos de Dios —dijo Gabriel—. Monseñor de Coligny, de quien me separé no ha mucho, solía decir que el partido más acertado que debe adoptar el hombre es el de estar a la expectativa.

— ¡Conformes! Estar a la expectativa, pero viviendo lo mejor y más alegremente que se pueda... A propósito, y perdonad mi olvido: debéis hallaros escaso de dinero, señor vizconde, y quiero que sepáis que mi bolsa está a vuestra disposición.

—Os lo agradezco, milord; la mía, aunque no bastante repleta para poder pagar en el acto mi rescate, contiene dinero suficiente para sufragar los gastos de mi permanencia en esta ciudad. Mi única preocupación, amigo Juan Peuquoy, nace de la sospecha de que la casa de vuestro primo no ha de poder acaso abrirse así de improviso y sin ocasionar molestias a sus dueños, a tres huéspedes llovidos del cielo. En ese caso, yo preferiría buscar otro alojamiento. Un puñado de escudos basta...

— ¿Os burláis, señor vizconde? —interrumpió Juan Peuquoy—. La casa de Pedro es sobradamente grande para que en ella puedan alojarse no tres hombres, sino tres familias.

En las provincias no se hacen las viviendas tan reducidas como en París.

—Es verdad —observó lord Wentworth—. Os aseguro, caballero, que la casa del armero no es indigna de un capitán. En ella caben holgadamente y sin molestias para unos y otros un séquito mayor que el vuestro y dos oficios o industrias. ¿No teníais intención, maese Juan Peuquoy, de instalar vuestros telares en Calais y continuar aquí vuestro oficio? Algo me indicó lord Grey acerca de ese proyecto, que yo desearía ver convertido en realidad.

—Puede que lo veáis —contestó Juan Peuquoy—. Probablemente dentro de muy poco Calais y San Quintín pertenecerán a los mismos dueños, y en ese caso, dicho se está que mi gusto será vivir y trabajar junto a mi familia.

— ¡Sí... tenéis razón! —exclamó lord Wentworth, sin penetrar el sentido de las maliciosas palabras del tejedor—. Es posible que San Quintín sea dentro de poco ciudad inglesa... Pero os estoy entreteniendo, sin consideración a que después de un viaje fatigoso tendréis necesidad de descansar. Os repito una vez más, señores, que sois perfectamente libres... Hasta la vista, que será pronto; ¿no es verdad?

Acompañó a los prisioneros hasta la puerta, estrechó la mano al vizconde, despidió con un gesto amistoso al tejedor, y les dejó que se dirigiesen a la calle de Martroi. Allí vivía, como no habrá olvidado el lector, el armero Pedro Peuquoy, y allí encontraremos muy pronto, si Dios quiere, a Gabriel y a Juan.

— ¡A fe que he obrado con prudencia alejando de esta casa al vizconde de Exmés! —exclamó lord Wentworth cuando vio desaparecer a sus prisioneros—. El vizconde es un caballero de distinción que ha debido frecuentar los salones de la corte, y aunque sólo una vez haya visto a la hermosa prisionera que me han confiado, es indudable que se acordará de ella mientras viva. Yo la he visto a medias hace dos horas, cuando pasaba entre los dos hombres que la custodiaban, y todavía no se ha disipado mi arrobamiento... ¡Santo Dios, y qué hermosa es! ¡La amo, no hay duda, la adoro! ¡Pobre corazón mío! ¡Con cuánta violencia lates al fin, después de haber permanecido mudo e insensible durante tanto tiempo en esta triste soledad! Ese gallardo joven, que si no me equivoco es vivo de genio y bravo, si viese aquí a la hija de su rey, es posible que interviniera en forma poco agradable en las relaciones que trato de entablar con mi bella Diana. La presencia de un compatriota, quien sabe si amigo, pudiera también cohibir los juramentos amorosos o alentar los desaires de la señora de Castro. ¡Nada, nada! Entre mi bella prisionera y yo sobran toda clase de terceros. Ni es mi intención apelar a medios indignos de mí, pero tampoco quiero crearme obstáculos.

Hizo sonar de una manera especial una campanilla, y al cabo de un minuto se presentó una criada.

—Juana —le dijo en inglés lord Wentworth—; ¿os habéis puesto, como dispuse, a la disposición de esa señora?

—Sí, milord.

— ¿Cómo se encuentra?

—Parece que está triste, milord, pero no abatida. Su mirada es altiva, firme su palabra, manda con afabilidad, pero como quien está habituada a que le obedezcan sin replicar.

—Está muy bien. ¿Tomó los manjares que le habéis mandado servir?

—Apenas si ha probado un poco de fruta, milord. No obstante la firmeza que aparenta, no es difícil adivinar en ella cierta inquietud, cierto dolor.

—Iréis ahora, Juana, a la habitación que ocupa la dama, y le preguntaréis de parte mía, de parte del gobernador de Calais, lord Wentworth, a quien lord Grey ha transferido sus derechos, si tendrá la bondad de recibirme. Volved pronto con la contestación.

Al cabo de algunos minutos, que parecieron siglos al impaciente gobernador, reapareció la criada.

— ¿Qué hay? —preguntó lord Wentworth.

—La dama no sólo consiente, sino que os ruega que vayáis al instante.

— ¡Volando! —exclamó el gobernador.

—Debo advertiros que ha mandado a la anciana María que no se separe de ella, y a mí que vuelva en seguida.

—Bien, Juana; id, id, sí. Quiero que se le obedezca en todo. Id, y decidla de mi parte que os sigo.

Salió Juana, y lord Wentworth, tímido y palpitante como un enamorado de veinte años, empezó a subir la escalera que conducía a las habitaciones de Diana.

— ¡Oh! ¡Qué felicidad! —se decía a sí mismo—. ¡Amo, y la mujer a quien he entregado mi corazón es la hija de un rey, y la tengo en mi poder!

### XXXVIII

#### EL CARCELERO ENAMORADO

Diana de Castro recibió a lord Wentworth con aquella dignidad tranquila y casta que daba a su rostro de ángel y a su pura mirada un encanto y un poder

irresistible. Bajo su aparente tranquilidad, sin embargo, se ocultaba la angustia: temblaba la pobrecilla, cuando respondiendo al respetuoso saludo del gobernador, le indicó, con majestad real, un sillón que había a alguna distancia de ella.

Hizo en seguida una señal a María y a Juana que trataban de retirarse, para que permaneciesen en la estancia, y como lord Wentworth, absorto en su contemplación, guardase silencio, se decidió ella a iniciar la conversación.

—Creo que me hallo en presencia de lord Wentworth, gobernador de Calais —dijo.

—Os halláis, en efecto, señora, en presencia de lord Wentworth, que es vuestro más humilde servidor y espera vuestras órdenes.

— ¡Mis órdenes! —repitió Diana poniendo en su acento cierto deje de amargura—. ¡Oh, milord! No habléis así, que podría yo creer que os burláis de mí. Si hubieran escuchado, no mis órdenes, sino mis súplicas, mis ruegos, no estaría ciertamente aquí. ¿Sabéis quién soy, milord, y cuál es mi estirpe?

—Sé que sois la señora Diana de Castro, hija querida del rey Enrique II, señora.

—Entonces, ¿por qué me han hecho prisionera? —preguntó Diana con voz débil.

—Precisamente, señora, porque sois hija de un rey. A tenor de las bases de capitulación firmada por el señor almirante Coligny, los vencedores podían escoger cincuenta prisioneros de cualquier rango, edad o sexo, y como era natural, escogieron los más ilustres, los más peligrosos, y... permitidme que os lo diga con franqueza, los que podían pagar mayor rescate.

— ¿Pero cómo pudieron saber que estaba yo en San Quintín, oculta bajo el nombre y el hábito de una religiosa benedictina? Además de la superiora del convento, sólo una persona había en la ciudad que conociese el secreto.

— ¡Muy sencillo! Esa otra persona será sin duda la que os ha vendido.

— ¡Oh, no! ¡Estoy segura de que no! —exclamó Diana con tal calor y convicción, que lord Wentworth sintió en el corazón la dolorosa mordedura de los celos y no supo qué contestar.

—Era al día siguiente de la toma de San Quintín —prosiguió Diana animándose gradualmente—. Yo me había refugiado, trémula y asustada, en el fondo de mi celda, cuando mandaron que bajase al locutorio la hermana Bendita, que era mi nombre de novicia, milord. El que preguntaba por mí era un soldado inglés. Temí que el soldado fuera portador de una nueva horrible, pero bajé, arrastrada sin duda por el aguijón de la curiosidad, de esa curiosidad angustiosa que se siente de saber lo que se debe llorar. El arquero, a quien no

había visto jamás, declaró que era su prisionera. Me indigné, resistí, ¿pero qué podía yo contra la violencia? Eran tres soldados, milord, ¡tres hombres armados hasta los dientes para prender a una débil mujer! Perdonad si mis palabras lastiman vuestro amor propio, pero puesto que os hago relación de lo ocurrido, creo que debo explicar cómo ocurrió. Aquellos tres hombres se apoderaron de mí y quisieron obligarme a confesar que era Diana de Castro, hija del rey de Francia. Negué al principio, mas como a pesar de mi negativa me llevaban prisionera, pedí que me condujesen a la presencia del almirante Coligny y como éste no conocía a la hermana sor Bendita, declaré que era, en efecto, la que ellos suponían. ¿Creéis que después de aquella confesión mía accedieron a mis ruegos y me llevaron a presencia del almirante, quien me habría reconocido y reclamado? Pues no fue así; antes bien, después de celebrar con gracias y risotadas su buena suerte, se dieron más prisa para asegurar su presa. Me hicieron entrar, o mejor dicho, me arrojaron a viva fuerza, llorosa y desolada, en una litera que cerraron al punto, y cuando sofocada por los sollozos y quebrantada por el dolor traté de averiguar adonde me conducían, hallé que me habían sacado ya de San Quintín y que me encontraba en el camino de Calais. Lord Grey, jefe, según me dijeron, de la escolta, se negó a oírme, y gracias a un soldado pude saber que era prisionera de guerra de su amo y que me conducían a Calais, donde habría de permanecer hasta tanto pagasen mi rescate. Así he llegado, milord, a esta casa sin tener otras noticias acerca de mi suerte futura.

— ¡Y a las que nada puedo añadir, señora! —respondió lord Wentworth pensativo.

— ¿Nada podéis añadir, milord? —replicó Diana—. ¿Tampoco podéis explicarme por qué no se me permitió hablar con la superiora de las benedictinas ni con el señor almirante? ¿Tampoco podéis declararme qué es lo que quieren de mí, puesto que impiden que me acerque a los que podrían llevar al rey la noticia de mi cautiverio para que venga de París el precio de mi rescate? ¿Tampoco podéis decirme qué significa mi prisión, que tiene todas las características de un secuestro? ¿Por qué no ha querido escucharme, ni se ha dejado ver de mí lord Grey, autor, según me han informado, de lo que me sucede?

—A lord Grey le habéis visto, señora, cuando pasasteis por delante de nosotros. Era el caballero con quien estaba hablando yo, el que os saludó al mismo tiempo que lo hice yo.

—Dispensadme milord, ignoraba que aquel caballero fuese lord Grey —contestó Diana—. Puesto que habéis hablado con él, y según me ha dicho esta joven, es pariente vuestro, no es aventurado suponer que os habrá dado cuenta de las intenciones que abriga con respecto a mí.



—Cierto, señora; antes de embarcar para Inglaterra, y precisamente cuando llegasteis vos a esta casa, me estaba comunicando sus órdenes. Me decía que habiendo sabido en San Quintín que erais hija del rey, y teniendo él derecho a escoger tres prisioneros, había aceptado con placer una prisionera, que, dicho sea de paso, le fue ofrecida, y que nadie quiso comunicar vuestra prisión a fin de evitar obstáculos posibles y aun probables. Su propósito era sencillamente aprovechar vuestra calidad para obtener todo el dinero posible, y yo aprobaba riendo las ideas codiciosas de mi cuñado, cuando vos atravesasteis la estancia donde hablábamos. Os vi, señora, y comprendí al punto que, si por derecho y ley de nacimiento erais hija de un rey, por derecho y ley de hermosura sois reina. Y desde aquel instante, os lo confieso a pesar de mi confusión, desaprobé las intenciones de lord Grey, si no en lo referente al pasado, al menos en lo que atañe al porvenir. Sí, combatí con calor sus proyectos de obtener de vos un rescate, le hice presente que podía prometerse mucho más; que, estando en guerra Inglaterra y Francia, acaso se presentaría ocasión de exigir por vuestra persona un canje muy ventajoso, y que vos valíais muy bien una plaza fuerte. Para abreviar, le convencí de que no debía en manera alguna abandonar una presa tan rica por algunos puñados de escudas. Estáis en Calais, ciudad fuerte e inexpugnable, y fuerza será que os resignéis a esperar.

— ¡Es posible! —exclamó Diana—. ¡Habéis dado a lord Grey semejantes consejos y no os importa decírmelo a mí misma! ¡Ah, milord! ¿Por qué os habéis opuesto así a mi libertad? Me visteis un segundo nada más... ¿Es posible que os bastara un segundo para odiarme?

—Os vi un segundo nada más, señora, y ese segundo bastó para que me enamorase como un loco de vos —respondió lord Wentworth fuera de sí.

Diana retrocedió, pálida como un cadáver.

— ¡Juana...! ¡María! —gritó a las dos mujeres, que se habían separado, yendo a colocarse en el hueco de una ventana.

Lord Wentworth hizo a aquéllas un gesto imperioso y las criadas permanecieron inmóviles donde estaban.

—Nada temáis, señora —dijo entonces sonriendo con tristeza—. Soy caballero, y si alguno de los dos debe temer y temblar, no sois vos ciertamente, sino yo. Os amo, sí, y no he podido menos de confesároslo. Cuando os vi pasar delante de nosotros, tan graciosa, tan encantadora, me parecisteis una diosa, y mi corazón dejó de pertenecerme; fue vuestro... En mi poder estáis, sí; la menor indicación mía se obedece aquí como una orden... pero nada temáis, porque más en absoluto estoy yo en poder vuestro, que vos en el mío, y de los dos, el verdadero prisionero soy yo. Aquí sois vos la reina, señora, y yo el esclavo sumiso: mandad y obedeceré.

—Si ésas son vuestras disposiciones, caballero —dijo Diana palpitante de emoción—, enviadme a París; desde allí haré llegar a vuestras manos el rescate que señaléis.

Dudó lord Wentworth, quien contestó al fin:

—Me es imposible, señora; todo lo que queráis, menos ese sacrificio, que es superior a mis fuerzas. ¿No acabo de deciros que una mirada de vuestros ojos encadenó para siempre mi vida a la vuestra? Aquí, en este destierro donde me hallo confinado, mi ardiente corazón no había sentido un amor digno de él; pero, cuando os he visto tan bella, tan noble, tan altiva, he comprendido que todas las energías latentes de mi alma se desbordaban violentas, porque habían encontrado su ideal y su objetivo. Dos horas nada más hace que os amo; pero si me conocierais a fondo, sabríais que mi amor es tan profundo y tiene raíces tan hondas como si datase de diez años.

— ¡Pero, Dios mío! ¿Qué es lo que queréis de mí, milord? —preguntó Diana—. ¿Qué esperáis? ¿Qué pensáis? ¿Qué designios abrigáis?

—Quiero veros, señora; quiero gozar de vuestra presencia, quiero contemplar vuestro rostro encantador: he ahí todo lo que quiero y todo lo que espero. No imaginéis que abrigue proyectos indignos de un caballero; os lo repito; pero mi derecho, que bendigo y bendeciré mil veces, me obliga a guardaros, y usando de aquél, os guardo.

— ¿Y creéis, milord, que la violencia que me hacéis forzaré a mi amor a corresponder al vuestro?

—No; no lo creo —contestó con dulzura lord Wentworth—: pero, ¿quién sabe? Pudiera acontecer que, viéndome venir todos los días tan resignado, tan respetuoso, a recibir vuestras órdenes, sin más objeto que tener la dicha de poder miraros un instante, pudiera acontecer, repito, que al fin os enterneciera la humilde sumisión del que, pudiendo mandar, implora.

—En cuyo caso —replicó Diana con acento desdeñoso— la hija del rey de Francia, vencida, sería la manceba de lord Wentworth. ¿No es eso, caballero?

—En cuyo caso —respondió el gobernador—, lord Wentworth, último vástago de una de las casas más ricas y más ilustres de Inglaterra, pondría a los pies de la señora de Castro su nombre y su vida. Mi amor, viéndolo estáis, es tan honroso como sincero.

— ¿Será ambicioso? —pensó Diana—. Escuchad, milord —repuso alzando la voz y procurando sonreír—: os aconsejo que me devolváis la libertad, que me enviéis al rey mi padre, seguro de que no he de creer que un rescate, por rico que sea, deja liquidada la deuda de gratitud que con vos tendré pendiente. Tarde o temprano se firmará la paz entre las dos naciones, y

ya que yo no puedo entregarme a mí misma, os juro que obtendré para vos tantos honores y dignidades, y más, como pudierais desear siendo mi marido. Sed generoso, milord, que yo no seré desagradecida.

—Adivino vuestro pensamiento, señora —dijo lord Wentworth con intensa amargura en el acento—. Pero no tenéis en cuenta que soy más desinteresado y más ambicioso a la vez de lo que creéis. De todos los tesoros del universo no codicio más que uno, y ése sois vos.

—Una palabra más, milord: la última, una palabra cuya significación y alcance comprenderéis, a no dudar —dijo Diana entre confusa y altiva—: me ama otro hombre.

— ¿Y podéis imaginar siquiera que voy a entregaros a ese hombre, puesto que a ello equivaldría concederos la libertad? —gritó lord Wentworth fuera de sí—. ¡Nunca! ¡Que sea tan desgraciado como soy yo! ¡Que sea más desgraciado todavía, porque él no os verá, señora, y yo sí! A partir de hoy, únicamente tres acontecimientos podrían libertaros: mi muerte, harto improbable, porque soy joven y robusto, la paz entre Francia e Inglaterra, y bueno es no olvidar que las guerras entre las dos naciones suelen durar cientos de años, o la toma de Calais por los franceses, y Calais es una plaza inexpugnable. No ocurriendo ninguna de estas tres cosas, y es casi imposible que ocurran, condenada estáis a ser mi prisionera durante mucho tiempo, porque he comprado a lord Grey los derechos que éste tenía sobre vos, y estoy resuelto a no entregaros por ningún rescate, aunque me ofrecieran un imperio. En cuanto a vuestra evasión, os aconsejo que no penséis en ella, porque soy quien os guardo y es carcelero muy vigilante y seguro un hombre enamorado.

Esto diciendo, lord Wentworth saludó respetuosamente y se retiró, dejando a Diana temblando y llena de desconsuelo.

Se serenó, sin embargo, un poco al pensar que la muerte es un refugio seguro para los desgraciados, y que éstos pueden recurrir a aquél en los trances supremos.

## XXXIX

### LA CASA DEL ARMERO

La casa de Pedro Pequoy formaba ángulo con la calle de Martroi y la plaza del Mercado. Por entrambos frentes se apoyaba sobre robustos pilares de madera, semejantes a los que todavía se ven hoy en París en varios lugares. Tenía dos pisos, además de los desvanes. En su fachada, el ladrillo, la madera y la pizarra aparecían combinados caprichosamente, formando curiosos y

complicados arabescos. Los antepechos de las ventanas y las puntas visibles de las grandes vigas estaban llenas de figuras de animales fantásticos medio ocultos entre follaje, y el conjunto resultaba sencillo y tosco, pero gracioso y no privado de vida. Los aleros del tejado sobresalían lo bastante para servir de cobertizo a una galería exterior volada, con su correspondiente balaustrada que, al estilo de los palacetes suizos, circundaba todo el segundo piso.

Sobre la puerta vidriera de la tienda estaba emplazada la muestra: una especie de estandarte de madera pintada, sobre la que se destacaba la figura de un guerrero formidable que quería representar al dios Marte, según aseguraba la siguiente inscripción:

Al dios Marte. Pedro Peuquoy, armero.

Sobre el umbral de la puerta, una armadura completa, compuesta de casco, coraza, brazaletes, canilleras y guanteletes, era a manera de muestra gráfica para los caballeros que no supiesen leer.

Por si no bastaban la muestra escrita y la representación gráfica de la misma, a través de los cristales de la tienda, podían distinguirse, no obstante la oscuridad de los almacenes, varias armaduras, panoplias y armas defensivas y ofensivas de toda clase. Las espadas atraían de una manera especial la atención, tanto por su variedad cuanto por su riqueza.

Dos aprendices sentados al pie de los pilares llamaban a los transeúntes, ofreciéndoles la mercancía con invitaciones tentadoras.

Por regla general, Pedro Peuquoy, el armero, estaba, bien en la trastienda, que daba al patio, bien en la fragua, instalada bajo un cobertizo en el fondo del mismo patio. No se presentaba en la tienda sino cuando un buen parroquiano, atraído por la charla de los aprendices, o mejor dicho por la reputación de la tienda, exigía que llamasen al maestro.

La trastienda, mejor iluminada que el almacén, servía también de salón y de comedor, estaba entarimada y revestidas sus paredes hasta los dos tercios de su altura con tablas de encina. Consistían sus muebles en una mesa cuadrada de patas salomónicas, sillas tapizadas y un magnífico cofre que servía de pedestal a la obra maestra de Pedro Peuquoy, ejecutada por él en presencia de su padre a raíz de haber recibido el diploma de maestro. Era una armadura en miniatura, damasquinada en su totalidad, cubierta de incrustaciones de oro y cincelada con arte delicadísimo. Imposible imaginar la paciencia y el arte que hubo de derrochar para producir aquella maravilla.

Frente por frente al cofre, un nicho practicado en las tablas que revestían las paredes servía de marco a una imagen de la Virgen. De esta manera, siempre reinaba un pensamiento santo en la sala de la familia.

En la pieza inmediata había una escalera de madera que comunicaba con las habitaciones superiores.

Pedro Peuquoy, cuya satisfacción era inmensa desde que supo que iba a alojar en su casa al vizconde de Exmés y a su primo Juan, quiso ceder el primer piso a Gabriel y a su primo, y él ocupó el segundo con su joven hermana Babette y sus hijos. También había acomodado en el segundo piso al escudero herido, Arnaldo de Thill. Los aprendices dormían en los desvanes. La casa respiraba por todas partes, si no riqueza, a lo menos pulcritud y aseo.

Encontraremos a Gabriel y a Juan Peuquoy sentados a la mesa, haciendo el debido honor, junto con su patrón, a la copiosa cena que éste les ha preparado. Babette sirve a los comensales, y los niños comen a alguna distancia de los mayores.

— ¡Vive Dios, monseñor, que coméis bien poco! —decía el armero—. No llevéis a mal que os lo diga, pero os encuentro a vos como preocupado, y a Juan como pensativo. Y, sin embargo, si la cena ha sido mediana, el corazón que la ofrece es grande y bueno. ¡Vamos! Tomad al menos estas uvas, que no abundan mucho en nuestro país. Mi abuelo, a quien se lo había referido el suyo, me decía que en otro tiempo, cuando Calais era de los franceses, el vino que producían sus viñas era generoso y sus uvas doradas; pero desde que la ciudad es inglesa, las uvas creen sin duda que están en Inglaterra y han perdido la costumbre de madurar.

Gabriel no pudo menos de sonreír al escuchar las singulares deducciones que hacía el patriotismo del armero.

—Vamos —dijo levantando su vaso—. ¡Bebamos por que maduren las uvas de Calais!

Es de presumir que los Peuquoy celebraron el brindis con aclamaciones de delirante entusiasmo.

Terminada la cena, Pedro dio las gracias, que los comensales repitieron de pie y con las cabezas descubiertas. A los niños se les mandó que se fuesen a acostar.

—También tú, Babette, puedes recogerte ya —dijo el armero a su hermana—. Cuida de que los aprendices no hagan ruido por arriba, y antes de acostarte, entra con Gertrudis en la alcoba del escudero del señor vizconde para ver si necesita algo.

La linda Babette se sonrojó, hizo una reverencia y salió.

—Ya estamos solos los tres —dijo Pedro a su primo—. Si tienes que comunicarme algo en secreto, dispuesto estoy a escucharte.

Gabriel dirigió al tejedor una mirada de asombro, pero aquél respondió con

gravedad:

—En efecto, Pedro; ya te he dicho que deseaba hablaros de cosas importantes.

—Me retiro —terció Gabriel.

—Perdonad, señor vizconde —replicó Juan—; pero vuestra presencia en la conversación que vamos a tener no sólo es útil, sino necesaria, porque sin vuestro concurso, los proyectos que voy a confiar a Pedro serían de todo punto impracticables.

—Escucho, pues —dijo Gabriel, recayendo en su habitual tristeza.

—Sí, señor vizconde —contestó el tejedor—; escuchadnos, y es posible que escuchándonos, alcéis la cabeza con esperanza, y acaso, acaso, con alegría.

Gabriel sonrió con tristeza, pensando que mientras su padre no consiguiera la libertad y él estuviese lejos de Diana, la alegría era para su alma un amigo ausente. Sin embargo, el animoso joven se volvió hacia Juan Peuquoy y le indicó por medio de un gesto que podía continuar.

Juan, dirigiéndose hacia su primo, dijo con acento solemne:

—Primo, y más que primo, hermano: a ti te toca hablar primero a fin de manifestar al señor vizconde que se puede contar con tu patriotismo. Dinos, Pedro, cuáles fueron los sentimientos que, con respecto a Francia, te inculcó tu padre, que fueron los mismos que en su alma sembró el suyo. Dinos si los Peuquoy de Calais, ingleses por fuerza desde hace doscientos años, han sido también ingleses de corazón. Dinos, finalmente, si, llegado el caso, prestarías tu apoyo y darías tu sangre a la patria antigua de nuestros abuelos o a la patria nueva que te han impuesto.

—Juan —contestó el armero, con tanta solemnidad en el tono y en el semblante como el tejedor—; yo no sé qué pensaría y qué haría si mi nombre y mi raza fueran ingleses; pero la experiencia me ha enseñado que, cuando una familia ha sido francesa, aunque hayan pasado doscientos años desde que dejó de serlo, a todos los miembros de esa familia les parece insoportable cualquier dominación extranjera, insoportable porque la encuentra dura como la esclavitud y amarga como el destierro. Aquel antepasado nuestro que vio caer a Calais en poder del enemigo, nunca habló de Francia en presencia de su hijo sin derramar lágrimas, ni de Inglaterra sin odio. Sus hijos hicieron lo mismo con los suyos, y ese doble sentimiento de dolor y de aversión se ha transmitido de generación en generación sin debilitarse ni alterarse. El ambiente que se respira en nuestras viejas casas solariegas ni se renueva ni cambia. El Pedro Peuquoy de hace doscientos años vive en el Pedro Peuquoy de hoy, y como el

apellido es francés, ni me cabe en la cabeza pensar que el corazón pueda ser inglés, Juan. Dicen que recibimos la afrenta hace dos siglos: para mí, la afrenta nos fue inferida ayer, y por eso el dolor, que es consecuencia de aquella, sangra hoy, porque es reciente. No digas, Juan, que tengo dos patrias, porque patrias no hay más que una, no puede haber más que una, y si me colocaran en la alternativa de escoger entre el país que los hombres me han obligado a tolerar y el que Dios me había dado, cree, Juan, que no vacilaría en la elección.

— ¿Habéis oído, monseñor? —preguntó Juan al vizconde de Exmés.

—Sí, amigo mío, sí; oigo la expresión de los sentimientos de vuestro primo, que no pueden ser más nobles —contestó Gabriel sin salir de su abstracción.

—Una pregunta, Pedro —dijo Juan Peuquoy—. Supongo que no piensan como tú todos nuestros antiguos compatriotas residentes en esta ciudad, ¿verdad? Seguramente eres tú el único francés que, al cabo de doscientos años, continúas adorando a tu verdadera patria; ¿no es cierto?

—Te engañas, Juan —contestó Pedro Peuquoy—. Al hacer una especie de exposición de mis sentimientos, me hice intérprete del sentir general, no del mío únicamente. No diré que todos aquellos que, como yo, llevan apellido francés, conserven memoria de su origen, pero son muchas las familias que suspiran siempre por Francia, y en estas familias han buscado y escogido siempre los Peuquoy sus mujeres. Voy a darte una prueba de lo que afirmo: en las mismas filas de la Guardia Cívica de Calais, de la que yo, a mi pesar, formo parte, hay muchos, muchísimos ciudadanos que romperían la alabarda antes que dirigirla contra un soldado francés.

— ¡Bueno es saberlo! —murmuró Juan Peuquoy frotándose de gusto las manos—. Y dime ahora, primo: ¿tienes algún grado en esa Guardia Cívica? Siendo tan apreciado y querido como eres, mucho me maravillaría que no lo tuvieras.

—Pues no lo tengo, Juan: he rehusado sistemáticamente los grados a fin de rehuir las responsabilidades.

— ¡Tanto peor y tanto mejor! ¿Es muy penoso el servicio que os imponen? ¿Os corresponde el turno muy a menudo?

—Con bastante frecuencia, sí, con bastante frecuencia entramos de servicio, porque en una plaza fuerte como Calais, por numerosa que la guarnición sea, nunca es bastante. A mí me toca el día cinco de cada mes.

— ¿Siempre el cinco de cada mes, Pedro? ¿Día fijo? No me parece que pequen de prudentes los que fijan con esa regularidad matemática el servicio

de cada uno.

— ¿Por qué? Después de dos siglos de ocupación, pueden hacerlo sin peligro. Por otra parte, como tampoco conceden una confianza absoluta a la Guardia Cívica, únicamente confían a su vigilancia los puestos que serían imposibles de tomar, aun abandonados. A mí, por ejemplo, me corresponde invariablemente la vigilancia de la plataforma de la Torre Octógona, que defiende el mar mejor que yo. Sólo las gaviotas pueden aproximarse a ella.

— ¿Conque todos los meses, el día cinco, estás de vigilancia en la plataforma de la Torre Octógona, Pedro?

—Sí; desde las cuatro hasta las seis de la mañana. El jefe me permite que escoja yo la hora, y yo prefiero ésa, porque así veo la salida del sol, que parece brotar de las profundidades del Océano; espectáculo soberbio para un pobre artesano como yo.

—Soberbio, en efecto, Pedro. Tan soberbio —repitió Juan bajando la voz—, que si a pesar de lo inabordable de la posición, algún temerario aventurero intentase escalar por aquella parte vuestra Torre Octógona, me atrevería a jurar que tú no le verías; tan absorto estarías en la contemplación del sol naciente.

Pedro miró a su primo con sorpresa.

—No le vería; tienes razón —contestó al cabo de breves instantes de silencio—. No le vería, porque adivinaría que sólo un francés podía tener interés en penetrar en la plaza, y como quiera que me tengo por oprimido, y creo, en conciencia, que los oprimidos no deben consideración alguna a sus opresores, en vez de rechazar al temerario asaltante, es probable que le ayudase a subir.

— ¡Bien dicho, Pedro! —exclamó entusiasmado el tejedor—. ¿Os convencéis, monseñor, de que Pedro es un francés, patriota y decidido?

—Convencido estoy, amigo mío —contestó Gabriel, que apenas si prestaba atención a una conferencia que le parecía de todo punto inútil—; pero, ¡ah!, ¿de qué pueden servirnos tan hermosos sentimientos?

— ¿De qué? Voy a decíroslo, porque me parece que me ha llegado ya la vez —contestó Juan Peuquoy—. Señor vizconde; si queréis, podemos tomar en Calais el desquite de San Quintín. Los ingleses, orgullosos de sus dos siglos de ocupación, duermen descuidados en brazos de una seguridad falsa que muy bien pudiera perderles. Contamos, como acabáis de oír, con numerosos y decididos auxiliares dentro de la plaza. Maduremos el proyecto, que creo que bien vale la pena, venga en ayuda vuestra la intervención de los que disponen del poder, y mi razón, más que mi instinto, me dice que un atrevido golpe de mano nos haría dueños de la plaza. ¿Comprendéis, monseñor?



—Sí... comprendo —contestó Gabriel, que, en realidad, no había oído nada; tan distraído estaba—. Vuestro primo quiere volver a la hermosa Francia, ¿no es verdad? Desea trasladar su residencia a una ciudad francesa, a Amiens, por ejemplo... No creo que haya inconveniente. Hablaré a lord Wentworth y a monseñor el duque de Guisa, y creo que verá logradas sus aspiraciones. Con mi apoyo podéis contar desde luego... Continudad, amigo mío.

Y recayó en su ensimismamiento.

A decir verdad, la voz que en aquel momento oía no era la de Juan Peuquoy: era la de Enrique II, dando órdenes, después de haber escuchado el relato del sitio y caída de San Quintín de labios del almirante Coligny, de poner al punto en libertad al conde de Montgomery; era también la voz de su padre que le aseguraba, triste y celoso todavía, que Diana era hija de su rival coronado, y por último, era la voz de Diana que, después de tantas pruebas, podía escuchar de su boca las dos palabras supremas y divinas: Te amo.

Se comprende, pues, que sumergido en un sueño tan dulce, no escuchara más que a medias la exposición del temerario y patriótico proyecto de Juan Peuquoy.

El grave artesano, molesto por la escasa atención prestada por Gabriel a un proyecto tan grandioso, repuso con cierto dejo de amargura en la voz:

—Si monseñor se hubiera dignado prestar a mis palabras un oído menos distraído, a buen seguro que no nos habría atribuido a Pedro y a mí unas ideas tan personales, vulgares e interesadas.

Gabriel no respondió.

—No te oye, Juan —observó Pedro Peuquoy—. Tal vez tendrá sus proyectos, su pasión...

— ¡Que no serán, te lo aseguro, tan desinteresados como los nuestros! — exclamó Juan con acritud—. Si no le hubiese visto despreciar los peligros y desafiar la muerte con cierta especie de insano furor, si no le hubiese visto exponer temerariamente su vida para salvar la mía, juraría que sus ideas y pasiones son egoístas... ¡Parece mentira que no escuche mis palabras, cuando las inspiran el bien y la gloria de nuestra patria! Y el caso es que sin él, todo nuestro celo y todo nuestro valor son perfectamente inútiles, Pedro. Poseemos el ansia, el anhelo, pero nos faltan el pensamiento que organiza y el poder que ejecuta.

—El ansia y el anhelo son santos, primo mío. He comprendido tus aspiraciones, y las comparto.

Los dos primos se dieron un solemne apretón de manos.

—Preciso es renunciar a nuestra quimera, o por lo menos, esperar —dijo Juan Peuquoy—. ¿De qué sirve el brazo sin cabeza? ¿Qué puede hacer el pueblo sin los nobles?

Aquel menestral de siglos pasados añadió, sonriendo de un modo singular:

—Nada, hasta el día en que el pueblo sea a un tiempo mismo la cabeza y el brazo.

## XL

### EN EL QUE SE PRESENTAN CON ARTE VARIOS ACONTECIMIENTOS

Habían pasado tres semanas; el mes de septiembre tocaba a su fin y ningún cambio de importancia se había operado en la situación respectiva de los diferentes personajes de esta historia.

Juan Peuquoy había pagado a lord Wentworth el insignificante rescate en que supo tasarse a sí mismo. También había obtenido la autorización necesaria para fijar su residencia en Calais, pero debemos hacer constar que no se daba mucha prisa en la obra de montar su nuevo establecimiento, ni parecía animado de grandes deseos de reanudar sus trabajos. ¡Cosa extraña! Aquel hombre industrial, espejo de laboriosidad, se había hecho en extremo curioso y terriblemente haragán: desde que salía el sol hasta que cerraba la noche, veíasele paseando por las murallas y platicando con los soldados de la guarnición, sin que le importase, al parecer, un ardite su oficio de tejedor, y siempre tan tranquilo y desocupado como si hubiese sido un abad.

En cambio, si él era un haragán empedernido, no quiso o no pudo atraer a su primo Pedro a sus hábitos de holganza, pues es lo cierto que nunca el hábil armero forjó tantas y tan hermosas armas como por el período a que nos contraemos.

La tristeza de Gabriel aumentaba de día en día. De París no recibía más que noticias generales, tales como que Francia comenzaba a respirar, que los españoles y los ingleses, entretenidos en cosas de poco momento, habían perdido un tiempo precioso, que la nación había tenido tiempo para rehacerse, y que París y el rey se habían salvado. Claro está que las nuevas de sucesos tan prósperos, debidos en gran parte a la heroica defensa de San Quintín, habían de regocijar a Gabriel, pero no bastaban para disipar su melancolía, porque ni una palabra sabía de Enrique II, ni de su padre, ni del almirante Coligny, ni de Diana, y esta carencia absoluta de noticias por necesidad había de ensombrecer el pensamiento de nuestro héroe, y le impedía estrechar, como

quizás hubiese hecho de no mediar esa circunstancia, las relaciones amistosas con lord Wentworth, cada día más atento y complaciente con él.

En realidad, el amable y expansivo gobernador de Calais había cobrado afecto a su prisionero, a lo que contribuyó en los primeros días el fastidio y más tarde la tristeza. En una ciudad como Calais, tétrica y aburrida, era una distracción muy grata la compañía de un caballero joven y espiritual de la corte de Francia. Por esta razón no pasaban dos días sin que lord Wentworth fuera a visitar al vizconde de Exmés, y el primero exigía al segundo que se sentase a su mesa por lo menos tres veces por semana. No dejaba de ser molesta para Gabriel la amistad del gobernador, que a todas horas juraba, riendo, a su prisionero, que no le soltaría sino en el último extremo, que jamás se resignaría a dejarle marchar bajo su palabra, y que sólo cuando hubiese recibido el último escudo del rescate se vería en la dura necesidad de separarse de un amigo tan querido.

Como era muy posible que la simpatía y el afecto del gobernador fuesen, en medio de todo, un medio señorial y elegante de encubrir la desconfianza, Gabriel no se atrevía a insistir, y dando oídos a su extremada delicadeza, sufría sin proferir una queja, y esperaba el restablecimiento de su escudero, que era quien debía ir a París a buscar el rescate que el vizconde de Exmés había de pagar a cambio de su libertad.

Pero era el caso que Martín Guerra, o mejor dicho, su sustituto Arnaldo de Thill, se restablecía con demasiada lentitud. Al cabo de quince días, sin embargo, el cirujano encargado de la curación de la herida que el tunante había recibido en una reyerta, declaró que su misión estaba terminada y el herido completamente curado. Uno o dos días más de descanso, y los solícitos cuidados de la linda Babette, sobrarían para que la curación fuese tan completa como se pudiera desear.

Fiado en la palabra del cirujano, Gabriel había anunciado a su escudero que emprendería el viaje para París dos días después; pero llegó el día prefijado para la marcha, y Arnaldo se quejó de desvanecimientos y vahídos que le expondrían a caídas peligrosas si daba algunos pasos sin el apoyo acostumbrado de Babette. Nuevo aplazamiento de dos días, pedido por el escudero y otorgado por el señor. Pasaron los dos días, y el pobre Arnaldo sintió un cansancio general tan pronunciado, una debilidad tan grande en los brazos y en las piernas, que hubo necesidad de combatir el cansancio y la debilidad, causados, sin duda, por sus padecimientos, por medio de baños y dieta rigurosa. Este régimen dio al traste con las escasas fuerzas que conservaba el escudero, y se hizo indispensable aplazar de nuevo la marcha, hasta tanto el mensajero hubiese recobrado el vigor perdido por medio de reconstituyentes y de vinos generosos. Su enfermera Babette juraba llorando a Gabriel que, si obligaba a Martín Guerra a emprender el viaje en seguida, le

condenaría a perecer de inanición en el camino.

A pesar de los cuidados de Babette, aquella convalecencia singular de Martín Guerra se prolongaba indefinidamente. Transcurrieron así dos semanas, ganadas día por día, las que sumadas a las dos de permanencia en cama del herido, completaban el mes desde que nuestro prisionero llegó a Calais.

Semejante estado de cosas no podía prolongarse ya más tiempo. Gabriel concluyó por impacientarse, y el mismo Arnaldo de Thill, que al principio hallaba con pasmosa facilidad pretextos que retardasen su marcha, declaró terminantemente a la desconsolada Babette que no quería exponerse a disgustar a su amo, y que lo más acertado era emprender el viaje cuanto antes, a fin de volver también más pronto. Los ojos encendidos y el rostro abatido de la pobre Babette ponían de manifiesto que ella no entendía de tales razonamientos.

La víspera del día en que Arnaldo de Thill se había comprometido formalmente a emprender la marcha para París, Gabriel fue a cenar con lord Wentworth. Sin duda el gobernador necesitaba vencer una melancolía más honda que de ordinario, pues estuvo durante la cena alegre hasta la locura.

Luego que se despidió de Gabriel, a quien acompañó hasta el vestíbulo, iluminado a aquella hora, ya bastante avanzada, por una lámpara moribunda, en el momento en que nuestro amigo se arrebujaba en su capa para salir a la calle, vio que se entreabría una de las puertas que daban al vestíbulo. Una mujer, que Gabriel reconoció como una de las camareras de la casa, se acercó a él, poniéndose un dedo sobre los labios y alargándole con la otra mano un papel.

—Para el caballero francés a quien recibe a menudo lord Wentworth —dijo en voz baja, al tiempo que le daba un billetito doblado. Antes que Gabriel tuviese tiempo de interrogarla, desapareció corriendo.

Nuestro joven, muy intrigado, curioso por temperamento y un tanto imprudente, pensó que debía recorrer a oscuras un trecho de un cuarto de hora antes de poder leer el billete a su comodidad en su gabinete, y que era demasiado esperar quince minutos la solución de un enigma que presentaba todas las características de aventura galante. En consecuencia, miró en derredor, vio que estaba solo y, sin más miramientos, se aproximó a la lámpara moribunda, desdobló el papel, y leyó, no sin emoción, lo que sigue:

"No os conozco, caballero; no os he visto jamás, pero una de las doncellas que me sirven me dice que sois francés y prisionero como yo. Esta circunstancia me anima a dirigirme a vos en mi aflicción. Supongo que estaréis esperando vuestro rescate, y que, cuando recobréis la libertad, os

dirigiréis a París. Allí podréis ver a los míos, que ignoran en absoluto qué ha sido de mí. Decidles dónde estoy, poned en su conocimiento que lord Wentworth me retiene sin permitirme comunicar con nadie, sin querer aceptar rescate por mi libertad, y que, abusando del derecho cruel que mi situación le da, todos los días me habla de un amor que yo rechazo con horror, pero que, tal vez espoleado por mis desdenes y animado por la certeza de la impunidad, quien sabe si le arrastre hasta el crimen. Un caballero, y sobre todo un compatriota, no me dejará abandonada en mi triste y crítico estado. Pero todavía no os he dicho quién soy...

Aquí terminaba la carta, que no tenía firma. Algún obstáculo inesperado, algún accidente imprevisto debieron impedir su continuación, no obstante lo cual habían querido enviarla a su destinatario, probablemente para no perder una ocasión que temerían que no volviera a presentarse, y por otra parte, porque la carta decía todo lo que su autora quería decir, excepción hecha del nombre de la mujer tan inicua y violentada.

Ignoraba Gabriel el nombre en cuestión, no podía conocer aquel carácter de letra, escrita presurosamente y con mano trémula, y sin embargo, había penetrado hasta el fondo de su corazón una turbación extraña y un presentimiento inexplicable. Pálido y conmovido se acercaba a la lámpara para leer por segunda vez el billete, cuando se abrió una puerta y apareció lord Wentworth en persona, seguido de un paje. El gobernador cruzaba el vestíbulo y se dirigía a su cámara.

Como es natural, le sorprendió encontrar allí a Gabriel, a quien había despedido cinco minutos antes.

— ¿Aún estáis aquí, amigo mío? —le preguntó, acercándose a él con la afabilidad de costumbre—. ¿Quién os ha detenido? Sentiría que se tratase de algún accidente, de alguna indisposición...

El leal joven, sin contestar a lord Wentworth, le entregó el billete que acababa de recibir. El inglés lo leyó, quedó más pálido que Gabriel, pero supo conservar su sangre fría, y fingiendo continuar la lectura, combinó con diabólica habilidad la respuesta.

— ¡Vieja loca! —exclamó, arrugando y tirando el billete con desdén admirablemente fingido.

Ninguna otra palabra podía desencantar mejor y más completamente a Gabriel, momentos antes perdido en mil conjeturas y ahora indiferente con respecto a la desconocida. No se entregó, sin embargo, a pesar de su desencanto; antes bien replicó con cierto tono de desconfianza:

— ¿No podéis decirme quien es la prisionera que retenéis aquí contra su voluntad, milord?

— ¡Contra su voluntad, sí, decís muy bien! —contestó lord Wentworth con glacial indiferencia—. Es una parienta de mi difunta mujer, una medio demente a quien su familia quiso alejar de Inglaterra, y para desgracia mía confió a mi vigilancia, en atención a que, en esta ciudad, tan sencillo es vigilar a los insensatos como a los prisioneros. Puesto que habéis penetrado este secreto de familia, amigo mío, quiero informaros al punto de todos los pormenores. Consiste la manía de la señora Howe, lectora infatigable, que sabe de memoria todos los libros y poemas de caballería, en creerse, a pesar de sus cincuenta años y de sus cabellos blancos, una heroína oprimida y perseguida, y en intentar interesar en favor suyo, por medio de fábulas mejor o peor urdidas, a todo caballero joven y galante que se le pone a tiro. Dios me perdone si formo juicios temerarios, Gabriel, pero creo que mi vieja tía había interesado vuestro sensible corazón. Confesad que su misiva os había turbado un poco, mi buen amigo.

—Convenid también conmigo en que la historia es muy extraña, milord —replicó Gabriel—. No tengo memoria de que nunca me hayáis hablado de esa parienta.

—En efecto; nunca os hablé de ella; comprenderéis que no es lo corriente poner a los extraños al tanto de las interioridades de las familias.

— ¿Pero, cómo es que vuestra tía dice que es francesa?

— ¡Bah! Con objeto de interesaros, seguramente —respondió lord Wentworth con una sonrisa que principiaba a ser forzada.

— ¿Y ese amor obstinado con que afirma que la perseguís...?

— ¡Ilusiones de vieja que confunde los recuerdos con las esperanzas! —replicó el gobernador con muestras de impaciencia.

— ¿Y la ocultáis a todo el mundo sin más objeto que el de evitar el ridículo?

— ¡Ea! ¡Basta de preguntas! —exclamó lord Wentworth enarcando las cejas, pero conteniendo su violenta contrariedad—. No os creía tan aficionado a preguntar, Gabriel... Son las nueve y cuarto, amigo mío, y os invito a que os retiréis a vuestro alojamiento antes de que suene la campana de la queda, porque la libertad que como prisionero os he concedido no debe ser tan alta que infrinja los reglamentos de seguridad de Calais. Si tanto os interesa la señora Howe, mañana podemos continuar a nuestro sabor esta conversación, y mientras, he de rogaros que a nadie habléis de estos delicados secretos de familia. ¡Buenas noches, señor vizconde!

El gobernador saludó a Gabriel y se fue: quería mantenerse hasta el fin dueño de sí mismo, y temía exaltarse demasiado si la conversación se

prolongaba.

Gabriel, después de un minuto de reflexión, abandonó el palacio del gobernador y se dirigió a la casa del armero. Lord Wentworth no supo disimular lo bastante durante la escena que dejamos explicada, su impaciencia demasiado manifiesta no era el medio más indicado para borrar los recelos del corazón de Gabriel, y las dudas que el billete sembró en el alma de éste, dudas que alentaba un instinto secreto y misterioso, le asaltaron de nuevo durante el camino.

Resolvió guardar silencio en lo sucesivo, no aludir al asunto en presencia de lord Wentworth, de quien no esperaba averiguar nada, y observar, inquirir, hacer todo lo humanamente posible para cerciorarse de si la dama desconocida era inglesa y vieja, o francesa y joven.

— ¿Pero, qué puedo hacer, santo Dios, aunque llegue a tener pruebas evidentes de la verdad de lo que temo? —se preguntaba Gabriel—. ¿Qué soy yo sino un prisionero? ¿No tengo atadas las manos? ¿No puede lord Wentworth reclamarme, cuando le acomode, esta espada que llevo, merced a su tolerancia? Preciso es que esto acabe de una vez, que salga yo de la posición equívoca en que me hallo. Mañana sin falta emprende Martín Guerra el viaje: se acabaron los aplazamientos. Ahora mismo voy a darle la orden terminante.

En efecto, Gabriel, a quien un aprendiz del armero abrió la puerta de la casa, subió hasta el segundo piso, sin detenerse, como de costumbre, en el primero. Todos dormían a aquella hora, y supuso que Martín Guerra estaría descansando, como los demás, pero, esto no obstante, Gabriel quería despertarle para intimarle su voluntad expresa. Con objeto de no interrumpir el sueño de nadie, se acercó sin hacer ruido a la cámara de su escudero.

Sin dificultad franqueó la puerta exterior, que encontró entornada, pero la puerta interior estaba cerrada por dentro y Gabriel oyó risas ahogadas y ruido de vasos que chocaban entre sí. Llamó entonces con alguna violencia y se nombró con voz imperiosa. Al punto cesaron los ruidos, pero como Gabriel continuó elevando la voz, Arnaldo de Thill salió presuroso a descerrar el cerrojo de la puerta. Tal prisa se dio el infeliz escudero, que, desgraciadamente, no pudo evitar que su amo viese una falda de mujer que huía con celeridad pasmosa.

Creyó nuestro caballero que se trataba de alguna intriguilla galante con una de las criadas de la casa, y como no pecaba de escrupuloso en exceso en lo referente a este particular, no pudo contener la risa mientras reprendía a su escudero.

— ¡Ah, Martín! —dijo—. ¡Paréceme que tu salud es más buena de lo que

pretendes hacer creer, tunante! ¡Una mesa perfectamente servida, tres botellas, dos cubiertos...! ¡Juraría que he puesto en fuga al otro comensal! Pero es igual: encuentro aquí pruebas evidentes de tu completa curación, y creo que, sin escrúpulos ni remordimientos de conciencia, puedo mandarte que mañana sin falta emprendas el viaje.

—Ya sabéis, monseñor, que ésa era mi intención —contestó Arnaldo de Thill—. Precisamente estaba despidiéndome...

— ¿De un amigo? Con ello das pruebas de tu buen corazón, pero como la amistad nunca debe hacer que uno olvide el cumplimiento del deber, exijo que mañana, cuando yo deje el lecho, te encuentres ya camino de París. Tienes el salvoconducto del gobernador, días hace que tu equipaje está listo, tu caballo ha descansado tanto como tú, y tu escarcela está repleta, gracias a la confianza de nuestro excelente patrón, que sólo una pesadumbre tiene: la de no disponer de dinero suficiente para pagar mi rescate. Nada te falta, Martín; de consiguiente, mañana saldrás tempranito, y dentro de tres días puedes llegar a París. Ya sabes lo que has de hacer en cuanto llegues.

—Sí, monseñor. Ante todo, iré al palacio de la calle de los Jardines de San Pablo; tranquilizaré a vuestra nodriza dándole noticias de vuestro paradero, le pediré los diez mil escudos, importe de vuestro rescate y tres mil más para liquidar los gastos y deudas contraídas en esta ciudad, y como garantía, entregaré a la buena mujer una carta vuestra y vuestro anillo.

—Son inútiles esas precauciones, Martín, porque mi buena nodriza te conoce bien, sabe que eres mi fiel y leal escudero; sin embargo, quiero ceder a tus escrúpulos. Lo que sí te encargo es que hagas que reúna la cantidad necesaria dentro del plazo más breve posible.

—Descuidad, monseñor. El dinero se reunirá en seguida, y una vez en mi poder, y entregada vuestra carta al señor almirante, vuelvo aquí con más celeridad que voy.

—Y procura no armar pependencias por el camino.

—Quedad tranquilo, monseñor.

—Adiós, pues, Martín, y buena suerte.

—Dentro de diez días me tendréis de nuevo a vuestras órdenes, y mañana, la salida del sol me encontrará lejos de Calais.

Arnaldo de Thill cumplió por esta vez escrupulosamente la segunda parte de su promesa. Salió temprano y permitió que Babette le acompañase hasta las puertas de la ciudad. Allí se abrazaron por última vez los amantes, que ya habrá adivinado el lector que lo eran. Arnaldo juró que volvería pronto, y en seguida picó espuelas a su caballo y desapareció.



La pobre joven volvió presurosa a su casa con objeto de llegar a ella antes de que se hubiera levantado su terrible hermano Pedro, pero se vio obligada a fingirse enferma para poder dar rienda suelta a sus lágrimas en la soledad de su alcoba.

A partir de aquel día, sería muy difícil averiguar quién de los dos, es decir, de ella y Gabriel, deseaba con más impaciencia el regreso del escudero.

Uno y otro debían esperarle mucho tiempo.

## XLI

### COMO ARNALDO DE THILL HIZO AHORCAR EN NOYON A ARNALDO DE THILL

En su primer día de viaje, Arnaldo de Thill no tuvo encuentros desagradables y pudo proseguir la marcha sin grandes obstáculos. Claro está que encontraba con frecuencia en el camino soldados enemigos, alemanes que desertaban, ingleses insolentes y españoles tan orgullosos como gloriosa había sido su victoria, pues en el desgraciado territorio de Francia desolada, abundaban más los extranjeros que los franceses, pero a las preguntas que le dirigían contestaba Arnaldo exhibiendo el salvoconducto de lord Wentworth, y todos, aunque murmurando entre dientes, respetaban al portador de la firma del gobernador de Calais.

Menos afortunado el día segundo, tropezó en las inmediaciones de San Quintín con un destacamento español que pretendió apoderarse de su caballo so pretexto de que el animal no estaba comprendido en el salvoconducto, y, por tanto, era objeto confiscable. El Martín Guerra apócrifo exigió con entereza que le presentasen al jefe, y su serenidad le valió poder continuar el viaje con su compañero, causa de la dificultad.

La aventura le sirvió de lección, y en lo sucesivo resolvió evitar dentro de lo posible los encuentros con las tropas. Difícil era conseguirlo: el enemigo, aunque no había sacado de la toma de San Quintín las ventajas decisivas que eran de temer, ocupaba todo el país. Suyos eran Le Catelet, Ham, Noyón, Chauny, y por este motivo, al llegar Arnaldo frente a las puertas de Noyón, hacia el final de su segunda jornada, decidió dejar a sus espaldas la ciudad, donde corría peligro de encontrar dificultades y disgustos, e ir a pernoctar al pueblo inmediato.

Para ello necesitaba dejar la carretera real, y como Arnaldo era poco práctico en aquella región, se extravió, y al intentar dar de nuevo con el camino, dio de hoz en coz, como suele decirse, al doblar el recodo de un

sendero, con un pelotón de soldados enemigos que, por las trazas, andaban a caza de algo.

Imagínese cuál sería la satisfacción de Arnaldo cuando uno de los soldados, no bien le vio, gritó a sus camaradas:

— ¡Hola! ¿Será éste por casualidad el miserable Arnaldo de Thill?

— ¿Arnaldo de Thill a caballo? —preguntó otro con extrañeza.

— ¡Dios santo! —se dijo el escudero palideciendo—. ¡Parece que soy conocido por estos andurriales, y si así es, me veo bailando en la cuerda!

Imposible retroceder ni huir, porque los soldados le rodeaban. Por fortuna para él, la noche estaba bastante oscura.

— ¿Quién eres? ¿Adónde vas? —le preguntó uno.

—Me llamo Martín Guerra —contestó temblando Arnaldo—, soy escudero del señor vizconde de Exmés, prisionero en la actualidad en Calais, y voy a París con objeto de volver con la cantidad necesaria para pagar el rescate de mi amo. He aquí el salvoconducto de lord Wentworth, gobernador de Calais.

El jefe de la patrulla hizo que se acercase uno de los soldados, que llevaba una antorcha, y examinó concienzuda y gravemente el documento presentado por Arnaldo.

—El sello es auténtico y el salvoconducto verdadero —dijo—. Habéis dicho la verdad, amigo, y podéis proseguir vuestro camino.

—Muchas gracias —contestó Arnaldo, ya más tranquilo.

—Una pregunta, amigo —repuso el jefe—; ¿habéis encontrado por casualidad en vuestro camino a un sujeto, que es un pillo redomado, y dice que se llama Arnaldo de Thill?

—No conozco a Arnaldo de Thill... ni he oído pronunciar nunca ese nombre —contestó el mismo Arnaldo.

—Ya supongo que no le conoceréis, pero pudisteis encontrarle por estos caminos. Es de vuestra misma estatura, y a juzgar por lo poco que permite ver la oscuridad que nos envuelve, se os parece muchísimo, aunque viste peor que vos. Lleva una capa parda, sombrero redondo y calzas grises, y el gran tunante debe de andar oculto por estas inmediaciones. ¡Oh, como caiga en nuestras manos ese Arnaldo del infierno!...

— ¿Pues qué ha hecho? —preguntó con timidez Arnaldo.

— ¿Que qué ha hecho? Es la tercera vez que se nos escapa; dice que se le hace la vida muy dura entre nosotros, pero como logremos dar con él, juro que no vuelve a quejarse ni a escaparse. La primera vez que se nos escapó, sin

duda para no aburrirse, se llevó consigo a la amiga de su amo; me parece que semejante desafuero merecía un castigo duro. Además, no tiene un ochavo para pagar su rescate, y como consecuencia, ha sido vendido y revendido cien veces, y hoy pasa constantemente de una mano a otra, porque ya no hay nadie que le quiera ni regalado. Pero ya que no puede servirnos de ningún provecho, me parece que lo menos que podría y debería hacer sería divertirnos. ¡Pues no, señor! ¡Ni eso! Se las echa de orgulloso, se niega en redondo, escapa... Tres veces ha escapado ya; pero si le atrapamos...

— ¿Qué pensáis hacer con él? —preguntó Arnaldo.

—La primera vez le dimos de palos; la segunda le dejamos medio muerto; la tercera le ahorcaremos.

— ¡Le ahorcaréis! —exclamó Arnaldo asustado.

— ¡Pero en el acto, amigo, en el acto! Le ahorcaremos in continenti, sin formación de causa. De este modo nos divertiremos nosotros y él aprenderá. ¿Ves esa viga? ¡Pues bien! De ella colgaremos a Arnaldo en cuanto caiga en nuestro poder.

— ¡Diantre... diantre! —exclamó Arnaldo con risa forzada.

— ¡Como te lo digo, amigo! Si por casualidad tropiezas a ese pillo, agárrale por el pescuezo y tráenosle, que nosotros te lo agradeceremos. ¡Feliz viaje!

Alejóse la patrulla: Arnaldo, completamente tranquilo ya, llamó a los soldados.

—Dispensad, señores, si me atrevo a pedir os un favor: me he extraviado y no sé dónde estoy. ¿Tenéis la bondad de orientarme?

—Con mucho gusto, amigo —respondió el jefe—. Aquellas murallas y aquella poterna que, a pesar de la oscuridad, tal vez distingáis a vuestra espalda, son de Noyón... No miréis a la derecha, sino más bien a la izquierda, allá donde se ven brillar las picas de nuestros camaradas, que están de guardia en la poterna. Volveos ahora un poco y daréis frente al camino real de París, que cruza casi por la mitad del bosque. A unos veinte pasos de aquí, el sendero que habéis de tomar se divide en dos; podéis coger el de la derecha o el de la izquierda, como os acomode, pues los dos vuelven a juntarse a un cuarto de legua de aquí en el paso de la barca del Oise. Luego que hayáis atravesado el río, continuad siempre de frente. El primer pueblo que encontraréis será Auvray, que dista una legua de la barca. ¡Vaya! ¡Ya sabéis tanto como nosotros, amigo! ¡Buen viaje!

—Gracias, y buenas noches —contestó Arnaldo, poniendo su caballo al trote.

Las indicaciones que le dieron eran exactas. No habría recorrido más de veinte pasos, cuando encontró la bifurcación de senderos anunciada y dejó a su caballo en libertad de tomar el que quisiera: el animal escogió el de la izquierda.

La noche era oscura y el bosque espeso, pero al cabo de diez minutos llegó Arnaldo a un claro de la selva, y la luna, horadando las nacaradas nubes, esparció una débil claridad sobre el camino.

Iba pensando el escudero en el miedo que acababa de pasar y en la temerosa aventura que tan a prueba había puesto su sangre fría. Tranquilo en lo referente al pasado, contemplaba el porvenir con cierta melancolía.

—Ese Arnaldo de Thill, a quien tan sañudamente persiguen, no puede ser otro que el verdadero Martín Guerra —pensaba—. Y es el caso que si ese tunante se ha escapado, voy a encontrármelo en París en cuanto llegue, y el encuentro puede provocar un conflicto difícil de solución. Sé muy bien que la audacia puede salvarme, pero al mismo tiempo, no se me oculta que puede ser también mi perdición. ¿Qué necesidad tenía ese bribón de escaparse? ¡La verdad es que va resultando harto molesto! ¡Verdaderamente harían esos simpáticos enemigos de Francia una hermosa obra de caridad ahorcándole! ¡Ese hombre es decididamente mi genio malo!

Todavía duraba este edificante monólogo, cuando Arnaldo, que gozaba de una vista penetrante y estaba acostumbrado a ver en las tinieblas, distinguió delante, a unos cien pasos de distancia, a un hombre que, al verle, desapareció rápido como un relámpago en el foso.

— ¡Hola! —pensó Arnaldo—. ¡Otro mal encuentro! ¿Alguna emboscada?

Intentó penetrar en el bosque, pero para ello había de atravesar el foso, y éste era impracticable para el caballo y para el jinete. Durante algunos minutos no se atrevió a mirar; decidióse al fin a fijar sus ojos en el sitio donde había visto al fantasma, y éste, que había vuelto a levantar la cabeza, desapareció con tanta rapidez como antes.

— ¿Tendrá miedo de mí como lo tengo yo de él? —se preguntó mentalmente Arnaldo—. ¿Será recíproco nuestro deseo de no encontrarnos? Y ello es que no hay más remedio que adoptar un partido, toda vez que esta maldita zanja me impide ganar el otro camino atravesando el bosque. ¿Retrocedo? Sería lo más prudente. ¿Pongo mi caballo a galope y paso delante de ese hombre con la rapidez del rayo? Sería lo más breve. Él está desmontado, y a no ser que me descerraje un arcabuzazo... Pero no le daré tiempo.

Dicho y hecho: Arnaldo hundió entrambas espuelas en los ijares de su caballo y cruzó veloz por delante del hombre escondido o emboscado.

El hombre no se movió.

El miedo de Arnaldo, al ver la inmovilidad del fantasma, desapareció como por encanto. Detuvo su corcel, e iluminado por una idea repentina, volvió sobre sus pasos.

El del foso continuó inmóvil.

Arnaldo, dueño ya de todo valor, echó a andar en derechura al foso.

No bien llegó al borde y sin darle tiempo a decir ¡Jesús!, el desconocido cayó sobre él de un salto, y sacándole súbitamente del estribo el pie derecho, levantó con violencia por encima de la silla la pierna del jinete y le derribó en tierra. Inmediatamente se precipitó sobre él, le echó una mano a la garganta y casi simultáneamente puso una rodilla sobre su pecho.

Todo esto vendría a tener escasamente veinte segundos de duración.

— ¿Quién eres? ¿Qué buscas? —preguntó el vencedor al vencido.

— ¡Dejadme, por favor! —suplicó Arnaldo con voz apagada—. Soy francés y llevo un salvoconducto de lord Wentworth, gobernador de Calais.

—Si eres francés —replicó el desconocido—, y creo que no me engañas, pues no tienes el acento de esos endiablados extranjeros, ninguna necesidad tengo de ver tu salvoconducto. ¿Pero por qué te acercabas a mí con esa cautela?

—Me pareció ver a un hombre en el foso —respondió Arnaldo—, y me acercaba por si estaba herido y tenía necesidad de un alma caritativa que le socorriese.

—La intención era buena —dijo el desconocido, retirando la mano del cuello y la rodilla del pecho—. Vamos, camarada; levantaos —añadió, tendiendo su mano a Arnaldo, quien se puso en pie en seguida—. Os he sacudido con alguna... con demasiada brusquedad; dispensadme: lo hice porque me subleva que nadie intente meterse en mis asuntos personales. Pero sois un compatriota, y ya la cosa varía, porque lejos de molestarme, acaso podáis servirme. Nos explicaremos con franqueza y veréis cómo nos entendemos al momento. Yo me llamo Martín Guerra; ¿y vos?

— ¿Yo...? ¿Que cómo me llamo yo? —contestó Arnaldo balbuceando y muerto de miedo, porque a solas, en una noche oscura y en el corazón de una selva, el hombre a quien dominaba por la astucia le dominaba a él por la fuerza y el vigor—. Yo... me llamo Beltrán.

Por dicha para Arnaldo, la noche, muy oscura, garantizaba su incógnito, y por otra parte, él fingía todo lo posible la voz.

—Pues bien, camarada Beltrán —repuso Martín Guerra—. Sabed que soy

un prisionero, que esta mañana me he escapado, por segunda vez (otros dicen que es la tercera) del poder de los españoles, ingleses, alemanes, flamencos, en una palabra, de toda esa plaga de enemigos que han caído en nuestro país como una nube de langosta. A estas horas, Francia padece, ¡Dios me confunda si exagero!, una Torre de Babel. Aquí, donde me veis, desde hace un mes he pertenecido a veinte individuos de diferentes naciones y cada amo nuevo hablaba una jerga nueva y cada jerga nueva que sonaba en mis oídos era más difícil de entender que la anterior. Me he cansado de pasar de un amo malo a otro peor; pero en una cosa coincidían todos: en divertirse atormentándome. A todas horas y con maravillosa unanimidad; me echaban en cara no sé qué diablillo con faldas que parece que se llamaba Gúdula, la cual me aseguraban que me amó con tal frenesí, que no tuvo inconveniente en fugarse conmigo.

— ¿Es posible?

—Repito lo que me han dicho. Tantas burlas llegaron a molestarme en tales términos, que un día, estando en Chauny, me escapé, pero solo. Tuve la desgracia de que me cogieran, y me dieron tantos palos, que yo mismo me tenía lástima. ¿De qué me servía tenérmela? ¡De nada! Me amenazaron con ahorcarme si volvía a las andadas, y como nunca desee como entonces volver a ellas, esta mañana, pareciéndome que la ocasión era excelente cuando me conducían a Noyón, he dejado con un palmo de narices a mis tiranos. ¡Las ganas con que éstos me andaban buscando para ahorcarme! Pero yo, que soy poco aficionado a bailar en el aire, me subí a la copa de un árbol, y desde aquel elevado observatorio, riendo a más no poder, aunque un poquito pálido, les veía pasar maldiciendo y jurando como condenados. Bajé de mi observatorio cuando cerró la noche, pero me extravié en el bosque, que no conozco: primera desgracia; y luego y ésta es la segunda y la más cruel, me muero de hambre, pues hace más de veinticuatro horas que por mi gáznate no han pasado más que algunas hojas y raíces, ¡buen regalo... para el vecino! y como es natural, me caigo de debilidad, como sin esfuerzos podéis ver.

— ¡Diablo! —exclamó Arnaldo—. No pude ver esa debilidad hace un momento; antes por el contrario, me pareció, os lo confieso, que teníais un vigor que yo quisiera para mí.

— ¡Ah! ¿Lo decís porque os sacudí un poco? No me guardéis rencor: era la fiebre del hambre; sí, la fiebre del hambre me sostenía. Pero en este momento, vos sois mi Providencia, porque siendo un compatriota mío, no habéis de consentir que caiga de nuevo en manos de mis enemigos, que son también los vuestros.

—Contad conmigo si algo puedo hacer en vuestro obsequio —contestó Arnaldo de Thill, pensando en el partido que podría sacar del discurso de Martín, principiando a entrever el modo de vengarse del que momentos antes

le había vencido con su puño de hierro.

—Mucho podéis hacer por mí —repuso el bonachón de Martín Guerra—. ¿Conocéis bien estos sitios?

—Soy natural de Auvray, que dista un cuarto de hora de aquí —contestó Arnaldo.

— ¿Ibais ahora a vuestro pueblo?

—Al contrario; venía —respondió Arnaldo después de un momento de duda.

— ¿Entonces Auvray cae hacia allá? —preguntó Martín extendiendo el brazo en dirección a Noyón.

—Precisamente: es el primer pueblo, pasado Noyón, que se encuentra en el camino de París.

— ¡En el camino de París! —repitió Martín Guerra—. ¡Parece mentira cómo se pierde uno en los bosques! Yo creía que volvía la espalda a Noyón y caminaba en derechura hacia él; creía que me encaminaba a París, y me alejaba. Vuestro maldito país me es, como decía antes, completamente desconocido. Entonces, para no meterme yo mismo en la boca del lobo, necesito escapar en dirección opuesta a la que vos traíais, ¿no es cierto?

— ¡Exacto! Yo voy a Noyón, pero podéis venir por ahora conmigo, porque cerca de aquí, poco antes de llegar a la barca del Oise, encontraremos un camino, que yo os indicaré, que os conducirá en línea recta a Auvray.

—Gracias, muchas gracias, amigo Beltrán. Me conviene más que nunca economizar camino, porque estoy rendido, sin fuerzas y en ayunas. ¿Tendríais por casualidad algunas provisiones a mano, amigo Beltrán? ¡Me salvaríais dos veces! Una de los ingleses, y otra del hambre, que es peor todavía que los ingleses.

— ¡Cuánto lo siento! —contestó Arnaldo—. Ni una migaja de pan llevo en las alforjas. Lo que sí podría daros, si lo deseáis, es un trago, pues llevo la calabaza llena.

En efecto: Babette había tenido la precaución de llenar la calabaza del infiel Arnaldo de un vino de Chipre de bastantes grados, y el viajero la había tratado hasta entonces con prudencia a fin de conservar despejada su razón, de suyo frágil, en medio de los peligros del camino.

— ¡Con mucho gusto beberé! —exclamó Martín Guerra alborozado—. El vino me reanimará un poco.

—Bebed, pues —dijo Arnaldo alargándole la calabaza.

—Gracias, y que Dios os lo pague.

En seguida aplicó a sus labios el cuello de la calabaza y bebió una cantidad respetable de aquel vino, tan traidor como quien se lo daba, cuyos vapores perturbaron casi en el acto su debilitado cerebro.

— ¡Hola! —exclamó riendo—. No deja de dar calor vuestro vinillo.

— ¡No digáis eso, por Dios! —contestó Arnaldo—. Es muy flojo, inofensivo como el agua. En cada comida me bebo yo dos botellas... Pero, esperad; la noche está deliciosa; sentémonos sobre la hierba y así podréis descansar y beber a vuestro gusto. Tenemos tiempo de sobra; por mi parte, con que llegue a Noyón antes de las diez, hora en que cierran las puertas, no necesito más, y vos, aunque Auvray continúa siendo de Francia, podríais tropezar, si os aventuráis tan temprano por el camino real, con patrullas enemigas que os dieran un disgusto, y si dejáis el camino real y tomáis algún atajo o sendero, de fijo os perdéis otra vez. Lo más prudente es detenernos aquí algunos minutos y charlar en buena paz y compañía. Decidme: ¿dónde fuisteis hecho prisionero?

—No lo sé de cierto —respondió Martín Guerra—, porque en esto, como en todo lo que tiene relación con mi pobre existencia, hay dos versiones contradictorias: la que yo creo y la que los demás me dicen. Habéis de saber, amigo mío, que me aseguran que fue en la batalla del día de San Lorenzo cuando yo me entregué y fui hecho prisionero, pero yo juraría que no asistí a semejante batalla y que fue después, bastante después cuando me prendió un destacamento enemigo.

— ¿Pero, cómo puede ser eso? —interrogó Arnaldo de Thill como maravillado—. ¿Tenéis, por ventura, dos historias? Me parece que vuestras aventuras deben de ser interesantes y distraídas, y yo os advierto que los cuentos me entusiasman hasta la locura. Bebed cinco o seis tragos para que despierte vuestra memoria y contadme algo de vuestra vida. ¿Sois de Picardía?

—No; no soy picardo —contestó Martín, haciendo una pausa después de haber vaciado tres cuartas partes del contenido de la calabaza—. Soy del Mediodía; de Artigues.

— ¡Hermoso país, según he oído decir! ¿Tenéis allí a vuestra familia?

—A mi familia y a mi mujer, querido amigo —contestó Martín, que, gracias al vinillo de Chipre, se había hecho confiado y expansivo.

Y excitado en parte por las preguntas de Arnaldo, y en parte por el mosto, empezó a contar su historia con todos sus detalles. Habló de su juventud, de sus amores, de su matrimonio; dijo que su mujer era encantadora, aunque tenía un pequeño defecto, el de ser muy ligera y muy pesada a la vez de mano.



Observó que ciertamente no deshonraba a un hombre un bofetón de una mujer, pero que molestaba a la larga, y que por aquella causa, es decir, por ser su mujer expresiva en exceso con la mano, se había Martín alejado de ella. Narró circunstancialmente las causas, accidentes y consecuencias de la ruptura, haciendo constar que, a pesar de todo, no había dejado de amar a su querida Beltrana, y que todavía llevaba en el dedo el anillo de hierro que selló su unión ante Dios y ante los hombres. También conservaba, muy guardaditas en el pecho, sobre el corazón, las dos o tres cartas que Beltrana le había escrito a raíz de su separación primera. Al decir esto, lloraba el buenazo de Martín Guerra, sin duda porque tenía un vino sentimental. Quiso asimismo referir todo lo que le había acontecido desde que entró a servir al señor vizconde de Exmés, y juró que le perseguía tenaz un demonio; que él, Martín Guerra, no era un Martín Guerra, sino dos, y que le confundían y enloquecían los sucesos contradictorios de sus dos existencias. Esta parte de la historia pareció interesar menos a Arnaldo de Thill, que procuraba que el narrador desmenuzase bien los incidentes de la infancia, y que hablase muy por extenso de la casa paterna, de los amigos y parientes que Martín tenía en Artigues, y de las gracias y defectos de Beltrana.

En menos de dos horas, el pérfido Arnaldo de Thill, por medio de un interrogatorio habilísimo, supo cuanto deseó saber sobre las antiguas costumbres y actos más secretos del pobre Martín Guerra. Este se levantó, o mejor dicho, quiso levantarse, al cabo de dos horas; pero la cabeza le pesaba horriblemente, sus piernas se negaban a sostenerle y cuantas veces conseguía ponerse en pie, volvía a caer en tierra.

— ¡Es particular! ¿Qué es lo que me pasa? —dijo soltando una carcajada estrepitosa que resonó por todos los ámbitos del bosque—. Dios me perdone, pero sospecho que ese vinillo impertinente ha hecho de las suyas. Dadme la mano, amigo mío, y veré si consigo tenerme en pie.

Gracias al auxilio que caritativo le prestó Arnaldo, Martín logró sostenerse sobre sus piernas, aunque su equilibrio nada tenía de clásico.

— ¡Cuernos del diablo! ¡Cuántas linternas! —gritó Martín—. ¡Pero, qué estúpido soy! ¿Pues no tomaba las estrellas por linternas?

Y seguidamente entonó con voz de trueno la siguiente copla:

¿De dónde sacaste el vino que me  
has dado a beber?

En el infierno lo hicieron y lo trajo

Lucifer.

— ¿Queréis callar? —exclamó Arnaldo—. ¿No comprendéis que puede

pasar por las inmediaciones alguna patrulla enemiga y oíros?

— ¿Y qué te importa? ¡Me río de todos los enemigos presentes, pasados y futuros! ¿Qué pueden hacerme? ¿Ahorcarme? Bien mirado, no creo que se esté tan mal colgado de una cuerda. Me habéis hecho beber demasiado, camarada. Yo, que de ordinario soy tan sobrio como un corderillo, aguanto poco vino. Y lo peor es que no sé batirme bien cuando estoy borracho. Hace dos horas, estaba en ayunas y tenía hambre, pero ahora, aunque no he comido, sólo tengo sed.

¿De dónde sacaste el vino que me  
has...

— ¡Silencio! ¡Vaya! Probemos a andar... ¿No decíais que pensabais dormir en Auvray?

— ¿Dormir? Naturalmente que quiero dormir, pero no en Auvray, sino aquí mismo, bajo las linternas del cielo colgadas en lo alto por el mismo Dios.

—Lo más indicado para que mañana os descubra alguna patrulla española y os envíe a pernoctar con el diablo.

— ¿Con el marrullero Lucifer? No; no me gusta su compañía. Veo que habré de hacer un esfuerzo y procurar arrastrarme como pueda hasta Auvray. Cae hacia aquella parte, ¿no es verdad? ¡Pues en marcha!

Echó a andar; pero eran tantos los traspiés que daba, que Arnaldo comprendió que, si no le ayudaba, Martín se iba a perder una vez más, es decir, a salvarse, y esto no entraba en los cálculos del canalla.

— ¡Vaya! —dijo al infeliz Martín—. Soy caritativo por temperamento, y como por otra parte Auvray no está lejos, os acompañaré hasta dejaros en el pueblo. Esperad un poco: desataré el caballo, lo llevaré de las riendas y os cederé uno de mis brazos para que os sirva de apoyo.

—Acepto de muy buena gana —respondió Martín—. Como no soy orgulloso ni tengo amor propio, os confesaré sinceramente que estoy un poquito alumbrado. Dije antes que vuestro vinillo es bastante fuerte, y sigo en mis trece. Estoy contento, la alegría me retoza en el cuerpo, pero me achispé...

—En marcha, que se hace tarde —interrumpió Arnaldo, tomando el camino que conducía directamente a Noyón—. Para entretener el camino convendría que me contarais alguna de vuestras divertidas historias de Artigues.

— ¿Queréis que os refiera la historia de Pepona? ¡Sí, sí, voy a contarla! ¡Pobre Pepona!

Lo que acaeció a Pepona era demasiado escabroso para que lo narremos

aquí. Sólo diremos que había concluido la historia el narrador, cuando los dos amigos llegaron a la poterna de Noyón.

—Hemos llegado —dijo Arnaldo—. No tengo necesidad de seguir más... ¿Veis bien aquella puerta? Es la de Auvray. Llamad, y el encargado de su custodia os la franqueará. Decid que os recomienda Beltrán, y os acompañará a mi casa, que no dista diez pasos de la puerta. Mi hermano os recibirá muy bien y os dará buena cena y mejor cama. ¡Adiós, adiós, camarada! ¡Un apretón de manos, y adiós!

—Adiós, y gracias —contestó Martín—. Soy un pobre diablo que no puede corresponder más que con frases de agradecimiento a lo mucho que habéis hecho por mí; pero estad tranquilo, que Dios nuestro Señor, que es justo, os dará la recompensa que merecéis... ¡Adiós, amigo mío!

¡Cosa extraña! Las palabras pronunciadas por un borracho determinaron un violento estremecimiento de terror en Arnaldo, que nunca fue supersticioso. A punto estuvo de llamar al infeliz Martín, pero cuando estaba casi decidido ya a hacerlo, aquél aporreaba con todas sus fuerzas la poterna.

— ¡Pobre diablo! ¡Está llamando a su tumba! —pensaba Arnaldo—. ¡Bah! ¡No sé a qué viene este remordimiento!...

Martín, que no dudaba que su compañero le observaría desde lejos, gritaba con voz potente:

— ¡Eh! ¡Guardia del diablo! ¿Estáis sordo, Cancerbero? ¿Te da la gana de abrir, dormilón? ¡Me envía Beltrán, el buen Beltrán!

— ¿Quién llama? —preguntó el centinela desde dentro—. ¡No se abre! ¿Quién eres que tanto ruido armas?

— ¿Que quién soy? ¡Vaya una pregunta! Soy Martín Guerra, o si lo prefieres, Arnaldo de Thill, el amigo de Beltrán. Soy un hombre y soy muchos hombres, particularmente cuando he empinado el codo. En este momento llevo dentro de mi cuerpo veinte valientes, con cuya ayuda te solfearé las costillas si no abres pronto.

— ¡Arnaldo de Thill! ¿Dices que eres Arnaldo de Thill? —preguntó el centinela.

— ¡Arnaldo de Thill, sí, con cien carretadas de demonios! —contestó Martín aporreando la puerta con puños y pies.

Entonces se oyó detrás de la puerta el ruido de los pasos de los soldados que acudían a la voz del centinela.

Abrieron la puerta, apareció un farol, y a su luz, vio Arnaldo, escondido detrás del tronco de un árbol poco distante, que salía un pelotón de soldados,

los cuales, después de reconocer al que llamaba, decían con acento de sorpresa:

— ¡Es él, no hay duda! ¡El mismo!

Martín Guerra, que reconoció al punto a sus verdugos, exhaló un grito que fue a clavarse como una maldición en el pecho de Arnaldo.

Por el ruido y las voces, juzgó Arnaldo que el bravo Martín, viéndose perdido, entablaba una lucha imposible, lucha de dos puños contra veinte espadas. El ruido fue disminuyendo y alejándose gradualmente hasta que cesó. Martín, cuya boca lanzaba juramentos y maldiciones, fue arrastrado por sus enemigos.

— ¡Arreglado estás, si crees que con injurias vas a enmendar tu asunto! — murmuró Arnaldo frotándose las manos.

Cuando ya no oyó nada, se entregó por espacio de un cuarto de hora a sus pensamientos, pues hay que tener en cuenta que el miserable era hombre de sólida y profunda reflexión. El resultado de sus meditaciones fue internarse tres o cuatrocientos pasos más en el bosque. Allí ató su caballo a un árbol, puso la montura en el suelo, sobre un montón de hojarasca seca, se arrebujó en su manta, y, al cabo de breves minutos, dormía con ese sueño plácido y tranquilo que Dios concede por igual al criminal endurecido y al inocente tímido.

Estuvo durmiendo ocho horas seguidas. Cuando despertó, todavía no había amanecido, pero calculando por la posición de las estrellas que serían las cuatro de la mañana, se levantó, y sin desatar su caballo, echó a andar con precaución hacia el camino real.

De la viga que le habían enseñado la víspera pendía balanceándose el cuerpo del infeliz Martín Guerra.

Una sonrisa de demonio animó los labios de Arnaldo de Thill.

Se acercó, sin temblar, al cadáver, pero no pudo alcanzarlo por estar demasiado alto. En vista de ello, trepó a lo alto del pie derecho que sostenía la viga horizontal, se deslizó a lo largo de ésta, espada en mano, y cortó con ella la cuerda.

El cadáver cayó pesadamente en tierra.

Arnaldo descendió, sacó del dedo del muerto un anillo que no valía el trabajo que costaba sacarlo, registró el bolsillo interior del ahorcado donde encontró algunos papeles, que guardó con mucho cuidado, tomó su capa, y se retiró tranquilamente, sin dirigir una mirada, sin rezar un Padrenuestro por el eterno descanso del desventurado a quien tanto atormentara durante su vida, y a quien robaba después de empujarle a la muerte.

Llegó a donde estaba su caballo, montó y seguidamente partió a rienda suelta camino de Auvray. ¡El miserable iba contento! ¡El pobre Martín no podría trastornar ya sus proyectos para el porvenir!

Sobre media hora después, al débil resplandor de la aurora, que asomaba ya por Oriente, un leñador que pasaba por el camino real vio la cuerda cortada que pendía de la viga y al hombre tendido en el suelo. Se acercó, curioso y asustado a un tiempo, al muerto, y pudo observar que sus vestidos estaban en desorden y que una cuerda rodeaba su cuello. Dudaba si el peso del cuerpo habría roto la cuerda o si la habría cortado, demasiado tarde, algún amigo del ahorcado. Al fin se determinó a tocar el cuerpo para asegurarse de si estaba muerto.

¡Su terror fue inmenso cuando vio que el ahorcado movía la cabeza y las manos y se incorporaba al fin poniéndose de rodillas! El leñador, lleno de espanto, emprendió desatinada carrera por el bosque, santiguándose sin cesar y encomendándose a Dios y a todos los santos del Cielo.

## XLII

### LOS SUEÑOS BUCÓLICOS DE ARNALDO DE THILL

El condestable de Montmorency, a las veinticuatro horas de haber llegado a París después de haber pagado por su libertad un rescate real, habíase presentado en el Louvre con objeto de cerciorarse del estado en que se encontraba su privanza, pero Enrique II le recibió con mucha frialdad y le elogió la administración del duque de Guisa, diciendo que, gracias a él, las desventuras del reino, si no habían sido reparadas, por lo menos se iban atenuando.

Furioso el condestable, pálido de cólera y de envidia, creyó que Diana de Poitiers, menos ingrata que el rey, le prodigaría consuelos; pero también la favorita le acogió con frialdad, y como Montmorency se doliese de aquella acogida y manifestase temores de que le hubiera sido desleal durante su ausencia, concediendo sus favores a otro mortal más afortunado que él, Diana de Poitiers le preguntó con impertinencia:

— ¿No ha llegado a vuestros oídos la nueva copla que canta el pueblo de París?

—Acabo de llegar, señora, y no...

— ¡Pues bien! El pueblo, que a veces tiene gracia, dice:

Hoy es San Lorenzo;

La silla vacante,  
Señores, sabedlo,  
Se arrienda al instante.

El condestable se puso lívido. Saludó a Diana de Poitiers sin hablar más, salió del Louvre y se fue a su palacio con el corazón traspasado de dolor y de rabia.

En cuanto entró en su cámara, arrojó con violencia su sombrero al suelo.

— ¡Reyes y mujeres, oh, raza ingrata! —exclamó—. ¡Sólo gustan de los vencedores...!

—Monseñor —le interrumpió un criado—, espera un hombre que desea hablaros.

— ¡Que se vaya al diablo! —gritó el condestable—. ¡Estoy de buen temple para recibir a nadie! Dile que vaya a visitar al duque de Guisa.

—Monseñor; el hombre que espera me ha encargado que os diga que se llama Arnaldo de Thill.

— ¡Arnaldo de Thill! —repitió el condestable con sorpresa—. Siendo Arnaldo de Thill, es diferente; hazle entrar.

El criado hizo una reverencia y salió.

—El tal Arnaldo —monologaba el condestable— es hábil, astuto y codicioso, y por añadidura, no sabe lo que son escrúpulos de conciencia... ¡Oh!... ¡Si él pudiese ayudarme a tomar venganza de esas gentes!... ¡Venganza!... ¿Y qué saldría ganando con vengarme? ¡Si gracias a su diabólica astucia encontrara un medio de recobrar mi perdida privanza! ¡Eso sería, mejor! Se me había ocurrido esgrimir el secreto de Montgomery, pero sería mejor que Arnaldo idease otra cosa que me dispensara de recurrir a aquél.

Fue introducido Arnaldo de Thill.

El gozo y la imprudencia resaltaban en el rostro de aquel bribón cuando saludó al condestable inclinándose hasta besar el suelo.

—Te creía prisionero —le dijo Montmorency.

—Lo he estado efectivamente, monseñor, como vos —respondió Arnaldo.

—Pero estás libre ya.

—Sí, monseñor. He pagado mi rescate en mi moneda, es decir, con buenas palabras y malas obras. Vos os habéis servido de vuestro dinero y yo de mi astucia, y entrambos hemos conseguido el mismo resultado: la libertad.

— ¿Te atreves a venirme con indirectas impertinentes, miserable? —gritó el condestable.

—No, monseñor: es la voz de la humildad la que acaba de hablar. Mis palabras significan lisa y llanamente que no tengo dinero.

— ¡Hum! —refunfuñó Montmorency—. ¿Qué quieres de mí?

—Lo que no tengo, monseñor: dinero.

— ¿A santo de qué he de darte yo dinero?

—A santo de pagarme, monseñor.

— ¿Pagarte... el qué?

—Las nuevas que os traigo.

—Veamos tus nuevas.

—Veamos vuestros escudos, monseñor.

— ¡Tunante! ¿Y si te mando ahorcar?

—Recurriríais al medio más detestable para desatarme la lengua, monseñor.

—Cuando tan insolente está —se dijo Montmorency—, de fijo que se considera necesario... ¡Vaya! —dijo alzando la voz—. No tengo inconveniente en hacerte algún adelanto.

—Monseñor es muy bueno —contestó Arnaldo—. Yo le recordaré el ofrecimiento generoso que acaba de hacerme cuando haya liquidado las cuentas atrasadas.

— ¿Qué cuentas?

—Detalladas las traigo en esta nota, monseñor —contestó Arnaldo presentando la famosa cuenta cuyas partidas le hemos visto aumentar con tanta frecuencia.

El condestable de Montmorency ojeó la nota.

—Aquí veo —dijo— junto a servicios quiméricos e ilusorios, otros que realmente habrían podido serme útiles si no se hubiese modificado esencialmente mi situación desde que me los prestaste, pero hoy para nada me sirven, como no sea para aumentar mi aflicción.

— ¡Bah, monseñor! Yo creo que exageráis el alcance de vuestra desgracia.

— ¡Cómo! ¿Sabes... se sabe ya que he caído en desgracia?

—Lo saben y lo sé, monseñor.

—Entonces, Arnaldo —repuso con amargura el condestable—, también debes de saber que para nada me sirve ahora que el vizconde de Exmés y Diana de Castro fueron separados gracias a ti en San Quintín, toda vez que, según todas las probabilidades, ni el rey ni la gran senescala concederán ya a mi hijo la mano de su hija.

—Lo que yo creo, monseñor, es que el rey os concedería radiante de satisfacción a su hija si vos pudierais devolvérsela.

— ¿Qué quieres decirme?

—Digo, monseñor, que nuestro buen rey Enrique II debe de estar muy triste en estos momentos, no ya sólo por la pérdida de la batalla del día de San Lorenzo y por la de la ciudad de San Quintín, sino también por la de su muy querida hija Diana de Castro, que desapareció el día de la toma de San Quintín y nadie sabe qué ha sido de ella. Acerca de su desaparición circulan mil rumores, pero contradictorios. Como vos llegasteis ayer, monseñor, ignoráis esta noticia, que tampoco supe yo hasta esta mañana.

— ¡Tengo tantas cosas en que pensar! —exclamó el condestable—. Comprenderás que debía preocuparme antes de la desgracia presente que de la privanza pasada.

—Naturalmente —contestó Arnaldo—: ¿pero no reconquistaríais esa privanza si pudierais presentaros al rey y decirle, por ejemplo: «Señor: lloráis a vuestra hija, la buscáis en vano por todas partes, preguntáis a todos por ella y sólo yo sé dónde está»?

— ¿Lo sabes tú, por ventura, Arnaldo? —preguntó con vivacidad Montmorency.

—Saber es mi oficio, monseñor —respondió el espía—. Os anuncié que tenía noticias que venderos, y viendo estáis que no es mi mercancía de mala calidad, ¿Estáis reflexionando? ¡Reflexionad, reflexionad, monseñor!

—Reflexiono, sí; pienso que los reyes no olvidan nunca los fracasos de sus servidores, pero sí, con mucha facilidad, sus merecimientos. Cuando yo devuelva a Enrique II la hija que ha perdido, experimentará una alegría delirante y creará, en el primer momento, que todo el oro y todos los honores de su reino no serán suficientes para recompensarme. Pero pasarán los días, Diana llorará, Diana dirá que quiere morir antes que pertenecer a un hombre que no sea el vizconde de Exmés, y el rey, hostigado por ella y aconsejado por mis enemigos, se acordará de la batalla que perdí y no de la hija que le habré devuelto. Consecuencia: todos mis esfuerzos vendrán a la postre a redundar en favor del vizconde de Exmés.

—Todo tiene remedio —insinuó Arnaldo—. Si al mismo tiempo que



apareciera la señora de Castro desapareciese el vizconde de Exmés, el golpe sería magistral.

—Sin duda; pero me repugnan los recursos extremos. Sé que tu brazo es seguro y tu boca discreta, pero...

— ¡Monseñor interpreta torcidamente mis palabras! —exclamó Arnaldo fingiendo una indignación que no sentía—. ¡Monseñor me calumnia! ¡Monseñor me hace la injuria de suponer que yo sería capaz de librarme de ese hombre por procedimientos... violentos! (Acompañó la última palabra con un gesto expresivo). ¡No! ¡Mi intención es otra!

—Explícate —dijo el condestable.

—A la explicación debe preceder un convenio, monseñor. Yo os revelo el lugar donde se encuentra la gacela perdida, y os garantizo la ausencia y el silencio del peligroso rival de vuestro hijo por todo el tiempo necesario para asegurar la conclusión del matrimonio de la señora de Castro con el duque Francisco de Montmorency. A cambio de estos dos servicios, servicios valiosísimos, ¿verdad?; a cambio de estos dos servicios, ¿qué pensáis hacer por mí?

— ¿Qué pides tú? Veamos.

—Veo que os ponéis en razón y no he de ser yo menos. Me abonaréis sin regatear la nota que he tenido el honor de presentaros; ¿no es cierto?

—Conforme —contestó el condestable.

—Bien sabido me tenía yo que este primer punto no daría lugar a dificultades. El total es una miseria, lo indispensable para sufragar los gastos de mi viaje y adquirir algunas cosillas que necesito comprar antes de salir de París. ¡Pero, por desgracia, monseñor, el oro no basta en este mundo!

— ¡Cómo! —exclamó el condestable, admirado y casi espantado—. ¿Es Arnaldo de Thill quien me dice que el oro no basta en este mundo?

—Arnaldo de Thill en persona, monseñor, pero no el Arnaldo de Thill mendigo y codicioso que habéis conocido, sino otro Arnaldo de Thill que, satisfecho con la humilde fortuna que ha... adquirido, y cifrando todos sus anhelos en vivir tranquilamente en el país que le vio nacer, en volver al hogar paterno, suspira por los amigos de su infancia y por su familia. Esta ha sido siempre mi ambición, monseñor, el sueño hermoso de mi existencia... un tanto agitada.

—Si, como dicen, para gozar de la calma precisa sufrir antes los rudos embates de la tormenta, no dudo que serás dichoso, Arnaldo. ¿Pero, de veras te has hecho rico?

—Así, así, monseñor —contestó Arnaldo—. Diez mil escudos para un pobre diablo como yo son una fortuna, sobre todo viviendo en un lugarejo como el mío y dedicándome en absoluto a mi humilde familia.

— ¡Tu familia! ¡Tu lugarejo! —repitió el condestable—. Siempre te creí sin patria ni hogar, hombre que vivías del azar y bajo un nombre supuesto.

—Realmente Arnaldo de Thill es un nombre supuesto, monseñor: mi verdadero nombre es Martín Guerra y soy natural del lugar de Artigues, donde dejé a mi mujer y a mis hijos.

— ¡Tu mujer! ¡Tus hijos! —repitió el condestable estupefacto.

—Sí, señor —contestó Arnaldo con el tono sentimental más cómico que quepa imaginar—. Debo prevenir a monseñor que, de hoy en adelante, no deberá contar con mis servicios, porque los dos asuntos de que nos ocupamos en este momento serán los últimos en que intervenga. Me retiro de los negocios, monseñor, quiero vivir honradamente en adelante, rodeado del cariño de mis parientes y de la consideración de mis conciudadanos.

— ¡Sea en buena hora! —exclamó el condestable—. Pero si te has hecho tan modesto, si tanto te entusiasman las costumbres bucólicas que no quieres oír hablar de dinero, ¿qué precio pones a los dos secretos que dices que posees?

—Pido algo que vale más que el dinero, monseñor: pido un poquito de honor, no digo honores, entendámonos, sino un poquito de honor, del que confieso que tengo urgente necesidad.

—Explícate; porque hasta aquí tu lenguaje es bastante enigmático.

—Obedezco, monseñor. Aquí traigo redactado un escrito que atestigua que yo, Martín Guerra, he pertenecido a vuestro servicio durante... tantos años, en calidad de... en calidad de escudero (de algún modo hay que dorar mis ocupaciones); que durante todo ese tiempo me he conducido como servidor fiel y leal, y que vos, monseñor, deseando premiar mi fidelidad, me habéis hecho donación de una cantidad bastante crecida para ponerme a cubierto de toda necesidad durante el resto de mis días. Estampad al pie de este escrito vuestra firma y vuestro sello, y quedamos en paz.

— ¡Imposible! —contestó el condestable—. Yo no puedo firmar tales patrañas sin ser falsario, es decir, sin exponerme a ser llamado falsario y felón.

—No son patrañas, monseñor, puesto que es rigurosamente exacto que os he servido con fidelidad... dentro de mi sistema especial de servir, y, por otra parte, os juro que, si yo hubiese economizado todo el dinero que hasta hoy me habéis dado, el total excedería mucho de los diez mil escudos. Por lo tanto, no corréis peligro de ser desmentido, y aun cuando alguno corrierais, tened

presente que yo los he afrontado muy grandes para proporcionaros éxitos que os convenían, y que no serán pequeños los que habré de correr para conseguir los dos fines que he indicado, de los cuales vos solamente recogeréis el fruto.

— ¡Miserable! ¡Esa comparación...!

—Es justa, monseñor —interrumpió Arnaldo—. Nos necesitamos el uno al otro, y todos sabemos que la igualdad es hija de la necesidad. El espía os devuelve vuestro crédito: lógico y natural es que vos devolváis el suyo al espía. ¡Fuera falsas vergüenzas, monseñor, que nadie nos oye, y terminemos de una vez el negocio, que si bueno es para mí, mejor y más ventajoso es para vos! ¡Toma y daca, monseñor, firmad!.

— ¡No, no! ¡Después! —replicó Montmorency—. ¡Toma y daca, como dices! Quiero antes conocer los medios con que cuentas para conseguir el doble resultado que me prometes: quiero saber qué ha sido de Diana de Castro y qué será del vizconde de Exmés.

—Pues bien, monseñor: aparte de algunas reticencias, que considero necesarias, voy a satisfaceros sobre estos dos puntos concretos, seguro de que os veréis obligado a confesar que entre la casualidad y yo hemos arreglado las cosas a medida de vuestros intereses.

—Puedes principiar.

—Por lo que respecta a la señora de Castro, ni ha sido muerta, ni secuestrada, ni raptada; la hicieron prisionera en San Quintín y fue comprendida entre los cincuenta personajes notables que se reservó el vencedor para obtener de ellos el rescate correspondiente. Sí me preguntáis por qué causa la persona que la tiene en su poder no ha hecho pública su situación, y por qué la misma señora de Castro no ha dado noticias tuyas, os contestaré sencillamente que lo ignoro. Hablando con sinceridad, yo la creía en libertad, y suponía que la encontraría en París a mi llegada. Esta mañana he sabido que en la corte ignoraban el paradero y la suerte de la hija del rey, y que era ésta una de las causas, y no la menor, de pesadumbre de Enrique II. Posible es que en estos días de turbulencias, en las circunstancias azarosas por que atravesamos, los mensajes que la señora de Castro habrá enviado hayan sufrido extravío o sido interceptados, o bien que su silencio envuelva algún misterio. Sea lo que fuere, yo puedo despejar la incógnita, yo puedo decir positivamente el lugar donde está prisionera la hija del rey.

—Reconozco que la noticia es preciosa —dijo el condestable—. Dime ahora el sitio donde Diana de Castro se encuentra, y quién es el hombre que la tiene en su poder.

— ¡Paciencia, monseñor, paciencia! —replicó Arnaldo—. ¿No preferís que os revele antes en dónde se halla el vizconde de Exmés? Porque si interesante

es saber dónde están los amigos, más interesante es conocer el sitio donde están los enemigos.

— ¡Deja para mejor ocasión las máximas! —exclamó con impaciencia Montmorency—. ¿Qué es del vizconde de Exmés?

—Prisionero también, monseñor —respondió Arnaldo—. ¿Quién no se ha dado el gusto de caer prisionero en estos últimos tiempos? ¡Se puso tan en moda...! Pues bien, el vizconde de Exmés, por seguir la moda, fue hecho prisionero.

—Pero sabrá dar noticias tuyas, y como es rico y tiene amigos, y deseará con impaciencia recobrar la libertad, sin dificultad encontrará el dinero necesario para pagar su rescate, y el día menos pensado tropezaremos con él.

Conjeturáis admirablemente, monseñor. Sí, el vizconde de Exmés es rico, quiere recobrar la libertad lo más pronto posible, quiere pagar sin pérdida de momento su rescate, y para evitar entorpecimientos, envió a París a un individuo de toda su confianza, con encargo de reunir la cantidad necesaria y de llevársela sin dilación.

— ¿Y qué hacemos nosotros?

—Nada, porque por fortuna para nosotros, y por desgracia para él, el individuo de toda su confianza enviado a París soy yo, monseñor; ¡yo! Yo, que servía al vizconde de Exmés bajo mi verdadero nombre de Martín Guerra, en calidad de escudero. Ya veis que puedo pasar por escudero sin inverosimilitud.

— ¿Y no has desempeñado la comisión que te confiaron, bribón? —increpó el condestable—. ¿No has reunido el precio de la libertad de tu pretendido señor?

—Al contrario, monseñor; he reunido esa cantidad, que no son cosas esas que se dejen así. Debéis considerar, monseñor, que dejar sin reunir y recoger ese dinero, era despertar sospechas. Lo he recogido, pues, escrupulosamente... con objeto de asegurar el éxito de nuestra empresa. Pero tranquilizaos, que estoy resuelto a no llevarlo a su destino en mucho tiempo. Esos diez mil escudos eran los que me hacían falta para vivir piadosa y honradamente el resto de mis días, y son los que vuestra generosidad inagotable me ha donado, según reza el documento que vais a firmarme.

— ¡No lo firmaré, infame! —gritó el condestable—. ¡Jamás me haré cómplice a sabiendas de un robo!

— ¡Oh, monseñor! —replicó Arnaldo—. ¿Cómo calificáis tan duramente lo que es una necesidad a la que no tengo más remedio que sucumbir si he de servir? Llevo mi abnegación por vos hasta el extremo de imponer silencio a mi conciencia, ¿y ése es el pago que me dais? ¡Está bien! Llevaré al vizconde

de Exmés el precio de su rescate, y así podrá llegar a París al mismo tiempo que la señora Diana de Castro, si no llega antes. En cambio, si no se lo llevo...

— ¿Si no se lo llevas...?

—Ganaremos tiempo, monseñor. El vizconde de Exmés esperará con paciencia los quince días primeros, comprendiendo que no se reúnen diez mil escudos en un quítame allá esas pajas. No pensará mal, pues a decir verdad, hasta esta mañana no me los ha entregado su nodriza.

— ¿Y se ha fiado de ti esa pobre mujer?

—De mí y de un anillo y una carta del vizconde, monseñor. Además, ella me conoce bien y de larga fecha. Decíamos que esperará a los quince días primeros con paciencia, y a éstos seguirán ocho de espera impaciente, ocho de espera desesperada, lo que arroja un total de un mes. Dentro de un mes, o de mes y medio, el vizconde de Exmés enviará otro mensajero con la misión de buscar al que envié antes: pero éste no será habido, y si diez mil escudos son difíciles de reunir, diez mil veces más difícil, por no decir imposible, será reunir los segundos diez mil. Dispondréis, pues, de tiempo sobrado para casar, no una, sino veinte veces a vuestro hijo, monseñor, porque el vizconde de Exmés parecerá que ha muerto durante un período de dos o más meses, y no ha de reaparecer vivo y furioso hasta el año que viene.

—Sí; pero reaparecerá al fin, y el día que reaparezca, ha de remover el cielo y la tierra hasta averiguar qué ha sido de su fiel escudero Martín Guerra.

— ¡Ay, monseñor! —contestó Arnaldo con acento lastimero—. Averiguará que su fiel Martín Guerra, al hacer el viaje de regreso llevando el rescate de su señor, tuvo la desventura de caer en manos de una patrulla española que, después de robarle y saquearle, le ahorcó cruelmente frente a las puertas de Noyón, para asegurarse, sin duda, de su silencio:

—Me han ahorcado ya, monseñor: ¡ved hasta donde llega mi celo! Únicamente acerca de la fecha de mi muerte ofrecen alguna contradicción las versiones que circulan por el país; pero, ¿qué fe merecen los bandidos que me hicieron bailar en la horca? Ninguna, puesto que están interesados en disfrazar la verdad. ¡Vamos, monseñor! —continuó con alegría y resolución el insolente Arnaldo—. Ved que mis precauciones están muy bien tomadas, y que con un pícaro tan experto como yo, no existe el menor peligro de que vuestra excelencia se vea comprometido. Si la prudencia fuese proscrita en la tierra, no dudéis que buscaría refugio en el corazón de un... ahorcado. A mayor abundamiento, al firmar el escrito que os presento, no certificaréis, os lo repito, más que la verdad. Hace mucho tiempo que os sirvo, según pueden atestiguar todos vuestros criados, y en cuanto a la suma de diez mil escudos, podéis tener la seguridad de que es inferior a la que en realidad me habéis

dado. No tengo inconveniente en firmaros el oportuno recibo.

El condestable no pudo contener una sonrisa.

—Eres un bribón, sí —dijo—; pero...

—Pero es la forma, y no la esencia de la cosa lo que causa las vacilaciones de monseñor: ¿pero es que significa algo la forma para los espíritus superiores? ¡Firmad, monseñor, firmad sin más cumplidos!

Al mismo tiempo, colocó sobre la mesa el documento al cual no faltaba más que la firma.

—Necesito saber antes el nombre de la ciudad donde Diana está prisionera, y el del hombre en cuyo poder se halla —dijo el condestable.

—Nombre por nombre, monseñor. Estampad el vuestro al pie del escrito, y sabréis los que os interesan.

— ¡Conformes! —exclamó Montmorency, trazando el rasgo que le servía de firma.

— ¿Y el sello, monseñor?

—Complacido... ¿Estás contento?

—Como si monseñor me hubiese dado los diez mil escudos.

— ¡Y bien! ¿Dónde está Diana?

—En Calais y en las manos de lord Wentworth —contestó Arnaldo, intentando apoderarse del documento, que el condestable no soltó todavía.

— ¡Espera un poco! ¿Y el vizconde de Exmés?

—En Calais, y también en las manos de lord Wentworth.

— ¿Luego se ven Diana y el vizconde?

—No, monseñor. El vizconde vive en la casa de un armero llamado Pedro Peuquoy, y la señora de Castro debe residir en el palacio del gobernador. Puedo jurar que el vizconde de Exmés no sospecha siquiera que su bella está tan cerca de él.

—Voy corriendo al Louvre —dijo el condestable soltando al fin el documento.

—Y yo a Artigues —exclamó Arnaldo triunfante—. ¡Buena suerte, monseñor! ¡Procurad no ser un condestable... de papel!

— ¡Buena suerte, bribón! Y cuida de que tus mañas no te lleven a la horca.

Salieron cada uno por su lado.

## XLIII

### LAS ARMAS DE PEDRO PEUQUOY, LAS CUERDAS DE JUAN PEUQUOY Y LAS LAGRIMAS DE BABETTE PEUQUOY

Un mes transcurrió sin que variase en nada la situación de los que en Calais dejamos. Pedro Peuquoy fabricaba armas con actividad febril, Juan Peuquoy tejía, y a ratos perdidos fabricaba cuerdas de longitud extraordinaria, y Babette Peuquoy lloraba sin cesar.

Por lo que se refiere a Gabriel, únicamente diremos que su espera había pasado por todas las fases predichas por Arnaldo de Thill al condestable. Esperó con paciencia los quince días primeros, pero, pasados éstos, se apoderó de él la desesperación.

Rara vez iba al palacio del gobernador, y de día en día eran más cortas las visitas que a lord Wentworth hacía. La amistad entre los dos se había enfriado mucho desde el día que Gabriel pretendió mezclarse temerariamente en los asuntos del gobernador.

Este, con satisfacción lo haremos constar, estaba triste, y su tristeza aumentaba todos los días. Y no eran ciertamente los tres mensajes que el rey de Francia le había enviado después de la marcha de Arnaldo la causa de la inquietud de lord Wentworth. Los tres mensajes, que se sucedieron muy de cerca unos a otros, pedían, el primero con política, el segundo con acritud y el tercero con amenazas, la misma cosa, es decir, la libertad de la señora de Castro, previo el pago de un rescate, que debería fijar el gobernador de Calais. Lord Wentworth había dado la misma contestación a los tres mensajes: que tenía en rehenes a la señora duquesa de Castro, para canjearla, si lo consideraba oportuno, por algún prisionero importante durante la guerra, o para devolverla al rey sin rescate después de firmada la paz. Estaba en su derecho, y desafiaba, al amparo de sus inexpugnables murallas, la cólera de Enrique II.

No; no era esta cólera la causa de su inquietud, aunque se preguntaba asombrado cómo había podido el rey de Francia tener noticia del cautiverio de Diana: lo que le inquietaba, lo que le desesperaba, era la indiferencia creciente y de día en día más desdeñosa de su hermosa prisionera. Ni la sumisión más rendida ni las atenciones y galanterías más exquisitas habían conseguido suavizar ni ablandar a la altiva y desdeñosa señora de Castro. Siempre triste, siempre serena y orgullosa ante el apasionado gobernador, si alguna vez éste aventuraba una palabra de amor, bien que sin salirse, justo es decirlo, de la

digna reserva que le imponía su calidad de caballero, una mirada altanera y dolorida a la vez venía a clavarse como un puñal en el corazón del pobre lord Wentworth y a lastimar el orgullo del gobernador. No se había atrevido a hablar a Diana de la carta dirigida por ella a Gabriel, ni de las tentativas hechas por el rey de Francia para obtener la libertad de su hija: tal era el miedo que tenía de escuchar una palabra amarga, una frase irónica de aquella boca encantadora y cruel.

Diana, al no volver a ver a la camarera que tuvo la audacia de ser portadora de su billete, comprendió que se había frustrado la probabilidad en que al principio fundó algunas esperanzas. No perdió, empero, el valor, oraba y esperaba. Confiaba en Dios, y, en último resultado, en la muerte.

El último día de octubre, término del plazo que Gabriel se había señalado para esperar a Martín Guerra, resolvió el prisionero ir a visitar al gobernador y pedirle, como favor especial, permiso para enviar a París un segundo mensajero.

A eso de las dos de la tarde salió de la casa de los Peuquoy, dejando a Pedro pulimentando una espada, a Juan tejiendo una de sus descomunales cuerdas y a Babette con los ojos enrojecidos por las lágrimas, vagando de un lado para otro sin atreverse a hablar, y se encaminó en derechura al palacio del gobernador.

Lord Wentworth, ocupado en aquel momento, hizo decir a Gabriel que tuviese la bondad de esperar cinco minutos.

La sala donde quedó esperando el vizconde de Exmés daba a un patio interior. Gabriel se acercó a la ventana para mirar al patio, y maquinalmente se puso a jugar con los dedos sobre el cristal. De pronto llamaron su atención algunas letras trazadas sobre el cristal con algún diamante; se aproximó para verlas mejor, y pudo leer distintamente el nombre siguiente: Diana de Castro.

Era la firma que faltaba a la carta que recibió el mes anterior.

Una nube pasó por delante de los ojos de Gabriel, quien se vio obligado a apoyarse en la pared para no caer. Sus presentimientos no le habían engañado. ¡Diana, sí, Diana, su novia o su hermana, estaba en poder del licencioso lord Wentworth, y era a ella, a aquella criatura pura y angelical, a quien el gobernador osaba hablar de amor!

Maquinalmente llevó Gabriel la mano a la empuñadura de su espada.

En aquel momento entró lord Wentworth.

Repitiendo lo que había hecho cuando recibió la carta, Gabriel, sin despegar los labios, llevó al gobernador junto a la ventana y puso el índice sobre la inscripción acusadora.



Palideció al principio el gobernador, pero recobrando al punto el dominio sobre sí mismo, cualidad que poseía en grado eminente, preguntó:

— ¿Y qué?

— ¿Es este el nombre de aquella parienta loca que os veis obligado a guardar aquí, milord? —interrogó Gabriel.

—Puede. ¿Qué más? —replicó secamente y con altanería.

—Que si es el nombre de esa parienta, la conozco... aunque el parentesco que con vos pueda tener debe de ser muy lejano. La he visto con frecuencia en el Louvre, y soy uno de sus adictos, como todo caballero francés está obligado a serlo de una hija de la casa real de Francia.

— ¿Qué más? —repitió lord Wentworth.

—Que os pediré cuenta, milord, del trato que deis a una prisionera de ese rango.

— ¿Y si yo me negara a daros esa cuenta como me he negado ya a darla al rey de Francia?

— ¡Al rey de Francia! —exclamó Gabriel asombrado.

—Al rey de Francia, caballero —repitió lord Wentworth con su inalterable sangre fría—. Un inglés no tiene por qué responder de sus actos a un soberano extranjero, sobre todo si su nación está en guerra con ese soberano. Y vos, señor vizconde de Exmés, ¿qué haríais si yo me negase a daros cuenta?

—Os exigiría una reparación, milord.

—Y pretenderíais matarme, sin duda, con la espada que ceñís merced a un permiso que puedo retiraros en cualquier momento; ¿no es cierto?

— ¡Oh, milord, milord! ¡Me daréis también cuenta de esas palabras!

— ¡Sea! No negaré yo mi deuda, pero entiendo que no podéis recordármela hasta después que vos hayáis liquidado la vuestra.

— ¡Impotente! —exclamó Gabriel retorciéndose las manos—. ¡Impotente en un momento en que quisiera tener la fuerza de diez mil hombres!

—Sí; comprendo que debe de ser muy desagradable para vos ver que las conveniencias y el deber os tienen atadas las manos, pero confesad que sería demasiado cómodo para un prisionero de guerra y para un deudor obtener su libertad y cancelar la obligación sin más que cortar la cabeza a su acreedor y enemigo.

—Milord —dijo Gabriel, esforzándose por recobrar su calma—; no ignoráis que hace un mes envié a mi escudero a París para que me trajera la

suma que tanto os preocupa, por lo visto. ¿Ha sido herido o muerto Martín Guerra en el camino, a pesar de vuestro salvoconducto? ¿Le han robado el dinero que traía? Lo ignoro: lo que sí sé es que no vuelve, y por este motivo he venido hoy para suplicaros que me permitierais enviar a París un segundo mensajero, ya que tan escasa confianza os inspira la palabra de un caballero y no queréis que vaya yo en persona a buscar mi rescate. Menos que nunca podéis negarme ahora el permiso que venía a pedir, porque negándomelo, podría yo decir, con motivo justificado, que os da miedo mi libertad, y que no os atrevéis a ponerme en condiciones de servirme de mi espada.

— ¿Y a quién podéis decirlo, caballero, mientras os halléis en una plaza inglesa, sujeto a mi autoridad inmediata, y en calidad de prisionero de guerra y de enemigo?

—Lo diré en voz alta, milord, a todo el que siente y piensa, a todo el que ostente un apellido noble o tenga un corazón noble, a vuestros oficiales, que saben lo que es honor, a vuestros menestrales, que comprenderán por instinto de parte de quien está la razón, y todos opinarán que, al arrebatarme los medios de salir de aquí, quedáis descalificado y no merecéis mandar a los valientes soldados que guarnecen la plaza.

—Olvidáis sin duda, caballero —replicó con frialdad lord Wentworth—, que antes que pudierais esparcir entre los míos esos gérmenes de indisciplina, bastaría una palabra mía, un gesto, para que pasaseis a una prisión y no pudierais dirigir vuestras acusaciones como no fuese a las paredes.

— ¡Es verdad, ira de Dios! —exclamó Gabriel, rechinando los dientes y apretando los puños.

El hombre de sensibilidad exquisita y propenso a la emoción se estrellaba contra la impasibilidad del hombre de hierro y de bronce.

Una sola frase varió radicalmente la escena y restableció de pronto la igualdad entre lord Wentworth y Gabriel.

— ¡Querida Diana... querida Diana! —exclamó el último—. ¿No he de poder hacer nada para salvarte del peligro?

— ¿Qué habéis dicho, caballero? —preguntó el gobernador tartamudeando—. Me parece que he oído «Querida Dian», ¿habéis pronunciado esas dos palabras o es que he oído mal? ¿Amáis, por ventura, a la señora de Castro?

— ¿Por qué he de negarlo? ¡Sí, la amo! —contestó Gabriel—. También la amáis vos, pero mi amor es tan puro y santo como indigno y cruel el vuestro. ¡Sí! ¡Ante Dios y los ángeles la adoro con idolatría!

— ¿Y porque la amáis me hablabais antes de la adhesión que todo caballero francés debe a una hija de la casa real de Francia? —gritó lord

Wentworth fuera de sí—. ¡Conque la amáis! ¡Y vos sois, sin duda, el que ella ama, el que ella invoca cuando quiere torturarme! ¡Sois el hombre por el cual me desprecia! ¡El hombre sin el cual ella tal vez me amaría! ¡Sois el dueño de su corazón! ¿No es verdad?

Lord Wentworth, segundos antes tan burlón y desdeñoso, contemplaba ahora con una especie de terror respetuoso al mortal amado por Diana, al paso que Gabriel, oyendo las palabras de su rival, alzaba poco a poco su frente radiante de alegría.

— ¡Ah! ¿Es cierto que Diana me ama? —exclamó—. ¿Que piensa todavía en mí? ¿Que me llama? ¡Oh! ¡Si me llama, fuerza será que la socorra, y la socorreré! ¡La salvaré! ¡Podéis recogerme la espada, milord! ¡Podéis amordazarme, atarme, sepultarme en un calabozo, que yo sabré, pese al universo entero, pese a vuestras violencias, auxiliarla y librarla de vuestras manos! Dueño de su amor, os desafío, y vos armado, y sin armas yo, estoy seguro de venceros, porque Diana será para mí una égida divina.

— ¡Es verdad... es verdad! ¡Lo creo! —murmuraba lord Wentworth completamente amilanado.

—Revelaría yo ahora poca generosidad provocándoos a un duelo —repuso Gabriel—. Llamad a vuestros soldados y mandadles que me encierren, si os place, que sufrir los rigores de una cárcel cerca de Diana y al mismo tiempo que Diana será para mí una felicidad.

Siguió un largo silencio al que puso término lord Wentworth diciendo:

—Si no me engaño, veníais a pedirme que os autorizase para enviar a París un segundo mensajero.

—En efecto, caballero; ésa era mi intención cuando llegué aquí.

—Y me habéis echado en cara el haber desconfiado de vuestra palabra de caballero, porque no os he permitido, fiado en aquella garantía, ir en persona a buscar vuestro rescate.

—Es cierto, milord.

—Pues bien, caballero: libre sois de partir cuando os acomode. Las puertas de Calais os serán franqueadas; vuestra demanda está concedida.

— ¡Comprendo! —replicó Gabriel con cierto dejo de amargura—. ¡Queréis alejarme de ella! ¿Y si yo me negase a salir de Calais?

—Soy aquí el dueño, el único que tiene derecho para mandar. Vos, en cambio, no podéis ni rehusar ni aceptar mi voluntad, sino sufrirla.

—Está bien, milord. Partiré, pero sin agradeceros esa generosidad; os lo prevengo.

—Ninguna falta me hace vuestra gratitud, caballero.

—Partiré, sí, pero tened entendido que no seré vuestro deudor mucho tiempo, que pronto volveré, milord, para pagar de una vez todas mis deudas; y como entonces no seré ya vuestro prisionero, ni vos seréis mi acreedor, ningún pretexto tendréis para negaros a cruzar vuestra espada con la mía, porque entonces la ceñiré con derecho.

—Podría rehusar el duelo, caballero —contestó lord Wentworth con melancolía—, porque no son iguales las circunstancias entre nosotros. Si yo os mato, ella me aborrecerá más que hoy, y si me matáis vos, ella os amará más que hoy; pero, no importa; ¡acepto, acepto! ¿Y no teméis —añadió con expresión sombría— empujarme con vuestra actitud a... extremos deplorables? Cuando todas las ventajas están de vuestra parte, ¿no tenéis miedo de que yo abuse de las que me restan?

— ¡Dios en el cielo, y los nobles de todas las naciones de la tierra os juzgarán, milord —contestó Gabriel estremeciéndose—, si sois capaz de vengaros villanamente en los que no pueden defenderse de aquellos a quienes no hayáis podido vencer!

—Suceda lo que suceda, yo os recuso de entre mis jueces —dijo lord Wentworth—. Son las tres, caballero; hasta las siete, hora en que se cierran las puertas, tenéis tiempo para hacer los preparativos de viaje y salir de la ciudad. Yo daré órdenes oportunas para que os dejen franco el paso.

A las siete, milord, habré salido de Calais —contestó Gabriel.

—Y sabed que no volveréis a entrar nunca más en ella, y que, aun cuando yo sucumba en el duelo, que reñiremos fuera de las murallas, tendré tomadas mis precauciones, que serán como dictadas por los celos, para que jamás volváis a ver a la señora de Castro.

Gabriel, que había dado ya algunos pasos en dirección a la puerta, se detuvo y dijo:

—Os comprometéis a un imposible, milord. Es de necesidad absoluta que un día, lejano o próximo, vuelva a ver a Diana.

—Y yo os juro que no la volveréis a ver, o han de valer muy poco la orden de un gobernador de plaza de guerra o la última voluntad de un moribundo.

—La veré, milord. No sé cómo ni cuándo, pero tengo la seguridad de que la veré.

—Para eso, caballero —replicó lord Wentworth sonriendo desdeñosamente—, será preciso que toméis a Calais por asalto.

Gabriel reflexionó breves instantes, y dijo al fin.

—Tomaré por asalto a Calais. ¡Hasta la vista, milord!

Y salió dejando a lord Wentworth petrificado y sin saber si asustarse o reírse.

Gabriel se fue en derechura a la casa de Pedro Peuquoy, donde encontró a éste bruñendo la hoja de una espada, a Juan haciendo nudos a su cuerda y a Babette llorando.

Repitió a sus amigos la conversación que acababa de tener con el gobernador, y les anunció su partida inmediata, sin callar las palabras temerarias con que se había despedido de lord Wentworth.

—Y ahora —terminó diciendo—, subo a mi habitación para hacer mis preparativos de marcha, y os dejo a vos con vuestras espadas, Pedro; a vos, Juan, con vuestras cuerdas, y a vos, Babette, con vuestros suspiros.

Subió sin hablar más a su habitación con objeto de disponerlo todo para la marcha: ahora que se veía libre, anhelaba ir a París para salvar a su padre y regresar a Calais para libertar a Diana.

Media hora después, al salir de su habitación, encontró a Babette en la meseta de la escalera.

— ¿Conque os vais, señor vizconde? —preguntó la joven—. ¿Y no me preguntáis por qué lloro?

—No, hija mía; no os lo pregunto porque abrigo la esperanza de que, cuando yo regrese, dejaréis de llorar.

—También la abrigo yo, señor —dijo Babette—. ¿Pensáis, pues, regresar, a pesar de las amenazas del gobernador?

—Os lo aseguro, Babette.

— ¿Supongo que os acompañará vuestro escudero Martín Guerra?

—Indudablemente.

— ¿De modo que tenéis la seguridad de encontrarle en París? ¿Verdad que no es un malvado? ¿Que no se ha apropiado vuestro rescate? ¿Que es incapaz de cometer una... infidelidad?

—Pondría por él las manos en el fuego —contestó Gabriel, admirado de aquellas preguntas—. Es de un carácter muy variable, particularmente desde algún tiempo a esta parte; parece como si en él vivieran dos hombres, uno sencillo, dócil y morigerado, y otro ladino, trapacero y vicioso; pero, aparte de esas alternativas de carácter, es un servidor leal y fiel.

—Y tan incapaz de engañar a una mujer como de vender a su señor, ¿verdad?

— ¡Ya no me atrevo a asegurar tanto! En asuntos de esa índole, confieso, con franqueza, que no respondería de su fidelidad.

—En fin, señor: ¿tendréis la bondad de entregarle esta sortija? —preguntó Babette poniéndose pálida—. Él sabrá quien se la envía y qué significa.

—Cumpliré el encargo, Babette —respondió Gabriel sorprendido y recordando de pronto lo acaecido en el cuarto de su escudero la noche que precedió a su marcha—. Quedo en entregarla a su destinatario, pero, ¿sabe la persona que la envía... que Martín Guerra es casado?

— ¡Casado! —exclamó Babette—. ¡Entonces, monseñor, guardad esa sortija, tiradla, pero no se la entreguéis!

— ¡Babette...!

— ¡Gracias, monseñor, y adiós! —murmuró la pobre joven.

Y con paso vacilante subió a su cuarto, donde, a poco de haber llegado, cayó desvanecida sobre una silla.

Gabriel, en cuya imaginación acababa de penetrar una sospecha, bajó triste y pensativo la escalera de madera que ponía en comunicación los pisos de la casa. Al pie de la misma encontró a Juan Peuquoy, quien se le acercó con aire de misterio.

—Señor vizconde —le dijo en voz baja el tejedor—: me preguntabais todos los días para qué hacía aquellas cuerdas tan largas; yo callaba, pero no quiero dejaros partir, sobre todo después de haber oído la admirable despedida que dirigisteis a lord Wentworth, sin entregaros la clave del enigma. Uniendo con pequeñas cuerdas transversales otras dos muy largas y resistentes, como la que estoy haciendo, se obtiene, señor vizconde, una escala inmensa. Cuando uno forma parte de la guardia urbana durante veinte años, como Pedro, o durante algunos días, como yo, no es imposible transportar esa escala, por trozos, y ocultarla bajo la garita de la plataforma de la Torre Octógona. Pasan los días; y una mañana oscura de diciembre o de enero, puede el centinela, por curiosidad, amarrar sólidamente uno de los cabos de la escala a las gruesas abrazaderas de hierro que sujetan los sillares de las almenas, y dejar caer el otro cabo al mar, a trescientos pies de profundidad, en sitio al que la casualidad haya llevado algún atrevido que lo encuentre.

— ¡Pero... mi valiente Juan...! —interrumpió Gabriel.

—No hablemos más del asunto, señor vizconde —repuso el tejedor—. Quisiera, sin embargo, que, antes de despedirnos, os dignarais aceptar un recuerdo insignificante de vuestro leal servidor Juan Peuquoy. He aquí un croquis que representa el plano de los muros y de las fortificaciones de Calais. Es obra mía; lo hice por distracción mientras me entregaba a aquellos eternos

paseos que tanto os sorprendían. Ocultadlo por ahora, y cuando lleguéis a París, honradle de tanto en tanto con alguna mirada, no por lo que vale, sino por deferencia y en recuerdo de vuestro amigo.

Quiso interrumpirle otra vez Gabriel, pero Juan Peuquoy, sin darle tiempo, estrechó la mano que el joven le tendía y se alejó diciendo:

—Hasta la vista, señor vizconde. En la puerta encontraréis a Pedro, que os espera para despedirse de vos. Su despedida completará la mía.

En efecto: en la calle, junto a la puerta de la casa, esperaba el armero teniendo de las riendas el caballo de Gabriel.

—Os doy las gracias por vuestra hospitalidad, Pedro —le dijo Gabriel—. Dentro de poco os enviaré, si no me es posible traerlo en persona, el dinero que habéis tenido la bondad de adelantarme, al que añadiré, si me lo permitís, una pequeña gratificación para vuestros servidores. Entretanto, ofreced de mi parte este diamante a vuestra querida hermana.

—Lo acepto en su nombre, señor vizconde —contestó el armero—, pero con la condición de que vos habéis de aceptar también un objeto cualquiera construido por mí, esta bocina, por ejemplo, que me he permitido colgar del arzón de vuestra silla. Como es obra de mis manos, os garantizo que reconoceré su voz aunque llegue a mis oídos mezclada con los bramidos de una mar tempestuosa, lo que pudiera ocurrir, por ejemplo, cualquiera de las noches de los días cinco de cada mes, cuando, de cuatro a seis de la mañana, estoy de centinela en la Torre Octógona que da al mar.

— ¡Gracias, gracias! —dijo Gabriel, dando a entender a Pedro por medio de un apretón de manos especial que había comprendido.

—En cuanto al gran número de armas que me habéis visto fabricar de algún tiempo a esta parte, y que tanto asombro os causaban por su cantidad —repuso Pedro—, he de confesar que me arrepiento del exceso de producción y que siento tenerlas en mi casa. Cualquier día puede ser sitiado Calais, en cuyo caso, el partido francés, que todavía es numeroso y fuerte, podría apoderarse de esas armas y producir, en el seno mismo de la plaza, perturbaciones que seguramente comprometerían la defensa de la misma.

— ¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamó Gabriel, estrechando con más fuerza la mano del valiente armero.

—Sólo me resta desearos buen viaje, señor vizconde, mucha suerte, y un pronto regreso. ¡Adiós, señor!

— ¡Hasta muy pronto! —contestó Gabriel.

Después de montar a caballo se volvió el viajero y se despidió con la mano de Pedro Peuquoy, que estaba de pie sobre el umbral de la puerta de Juan,

asomado a la ventana del primer piso, y de Babette, que le miraba con ojos llorosos desde detrás de una cortina del piso segundo.

Gabriel picó espuelas y partió a galope.

Lord Wentworth había dado órdenes a los encargados de la vigilancia de las puertas de la ciudad. Nadie puso obstáculos a la salida del prisionero, el cual se encontró muy pronto en el camino de París, sin más compañía que la de sus ansiedades y esperanzas.

¿Lograría libertar a su padre al llegar a París? ¿Podría salvar a Diana volviendo a Calais?

#### XLIV

#### SIGUEN LAS TRIBULACIONES DE MARTIN GUERRA

Como los caminos de Francia eran tan inseguros para Gabriel de Montgomery como para su escudero, hubo aquél de desplegar toda la inteligencia y toda la actividad de su espíritu para evitar los obstáculos que encontró a su paso, y aun así, no entró en París hasta el cuarto día después de su salida de Calais.

Más que los peligros del viaje preocupaban a Gabriel las contingencias que le esperaban en París. Aunque poco dado a soñar despierto, su marcha solitaria le obligaba a pensar sin cesar en el cautiverio de su padre y de Diana, en los medios de libertar a aquellos seres queridos, en la promesa del rey y en el partido que habría de tomar si Enrique II se negaba a cumplirla. ¡Pero no! Enrique II pasaba por el primer caballero de la Cristiandad, y por penoso que le fuera cumplir el juramento que prestó, todo lo más esperaba a que Gabriel viniera a reclamar para perdonar al anciano conde, pero perdonaría... ¿Pero, y si no perdonaba?

Cuando esta idea angustiosa penetraba en la imaginación de Gabriel, producía en su corazón los efectos de una puñalada, sus espuelas se hundían crueles en los ijares de su noble corcel y su mano buscaba instintivamente el puño de su espada.

Por regla general, el dulce y doloroso recuerdo de Diana de Castro devolvía la calma a su espíritu agitado.

Debatiéndose entre estas incertidumbres y estas angustias llegó al fin a las puertas de París la mañana del cuarto día de viaje. Había caminado toda la noche, y las pálidas claridades del alba iluminaban apenas la ciudad cuando nuestro viajero atravesó las calles que conducían al Louvre.



Se detuvo frente a la mansión real, cerrada y dormida, preguntándose si debería esperar o seguir adelante. Pero su impaciencia se acomodaba mal con la inmovilidad, y decidió irse en derechura a su casa, sita en la calle de los Jardines de San Pablo, donde al menos podría saber alguna cosa de lo que deseaba y temía a la vez. El camino que tenía que seguir le obligó a pasar por delante de las siniestras torrecillas del Chatelet.

Hizo alto delante de la puerta fatal. Frío sudor bañaba su frente. Detrás de aquellos muros húmedos se hallaban su pasado y su porvenir. Pero Gabriel no era hombre capaz de perder mucho tiempo en vanas emociones si podía aprovecharlo consagrándolo a la acción. Desechó, pues, sus sombríos pensamientos, y reanudó la marcha diciendo:

— ¡Vamos!

Cuando llegó a la puerta de su palacio, que no había visto en tanto tiempo, vio brillar a través de los cristales de la sala baja el resplandor de una luz. La vigilante Aloísa había dejado ya el lecho.

Llamó Gabriel y dijo quién era: unos minutos después le estrechaba entre sus brazos la santa mujer que le había servido de madre.

— ¡Al fin os vuelvo a ver, monseñor! ¡Al fin llegáis, hijo mío!

Fue lo único que pudo decir Aloísa.

Gabriel, después de abrazarla, retrocedió un paso y la miró. En su mirada muda palpitaba una interrogación más elocuente que todos los discursos.

Comprendió perfectamente Aloísa, pero esto no obstante, bajó la cabeza y nada dijo.

— ¿Conque no hay ninguna noticia de la corte? —preguntó el vizconde, como si no le bastase la revelación que entrañaba el silencio de Aloísa.

— ¡Ninguna, monseñor! —respondió la santa mujer.

— ¡Oh...! ¡Me lo temía! Si hubiese pasado algo, bueno o malo, tú me lo habrías dicho al darme el primer abrazo... ¿Nada sabes?

— ¡Nada, ay, nada!

— ¡Lo comprendo! —dijo con amargura el joven—. Me creían prisionero, acaso muerto, y las deudas no se pagan a los prisioneros, y mucho menos a los muertos. Pero van a verme vivo y libre, y será preciso que cuenten conmigo: de grado o por fuerza contarán, yo te lo fío.

— ¡Tened cuidado, monseñor! —exclamó Aloísa.

—Nada temas, Aloísa. ¿Está en París el señor almirante?

—Sí, monseñor; vino y ha enviado a preguntar muchas veces si habíais llegado vos.

—Muy bien. ¿Y el señor duque de Guisa?

—También ha llegado: con su esfuerzo dicen que cuenta el pueblo para reparar las desventuras de Francia y los dolores de los ciudadanos.

— ¡Quiera Dios que no encuentre dolores que no pueda reparar! — exclamó Gabriel.

—El señor condestable ha descubierto que la señora duquesa de Castro, quien se consideraba perdida, está prisionera en Calais, de donde se espera sacarla muy pronto.

—Sabía que se hallaba en Calais, y también abrigo la misma esperanza que ellos —contestó Gabriel con acento singular—. Pero nada me dices de la causa o motivo de la prolongación de mi cautiverio, es decir, de Martín Guerra, de su mensaje y de su retraso. ¿Qué ha sido de Martín?

—Aquí está, monseñor; tan imbécil y haragán como siempre.

— ¿Pues cómo está aquí? ¿Cuándo ha venido? ¿Qué hace?

—Arriba se pasa la vida durmiendo —respondió Aloísa con acritud—. Pretexta que le ahorcaron y dice que está malo.

— ¡Que le ahorcaron! ¿Para robarle el dinero de mi rescate, eh?

— ¿El dinero de vuestro rescate, monseñor? ¡Sí, sí! ¡Habladle a ese idiota del dinero de vuestro rescate, y veréis lo que contesta! Dirá que no sabe de qué le habláis. Figuraos, monseñor, que llegó aquí presuroso, alardeando de celo, que me da vuestra carta, reúno los diez mil escudos contantes y sonantes, se los entrego y se va con ellos sin detenerse un minuto. Pasan unos días y veo llegar a Martín Guerra, con las orejas bajas y en estado lastimoso, a Martín Guerra, que pretende hacerme creer que no le he dado un solo escudo. Dice que le hicieron prisionero antes de la toma de San Quintín, que desde entonces no os ha visto y que ignora qué ha sido de vos de tres meses a esta parte. Que no le encargasteis ninguna comisión, ni vino antes a París, que le han golpeado brutalmente, que al fin le ahorcaron, que revivió no sabe cómo y que logró escaparse, entrando por primera vez en París desde que principió la guerra. Esos son los cuentos que nos está repitiendo a todas horas Martín Guerra cuando se habla de vuestro rescate.

—No lo comprendo, Aloísa. Martín Guerra no ha podido distraer el dinero; lo juraría. Estoy firmemente convencido de su honradez, de su afecto y de su lealtad.

—Decís bien, monseñor: Martín Guerra es honrado, pero está loco, y eso

es peor, loco sin ideas, loco sin memoria, loco de atar, en una palabra: creedme. No es un bribón, convengo en ello, pero sí un hombre peligroso. Por fortuna, no soy la única que lo ha visto en este palacio: pesa contra él el testimonio unánime de toda la servidumbre. Él podrá negar, pero es lo cierto que recibió de mi mano los diez mil escudos, que por cierto le costó a maese Elyot algún trabajillo reunirlos con la premura que se deseaba.

—Será preciso —dijo Gabriel— que reúna de nuevo, y lo más pronto posible, otra cantidad igual, y, si puede ser, mayor. Pero no se trata de eso por el momento. El día va avanzando y me voy al Louvre: necesito hablar con el rey.

— ¡Cómo, monseñor! ¿Sin descansar un rato? Además, monseñor, sin duda no reflexionáis que son poco más de las siete, y que hasta las nueve no se abren las puertas.

— ¡Tienes razón! —exclamó Gabriel—. ¡Dos horas más de espera! ¡Dios mío! ¡Dad paciencia para que espere dos horas al que ha tenido que esperar dos meses! Pero, en fin, ya que no puedo ir al palacio real, iré a encontrar al señor de Coligny y al duque de Guisa.

—Es probable que estén en el Louvre —objetó Aloísa—. Además; el rey no suele recibir antes del mediodía, y temo que no podréis verle más pronto. Tenéis, pues, tiempo sobrado para hablar con el señor almirante y con el señor Teniente General del Reino, que éste es el nuevo título con que el rey, en las circunstancias difíciles por que atravesamos, ha investido a monseñor el duque de Guisa. Entretanto, monseñor, me atrevo a esperar que no rehusaréis algún alimento, y que recibiréis a vuestros leales servidores, que tanto tiempo hace que suspiran por vuestro regreso.

En aquel momento, como si la Providencia hubiese querido ocupar y distraer la impaciencia del joven, Martín Guerra, advertido sin duda de la llegada de su señor, se precipitó en la cámara, más pálido por efecto de su alegría que por sus padecimientos.

— ¡Vos... vos aquí, monseñor...! ¡Oh, qué alegría! —exclamó.

Gabriel recibió con marcada frialdad los transportes de júbilo de su escudero.

—Si felizmente me encuentro aquí, Martín —le dijo—, convendrías conmigo en que no te lo debo a ti, que has puesto todos los medios para que mi cautiverio fuese eterno.

— ¡Vos también, monseñor! —gimió el pobre escudero completamente consternado—. ¿También vos, en vez de justificarme pronunciando una palabra, como yo esperaba, afirmáis que yo recibí los diez mil escudos? ¿Y

acaso seréis capaz de decir también que me encargasteis que viniera a recogerlos y os los llevase?

— ¡Claro que sí! —contestó Gabriel estupefacto.

— ¿De modo, monseñor —prosiguió Martín Guerra con voz sorda—, que me creéis capaz a mí, a Martín Guerra, de apropiarme villanamente de un dinero que no me pertenecía, de un dinero destinado a pagar la libertad de mi señor?

—No, Martín; eso no —respondió vivamente Gabriel, a quien conmovió el acento de su leal servidor—. Mis sospechas, te lo juro, jamás me hicieron dudar de tu probidad, y en este mismo instante se lo estaba diciendo así a Aloísa. Pero han podido robarte esa suma, has podido perderla en el camino cuando emprendiste el viaje de regreso.

— ¡Cuando emprendí el viaje de regreso! —repitió Martín—. ¿El viaje de regreso para dónde? Porque desde la noche que salimos juntos de San Quintín, ¡que Dios me mate si sé dónde habéis estado! ¿A qué viaje de regreso os referís, monseñor?

—Tu regreso a Calais, Martín, tu regreso a Calais. Por lgera y perdida que tengas la cabeza, no es posible que hayas olvidado a Calais.

—Es verdad; no he olvidado a Calais, porque yo no sé que pueda olvidarse lo que nunca se ha visto —contestó con tranquilidad Martín Guerra.

— ¡Pero, desventurado! ¿También me niegas eso? —exclamó Gabriel.

Mandó salir de la habitación a Aloísa, y acercándose a Martín Guerra preguntó:

— ¿Y Babette, ingrato?

— ¡Babette! ¿Quién es Babette? —preguntó el escudero estupefacto.

— ¡La infeliz a quien has seducido, tunante!

— ¡Ah, sí! ¡Gúdula! Habéis confundido el nombre, monseñor: la que llamáis Babette es Gúdula... ¡Tenéis razón, sí! ¡Pobre muchacha! Aunque si he de hablar con franqueza, no la sedujo yo; se sedujo ella espontáneamente.

— ¡Cómo! ¡Otra seducida! Pero, en fin, a esa Gúdula no la conozco, y de consiguiente, no puede inspirarme tanta lástima como la infeliz Babette Peuquoy.

No se atrevió Martín a encolerizarse, pero si hubiese sido del rango del vizconde, a buen seguro que habría perdido la paciencia.

— ¡Mirad, monseñor! —dijo—. Desde que llegué, todos me dicen que estoy loco, y tanto me lo repiten, que, ¡por San Sebastián!, seguro estoy de que

cuando esto haya terminado seré loco de atar. Por hoy, sin embargo, conservo toda mi razón y toda mi memoria, ¡qué diablo!, y aunque sufro pruebas terribles y llueven sobre mí desgracias... todas las desgracias que debieran repartirse entre dos hombres, en caso de necesidad, sabré contar, punto por punto, todo lo que me ha sucedido durante los tres meses últimos, es decir, desde el día que me separé de vos para no volveros a ver hasta hoy.

— ¡Cuenta, Martín, cuenta! Tengo curiosidad de saber cómo explicas tu extraña conducta.

—Cuando salimos de San Quintín para ir a buscar los socorros del señor de Vaulpergues —dijo Martín Guerra—, tomamos diferentes caminos, como supongo que recordaréis, y me aconteció lo que vos habíais previsto: topé con una patrulla enemiga. Fiel a vuestras recomendaciones, probé a ser audaz, pero ¡cosa extraña!, los enemigos me reconocieron al punto. Parece que, antes de encontrarme, había sido ya su prisionero.

— ¡Vaya! —interrumpió Gabriel—. ¡Empiezan las divagaciones!

— ¡Oh, monseñor! Yo os suplico que me dejéis contar lo que sé y del modo que lo sé, que harto grande es mi desgracia de no ser creído y de no entenderme yo mismo. Después podéis criticar lo que os parezca. Cuando me convencí de que los enemigos me reconocían, monseñor, me resigné, porque yo sabía, y vos lo sabéis como yo, que yo soy dos, y que mi otro yo, sin tomarse la molestia de advertirme, hace de las suyas cuando a bien lo tiene. Digo, pues, que aceptamos resignados nuestra suerte, y hablo en plural, porque en lo sucesivo hablaré de mí, digo, de nosotros, en plural. También nos reconoció Gúdula, una linda flamenca que habíamos raptado, reconocimiento y rapto que nos valieron, dicho sea entre paréntesis, una paliza monumental. En una palabra, nos reconocieron perfectamente todos, todos excepción hecha de nosotros. Referiros todas las calamidades que cayeron sobre nosotros, y enumerar los diferentes amos, cada uno de los cuales hablaba distinta lengua, en cuyo poder caímos, sería, monseñor, el cuento de nunca acabar.

— ¡Sí, sí! ¡Abrevia tus duelos!

—Los he sufrido, y bastante peores que los narrados. Mi número dos se había escapado una vez, por cuyo delito le molieron muy lindamente las costillas: mi número uno, el único de quien tengo conciencia y cuyos martirios cuento, logró escaparse de nuevo, pero cometió la torpeza de dejarse atrapar, y el lance le valió que le dejaran por muerto. No escarmenté: me escapé por tercera vez, pero me capturaron de nuevo, merced a una traición doble: la del vino y la de un labriego del país. Quise defenderme, y en efecto, impulsado por el furor de la desesperación y el de la borrachera, cerré contra mis verdugos, los cuales, después de haberme atormentado durante toda la noche de la manera más brutal, me ahorcaron bonitamente poco antes de amanecer.

— ¡Que te ahorcaron! —exclamó Gabriel, creyendo que su pobre escudero recaía en su monomanía—. Dices que te ahorcaron... ¿qué entiendes tú por ahorcar, Martín?

—Entiendo, monseñor, que me izaron, dejándome suspendido entre el cielo y la tierra, después de ajustar a mi cuello el nudo corredizo que previamente hicieron en uno de los extremos de una cuerda de cáñamo, y de sujetar sólidamente el otro extremo a una viga horizontal, apoyada sobre un pie derecho y afianzada por medio de una palomilla, aparato que vulgarmente llaman horca. Creo que a lo que hicieron conmigo, y dejo explicado, en todas las lenguas y dialectos del mundo lo llaman ahorcar, monseñor. ¿No os parece? ¿Hablo con claridad?

—No tan grande como yo desearía, Martín, porque, en realidad, para haber sido ahorcado...

—Me hallo bastante bien de salud, ¿no es cierto? Tenéis razón, pero es porque todavía no conocéis el final de mi historia. Mi dolor y mi rabia, cuando me vi colgado, debieron de contribuir a que perdiese más pronto el conocimiento. Cuando volví en sí, me encontré tendido sobre la fresca hierba y cortada la cuerda que rodeaba mi cuello. Algún viandante, sin duda, me vio bailar en el aire, se compadeció de mi situación, y quiso librar a la horca de aquel fruto humano, aunque confieso que mi misantropía actual me impide dar crédito a semejante versión. Más bien creo que algún ladrón quiso despojarme, y cortó la cuerda para poder registrar más cómodamente mis bolsillos. Me afirma en esta opinión, aunque no es mi ánimo ofender demasiado a la raza humana, el hecho de que desaparecieron mi anillo de boda y mis documentos. De todos modos, agradecido debo de estar a quien me descolgó, porque lo hizo a tiempo. Aunque quedé con el cuello algo dislocado, pude huir por cuarta vez a través de los campos, permaneciendo escondido durante el día y caminando durante la noche, siempre con precaución, y alimentándome con raíces y hierbas, detestable alimento, al que las mismas bestias no creo que puedan acostumbrarse sin trabajo. En fin, después de haberme extraviado cien veces al cabo de quince días tuve la satisfacción de volver a ver a París y de encontrar esta casa, donde me dispensaron un recibimiento peor de lo que creía tener derecho a esperar después de haber pasado por tantas y tan terribles pruebas. He terminado mi historia, monseñor.

—Pues bien —dijo Gabriel—; frente a esa historia podría yo poner otra muy diferente, que he visto con mis propios ojos.

—Será la de mi número dos, monseñor —replicó tranquilamente Martín—. Si no es indiscreción, y tenéis la bondad de narrármela en cuatro palabras, creed, monseñor, que la escucharé con gusto.

— ¡Te burlas de mí, bribón!

— ¡Oh, monseñor! ¡Bien conocido os es el profundo respeto que me merecéis! Es particular lo que me sucede: mi número dos me ha causado mil trastornos, me ha jugado tretas bien crueles; pues bien, a pesar de todo, me interesa el gran tunante, y... ¡palabra de honor!, estoy seguro de que tendré la debilidad de quererle.

Disponíase Gabriel a contar las fechorías de Arnaldo de Thill, pero achacándolas a Martín Guerra, cuando fue interrumpido por Aloísa, que entró en la estancia seguida de un hombre vestido de campesino.

— ¡Otro misterio se nos viene encima! —exclamó Aloísa—. Este hombre dice que ha sido enviado para anunciar vuestra muerte, Martín Guerra.

## XLV

### EN EL QUE EMPIEZA LA REHABILITACIÓN DE MARTÍN GUERRA

— ¿Mi muerte? —preguntó Martín Guerra palideciendo al oír las terribles palabras de Aloísa.

— ¡Jesús! ¡Dios mío! —exclamó el campesino en cuanto vio al escudero.

— ¿Habrá muerto mi otro yo? —repuso Martín—. ¡Bondad divina! ¿Habré perdido mi existencia de repuesto? ¡Bah! Bien pensado, aunque tengo motivos para afligirme, los tengo mayores para alegrarme. Hable, amigo mío, hable —añadió, dirigiéndose al campesino.

— ¡Pero es posible! —dijo el campesino, después de mirar y remirar a Martín con ojos espantados—. ¿Cómo habéis podido llegar antes que yo? Os juro que me he dado toda la prisa que puede darse una persona para desempeñar a conciencia la comisión que me confiasteis y ganar los diez escudos. A no ser que hayáis hecho el viaje a caballo, es absolutamente imposible que me dejarais atrás en el camino, aparte de que, aun viniendo a caballo, os habría visto pasar.

— ¡Pero, hombre de Dios! —exclamó Martín Guerra—. ¡Si yo no te he visto en los días de mi vida! Hablas como si me conocieses...

— ¡Cómo si os conociese! —repitió el campesino estupefacto—. ¿Habéis olvidado que me confiasteis el encargo de venir aquí y anunciar que Martín Guerra había muerto ahorcado?

— ¡Está bueno, amigo mío! Martín Guerra soy yo.

— ¿Vos? ¡Imposible! ¿Cómo habíais de anunciar vos mismo vuestro propio ahorcamiento?

— ¿Pero, por qué, cómo, dónde y cuándo te he anunciado yo semejante atrocidad? —preguntó Martín.

— ¿Lo digo todo? —preguntó a su vez el campesino.

—Todo; absolutamente todo —respondió Martín.

— ¿A pesar del encargo que me hicisteis?

—A pesar del encargo.

— ¡Vaya! Pues entonces, ya que tan flaco sois de memoria, voy a decirlo todo. Peor para vos que me obligáis. Hace de esto seis días. Por la mañana, estaba yo escardando mi campo...

—Antes de seguir adelante, dinos dónde está tu campo —dijo Martín Guerra interrumpiendo al narrador.

— ¿Pero he de decir la verdad... verdadera? —preguntó el campesino.

— ¡Claro que sí, animal!

—Pues bien: mi campo está a espaldas de Montargis. Repito que estaba yo escardando, cuando pasasteis vos por el camino, llevando a la espalda un saco de viaje.

«— ¡Eh, amigo! ¿Qué se hace? —preguntasteis.

«—Aquí estoy escardando —contesté.

«— ¿Y cuánto te vale ese trabajo?

«—Un día con otro, sobre cuatro sueldos.

«— ¿Quieres ganarte veinte escudos en dos semanas?

«— ¡Oh! ¡Oh!

«—Te pregunto para que me contestes sí o no.

«—Contesto lo primero: sí.

«—Pues bien: vas a emprender inmediatamente la marcha a París. Si andas regularmente, tardarás en llegar de cinco a seis días. Preguntarás por la calle de los Jardines de San Pablo y por el palacio del vizconde de Exmés; a este palacio es adonde te envío. No encontrarás al vizconde, pero sí a una señora, Aloísa, buena mujer, que fue la nodriza del vizconde. Cuando se te presente la señora Aloísa, le dirás: Escucha bien. Le dirás: «Llego de Noyón». ¿Te vas fijando? No de Montargis, sino de Noyón. «Llego de Noyón, en donde fue ahorcado hace quince días una persona conocida vuestra. Esa persona se llamaba Martín Guerra». Cuidado con olvidar este nombre: Martín Guerra. «Ahorcaron a Martín Guerra después de robarle el dinero que llevaba, a fin de



que no pudiese descubrir a los ladrones. Pero antes de ser llevado a la horca, Martín Guerra tuvo tiempo de encargarme que viniera a participaros su desgracia, a fin, me dijo, de que vos pudierais reunir nuevamente la cantidad necesaria para pagar el rescate de su amo. Como le habían robado, no tenía dinero, pero me prometió que vos me entregaríais diez escudos por mi trabajo. Le he visto ahorcar yo mismo, y después de verle ahorcado y muerto, he venido».

«Estas palabras, sin cambiar una sola, dirás a la buena mujer. ¿Has comprendido? —me preguntasteis.

«—Sí —respondí—. Pero creo que antes me hablasteis de veinte escudos y ahora decís que me darán diez.

«— ¡Imbécil! —replicasteis—. ¡Toma los otros diez adelantados!

«— ¡Sea en buena hora! ¿Pero qué contesto si la buena mujer Aloísa me pregunta cómo era el señor Martín Guerra, a quien no he visto en mi vida?

«— ¡Mírame!

«—Ya os miro.

«—Hazte mi retrato, quiero decir, da mis señas, y éstas son las de Martín Guerra.

— ¡Qué extraño es todo esto! —exclamó Gabriel, que escuchaba con profunda atención al narrador.

—He venido —continuó el campesino— dispuesto a repetir la lección que me obligasteis a aprender de memoria, y me encuentro con que habéis llegado antes que yo. Verdad es que me he aburrido en el viaje, y que algún rato he pasado en las tabernas, cercenando un poco los diez escudos que me disteis, en la confianza de cobrar pronto los otros diez, pero he tenido buen cuidado de no rebasar el plazo que me fijasteis. Seis días de tiempo me concedisteis, y seis días hace hoy que nos separamos en Montargis.

— ¡Seis días! —exclamó Martín Guerra melancólico y pensativo—. ¡Pasé por Montargis hace seis días! ¡Estuve hace seis días en el camino de mi pueblo! Tu narración es tan verosímil, amigo mío, que desde luego te digo que la creo verdadera.

— ¡Pues yo no! —exclamó Aloísa—. ¡Ese hombre es un impostor! Dice que habló con vos en Montargis hace seis días, y yo juro que llegasteis hace doce a esta casa, y que no habéis salido de ella.

—Eso es verdad —respondió Martín—; pero mi número dos...

—Además —insistió Aloísa—: según vuestras afirmaciones, fuisteis ahorcado en Noyón hace más de un mes, y no quince días, como dice este

hombre.

—También es verdad: hoy precisamente hace el mes, y en eso estaba pensando cuando desperté esta mañana... Pero mi otro yo...

— ¿Volvemos a los disparates? —increpó Aloísa.

—No son disparates, Aloísa —intervino Gabriel—. Creo, por el contrario, que este hombre nos pone en camino de descubrir la verdad.

— ¡Oh, mi buen señor! —exclamó el campesino—. Vos estáis en lo cierto... ¿Puedo contar con los diez escudos?

—Sí —contestó Gabriel—; pero necesito que nos dejes tu nombre y las señas del lugar donde podamos encontrarte algún día. Entre la bruma, todavía muy turbia, de las sospechas, comienzo a vislumbrar la comisión de muchos crímenes.

—Sin embargo, monseñor —intentó objetar Martín.

—Dejemos esto —dijo Gabriel interrumpiendo a su escudero—. Tú cuidarás, mi buena Aloísa, de que este hombre se vaya contento. El asunto queda aplazado, pero le llegará su turno. Le aplazo —continuó bajando la voz—, porque, como comprenderás, antes de castigar la traición hecha al escudero, debo vengar la que se ha hecho al señor.

— ¡Ay de mí! —murmuró Aloísa.

—Son las ocho —repuso Gabriel—. Hasta mi regreso no recibiré a la servidumbre, porque quiero encontrarme en el Louvre cuando abran sus puertas. Si no logro ver al rey hasta las doce, me entretendré hablando con el almirante y el duque de Guisa.

—En viendo al rey regresaréis al momento, ¿verdad? —preguntó Aloísa.

—Sin perder un minuto. Tranquilízate, mi buena nodriza: una voz interior me dice que saldré vencedor de todos esos obstáculos tenebrosos que la intriga y la audacia acumulan en torno mío.

— ¡Así será, si Dios escucha mis ardientes plegarias! —respondió Aloísa.

—Me voy —repuso Gabriel—. Quédate, Martín, porque debo ir solo, y alégrate, porque no tardaremos en justificarte y en librarte de tu pesado opresor. Antes, como ves, debo llevar a cabo otra justificación y otra liberación. Hasta luego, Martín... hasta muy pronto, Aloísa.

Los dos besaron la mano que el joven señor les tendió. Gabriel salió solo, a pie y envuelto en holgada capa, y tomó, grave y altanero, el camino del Louvre.

— ¡Ay! —decía para sí la nodriza—. ¡Así vi salir a su padre y no ha vuelto

aún!

En el momento en que Gabriel, después de haber pasado el Pont-au-Change, continuaba su camino a lo largo de la Gréve, divisó a lo lejos a un hombre, embozado como él en una capa, más ordinaria que la suya. Aquel hombre llevaba el embozo muy subido y muy encasquetado el sombrero, como si quisiera ocultar su rostro con el embozo de la primera y las anchas alas del segundo.

Aunque Gabriel creyó reconocer al principio el porte y los movimientos de una persona amiga, continuó su camino dispuesto a dejar atrás al embozado, pero éste, no bien vio al vizconde de Exmés, hizo un movimiento, titubeó, y deteniéndose al fin, llamó con precaución:

— ¡Gabriel! ¡Amigo mío!

Dejó ver parte del rostro y Gabriel le conoció al punto.

— ¡Señor de Coligny! —exclamó sin levantar la voz—. ¡Vos aquí, y a estas horas!

— ¡Silencio! Os confieso que no quisiera que me reconociesen, espiasen y siguiesen en este momento. Pero, al veros, amigo mío, después de tan larga separación y de lo inquieto que estaba por vuestra suerte, no he podido resistir la tentación de llamaros y de estrecharos la mano. ¿Desde cuándo estáis en París?

—Llegué hace algunas horas y quería ir ante todo al Louvre.

—En este caso, si no tenéis otras ocupaciones, bien podéis acompañarme un trecho, y me referiréis lo que os ha acaecido durante vuestra eterna ausencia.

—Os diré todo lo que pueda decir al más leal y sincero de los amigos, pero antes, señor almirante, quisiera que me permitierais dirigiros una pregunta acerca de un asunto que me interesa vivamente.

—Preveo la pregunta, amigo mío, y creo que también vos debéis prever la respuesta. Deseáis preguntarme si cumplí la promesa que os hice; ¿no es cierto? Queréis saber si referí al rey la parte gloriosa y eficaz que tomasteis en la defensa de San Quintín: ¿acierto?

—No, señor almirante; no es eso lo que deseaba preguntaros, palabra de honor. Os conozco bien, he aprendido a confiar en vuestra palabra, y estoy seguro de que vuestro primer cuidado, al llegar a París, fue cumplir lo que me prometisteis, declarando generosamente al rey, al rey sólo, que en algo contribuí a la defensa de San Quintín. Es más: juraría que exagerasteis los servicios que presté. Todo esto, señor almirante, lo sabía ya, sin necesidad de preguntarlo; pero desconozco, y me importa saberlo, lo que Enrique II

contestó al escuchar vuestras nobles palabras.

— ¡Ah, Gabriel! —exclamó el almirante—. Enrique II, por toda contestación, me preguntó por vuestro paradero. Me vi en un apuro para contestarle, pues la carta que para mí dejasteis al salir de San Quintín para Calais era muy poco explícita, y se limitaba a recomendarme mi promesa. Contesté al rey asegurándole que no habíais muerto, pero que, según todas las probabilidades, habíais sido hecho prisionero, y que vos, por delicadeza sin duda, no quisisteis advertírmelo.

— ¿Qué dijo el rey entonces?

—El rey, amigo mío, dijo: «¡Está bien!», y sus labios dibujaron una sonrisa de satisfacción. Como yo insistiera en ponderar el mérito de vuestros gloriosos hechos de armas y aludiera a las obligaciones que con vos habían contraído el rey y Francia, Enrique II me interrumpió con un «¡Basta!» imperioso, varió de conversación y me obligó a hablar de otra cosa.

— ¡Sí... lo que yo presumía! —exclamó con entonación sarcástica Gabriel.

— ¡Valor, amigo mío! —repuso el almirante—. Recordaréis que ya en San Quintín os previne que era expuesto a amargos desencantos poner confianza en la gratitud de los grandes de este mundo.

— ¡Oh! —exclamó Gabriel con acento de amenaza—. ¡El rey ha podido olvidar impunemente sus promesas mientras me ha creído muerto o prisionero, pero cuando dentro de breves horas reclame yo el cumplimiento de aquéllas, será preciso que se acuerde!

— ¿Y si a pesar de todo continúa faltándole la memoria? —preguntó el señor de Coligny.

—Señor almirante: cuando un caballero sufre una ofensa, se dirige al rey, para que éste haga justicia; pero, cuando el ofensor es el mismo rey, no queda más remedio que dirigirse a Dios para que nos vengue.

—Y yo creo —observó el almirante— que, en caso de necesidad, seríais voluntariamente el instrumento de la venganza divina.

—Vos los habéis dicho, señor almirante.

—Pues bien, creo que es llegada la ocasión de recordaros una conferencia que tuvimos acerca de la religión de los oprimidos, en el curso de la cual os hablé de un medio infalible de castigar a los reyes, sirviendo al mismo tiempo la causa de la verdad.

—Recuerdo muy bien aquella conversación, pues no es la memoria la que me falta. Es muy posible que recurra a vuestro medio, si no precisamente

contra Enrique II, al menos contra sus sucesores. El medio en cuestión tiene la misma eficacia contra todos los reyes.

—Siendo así, ¿podéis concederme una hora de tiempo?

—El rey no recibe hasta las doce; disponed de mí hasta el mediodía.

—Venid, pues, conmigo. Sois caballero, me habéis dado pruebas de vuestro carácter, y por tanto, no os exigiré juramento. Basta que me prometáis guardar un secreto inviolable sobre las personas que vais a ver y sobre las cosas que vais a escuchar.

—Prometo un silencio absoluto —contestó Gabriel.

—Seguidme, pues; y si en el Louvre os hacen objeto de alguna injusticia, sabréis al menos que tendréis el desquite en vuestras manos. Seguidme, amigo mío.

Coligny y Gabriel se internaron juntos por el laberinto de callejas estrechas y tortuosas que por aquel tiempo formaban una red alrededor de la calle de Saint-Jaques.

## XLVI

### UN FILÓSOFO Y UN SOLDADO

Apenas entraron en la calle de Saint-Jaques, Coligny se detuvo frente a una casa de humilde apariencia. Llamó a su puerta, pequeña y baja, abrióse al punto un ventanillo, y luego que el invisible portero hubo reconocido al almirante, franqueó la puerta.

Gabriel, siguiendo a su noble guía, atravesó un pasillo largo y oscuro, y subió por una escalera carcomida hasta llegar a los desvanes. Coligny llamó a la puerta de la habitación más alta y miserable de la casa dando tres golpes, no con la mano, sino con el pie.

Abrieron al instante la puerta y nuestros visitantes entraron en una cámara de grandes proporciones, pero triste y desnuda. Dos ventanas estrechas, una de las cuales daba a la calle de Saint-Jaques y otra al patio interior, dejaban pasar apenas una claridad opaca. En cuanto a muebles, no había más que cuatro escabeles y una mesa de encina de pies torneados.

Al entrar el almirante, salieron a recibirle dos hombres que, al parecer, le estaban esperando. Otro tercero se quedó discretamente a cierta distancia, delante de la ventana que daba a la calle, y solamente hizo desde allí una reverencia profunda a Coligny.

—Teodoro, y vos, capitán —dijo el almirante a los dos hombres que habían salido a su encuentro—; os traigo y presento a un amigo, que si no ha sido antes de los nuestros, ni lo es ahora, no dudo que ha de serlo en el porvenir.

Los dos desconocidos se inclinaron silenciosos ante el vizconde de Exmés, y seguidamente el más joven, el llamado Teodoro, se puso a hablar en voz baja pero con animación con Coligny.

Retiróse un poco Gabriel para que pudiesen hablar con más libertad, y entonces pudo examinar a su sabor a los hombres a quienes acababa de ser presentado por el almirante, y cuyos nombres ignoraba aún.

El capitán, caballero de facciones pronunciadas y de movimientos decididos, tenía todas las características de los hombres resueltos y de acción. Era alto, moreno y nervudo. Cualquiera, sin poseer grandes dotes de observación, podía leer en su frente la audacia, el ardor en sus ojos y la energía de voluntad en los pliegues de sus labios contraídos.

El compañero de este aventurero altivo parecía más bien un cortesano; era un tipo gracioso, de cara ovalada, regordeta y alegre, de mirada dulce, de gestos y modales finos y elegantes. Su traje, perfectamente ajustado a las leyes de la última moda, formaba singular contraste con el sencillo y austero del capitán.

Llamaba la atención el tercer personaje, el que había permanecido en pie y separado de los demás, a pesar de su actitud reservada, pues las enérgicas líneas de su rostro, su frente espaciosa, la limpidez y profundidad de su mirada, indicaban muy a las claras que era hombre de gran potencialidad mental, un verdadero genio.

Coligny, después de haber cambiado algunas frases con su amigo, se acercó a Gabriel.

—Os pido perdón —le dijo—, pero no soy el único que mando aquí. He tenido que contar con el beneplácito de mis hermanos antes de deciros dónde y en compañía de quién os halláis.

— ¿Puedo saberlo ya? —preguntó Gabriel.

—Podéis saberlo, amigo mío.

— ¿Dónde estoy?

—En la humilde estancia donde el hijo del tonelero de Noyón, Juan Calvino, celebró las primeras reuniones secretas de los reformados.

— ¿Y quiénes son los que me rodean? —preguntó Gabriel.

—Los discípulos del reformador: Teodoro de Beza, que es su pluma, y La

Rénaudie, que es su espada.

Gabriel saludó al elegante escritor que debía ser el historiador de las Iglesias reformadas, y al capitán aventurero que sería, poco tiempo después, el provocador del motín de Amboise.

Teodoro de Beza, después de devolver el saludo, dijo:

—Aunque hayáis sido introducido hasta aquí con algunas precauciones, señor vizconde de Exmés, no veáis en nosotros hombres muy peligrosos ni conspiradores tenebrosos. Tres veces por semana nos reunimos en esta casa, pero únicamente para cambiar impresiones, para recibir a los neófitos, o bien para idear los medios de ganar para nuestra causa a aquellos que por el mérito personal que les reconocemos, consideramos que nos conviene que militen en nuestro campo. Agradecemos al almirante que os haya traído aquí, caballero, porque tenemos la seguridad de que figuráis entre los últimos.

—Yo pertenezco a los primeros, es decir a los neófitos —dijo, adelantando con modestia el desconocido que hasta entonces había permanecido separado del grupo—. Yo soy uno de esos soñadores humildes que se aficionan a todo lo nuevo y anhelan acercarse a él y conocerlo.

—No pasará mucho tiempo sin que seáis uno de nuestros miembros más ilustres, Ambrosio —contestó La Rénaudie—. Os presento, señores, a este amigo, que es un cirujano hoy oscuro y apenas conocido, joven todavía, como estáis viendo, pero que será una de las glorias de la cirugía, porque estudia, piensa, y trabaja mucho. Viene espontáneamente a nosotros, y debemos abrirle nuestros brazos, porque no dudo que en breve se hablará con orgullo del eminente cirujano Ambrosio Paré.

—Me hacéis demasiado favor, señor capitán —respondió Ambrosio.

—Con vuestra venia, señores, voy a pronunciar algunas palabras —dijo Gabriel—. Ahora sé ya donde estoy, y adivino los motivos que han impulsado a mi amigo el señor almirante para traerme a esta casa, donde se reúnen los hombres que Enrique II llama sus mortales enemigos. Pero correspondería mal a la confianza de mi noble amigo si no hiciera constar que, dadas las circunstancias que en mí concurren, me es imposible prestar atención a ideas o principios filosóficos o teológicos, porque necesito dedicarla por entero a las personas y a los hechos. La causa que aquí se defiende no puede ser mi causa, aunque quien sabe si será el medio por el cual llegue yo a conseguir el fin que me he propuesto, y en este caso, si combato a vuestro lado lo haré, no en defensa de vuestros principios, sino por mi propio interés. Me diréis que me llevan a vosotros motivos egoístas, motivos demasiados personales, y yo contestaré diciendo que tenéis razón, y que lo mejor que podéis hacer es rechazarme, arrojarme de vuestro lado.

—No, señor de Exmés —contestó Teodoro de Beza—. Preferiríamos, como es natural, que os guiasen fines más puros y elevados, pero vuestra franqueza es ya un mérito que os hace acreedor a pertenecer a los nuestros.

—Cierto —terció La Rénaudie—. No siempre se nos contesta con profesiones entusiastas de fe cuando dirigimos a nuestros neófitos la siguiente pregunta: «¿Qué pedís?».

— ¡Ah! —exclamó Gabriel sonriendo con melancolía—. Ambrosio Paré contestaría seguramente: «Pido el reinado de la justicia y del derecho». ¿Adivináis qué respondería yo? Yo contestaría vuestra pregunta con esta otra: «¿Contáis con poder material y numérico bastante, si no para vencer, al menos para luchar?».

Los reformados se miraron sorprendidos.

—Ignoro el móvil de la pregunta —contestó Teodoro de Beza—; no quiero saber el sentimiento que la dicta, porque sea el que sea, estoy pronto a satisfaceros. Contamos con la fuerza material, gracias a Dios, necesaria para luchar, y quien sabe si para vencer. Formamos un partido numeroso, y sin presunción creemos que inspiramos alguna confianza a nuestros amigos y algún terror a nuestros enemigos.

—Si así es —dijo con frialdad Gabriel—, acaso dentro de poco figure yo entre los primeros y os ayude a combatir a los segundos.

— ¿Y si no hubiésemos contado con la fuerza material? —preguntó La Rénaudie.

—Habría buscado aliados más poderosos —respondió Gabriel con calma.

Teodoro de Beza y La Rénaudie se miraron consternados.

—Amigos míos —dijo Coligny—; suspended vuestros juicios, que probablemente serían severos en exceso. Testigo he sido de las hazañas del vizconde de Exmés en San Quintín, y quien como él se bate con desprecio tan completo de la vida, dista mucho de tener un alma vulgar. Sé que debe cumplir una misión sagrada y terrible que monopoliza todas sus facultades y no le deja libre ni un átomo de adhesión para que pueda consagrarlo a ninguna otra causa.

—Pero quiero suplir mi falta de adhesión con mi sinceridad —dijo Gabriel—. Si los acontecimientos me obligan a ser de los vuestros, el señor almirante podrá atestiguar si os ofreceré un brazo y un corazón fuertes. Pero declaro una vez más que no puedo entregarme sin cálculo, porque pertenezco por entero a una obra necesaria y terrible que me han impuesto la justicia de Dios y la maldad de los hombres, y mientras esa obra no esté cumplida, me perdonaréis si os digo que no soy dueño de mi suerte. Reclama toda mi existencia el



destino de otra persona.

—Será para nosotros motivo de satisfacción servirlos, y de orgullo servirnos de vos —observó Coligny.

—Nuestros votos os acompañarán, y nuestras voluntades os ayudarán en caso de necesidad —dijo La Rénaudie.

— ¡Oh, gracias, gracias! —exclamó Gabriel—. ¡Gracias, señores, porque no habéis intentado alterar con vuestras palabras la confianza que debo tener en la dura empresa que he de llevar a cabo! ¡Gracias, amigos míos, porque ponéis a mi disposición los medios de obligar a cumplir una palabra empeñada, aunque quien la empeñó sea un rey coronado! No me es posible permanecer más tiempo entre vosotros, necesito despedirme, pero no os diré «adiós», sino «hasta la vista». Pudiera acontecer que vuestras palabras fuesen una semilla que germinase más tarde.

—Lo deseamos porque, sería una felicidad para nosotros —contestó Teodoro de Beza.

—Pero no para mí —replicó Gabriel—, porque os confieso ingenuamente que únicamente la desgracia podrá arrojarme en vuestros brazos. Adiós, señores: debo hallarme en el Louvre a esta hora.

—Y yo os acompaño —dijo Coligny—. Necesito repetir a Enrique II en presencia vuestra lo mismo que tuve el placer de decirle en vuestra ausencia. La memoria de los reyes es flaca, y es preciso que, en el caso presente, el nuestro no olvide ni niegue. Os acompaño.

—No me atrevía a pedirlos ese favor, señor almirante —contestó Gabriel—; pero acepto reconocido vuestro ofrecimiento.

—Vamos, pues —dijo Coligny.

## XLVII

### **LAS GRACIAS DE MARÍA ESTUARDO BRILLAN EN ESTA NOVELA CON RESPLANDORES TAN FUGACES COMO EN LA HISTORIA DE FRANCIA**

Las primeras palabras que Gabriel oyó al llegar con Coligny a las puertas del Louvre, le dejaron consternado: el rey no recibía aquel día.

El almirante, no obstante ser sobrino de Montmorency, se había hecho muy sospechoso de herejía y gozaba de muy escaso favor en la corte, y Gabriel de Exmés, el antiguo capitán de guardias del rey, no era ya conocido por ujieres,

los cuales habían olvidado su fisonomía y hasta su nombre. Los dos amigos encontraron dificultades sin cuento para que les permitieran rebasar las puertas exteriores, pero mayores y más invencibles fueron los obstáculos que encontraron dentro. Más de una hora de tiempo hubieron de perder en contestaciones, promesas y amenazas; apenas acababan de conseguir que alzasen una alabarda, otra nueva venía a cerrarles el paso. Es decir, se les multiplicaban espantosamente esos dragones, más o menos invencibles, que guardan a los reyes.

A fuerza de instancias consiguieron llegar a la gran galería que precedía al gabinete de Enrique II, pero les fue imposible pasar de allí: la consigna era demasiado severa y terminante. El rey, encerrado con el condestable y con Diana de Poitiers, había ordenado estrictamente que no se le molestase bajo ningún pretexto.

Si Gabriel quería ser recibido por el rey, tendría que esperar toda la noche.

¡Esperar aún, cuando creía tocar el término de tantas luchas, de tantos dolores! La nueva espera era desesperante para aquel joven que tantos peligros había sabido desafiar y vencer.

Sin hacer caso de las palabras con que el almirante procuraba consolarle, y desoyendo las exhortaciones que le dirigía para que tuviese paciencia, Gabriel, próximo a una ventana, miraba tristemente las gotas de agua que empezaba a enviar a la tierra un cielo encapotado, y lleno de cólera y de angustia, apretujaba convulsivamente el puño de su espada.

¿Cómo arrollar a los guardias que le impedían llegar hasta la cámara del rey, donde probablemente le esperaba la libertad de su padre?

De pronto se alzó el cortinón de la antecámara real y se dejó ver una aparición blanca y radiante que, a juicio del triste joven, iluminó la atmósfera gris y lluviosa.

La juvenil reina-delfina, María Estuardo, atravesaba la galería.

Instintivamente dejó Gabriel escapar un grito y tendió los brazos hacia ella.

— ¡Oh, señora! —exclamó, sin darse cuenta de su movimiento ni de sus palabras.

Volvióse María Estuardo, reconoció al almirante y a Gabriel y se dirigió hacia ellos con la sonrisa en los labios, como tenía por costumbre.

—Al fin estáis de vuelta, señor vizconde de Exmés —dijo—. Me alegro de volveros a ver. He oído hablar mucho de vos de algún tiempo a esta parte... ¿Pero, qué buscáis en el Louvre tan temprano? ¿Qué deseáis?

— ¡Hablar al rey, señora, hablar al rey! —contestó Gabriel con voz

sofocada.

—El señor de Exmés tiene, en efecto, necesidad absoluta de hablar al rey —dijo Coligny—. El asunto es grave y urgente, tanto para él como para el mismo rey, y esos guardias le impiden el paso, diciendo que hasta la noche no hay audiencia.

— ¡Como si yo pudiera esperar hasta la noche! —exclamó Gabriel.

—Creo —dijo María Estuardo— que es cierto que el rey acaba de dar en este momento órdenes terminantes. Está con el rey el señor condestable de Montmorency, y francamente... no me atrevo...

Una mirada suplicante de Gabriel impidió que terminase la frase.

— ¡Vaya! —repuso—. Si se molesta, tendremos paciencia. ¡Me arriesgo!

Hizo con su diminuta mano una señal a los guardias, que se apartaron respetuosamente, y Gabriel y el almirante pudieron pasar.

— ¡Gracias, señora! —exclamó el impetuoso joven—. ¡Gracias a vos, que, semejante a un ángel, os aparecéis a mí siempre que tengo necesidad de que me consuelen en mis aflicciones y calmen mis dolores!

—Ya tenéis libre el paso —dijo sonriendo María Estuardo—. Si su majestad se incomoda demasiado, no reveléis la intervención del ángel, como no sea en último extremo.

Y saludando graciosamente a Gabriel y a su compañero, desapareció.

Gabriel estaba ya a la puerta del gabinete del rey, pero también allí había un ujier dispuesto, al parecer, a cerrarle el paso. Por fortuna, se abrió en aquel instante la puerta y apareció en el dintel Enrique II, dando las últimas instrucciones al condestable.

Nunca fue la resolución la cualidad más saliente del rey. Al tropezar súbitamente con el vizconde de Exmés, retrocedió, y ni siquiera supo irritarse.

Gabriel, cuyo carácter entero hemos tenido varias ocasiones de apreciar, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Señor; dignaos recibir la expresión de mi respetuoso homenaje.

Volviéndose a continuación hacia Coligny, que le había seguido, y con objeto de evitarle la dificultad de las primeras palabras, repuso:

—Venid, señor almirante, y cumpliendo la promesa que me habéis hecho, tened la bondad de recordar al rey la parte que tomé en la defensa de San Quintín.

— ¡Qué es esto! —exclamó Enrique II, que principiaba a recobrar la

sangre fría—. ¿Cómo osáis llegar hasta mí sin estar autorizado? ¿Cómo entráis en esta cámara sin previo anuncio? ¿Cómo os atrevéis a interpelar al señor almirante en mi presencia?

Gabriel, tan audaz en estos casos decisivos como cuando se hallaba en presencia del enemigo, contestó con tono respetuoso pero resuelto:

—He pensado, señor, que vuestra majestad en todo momento está dispuesto a recibir y a escuchar a quien viene a pedir justicia, aunque éste sea el último de vuestros vasallos.

Habíase aprovechado del primer retroceso del rey para penetrar atrevidamente en el gabinete donde Diana de Poitiers, pálida y sin rozar apenas al asiento del sillón de encina primorosamente tallado, veía y oía las palabras del temerario vizconde, sin poder, tales eran su furor y su sorpresa, pronunciar una palabra.

Coligny había entrado también, siguiendo a su impetuoso amigo, y Montmorency, compartiendo el estupor general, había tomado el partido de imitarles.

Reinó un momento de silencio. Enrique II, vuelto hacia su manceba, procuraba interrogarla con la vista; pero antes de que el rey hubiese tomado, o aquélla le hubiese dictado una resolución, Gabriel, que sabía muy bien que en aquel minuto se jugaba la partida suprema, dijo de nuevo a Coligny, con acento suplicante y digno a la vez:

—Os suplico que habléis, señor almirante.

Montmorency hizo rápidamente señas negativas a su sobrino, pero éste, sin prestarles la menor atención, dijo, dirigiéndose al rey:

—Señor: repetiré en síntesis delante del señor vizconde de Exmés lo mismo que creí que era deber mío referiros detalladamente antes de su regreso. A él, y sólo a él, somos deudores de la prolongación de la defensa de San Quintín más allá del plazo señalado por vuestra majestad.

El condestable se encogió desdeñosamente de hombros, pero Coligny, mirándole fijamente, prosiguió con calma:

—Sí, señor: en tres ocasiones, en más de tres ocasiones, el señor vizconde de Exmés ha salvado la ciudad, y sin su valor, sin su energía, Francia, a estas fechas, no se encontraría, como felizmente se encuentra, en vías de salvación.

—Pecáis de exceso de modestia o de exceso de complacencia, sobrino —exclamó el condestable sin poder contener más tiempo su irritación.

—No, señor —replicó Coligny—; me limito a ser justo y veraz: nada más. He contribuido por mi parte con todas mis fuerzas a la defensa de la plaza

confiada a mi lealtad; pero el vizconde de Exmés reanimó el valor de los habitantes cuando yo lo veía extinguido para siempre; el vizconde de Exmés introdujo en la plaza socorros que yo ni sabía siquiera que estuviesen tan próximos, y, finalmente, el vizconde de Exmés burló una sorpresa del enemigo que yo no había previsto. Y no hablo de su brillante comportamiento en los combates, porque todos hicimos cuanto pudimos. Quiero, sí, proclamar muy alto lo que ha hecho él solo, aun cuando el inmenso caudal de gloria que adquirió en aquella ocasión disminuya o haga ilusoria la mía.

Volviéndose hacia Gabriel, continuó:

— ¿No es así como debo hablar, amigo mío? ¿He cumplido lealmente mi promesa? ¿Estáis contento de mí?

— ¡Oh! ¡Os doy las gracias!... no; no basta: bendigo tanta lealtad y virtud —exclamó Gabriel hondamente conmovido, dando un apretón de manos al almirante—. No esperaba menos de vos; pero contad conmigo y con mi eterno reconocimiento. ¡Sí! El que hasta hoy fue vuestro acreedor, se convierte en deudor y os jura que jamás olvidará su deuda.

Mientras tanto, el rey, que tenía fruncido el entrecejo y bajos los ojos, golpeaba impaciente el pavimento con el pie y parecía profundamente contrariado.

El condestable se había acercado a Diana de Poitiers y cambiaba con ésta algunas palabras en voz baja. Sin duda se habían puesto de acuerdo, pues Diana sonrió placentera. Su sonrisa, seductora y diabólica, hizo estremecer a Gabriel, que en el aquel momento dirigió por casualidad su vista hacia la bella manceba de Enrique II.

Gabriel, sin embargo, encontró fuerzas para decir:

—No debo deteneros más, señor almirante. Habéis hecho en mi obsequio más de lo que debíais, y si su majestad se digna ahora concederme, como primera recompensa, la honra de una conferencia particular...

—Más tarde, caballero... más tarde, no digo que no —contestó vivamente el rey—. Por el momento es imposible.

— ¡Imposible! —repitió con acento de dolor Gabriel.

— ¿Por qué imposible, señor? —terció con dulzura Diana, llenando de sorpresa al rey y a Gabriel.

— ¡Pues qué... señora... —balbuceó Enrique—, creéis...!

—Creo, señor, que lo más urgente, lo más perentorio para un rey, es dar a cada uno de sus vasallos lo que le es debido. Ahora bien, a mi entender, la deuda que presumo que viene a recordar el señor vizconde de Exmés es de las

más legítimas y sagradas.

— ¡Sin duda... sí... sin duda! —respondió Enrique II, cuyos ojos intentaban leer en los de su manceba—. Mi voluntad es...

—Escuchar al señor de Exmés sin dilación —interrumpió Diana—. ¡Muy bien, señor! ¡Eso es hacer justicia!

— ¿Pero, sabe su majestad —preguntó Gabriel cada vez más atónito—, que yo necesito hablarle a solas?

—El señor de Montmorency se retiraba cuando vos entrabais, caballero —respondió la de Poitiers—. En cuanto al señor almirante, vos mismo os habéis tomado la molestia de decirle que no le detenéis más, y con respecto a mí, que fui testigo del empeño contraído por el rey, y en caso de necesidad podré recordarle los términos precisos del vuestro, espero que no tendréis inconveniente en que me quede.

—Ninguno, señora; antes por el contrario, os lo suplico —murmuró Gabriel.

—Mi sobrino y yo nos despedimos de su majestad y de vos, señora —dijo Montmorency.

Al inclinarse delante de Diana, hizo una seña como para alentarla, aunque presumimos que no necesitaba ella que la estimularan.

Coligny estrechó la mano de Gabriel y salió siguiendo a su tío.

El rey y la favorita quedaron solos con Gabriel, que no acertaba a comprender la imprevista y misteriosa protección que parecía dispensarle la madre de Diana.

## XLVIII

### LA OTRA DIANA

A pesar del dominio que sobre sí mismo tenía Gabriel, no pudo impedir que la palidez invadiera su rostro y que la emoción hiciese temblar su voz cuando, después de una pausa, dijo al rey:

—Señor: temblando, y lleno al mismo tiempo de una confianza profunda en vuestra real promesa, me atrevo, apenas libre de mi dilatado cautiverio, a recordar a vuestra majestad el compromiso solemne que se dignó contraer conmigo. ¡El conde de Montgomery vive aún, señor! Si así no fuera, habríais atajado rato ha mis palabras...

Hizo una pausa. Sentía en su pecho una opresión terrible. Como el rey continuara inmóvil y mudo, repuso Gabriel:

— ¡Pues bien, señor! Supuesto que el conde de Montgomery vive, y ya que, según atestigua el señor almirante, yo prolongué más allá del plazo señalado por vuestra majestad la defensa de San Quintín, de la misma manera que yo, señor, he cumplido con creces mi promesa, no dudo que vuestra majestad me cumplirá la suya... ¡Señor...! ¡Devolvedme a mi padre!

— ¡Caballero...! —dijo el rey vacilando y puestos los ojos en Diana de Poitiers, cuyo aplomo y tranquilidad continuaban inalterables.

La situación era difícil para el rey. Se había habituado a la idea de que Gabriel había muerto o sido hecho prisionero, y no esperando que viniese a recordarle la promesa, no cuidó de preparar la contestación.

Las vacilaciones del rey oprimían el corazón de Gabriel.

— ¡Señor! —continuó con acento de desesperación—. Es imposible que vuestra majestad haya olvidado su palabra. Vuestra majestad recuerda, sin duda, nuestra solemne conferencia, recuerda el compromiso que eché sobre mis hombros, y recuerda también el que vuestra majestad se impuso con respecto a mí.

A su pesar, el espanto y el dolor del joven hicieron mella en el corazón del rey, cuyos instintos generosos principiaron a despertar.

—Todo lo recuerdo perfectamente —contestó a Gabriel.

— ¡Ah, señor! ¡Gracias...! ¡Gracias! —exclamó Gabriel, en cuyos ojos brilló la alegría.

Diana de Poitiers terció en aquel momento en la conversación, diciendo con calma.

—Indudablemente el rey se acuerda de todo, señor de Exmés; el que, si no recuerdo mal, olvida algo, sois vos.

Si un rayo hubiese caído a los pies de Gabriel en medio de un hermoso y sereno día de junio, no habría sido mayor el espanto de nuestro héroe.

— ¡Cómo...! —murmuró—. ¿Qué es lo que yo he olvidado?

—La mitad de lo que ofrecisteis, caballero —contestó Diana—. Vos dijisteis a su majestad: «Señor: a cambio de la libertad del conde de Montgomery, yo me comprometo a detener al enemigo en su marcha triunfal hacia el corazón de Francia». Quizás no fueran estas vuestras palabras, pero sí el sentido de las mismas.

— ¡En efecto, señora! ¿Pero no lo he cumplido? —preguntó atónito

Gabriel.

—Sí —contestó Diana—; pero añadisteis: Y en caso necesario, convirtiéndome de atacado en agresor, me apoderaré de una de las plazas fuertes de que es dueño el enemigo. A esto os comprometisteis, caballero, y si habéis cumplido la primera parte de vuestro compromiso, yo no sé que hayáis hecho buena la segunda. ¿Qué tenéis que decir a esto? Prolongasteis la resistencia de San Quintín durante cierto número de días; no lo niego. Habéis defendido una plaza; ¿pero dónde está la que habéis tomado?

— ¡Oh... Dios mío...! ¡Dios mío! —fue todo lo que pudo decir Gabriel, que había quedado anonadado.

—Ya veis —continuó Diana con la misma sangre fría— que mi memoria no sólo no cede en nada a la vuestra, sino que la aventaja. Sólo me resta haceros presente que espero que vos recordaréis ya aquella circunstancia.

— ¡Sí..., es cierto... lo recuerdo ahora! —exclamó con amargura Gabriel—. Sin embargo, al hablar como lo hice, quise dar a entender que, en caso de necesidad, me obligaría a hacer cosas imposibles. ¿Porque cabe en lo humano, señor, apoderarse en estos momentos de una plaza fuerte de los españoles o de los ingleses? ¡Yo os conjuro a que me lo digáis con franqueza, señor! Vuestra majestad, al permitirme partir, tácitamente aceptó el primero de mis ofrecimientos, sin que yo pudiese imaginar que, después de llevar a cabo esfuerzos heroicos, después de mi dilatado cautiverio, me obligaría a ejecutar el segundo. ¡Señor...! ¡A vos, a vos me dirijo! ¿No es bastante una ciudad para pagar la libertad de un hombre? ¿No os satisface un rescate tan rico? Porque pronuncié una palabra imprudente en un momento de exaltación, ¿me impondréis a mí, pobre Hércules humano, la obligación de acabar una empresa cien veces más difícil que la primera, de una empresa humanamente irrealizable?

El rey hizo un movimiento para hablar, pero Diana de Poitiers se le adelantó diciendo:

— ¿Por ventura es más fácil y realizable, o entraña menos peligro o menos locura, devolver la libertad a un cautivo temible, a un reo del crimen de lesa majestad? Para conseguir un imposible ofrecisteis otro, señor de Exmés, y no es justo que exijáis el cumplimiento de la palabra del rey cuando vos no habéis cumplido todavía la vuestra. No son menos sagradas las obligaciones de un soberano que las de un hijo, caballero; y únicamente servicios inmensos, servicios sobrehumanos prestados al Estado podrían justificar en último extremo a un rey que impusiera silencio a las leyes del reino. Como hijo, estáis en la obligación de intentar la salvación de vuestro padre: conformes; pero no me negaréis que su majestad, como rey de Francia, está en la obligación, no menos sagrada que la vuestra, de guardar a Francia.



La mirada expresiva de Diana, que parecía comentar sus palabras, recordaba de dos modos distintos a Enrique los peligros a que se expondría si dejaba salir vivo de la tumba al viejo conde de Montgomery y el secreto enterrado con él.

Gabriel, apelando al último esfuerzo, dijo tendiendo sus manos hacia el rey:

— ¡Señor! ¡Es a vos, a vuestra equidad, a vuestra clemencia, a lo que apelo! ¡Más adelante, con la ayuda del tiempo y de las circunstancias, me comprometo una vez más a dar una plaza fuerte a mi patria o a morir en la demanda; pero entretanto, señor, concededme la gracia de que yo vea a mi padre!

Enrique, aconsejado por la mirada fija y la actitud de Diana, contestó afirmando la voz:

—Cumplid vuestra promesa por entero, y juro a Dios que entonces, no antes, cumpliré yo la mía. Mi palabra, caballero, vale tanto como la vuestra.

— ¿Es vuestra última resolución, señor? —preguntó Gabriel.

— ¡Mi última resolución!

Gabriel inclinó la cabeza anonadado, vencido, y rebelándose al mismo tiempo contra la terrible derrota sufrida. En un minuto hicieron irrupción en su mente mil pensamientos.

¿Se vengaría de aquel rey ingrato y de aquella pérfida mujer? ¿Se arrojaría en las filas de los reformados? ¿Cumpliría el destino de los Montgomery, asestando a Enrique el golpe mortal, de la misma manera que Enrique lo había dado a su padre? ¿Envolvería a Diana de Poitiers en un mar de vergüenza y de deshonra? ¡Sí! A esta empresa consagraría toda su voluntad y su vida entera, y por lejana e inverosímil que su realización pareciera, la alcanzaría.

¿Pero, y su padre? Antes de que él hubiese cumplido su obra de venganza habría muerto veinte veces. Vengar agrada, pero es mil veces más grato salvar. Dada su posición, quizás fuese menos imposible tomar al enemigo una plaza fuerte que vengarse del rey, con la circunstancia de que la empresa primera era santa y gloriosa y la acción segunda criminal e impía.

Además, hiriendo al rey, perdía para siempre a Diana de Castro, y tomando una plaza fuerte, acaso la ganase.

Cuantos acontecimientos presenció desde aquel día de la rendición de San Quintín pasaron por delante de sus ojos como un relámpago.

En menos tiempo del que hemos tardado en describir el estado de su alma, ésta, siempre valiente, siempre enérgica, había tomado ya una resolución,

trazado un plan y vislumbrado un éxito.

El rey y su amante vieron con admiración, casi con espanto, que Gabriel alzaba su frente, pálida, sí, pero serena, radiante.

— ¡Sea! —dijo solamente Gabriel.

— ¿Os resignáis? —preguntó Enrique.

—Me decido —contestó nuestro amigo.

— ¡Cómo! ¡Explicaos! —dijo el rey.

—Escuchadme, señor. La empresa, que desde luego me obligo a acometer, de devolveros una plaza fuerte que compense la pérdida de la que tomaron los españoles, os parece desatinada, imposible, desesperada, insensata; ¿no es cierto? Apelo a vuestra buena fe, señor, y a la vuestra también, señora: ¿No lo creéis así?

—Ciertamente —respondió Enrique.

—Así lo creo —dijo Diana.

—Según todas las probabilidades —prosiguió Gabriel—, la tentativa me costará la vida, sin producir otro resultado que de hacerme pasar por un loco ridículo.

—No soy yo quien os la propongo —observó el rey.

—Más prudente sería que renunciaseis a vuestro proyecto —terció Diana.

—He dicho, sin embargo, que estaba resuelto —contestó Gabriel.

Enrique y Diana no pudieron contener un movimiento de admiración.

— ¡Tened cuidado! —exclamó el rey.

— ¿Cuidado de qué? ¿De perder la vida? —preguntó sonriendo con amargura Gabriel—. ¡Ha mucho tiempo que hice el sacrificio de ella! Lo que no quisiera, señor, es exponerme de nuevo a sufrir decepciones originadas por malas inteligencias o subterfugios. Los términos del compromiso que contraemos ante Dios son ahora claros y precisos. Yo, Gabriel, vizconde de Exmés y vizconde de Montgomery, me obligo a conseguir que una plaza fuerte, que actualmente esté en poder de los españoles o de los ingleses, caiga en el vuestro. No podrá ser una villa o una plaza insignificante, sino tan importante como podáis desearla. Me parece que en mi compromiso no existe ambigüedad.

—Ninguna —contestó el rey.

—Por vuestra parte, vos, Enrique II, rey de Francia, os comprometéis a abrir las puertas del calabozo a mi padre, a entregarme al conde de

Montgomery tan pronto como yo reclame su persona. ¿Os obligáis a hacerlo así, señor?

El rey, viendo la sonrisa de incredulidad de Diana, respondió:

—Me obligo.

—Yo doy las gracias a vuestra majestad, pero no es bastante, bien podéis otorgar una garantía más a un pobre insensato que, con los ojos abiertos, va a precipitarse en un abismo. Con los que van a morir, nunca es excesiva la indulgencia. No os pediré un documento firmado por vos, que podría comprometeros y que desde luego me negaríais; pero aquí hay una Biblia. Poned, señor, sobre ella vuestra real mano, y haced el siguiente juramento: «A cambio de una plaza fuerte de primer orden, que deberé al vizconde Gabriel de Montgomery, me obligo, sobre este santo libro, a otorgar al vizconde de Exmés la libertad de su padre, y declaro de antemano, si violo el juramento que presto, absuelto y desligado al mencionado vizconde de la fidelidad y obediencia que hoy debe a mí y a los míos; doy por bueno y justo cuanto hiciera para castigar mi perjurio y le absuelvo ante Dios y ante los hombres aun cuando cometiera un crimen contra mi real persona». Prestad este juramento, señor.

— ¿Y con qué derecho me lo pedís? —interrogó Enrique.

—Lo he dicho antes, señor: con el derecho del que va a morir.

El rey dudaba aún; pero la de Poitiers le decía con su sonrisa desdeñosa que podía comprometerse sin temor. Sin duda creía firmemente que Gabriel había perdido la razón, y que más digno era de inspirar lástima que temor.

— ¡Consiento! —dijo Enrique, como arrastrado por la fatalidad.

Y repitió, puesta la mano sobre los Santos Evangelios, la fórmula del juramento que le dictó Gabriel.

—Si no para otra cosa —dijo Gabriel luego que terminó el rey—, el juramento que habéis prestado me servirá para evitarme remordimientos. El testigo de nuestro nuevo convenio no es ya sólo la señora Diana de Poitiers, sino el mismo Dios. Debo aprovechar el tiempo. ¡Adiós, señor! Dentro de dos meses habré muerto o abrazaré a mi padre.

Hizo una reverencia al rey y otra a la de Poitiers y salió precipitadamente.

Enrique II, a su pesar, quedó preocupado y triste: Diana rompió a reír a carcajadas.

— ¿No os reís como yo, señor? —dijo Diana—. Bien veis que ese loco se pierde y que su padre morirá en el calabozo. ¡Reíd, reíd a vuestro gusto, señor!

—Así lo hago —contestó el rey riendo como su favorita.

## XLIX

### UNA IDEA GRANDE PARA UN GRANDE HOMBRE

Desde que el duque de Guisa llevaba el título de teniente general del reino, vivía en el mismo palacio real: en la morada de los reyes de Francia dormía, o dicho con más propiedad, velaba todas las noches el ambicioso jefe de la Casa de Lorena.

¿Cómo soñaría despierto aquel hombre bajo los ricos artesonados cuajados de quimeras! Pero, a decir verdad, ¿no había adelantado mucho terreno aquellos sueños desde el día en que confió a Gabriel dentro de su tienda de campaña sus proyectos sobre el trono de Nápoles? ¿Se conformaría ahora con lo que constituía el colmo de sus ambiciones cuando se hallaba frente a los muros de Civitella? ¿El huésped de la mansión real no se diría a sí mismo que podría tal vez ocuparla como dueño y señor? ¿Se sentiría vagamente en sus sienes el tentador roce de una corona? ¿No miraría con sonrisa de complacencia su excelente espada que, más segura que la varita de un mago, ponía sus esperanzas en realidades?

Séanos lícito suponer que, por aquella época, Francisco de Lorena alimentaba ya éstos pensamientos. El mismo rey, al llamarle en su socorro, ¿no daba pábulo sobrado a sus ambiciones, por atrevidas e ilimitadas que fueran? Confiarle la salvación de Francia en trance tan desesperado como el que la nación se hallaba era tanto como reconocerle por el primer general de su época. Bien seguro es que Francisco I no hubiese obrado con tanta modestia, que habría desenvainado aquella espada que supo vencer en Marignán, pero Enrique II, aunque personalmente valeroso, carecía de la voluntad que manda y de la fuerza que ejecuta.

El duque de Guisa se decía a sí mismo todo esto, pero comprendía al propio tiempo que no bastaba justificar ante su propia conciencia sus temerarias esperanzas, que era preciso justificarlas a los ojos de la nación entera, que era indispensable comprar sus derechos y conquistar su destino al precio de servicios señalados, de empresas brillantes.

El venturoso general, que había tenido la suerte de detener en Metz la segunda invasión del gran emperador Carlos V, tenía conciencia de que no había hecho aún bastante para atreverse a todo. Aun cuando en la ocasión crítica presente la fortuna continuase siendo su aliada, y lograra rechazar hasta la frontera a los españoles y a los ingleses, no sería tampoco bastante. Para que Francia se le entregase o se dejase tomar, además de reparar sus desastres, era

preciso que la deslumbrase con brillantes victorias.

Tales eran las reflexiones que de ordinario embargaban al duque de Guisa desde que regresó de Italia, las mismas que se repetía una vez más el día mismo en que Gabriel de Montgomery formalizaba con Enrique II su nuevo pacto audaz y sublime.

Francisco de Guisa, solo en su cámara, de pie junto a una ventana, miraba al patio sin verle y golpeaba maquinalmente el cristal con las yemas de los dedos.

Uno de sus servidores llamó discretamente a la puerta y anunció, luego que el poderoso duque le dio permiso para entrar, al vizconde de Exmés.

— ¡El vizconde de Exmés! —repitió el duque de Guisa, cuya memoria nada tenía que envidiar a la de César, y que, por añadidura, tenía motivos para no haber olvidado a nuestro héroe—. ¡El vizconde de Exmés! ¡Mi joven compañero de armas de Metz, de Renty y de Valenza! ¡Hazle entrar, Thibault, hazle entrar al momento!

El servidor hizo una reverencia y salió para introducir a Gabriel.

Nuestro héroe, y conste que tenía sobrados títulos para que le demos este nombre, sin vacilar un segundo, cediendo a la voz de ese instinto que ilumina el alma en horas de crisis, y que se llama genio cuando envuelve con sus resplandores todo el curso ordinario de la existencia, en cuanto salió del gabinete del rey, como si hubiese presentido los secretos pensamientos que en aquel momento acariciaba el duque de Guisa, se había encaminado en derechura a las habitaciones del teniente general del reino.

Realmente era el único mortal capaz de comprenderle y ayudarle.

El recibimiento que le dispensó su antiguo general le llenó de gozo, y con razón, pues el omnipotente duque de Guisa salió a recibirle a la puerta y le estrechó entre sus brazos.

— ¡Sois vos, amigo mío, mi valiente compañero de armas! —exclamó con efusión—. ¿De dónde salís? ¿Qué ha sido de vos desde la pérdida de San Quintín? ¡Cuántas veces me he acordado de vos, y cuántas he preguntado por mi buen amigo Gabriel!

— ¿Conque es cierto, monseñor, que he tenido la dicha de ocupar un lugar en vuestra memoria? —contestó Gabriel profundamente conmovido.

— ¡Y me lo pregunta, pardiez! —exclamó el duque—. Pues qué, ¿no poseéis un sistema especial de hacer que no os olviden fácilmente las gentes? Coligny, que, entre paréntesis, vale más él solo que todos los Montmorency juntos, me ha referido, aunque con palabras ambiguas y frases poco claras, yo no sé por qué, una parte de vuestras gloriosas hazañas de San Quintín, y eso

que, según me decía él mismo, callaba las mejores.

— ¡Pues con todo eso, no he hecho bastante! —contestó Gabriel sonriendo con melancolía.

— ¡Ambicioso! —exclamó el duque.

—Sí... muy ambicioso; es verdad.

—Pero, gracias a Dios, ya estáis de vuelta, ya estamos reunidos, mi buen amigo. ¿Recordáis aquellos famosos proyectos que hacíamos juntos en Italia? ¡Ay, mi pobre Gabriel! ¡Hoy más que nunca necesita nuestra desgraciada Francia de todo el valor de vuestro brazo! ¡A qué extremos tan tristes la han reducido!

—Todo lo que soy y todo lo que puedo está consagrado a su defensa —respondió Gabriel—. Sólo espero una indicación vuestra, monseñor.

—Gracias, amigo mío. Acepto el ofrecimiento, del que os aseguro que haré uso, y la indicación a que os referís no se hará esperar mucho tiempo.

—En ese caso, seré yo quien deba daros las gracias, monseñor.

—Hablando con franqueza —dijo el duque de Guisa—, cuando más miro en derredor mío, más grave me parece la situación. He tenido que atender a lo más urgente, es decir, organizar la resistencia alrededor de París, presentar al enemigo una liga formidable, detener, en una palabra, sus progresos. Pero todo esto es poca cosa, nada, mejor dicho. Tenemos un San Quintín... Tenemos un Norte... Debo y quiero obrar... ¿pero, cómo?

Se detuvo como esperando la opinión de Gabriel. Conocía los arrestos del joven y en más de una ocasión había seguido sus consejos; pero esta vez guardó silencio el vizconde de Exmés y quedó a la expectativa, como deseando ver venir, por decirlo así, al duque.

Francisco de Lorena prosiguió de esta suerte:

—No me acuséis de lento, amigo mío, que no pertenezco al número de los que vacilan, como sabéis muy bien, sino al de los que piensan y reflexionan. Pero a bien que sobra la recomendación, porque vos os parecéis a mí, sois a la vez resuelto y prudente. Hasta me parece que los pensamientos que encierra vuestra frente juvenil son más austeros que los que guardaba en fechas pasadas; pero no me atrevo a preguntaros. Recuerdo, sí, que teníais grandes deberes que cumplir y que deseabais descubrir y castigar a enemigos poderosos. ¿Tenéis, por ventura, que deplorar otras desgracias además de las que afligen a la patria? Mucho me lo temo, porque os despedí serio y os encuentro triste.

—No hablemos de mí, monseñor; os lo suplico: hablemos de Francia, que

aun así hablaremos también de mí.

—Sea. Voy a exponeros con toda franqueza lo que pienso, lo que quiero y lo que me preocupa. Opino que, dadas las circunstancias, es de absoluta necesidad reanimar, por medio de algún éxito ruidoso, la moral de nuestras tropas y nuestra antigua reputación de gloria: precisa pasar de la defensiva a la ofensiva, no limitarse a atenuar nuestros reveses, sino atreverse a compensarlos con una victoria brillante.

—Vuestra opinión, monseñor, es la mía —contestó Gabriel, sorprendido y encantado de una coincidencia tan favorable a sus propios designios.

— ¿Sois de mi opinión, verdad? Lo celebro de todas veras. Y decidme: ¿habéis pensado alguna vez en los peligros de Francia y en los medios de salvarla?

—He pensado, no alguna vez, sino muchas.

—Otra pregunta: ¿estaréis, por fortuna, amigo mío, más adelantado que yo? ¿Habéis medido y pesado bien lo enorme de la dificultad? Ese éxito ruidoso, que como yo, opináis que debemos obtener a toda costa, ¿dónde, cuándo y cómo se podría buscar?

—Monseñor, creo saberlo.

— ¿Es posible? ¡Oh! ¡Hablad, hablad, amigo mío!

— ¡Dios mío! ¡Quizá he hablado demasiado pronto! —contestó Gabriel—. La proposición que deseo someter a vuestro talento es de aquellas cuya ejecución exige largos y laboriosos trabajos de preparación. Muy grande sois, monseñor; y con todo, creo que lo que voy a deciros a vos mismo ha de pareceros desmesurado, enorme.

—Nunca fui propenso a vértigos, amigo mío —dijo el duque sonriendo.

—Lo sé, monseñor; pero... A primera vista, mi proyecto os parecerá, a no dudar, extraño, insensato... hasta irrealizable, aunque en realidad no es más que de difícil ejecución y muy peligroso.

— ¡Un atractivo más! —exclamó Francisco de Lorena.

—Quedamos, pues —prosiguió Gabriel—, en que mi idea no os asustará. Repito que los peligros son grandes, pero dispongo de los medios que pueden darnos la victoria. Esta es mi opinión, que espero compartáis cuando os haya hecho una exposición detallada de aquéllos.

—Siendo así, hablad, amigo mío... Pero, ¿quién viene a interrumpirnos ahora? —preguntó con impaciencia—. ¿Llamas tú, Thibault?

—Sí, monseñor —respondió el servidor dejándose ver sobre el dintel—.

Me encargó monseñor que le advirtiese cuando sonase la hora del consejo y acaban de dar las dos. El señor de Saint-Remy y los demás señores vendrán dentro de un momento para acompañar a monseñor.

—Es verdad... es verdad —contestó el duque—. Tenemos consejo a esta hora, y consejo importante. Mi asistencia a él es indispensable. Déjanos, Thibault; introduce aquí a esos señores cuando lleguen. Viendo estáis, Gabriel, que mi obligación me llama cerca del rey. Pero, en espera de que podáis detallarme cómodamente vuestro plan, que debe de ser grande, como vuestro, yo os suplico que satisfagáis brevemente mi curiosidad e impaciencia. En dos palabras, Gabriel, ¿qué es lo que proyectáis?

—En dos palabras, monseñor: Tomar Calais —contestó con tranquilidad Gabriel.

— ¡Tomar Calais! —repitió el duque de Guisa dando un salto.

—Olvidáis, por lo visto, monseñor, que me prometisteis no asustaros —repuso Gabriel con la misma sangre fría.

— ¿Pero, lo habéis pensado bien? —interrogó el duque—. ¡Tomar Calais, defendido por una guarnición formidable, por murallas inexpugnables y por la mar! ¡Tomar Calais, que pertenece a Inglaterra hace doscientos años! ¡Tomar Calais, guardado como se guardan las llaves de Francia cuando uno las tiene en su poder! Me entusiasma todo lo que es audaz; ¿pero, no os parece que vuestro proyecto entra de lleno en el campo de lo temerario?

—Sí, monseñor —contestó Gabriel—; pero precisamente porque la empresa es temeraria, porque no puede concebirla el pensamiento, porque no ha de imaginarla la sospecha, tiene mayores probabilidades de éxito.

—Pudiera ser... sí... Bien pensado... —murmuró el duque.

—Cuando me hayáis escuchado, monseñor, en vez de decir pudiera ser, diréis será. En cuanto a la conducta que debemos observar, no puede ser más que una: guardar el secreto más impenetrable, engañar al enemigo por medio de alguna maniobra falsa y llegar frente a la ciudad de improviso. Obrando así, en quince días es nuestro Calais.

—Pero no bastan esas indicaciones generales —replicó vivamente el duque—. Necesito que me expliquéis vuestro plan, Gabriel, porque doy por supuesto que tenéis un plan completo...

—Sí, monseñor: un plan sencillo y de seguros resultados.

No pudo principiar Gabriel la exposición de su plan, porque en aquel momento se abrió la puerta de la cámara y entró Saint-Remy seguido de varios caballeros adictos a la Casa de los Guisa.



—Su majestad espera en el consejo al señor teniente general del reino —dijo Saint-Remy.

—Soy con vosotros, señores —contestó Francisco de Lorena, saludando a los recién llegados—. Ya veis que me veo precisado a dejaros —añadió en voz baja volviéndose rápidamente hacia Gabriel—. Pero la idea inaudita y soberbia que habéis sembrado en mi espíritu no me dejará descansar en todo el día; os lo aseguro. Si realmente creéis que vuestro proyecto es viable, yo me siento digno de comprenderos. ¿Podréis volver esta noche a las ocho? Sería nuestra la noche entera y no correríamos riesgo de ser interrumpidos.

—A las ocho en punto estaré aquí —contestó Gabriel—. De aquí a entonces, no desperdiciaré el tiempo.

—Me permito hacer presente a monseñor que son más de las dos —terció Saint-Remy.

— ¡Voy! ¡Voy! —contestó el duque.

Dio algunos pasos en dirección a la puerta, se detuvo, volvióse hacia Gabriel, le miró, y acercándose de nuevo a él como si quisiera convencerse de que no había oído mal, repitió con voz muy baja y en tono de interrogación:

Gabriel inclinó afirmativamente la cabeza y contestó sonriendo y con calma perfecta:

—Tomar Calais.

El duque de Guisa salió, y el vizconde de Exmés abandonó el Louvre.

## L

### DIVERSOS PERFILES DE ESPADACHINES

Aloísa, asomada a una ventana de la planta baja del palacio, esperaba llena de angustia la vuelta de Gabriel. Cuando le vio llegar, levantó al cielo los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de dicha, de gratitud, de júbilo.

— ¡Bendito sea Dios! ¡Volvéis al fin, monseñor! —exclamó—. ¿Salís del Louvre? ¿Habéis visto al rey?

—Le he visto —respondió Gabriel.

— ¿Y bien?

—Es necesario esperar más.

— ¡Esperar más! —exclamó Aloísa juntando las manos—. ¡Santísima

Virgen! ¡Es tan triste y tan difícil seguir esperando!

—Sería imposible si, mientras espero, permaneciese inactivo; pero obraré, gracias a Dios, y obrando, podré distraerme durante el camino, puestos los ojos en el término del viaje.

Entró en la sala y arrojó su capa sobre el respaldo de un sillón.

No vio a Martín Guerra, que estaba sentado en un rincón sumergido en profundas reflexiones.

— ¡Vamos, Martín... modelo de haraganes! —exclamó Aloísa—. ¿Ni siquiera sabéis quitar la capa a monseñor?

— ¡Perdón, oh, perdón! —exclamó Martín Guerra saliendo de su ensimismamiento y poniéndose en pie.

— ¡Quieto, Martín; no te molestes! —dijo Gabriel—. Me disgusta, Aloísa, que riñas a mi pobre Martín. Su celo y su adhesión me son ahora más necesarios que nunca, y tengo que hablar con él de asuntos graves.

Cualquier deseo del vizconde de Exmés era para su buena nodriza obligación sagrada, así fue que perdonó al punto al escudero, y hasta le favoreció con una sonrisa, saliendo discretamente de la estancia a fin de dejar a Gabriel en libertad completa.

—Vamos a ver, Martín ¿qué hacías allá cuando yo entré? —preguntó Gabriel—. Con franqueza, ¿cuál era el objeto de tus graves meditaciones?

—Me estaba devanando los sesos, con perdón de monseñor, intentando descifrar el misterio del hombre de esta mañana —respondió Martín Guerra.

—Y qué, ¿has descifrado algo?

—Muy poco, monseñor, muy poco. Confesaré francamente que, por más que abro los ojos, no veo más que una noche muy oscura.

—Pero yo te anuncié, Martín, que creía haber vislumbrado algo que no es precisamente noche oscura.

—Verdad es, monseñor; ¿pero qué es lo que habéis vislumbrado?

—No es llegada la ocasión de decírtelo, Martín... Dime: ¿puedo contar contigo?

— ¡Y lo pregunta, monseñor!

—No, Martín; de ello estoy más que persuadido. He querido decir que necesito de ti. Es preciso que por algún tiempo te olvides de ti mismo y que no te acuerdes de aquella sombra que tan malos ratos te hizo pasar, y que te garantizo que disiparemos más adelante. Por ahora me, eres necesario, Martín.

— ¡Tanto mejor! ¡Me alegro! ¡Tanto mejor! —exclamó Martín Guerra.

—Pero entendámonos bien: te necesito todo entero, me hace falta tu valor, tu vida. ¿Quieres fiar en mí, aplazar para más adelante tus inquietudes personales y entregarte a mi suerte?

— ¡Que si lo quiero! —exclamó Martín—. ¡Pero, monseñor... si es mi deber, mi obligación... y al mismo tiempo mi gusto! ¡Por San Martín, mi patrón! Demasiado tiempo he estado separado de vos. Necesito recobrar el tiempo perdido, y lo recobraré, granice, truene o caigan rayos. Si cada una de mis trusas ocultase legiones enteras de Martines Guerras, aun así podríais estar tranquilo, monseñor, porque me burlaría de ellos, me reiría en sus barbas. Tenga yo ante mis ojos a mi señor, y no veré a nadie más en el mundo.

— ¡Corazón valiente! —exclamó Gabriel—. Ten, sin embargo, en cuenta, Martín, que la empresa en que trato de empeñarte está erizada de peligros y rodeada de abismos.

— ¡Y qué! ¡Los peligros se vencen, y los abismos se salvan de un salto!

—Nos jugaremos la vida cien veces al día.

—Cuanto más crecido es el tanto, tanto más entretenida resulta la partida.

—Pero es que se trata de una partida terrible que no podremos abandonar, amigo mío, una vez hayamos tomado cartas, hasta que juguemos la última.

—O somos buenos jugadores o no —replicó con gallardía el escudero.

—Te felicito por tu gran resolución, pero sin duda tú no sospechas los lances terribles y los peligros espantosos que lleva consigo la lucha más que humana en que te voy a empeñar, lucha en la que tal vez se estrellarán todos nuestros esfuerzos sin que éstos nos valgan ninguna recompensa. ¡Piénsalo bien, Martín! Con sinceridad te digo que la empresa que quiero acometer, cuando la estudio a sangre fría, a mí mismo me da miedo.

— ¡Bah! —exclamó Martín Guerra—. Los peligros y yo nos conocemos de antiguo, somos excelentes amigos, y cuando uno ha tenido el honor de ser ahorcado...

—Es que necesitaremos desafiar a los elementos, burlarnos de las tempestades, reírnos de los imposibles...

— ¡Nos reiremos! Hablando francamente, monseñor, desde que me ahorcaron, los días que vivo me parecen de gracia, y no voy a regatear con Dios el aumento que se ha servido concederme. Cuando un mercader, después de ajustado un artículo, os hace una rebaja sobre el precio convenido, no se le debe molestar con exigencias, como no sea uno un ingrato y un necio.

—Entonces, Martín, no hay más que hablar; te veo resuelto a unir tu suerte

a la mía. ¿Estás decidido a seguirme?

— ¡Hasta el infierno, monseñor! ¡Digo! Siempre que no sea para acariciar las barbas de Satán, que por algo es uno buen católico.

—En cuanto a eso, puedes estar tranquilo: si vienes conmigo, podré comprometer tu vida en este mundo, pero nunca tu salvación eterna en el otro.

— ¡Pues no necesito más! ¿Pero, no me dijo antes monseñor que necesitaba pedirme algo más que la vida?

—Sí, Martín —contestó Gabriel riéndose de la heroica ingenuidad de la pregunta—. Además de pedirte el sacrificio de tu vida, necesito que me prestes otro servicio.

— ¿De qué se trata, monseñor?

—Quiero que busques, y hagas por encontrar, lo antes posible, hoy mismo, si humanamente puedes hacerlo, una docena de compañeros de tu temple, bravos, duros, atrevidos, que no teman al hierro ni al fuego, que sepan soportar sin quejarse el hambre y la sed, el frío y el calor, que obedezcan como angelitos y se batan como demonios. ¿Podrás hacerlo?

—Según. ¿Se les pagará bien?

—Una moneda de oro por cada gota de sangre que viertan. Mi fortuna es lo que menos me importa en la piadosa y ruda empresa que voy a acometer.

—A ese precio, monseñor —contestó el escudero—, en dos horas me comprometo a reuniros unos hampones que no se quejarán de las heridas que reciban: yo os lo aseguro. Otros como ellos no han de encontrarse en Francia, y menos en París. ¿Pero, a quién han de servir?

—A mí —contestó el vizconde de Exmés—, pero no como capitán de guardias. Tomaré parte en la campaña que se prepara como voluntario, como aventurero, y necesito llevar conmigo alguna gente.

—Siendo así, monseñor, puedo disponer desde luego de cinco a seis de nuestros antiguos valientes de la guerra de Lorena. Los pobres diablos se van quedando amarillos desde que vos los licenciasteis... ¡Y no se alegrarán, que digamos, cuando les diga que van a entrar nuevamente en fuego mandados por vos! Puesto que la gente que he de reclutar es para vos, esta noche os presentaré la compañía completa.

—Está muy bien —dijo Gabriel—. Exigirás, como condición necesaria a los que enganches, que deberán estar dispuestos a salir de París en todo momento y a seguirme a donde yo les lleve, sin hacer una pregunta, ni ver siquiera si caminamos hacia el Sur o hacia el Norte.

—Como caminarán hacia la gloria, y el dinero les vendará los ojos, nada

verán, monseñor.

—Cuento, pues, con ellos, y contigo, Martín. Por lo que a ti toca...

—No hablemos de mí, monseñor.

—Al contrario, tenemos que hablar de ti. Si salimos con vida de la empresa, me obligo solemnemente en este punto y hora a hacer por ti todo lo que tú hayas hecho por mí, a servirte a mi vez contra tus enemigos hasta librarte de ellos y dejarte tranquilo. Y ahora, venga tu mano, mi fiel escudero, que quiero estrecharla.

— ¡Oh, monseñor! —exclamó Martín Guerra, besando con respeto la mano que Gabriel le tendía.

—Sin perder un momento, Martín; a cumplir mi encargo. ¡Discreción y valor! Adiós, que necesito quedarme solo.

—Dispensad la pregunta, monseñor: ¿vais a permanecer en casa? —preguntó Martín.

—Hasta las siete, sí: a las ocho debo estar en el Louvre.

—Siendo así, espero presentaros antes de las siete algunas muestras del personal de vuestra tropa.

Saludó y salió, respirando orgullo y a la vez preocupación por verse investido de tan alta misión.

Gabriel se encerró en su gabinete y dedicó el día al estudio del croquis que a su salida de Calais le entregara Juan Peuquoy, a escribir varias notas, a pasear, y a meditar. Necesitaba ponerse en condiciones de contestar cuantas objeciones pudiera hacerle el duque de Guisa. Sólo interrumpía de vez en cuando sus estudios o sus meditaciones para exclamar con voz firme y corazón inflamado:

«¡Te salvaré, padre mío! ¡Diana... te salvaré!».

Eran próximamente las seis y acababa Gabriel, cediendo a reiteradas instancias de Aloísa, a tomar algún alimento, cuando se le presentó Martín Guerra en actitud grave y ceremoniosa.

— ¿Querrá monseñor recibir a seis o siete de los que aspiran a servir a vuestras órdenes, a Francia y a su rey? —preguntó.

— ¡Cómo! ¿Me traes ya seis o siete? —exclamó Gabriel.

—Son seis o siete de los que no tienen la honra de ser conocidos por monseñor, y nuestros antiguos valientes de Metz completarán la docena. Todos anhelan arriesgar su piel por un amo como vos y han aceptado, encantados, cuantas condiciones os habéis servido u os sirváis imponerles.

— ¡Diablo! ¡No has perdido el tiempo, Martín! Veamos: introduce a esos hombres.

—Uno a uno, ¿verdad, monseñor? —preguntó Martín Guerra—. Así podréis juzgarles mejor.

—Uno a uno; sea —respondió Gabriel.

—Una palabra más —añadió el escudero—: no tengo necesidad de advertiros, monseñor, que todos esos hombres me son bien conocidos, unos, la mayor parte, personalmente; otros, los menos, por informes exactos y seguros que he tomado. Son de inclinaciones y temperamentos diferentes y de instintos variados, pero su característica común es la bravura a toda prueba. De esta cualidad tan esencial no tengo inconveniente en responder yo, pero me permitiré suplicar a monseñor que sea indulgente con las travesurillas de algunos.

Después de esta arenga preparatoria, salió de la estancia Martín Guerra y volvió a entrar breves segundos después acompañando a un individuo alto, de tez color de badana, ágil de movimientos y de fisonomía plácida y expresiva.

—Ambrosio —dijo Martín, haciendo la presentación de su recluta.

— ¿Ambrosio? ¡Nombre extranjero! ¿Supongo que no eres francés? —preguntó Gabriel.

— ¿Quién puede saberlo? —dijo Ambrosio—. Me encontraron y recogieron siendo muy niño, y he vivido en los Pirineos con un pie en Francia y otro en España, y ¡por mi vida!, que he sacado buen partido de mi doble bastardía, siempre, por supuesto, sin ofender a Dios ni a mi madre.

— ¿En qué te ocupabas? —preguntó Gabriel.

—Os lo voy a decir —respondió Ambrosio—. Neutral entre mis dos patrias, procuré siempre, dentro del estrecho límite de mis recursos, anular las fronteras que las dividen, hacer que la una participase de los beneficios de la otra, y contribuir, como hijo piadoso, fomentando el intercambio de los bienes que cada una de ellas recibió de la Providencia, a su mutua prosperidad.

—En una palabra —dijo Martín Guerra—: Ambrosio era contrabandista.

—Por desgracia —continuó Ambrosio—, denunciado a las autoridades españolas y conocido por las francesas, perseguido a la vez por mis ingratos compatriotas de entrambas vertientes de los Pirineos, tomé el partido de abandonarles y vine a París, ciudad donde los valientes encuentran siempre recursos...

—Y en la que Ambrosio se considerará feliz —interrumpió Martín Guerra—, si logra entrar al servicio del valiente vizconde de Exmés, a cuya

disposición pone su intrepidez, su destreza y su larga costumbre de sufrir fatigas y de afrontar peligros.

Admitido Ambrosio el contrabandista, dijo Gabriel: —Que entre otro.

Salió Ambrosio y entró otro sujeto de cara de asceta y modales discretos, que llevaba una capa parda muy larga, y un rosario de gruesas cuentas pendiente del cuello.

Martín Guerra le presentó, bajo el nombre de Lactancio.

—Lactancio —añadió el escudero después de hecha la presentación— ha servido a las órdenes del señor almirante Coligny, quien le echa de menos y podrá dar informes a monseñor. No habría abandonado Lactancio el servicio del señor almirante, si no fuese un católico celoso y convencido, por cuyo motivo, le repugna obedecer a un caudillo tildado de hereje.

Lactancio, sin decir una palabra, hacía con la cabeza y las manos movimientos y gestos de aprobación.

—Este piadoso soldado se esmerará, como es su deber, en contentar al señor vizconde Exmés, pero pide que se le concedan toda clase de facilidades y de libertades para cumplir con todo rigor las prácticas religiosas que deben asegurar su eterna salvación. Obligado por la profesión de las armas, que ha abrazado, y por su vocación natural, a batirse contra sus hermanos en Jesucristo y a matar a todos los que pueda, estima Lactancio, muy cuerdamente por cierto, que está en la obligación ineludible de compensar, a fuerza de austeridades, aquellas necesidades crueles. Cuanto mayor ardor despliega Lactancio en las refriegas, con tanta mayor devoción oye la misa, y son incontables los ayunos y penitencias que se ha impuesto por los muertos que ha enviado antes de que les llegase su hora natural a las gradas del trono del Señor.

— ¡Aceptado Lactancio el devoto! —dijo, sonriendo, Gabriel.

Lactancio, siempre silencioso, hizo una reverencia profundísima y salió murmurando una oración de acción de gracias dirigida al Altísimo, que le concedía el favor señalado de ser admitido por tan valiente capitán.

Después de Lactancio, Martín Guerra introdujo a un joven, llamado Ivonnet, de estatura regular, fisonomía distinguida y fina y manos pequeñas y bien cuidadas. Desde la gorguera hasta las botas, su indumentaria no solamente era aseada, sino coquetona y elegante. Saludó a Gabriel con la mayor gracia del mundo y se quedó delante de él en apostura respetuosa y gallarda a la vez, sacudiendo con la mano un poco de polvo que vio en su manga derecha.

—He aquí, monseñor, al hombre más decidido de todos los que os presento

—dijo Martín Guerra—. Ivonnet, en cuanto principia el combate, es un león furioso a quien nada ni nadie contiene: da estocadas y reparte tajos y cuchilladas con verdadero frenesí, pero donde más se distingue es en los asaltos. Él es siempre el que primero pone el pie en la escala y el que clava el pendón francés en la más elevada de las murallas enemigas.

— ¿Entonces, es un verdadero héroe? —preguntó Gabriel.

—Hago lo que buenamente puedo —respondió Ivonnet con modestia—. El señor Martín Guerra aprecia indudablemente en más de lo que valen mis modestos esfuerzos.

—No; os hago justicia —replicó Martín—, y en prueba de ello, después que he elogiado vuestros méritos, quiero manifestar vuestros defectos. Ivonnet, monseñor, sólo es el diablo sin miedo que os he descrito en el campo de batalla. Su valor no despierta si no redobla el tambor, silban las flechas o las balas y truena el cañón. Fuera de la lucha, en la vida ordinaria, Ivonnet es tímido, impresionable y nervioso como una damisela, y su sensibilidad exige los mayores cuidados. No le gusta quedarse solo en la oscuridad, las arañas y los ratones le dan un miedo horrible, y basta que reciba un rasguño en la piel para que pierda el conocimiento. Para que recobre su belicosa audacia precisa que huela a pólvora y que vea sangre; entonces se embriaga y enloquece.

—No importa —respondió Gabriel—. Como no vamos a un baile sino a una fiesta de carnicería, me quedo con Ivonnet el delicado.

Ivonnet hizo al vizconde de Exmés un saludo en toda regla, y salió sonriente y atusándose las guías de su bigote negro.

Entraron a continuación dos colosos tiesos y flemáticos. Entrambos tenían el pelo rubio y su edad respectiva sería aproximadamente de cuarenta y veinticinco años.

—Heinrich Scharfenstein y Frantz Scharfenstein, tío y sobrino, respectivamente —anunció Martín Guerra.

— ¡Diantre! —exclamó Gabriel—. ¿Quiénes sois vosotros?

—Wir versteen nur ein wenig das franzosich —dijo el mayor de los colosos.

— ¡No entiendo! —exclamó Gabriel.

—Nosotros hablar sólo un poco francés —tradujo el coloso menor.

—Son reitres alemanes, condottieri en italiano y mercenarios en español —explicó Martín Guerra—. Venden su brazo al que mejor les paga, y su valentía es proporcionada al precio. Han servido ya a los españoles y a los ingleses, pero dicen que los españoles pagan mal y que los ingleses regatean mucho.



Compradlos, monseñor, seguro de que no os habéis de arrepentir de la adquisición. Jamás discuten una orden, y son capaces de colocarse delante de la boca de un cañón con una sangre fría admirable. Para ellos, el valor es asunto de probidad, y con tal de que se les pague con puntualidad la suma estipulada, sufren sin quejarse todas las eventualidades peligrosas o mortales al género de comercio al que se dedican.

—Me quedo con estos dos negociantes del valor, y para mayor seguridad, les pago un mes adelantado —dijo Gabriel—. Pero el tiempo vuela... vengan otros.

Los dos Goliats germánicos llevaron militar y mecánicamente las manos a los sombreros y se retiraron juntos marcando el paso con precisión.

—El que va a entrar ahora se llama Pilletrousse.

Seguidamente entró un individuo de tipo de bandido, vestido haraposamente, y de cara patibularia. Avanzaba con paso incierto, mirando furtivamente a todas partes y desviando la mirada de Gabriel.

— ¿A qué viene esa vergüenza, Pilletrousse? —le preguntó Martín Guerra—. Monseñor desea hombres de corazón, y aunque es verdad que eres un poco más... acentuado que todos los otros, en rigor no tienes motivos para sonrojarte.

Volviéndose hacia su señor, prosiguió con gravedad:

—Pilletrousse, monseñor, es lo que pudiéramos llamar un salteador de salteadores. Mientras el país en masa hace la guerra contra los españoles y los ingleses, él la hace, contra quien puede, por cuenta propia. Pilletrousse vigila los caminos reales, visitados por salteadores nacionales y extranjeros, y asalta y roba a los salteadores. A los que nada llevan, no sólo los respeta, sino que los protege. Malas lenguas dicen que es ladrón, pero yo opino que, dado su sistema especial de maniobrar, no roba, sino conquista, porque en rigor, no vive del robo, sino del botín. Se ha penetrado, sin embargo, de la necesidad de regularizar su profesión... errante y de ser menos molesto a los... amigos de lo ajeno, y ha aceptado gustosísimo la proposición que le hice de alistarse bajo las banderas del señor vizconde de Exmés...

—Y el vizconde de Exmés, Martín —contestó Gabriel—, le recibe bajo tu garantía, siempre que en lo sucesivo olvide los caminos y busque teatro para sus hazañas en las plazas fuertes y en los campos de batalla.

—Da las gracias a monseñor, tunante —dijo Martín Guerra al presentado—. Ya eres de los nuestros.

—Gracias, monseñor —dijo efusivamente Pilletrousse—. Prometo no batirme en lo sucesivo contra dos o tres enemigos sino contra diez por lo

menos.

— ¡Que me place! —contestó Gabriel.

Siguió a Pilletrousse un sujeto pálido, de expresión melancólica, que parecía contemplar al universo con angustia y tristeza. Daban un sello lúgubre a su rostro las profundas cicatrices y costurones que lo llenaban, cruzándose en todas direcciones.

Martín Guerra le presentó bajo el nombre, tan fatídico como su cara, de Mala-Muerte.

—Cometería el señor vizconde de Exmés una injusticia tremenda —añadió Martín—, si rehusase a Mala-Muerte. Si me es permitido emplear un lenguaje mitológico, diré que Mala-Muerte rinde una pasión sincera y profunda a Belona, pero hasta el presente, ha sido muy desgraciado en su pasión. El desventurado cifra todo su placer en la guerra, no halla contento más que en los combates, no goza más que en medio de las más atroces carnicerías, pero, ¡ay!, hasta aquí, puede decirse que únicamente ha conseguido aplicar los labios a los bordes de la copa que contiene el néctar divino de su felicidad. Con tal furia, con frenesí tan ciego se arroja en lo más recio de la contienda, que su cuerpo recoge invariablemente la primera cuchillada que reparten, y cae in continenti en tierra, viéndose obligado a pasar el resto del combate en la ambulancia. Mientras los demás continúan batiéndose, él gime y se desespera, no por el dolor de la herida, sino por hallarse ausente de la pelea. Todo su cuerpo es una cicatriz, pero gracias a Dios es robusto y cura y se repone con pasmosa facilidad. Eso sí, tiene que esperar otra ocasión; y sus ansias no satisfechas le postran y debilitan más que la pérdida de su sangre que gloriosamente vertió. Comprenderá monseñor que sería un cargo de conciencia privar a este melancólico batallador de una alegría que, a la par que repondrá sus agotadas fuerzas, nos proporcionará a nosotros ventajas positivas.

—Acepto con entusiasmo a Mala-Muerte, Martín —dijo Gabriel.

Una sonrisa de satisfacción brilló en el rostro amarillento de Mala-Muerte. Con el fuego del entusiasmo en sus ojos apagados, fue a reunirse con sus camaradas, más animado y alegre que cuando había entrado.

— ¿Me los has presentado ya a todos? —preguntó Gabriel a su escudero.

—A todos, monseñor; por el momento, no puedo ofreceros otros. Añadiré que tenía mis dudas, pues no me atrevía a esperar que los aceptarais a todos.

—Descontentadizo habría sido, Martín. Has demostrado tener buen gusto: recibe mi enhorabuena.

—La recibo con alegría, monseñor. Mi opinión es que Mala-Muerte,

Pilletrousse, los dos Scharfenstein, Lactancio, Ivonnet y Ambrosio son siete buenos mozos dignos de ser apreciados en mucho.

—Lo creo —dijo Gabriel.

—Y si monseñor se digna recibir a Landry, a Chesnel, a Aubriot, a Contamine y a Balu, nuestros veteranos de la guerra de Lorena, tengo la seguridad de que, puestos a las inmediatas órdenes de monseñor, y secundados por cuatro o cinco buenos mozos de aquí, que se encargarán de servirnos, hemos de formar una compañía que podrá presentar con orgullo nuestro jefe a los amigos, y con más que orgullo aún a nuestros enemigos.

—Tienes razón, Martín; una compañía de brazos y de cabezas de acero. Tú te encargas de armar y de equipar a los doce valientes lo más pronto posible, Martín, pero vete ahora a descansar, que ya has empleado bien el día. Mis tareas, aunque también han sido numerosas, variadas y dolorosas, no han terminado todavía.

— ¿Ha de salir aún esta noche monseñor? —preguntó Martín.

—Sí; he de ir al Louvre. El señor duque de Guisa me espera a las ocho — dijo Gabriel poniéndose en pie—. Sin embargo, gracias a tu actividad y celo, creo deshechas de antemano algunas de las dificultades que pudieran presentarse en el curso de la conferencia.

— ¡Cuánto me alegro, monseñor!

—Y yo, Martín. No sabes, no puedes saber cuánto me interesa, cuan necesario me es poner en ejecución mi proyecto y acabarlo victoriosamente... ¡Oh! ¡Triunfaré!

Mientras el noble joven se dirigía al Louvre, no cesaba de repetirse:

— ¡Te salvaré, padre mío! ¡Diana, te salvaré!

**Freeditorial** 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita [freeditorial.com/es](http://freeditorial.com/es)